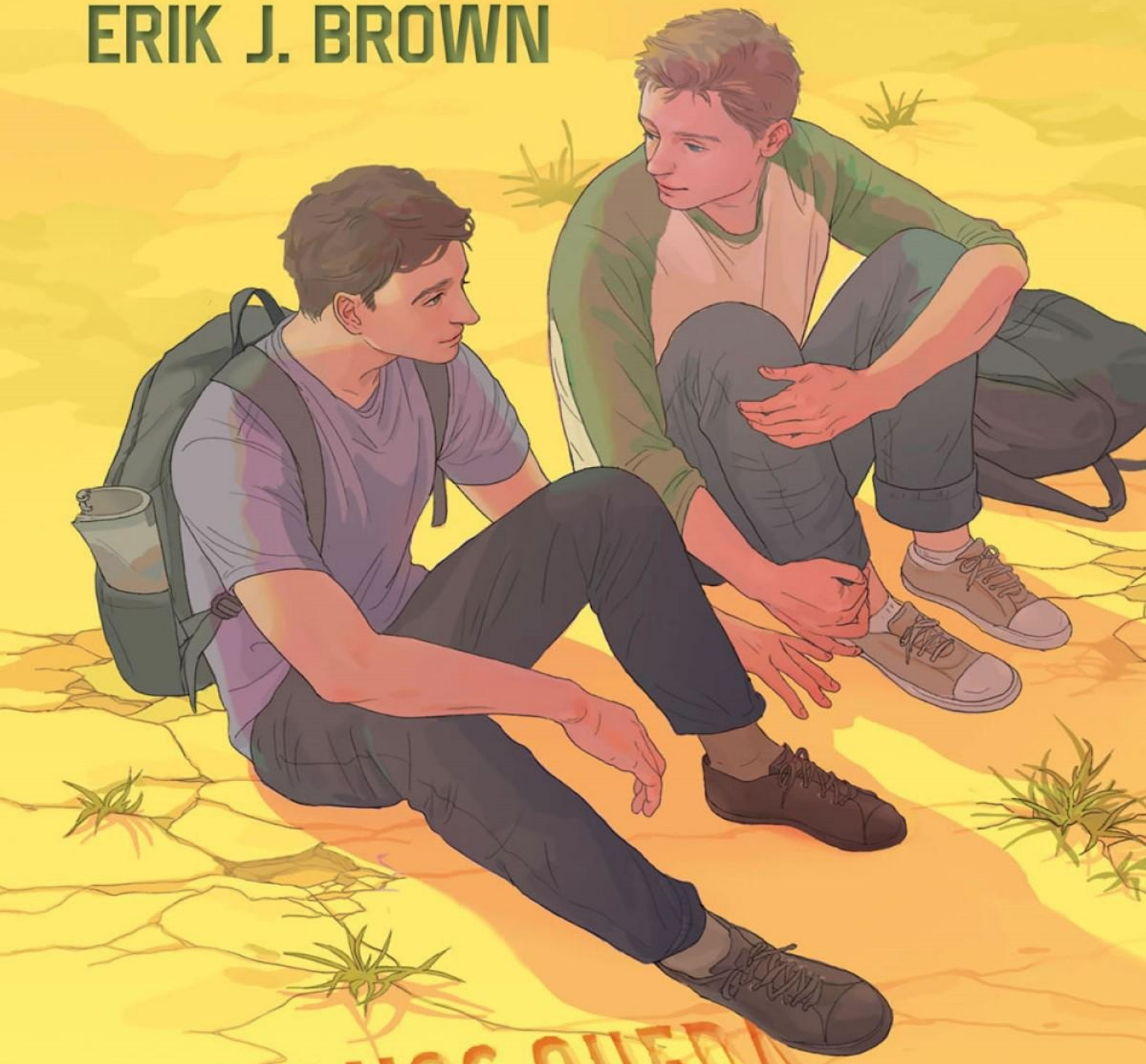
DOS CHICOS, UN MUNDO EN RUINAS Y EL AMOR COMO REFUGIO

ERIK J. BROWN



LO QUE NOS QUEDA DEL MUNDO

Lectulandia

Cuando Andrew se topa por casualidad con la casa de Jamie, está herido, muerto de hambre y ya no tiene nada que perder. Un patógeno letal ha acabado con gran parte de la población mundial, incluidos todos los seres queridos de los dos chicos. Si algo han aprendido en este nuevo mundo es que deben tener miedo de lo que otras personas desesperadas podrían hacerles… Así que ¿por qué les resulta tan fácil confiar el uno en el otro?

Cuando el peligro irrumpe en su refugio, huyen hacia el sur en busca de la civilización. Pero en la historia de Andrew hay algo que no termina de encajar y que podría arrebatárselo todo a ambos. Jamie también guarda un secreto. Está empezando a sentir algo más que amistad por Andrew y eso le añade otra capa de miedo y confusión a un viaje ya de por sí tumultuoso.

El camino que se extiende ante ellos es largo y, para sobrevivir, tendrán que despojarse de sus secretos, afrontar las consecuencias de sus acciones y encontrar el valor necesario para luchar juntos por el futuro que desean. Solo existe una certeza: lo único que les queda en el mundo es la innegable atracción que sienten el uno hacia el otro.

Erik J. Brown

Lo que nos queda del mundo

ePub r1.1
Titivillus 04.04.2024

Título original: *All That's Left in the World*
Erik J. Brown, 2022
Traducción: Ana Isabel Sánchez Díez
Diseño/Retoque de cubierta: Na Yeon Kim

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Cubierta
Lo que nos queda del mundo
1 Andrew
2 Jamison
3 Andrew
4 Jamison
5 Andrew
6 Jamison
7 Andrew
8 Jamison
9 Andrew
10 Jamison
11 Andrew
12 Jamison
13 Andrew
14 Jamison
15 Andrew
16 Jamison
17 Andrew
18 Jamison
19 Andrew
20 Jamison
21 Andrew
22 Jamison
23 Andrew
24 Jamison
25 Andrew
26 Jamison

27 Andrew
28 Jamison
29 Andrew
30 Jamison
31 Andrew
32 Jamison
Epílogo
Nota del autor
Agradecimientos

A mi maravillosa, tierna y comprensiva madre,

Anna Marie Brown.
Te quiero hasta el infinito y más.

1
Andrew

Espero que el más allá tenga una sala de cine en la que puedas sentarte en silencio y ver la secuencia de acontecimientos que condujo a los momentos decisivos de tu vida. En mi caso, por ejemplo: un plano largo y elegante del paciente cero, el pájaro que se infectó en primer lugar —montado con una partitura de Philip Glass, algo premonitorio y temperamental—, y luego un salto por encima de la pandemia y de todo lo referente a la muerte de mi familia y mis amigos para centrarse en un chalado obsesionado con la supervivencia que, hace once meses, estaba en el bosque poniendo una trampa para osos.

Cámara rápida de la trampa, osos que pasan de largo, una rama gruesa que cae sobre ella y, por algún motivo, no la activa, hojas que la cubren.

Y entonces, mientras estoy ahí sentado hartándome a gominolas Sour Patch Kids de ultratumba y a palomitas con sabor a mantequilla, pensando para mis adentros «¿adónde narices pretende llegar todo esto?», mi estúpido careto aparece en la pantalla y caigo en la trampa para osos.

«Ah, es verdad».

Recuerdo que me pasé casi tres horas gritando y llorando mientras intentaba descubrir cómo se abría la trampa. Al final acabé atando unas

camisetas que llevaba en la mochila a los cierres metálicos y usando la rama que el universo me había destinado —la que había impedido que la trampa me amputara la pierna del todo— para separar las mandíbulas oxidadas.

En este momento, lo único que hago es ir dando saltitos por el bosque con una camiseta amarilla atada a la pierna herida. Al menos, mientras esté viendo todo esto en la otra vida, tendré las delicias de los Sour Patch Kids quemándome la lengua.

No como ahora, que la única comida que llevo encima son las latas de conserva que cogí en Jersey antes de que se me ocurriera la estupidez de salirme de las carreteras principales.

Apoyo el peso en la muleta que tengo debajo de la axila y esbozo una mueca de dolor. En realidad, no es más que una rama grande que he encontrado por ahí. Anoche le enrollé un jersey en la horcadura en forma de Y para acolcharla, pero no sirve de mucho y ahora tengo la sensación de que mi axila es un moratón enorme.

La pierna me duele incluso más. Cada paso que doy con la pierna buena me provoca un tirón en la mala que hace que una especie de bala de fuego me suba por la pantorrilla. Anoche, después de encontrar la rama-muleta, intenté descansar, aunque no paraba de temblar y tenía la pierna entumecida por el frío y la humedad. Di unas cuantas cabezadas, medio esperando morir allí mismo, pero, cuando ha amanecido esta mañana, todavía se me han abierto los ojos.

Así que aquí estoy, cojeando por el bosque sin tener la menor idea de dónde está la carretera más cercana. Mi única esperanza es que seguir caminando en línea recta me lleve a «algo». A un camino, a un pueblo, a un arroyo donde limpiarme las heridas. Cualquier cosa antes de que se me infecten. Y, por supuesto, ahora voy atento a las trampas para osos, así que eso también me ralentiza.

Debido a la capa de nubes bajas que cubre el cielo, no tengo ni la menor idea de qué hora es cuando me topo no con una carretera, sino con una cabaña. Es mona. Modesta. Viéndola desde fuera, diría que debe de tener dos dormitorios. Hay un porche pequeño con dos sillas bajo un amplio ventanal. Los postigos están cerrados y el camino de grava que lleva hasta la puerta está cubierto de hojas, que también se amontonan contra las escaleras.

No hay ningún coche en la entrada. A lo mejor está vacía. Abandonada. Y el propietario muerto en su piso de vete tú a saber qué ciudad o en una fosa común.

O asesinado a tiros en una cuneta a manos de otro superviviente.

Doy unos cuantos pasos vacilantes que me sacan del bosque hacia la grava.

Me da la impresión de que hace tiempo que nadie pasa por aquí. Hay una enanita de jardín rechoncha al pie de los escalones, con una oveja peluda en el regazo. Está sentada sobre una seta y sonríe hacia el camino de entrada como si estuviera esperando a alguien.

Da un poco de miedo.

Sobre todo porque no está cubierta de hojas. Es como si acabara de sacudírselas de encima.

Pero no le doy mucha importancia: las gnomas de jardín que cobran vida cuando nadie las ve son el menor de mis problemas en estos momentos. Hay cuatro escalones que llevan al porche. A lo mejor consigo subirlos dando saltitos y ver si la puerta está abierta.

Evidentemente, no lo estará, sería demasiado perfecto. ¿Una cabaña bonita, abierta y libre para ocuparla? Y puede que hasta con algo de comer. A modo de regalo, permito que mi cerebro fantasee con comida durante un breve instante y luego me acerco a los escalones haciendo crujir la grava.

2
Jamison

La casa está demasiado silenciosa. Debería haber puesto música, algo que me distrajera del silencio absoluto. Pero ahora mismo no me apetece dejar lo que estoy haciendo y poner un disco.

Diecisiete. Ese es el número de latas de alubias negras que me quedan. Lo apunto en el bloc de notas con las páginas de color amarillo que tengo en el regazo y tacho el número diecinueve de la semana pasada. Hago esto todos los lunes por la mañana: cuento la comida que me queda y observo cómo disminuyen poco a poco los números. Al principio me resultaba exasperante, pero ahora es casi un acto meditativo.

Ocho latas de maíz. Tacho el nueve de la página y escribo la cifra actualizada a la derecha. Deben de faltar unas dos semanas para que me quede sin espacio y tenga que empezar otra hoja.

Y esta vez todo estará anotado con mi letra, no con la de mi madre.

«Salsa para pasta». Está escrito con su caligrafía apenas descifrable. Y luego, sus números perfectos —ceros atravesados por una línea oblicua y sietes con una línea en medio, para que no haya malentendidos— antes de que su escritura desaparezca y la mía la sustituya.

No necesito contar los botes de salsa porque la semana pasada no preparé pasta en ningún momento, así que dejo el número once en su sitio y continúo bajando.

Sin embargo, algo hace que me detenga. Un ruido fuera, como de hojas que crujen.

Me levanto de un salto y miro por la ventana de la cocina. El mundo exterior es gris y frío, mientras que la estufa de leña que tengo detrás mantiene la cocina bien calentita. La terraza de atrás está cubierta de hojas, pero no hay ni animales ni personas a la vista. Los árboles siguen desnudos, los brotes primaverales aún no están preparados para emerger del duro invierno.

—Ya vuelves a oír cosas —le digo al silencio de la cocina.

Desde hace un tiempo, hablo solo muy a menudo. Antes pensaba que estaba perdiendo la cabeza, pero ahora es posible que sea lo único que impide que la pierda.

La semana pasada, habría jurado que había oído los pasos de alguien en el camino de grava de la entrada, pero, para cuando me mentalicé de que debía asomarme, no había nadie.

El mero hecho de pensar en el crujido de la grava genera el ruido en mi mente, y esta vez no me cabe duda de que procede de la parte delantera de la casa. Pero no es real, me lo estoy inventando de nuevo. O es un animal, pero son demasiados chasquidos para una ardilla o un zorro.

Por lo general, para que el ruido desaparezca, basta con que me recuerde rápidamente que, en efecto, estoy solo y ahí fuera no hay nadie, pero en esta ocasión no es así. Aunque el patrón es raro. No se oye el uno-dos de los pasos, sino un crujido desequilibrado de grava y un clic corto y tenue.

Ahora cruje el primer escalón del porche delantero.

El corazón me da un vuelco y la nuca se me empapa de sudor. Contengo la respiración y el cuerpo me arde de miedo, pero no soy capaz de moverme. Desde el exterior me llegan un gruñido y un golpe sordo. El segundo escalón.

No cabe duda de que ahí fuera hay una persona.

Por fin, escapo de mi parálisis y echo a correr hacia el salón. No tengo ni idea de cuándo fue la última vez que crucé la puerta delantera; hace unas cuantas semanas, supongo. Antes de la última vez que oí ruidos.

Fuera se oye otro golpe seco y fuerte cuando quienquiera que sea alcanza el tercer escalón. El rifle está apoyado junto al armario de la entrada, donde se guardan los abrigos. Lo cojo y me coloco de espaldas a la pared que hay frente a la puerta principal. Puede que el rifle ni siquiera esté cargado, pero no

tengo tiempo de comprobarlo. Debería estarlo. Al fin y al cabo, no lo he usado.

La puerta delantera.

Mierda.

No tengo ni idea de si está cerrada con llave ni de si importaría que lo estuviera. A lo mejor esos golpes sordos los produce un ariete o algo así.

Esto no me lo estoy inventando. No son mis habituales sobresaltos ante las sombras y el silencio.

El pomo de la puerta gira. No está cerrada con llave.

Ahí fuera hay alguien y ahora va a entrar aquí.

La puerta se abre de golpe y apunto.

3
Andrew

Me está apuntando con el arma incluso antes de que me percate de su presencia. No es que esté poco atento, es que el dolor lacerante de la pierna me tiene distraído. Pero, una vez que me doy de bruces con el cañón de una especie de rifle, todo se atenúa.

—Espera —digo al mismo tiempo que levanto los brazos.

Apoyo todo el peso en la pierna buena y dejo caer la muleta improvisada.

El chico que tengo delante debe de tener más o menos mi edad. Unos dieciséis o diecisiete años. Pero tiene esa cara. Vi cómo me ocurría a mí cuando empezó a morir gente que conocía: cada vez que me miraba al espejo era peor. Era un crío, pero mi reflejo era el de una persona demacrada. Cansada. Destrozada. Él tiene la misma expresión de derrota.

Por eso sé que no dudará en dispararme.

—Espera —repito—. Solo venía a buscar provisiones. No sabía que había alguien aquí dentro.

—Pues estoy yo —replica.

No me mira a los ojos, sino al pecho, está concentrado en apuntarme al corazón con el rifle.

Esto se está convirtiendo en un tema recurrente para mí y no me hace ninguna gracia. Recuerdo la última vez que me apuntaron con un arma, junto a una carretera de Nueva Jersey. La violencia temeraria y el sinsentido que podría haberse evitado sin problema. Se me encoge el estómago. No quiero que las cosas vuelvan a salir así de mal.

—Perdona —le digo—. Ya me voy.

Pero en realidad no sé si podré hacerlo. Llevo un día y medio cojeando por el bosque en busca de algún tipo de refugio y de algo con lo que limpiarme las heridas. Encontrar suministros médicos, una despensa llena de comida y a Tom Holland tampoco estaría nada mal.

Sin embargo, aquí estamos. Y ni rastro de Tom Holland por ninguna parte.

—Bien, date la vuelta muy despacio —se limita a decir.

Intento agacharme para recoger la muleta, pero me suelta una advertencia que suena parecida a un «eh» y añade:

—Déjala.

—La necesito para caminar —le digo—. Estoy herido.

Baja la vista hacia mi pierna mala y se queda mirando la tela vaquera desgarrada durante un rato. Va levantando la cabeza poco a poco y por fin me mira a los ojos.

Los tiene bonitos. Azules oscuros. Serenos pero aterradores. Como si estuviera preparado para apretar el gatillo si tiene que hacerlo. Conozco la sensación.

—Date la vuelta como puedas —dice—. La recogeré y te la lanzaré cuando ya estés fuera.

Me entran unas ganas terribles de soltar un suspiro de frustración y de decirle que es gilipollas.

Pero tiene un arma, así que me callo. El mundo se ha acabado, pero los gilipollas siguen cojeando del mismo pie.

Ja. Cojeando.

Dios, ni siquiera después del apocalipsis consigo resistirme a un juego de palabras.

Giro el pie como si estuviera bailando una versión macabra de la yenka: izquierda, izquierda; derecha, derecha; balazo en el pecho; un, dos, tres.

Por fin estoy de espaldas a él cuando me doy cuenta de una cosa: puede que me haya estado mintiendo desde el principio. A lo mejor lo que pasa es que no quiere mirarme a los ojos cuando me dispare.

—Por favor —digo, y vuelvo la cabeza para mirarlo—. Necesito ayuda. No llegaré muy lejos ahí fuera. Por favor, ayúdame y después me iré. Necesito limpiarme la herida y vendármela con algo que no sea una camiseta cutre del Walmart antes de que se me infecte.

—No tengo medicamentos.

Se le quiebra la voz al hablar. ¿Es esa su señal delatora? ¿Está mintiendo?

—Mentira. ¿Pretendes que me crea que estás aquí tú solo y que no tienes material de primeros auxilios?

—Eso es. Ahora, da un paso al frente.

—¿Cómo?

—Saltando.

—Joder.

Dejo escapar el suspiro de cabreo que estaba conteniendo. Al final, apoyo la espalda contra la pared y, despacio, con mucho cuidado, empiezo a deslizarme hacia el suelo.

—¿Qué haces? —me pregunta.

Utilizo las manos para equilibrarme mientras me dejo caer, atento a mantener la pierna derecha en alto, hasta que toco el suelo con el trasero. Luego, la bajo lentamente.

—Dispárame si quieres —digo.

El dolor es insoportable y, a estas alturas del juego, ¿qué coño importa ya? Sobreviví al virus pese a que otras personas mejores que yo no lo lograron. Otras personas mejores como mi hermana pequeña, por ejemplo.

Ahora solo queda gente como yo. Vuelvo a concentrarme en el arma que me apunta al pecho y en el chico que la sostiene.

Gente como nosotros, supongo.

—Pero recuerda —le digo—: si lo haces, serás tú quien tenga que sacarme de aquí.

—Levántate.

Me apunta directamente a la cara con el rifle.

Bien. Así será rápido.

—Citando el musical *Dreamgirls*, te diría que no me voy, pero no pareces el público adecuado para eso. —Su silencio y su mirada confusa me dan la razón. Suelto una carcajada triste—. Tío, hazlo de una vez.

La verdad es que la idea de una muerte rápida empieza a parecerme interesante. Me libera. Se acabó la culpa. Quién sabe lo que habrá después —a lo mejor una sala de cine que me muestra todos los momentos decisivos de la vida de este tío que lo llevaron a dispararme—, pero, aunque solo sea

oscuridad, es mejor que el dolor. Mejor que ser consciente de lo jodidísimo que está todo.

Sin embargo, no aprieta el gatillo. Veo que la expresión de su rostro pasa de la ira al miedo.

No va a hacerlo.

—Levántate.

Pero le tiembla la voz.

Un momento. ¿Qué es eso que siento en la barriga? ¿Es… esperanza? Quizá me haya equivocado respecto a sus ojos. No eran aterradores, estaban aterrados.

—Necesito ayuda. —Ha perdido todo el espíritu de lucha y confrontación. Me doy cuenta de que él tiene tan pocas ganas de dispararme como yo de que lo haga. Me ayudará si consigo convencerlo—. Estoy solo —le aseguro—. Llevo más de cinco meses solo. Por favor.

Empieza a bajar el arma.

—Por favor —le suplico—. Me llamo Andrew. No estoy infectado y el último familiar que me quedaba murió hace cinco meses. Mi hermana. Tenía doce años. Eres la primera persona con la que hablo desde entonces.

Esto último es mentira, pero no me apetece pensar en los Foster. Aparto la mirada de él en cuanto noto el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Mierda —dice en voz baja. Apoya el rifle en el respaldo del sofá y me tiende una mano—. Vamos.

La acepto y me ayuda a levantarme. Se me tensan los músculos; cojo una bocanada de aire para no gritar. Cuando pasamos junto a la puerta de la cabaña, la cierra de un puntapié.

Mi chico misterioso es fuerte y se las arregla para hacer la mayor parte del trabajo él solo. Llegamos a un comedor situado junto al salón. Hay una mesa grande de madera con seis sillas alrededor.

Con la mano libre, activa el interruptor que hay junto a la entrada y la lámpara de araña que cuelga sobre la mesa se ilumina.

¿Tiene electricidad?

—Súbete ahí —me dice tras darme la vuelta. Obedezco y me siento en la mesa—. Vuelvo enseguida, espera aquí.

—Ah, vaya, pues estaba pensando en hacerme un bocadillo.

Me devuelve la mirada antes de salir del comedor, como si no se hubiera dado cuenta de que estoy de broma. Abro la boca para disculparme, pero se me adelanta.

—Qué pena que me haya quedado sin pan.

Cuando se marcha, juraría que atisbo una sonrisa que le tensa las mejillas.

Perdona, chico nuevo, pero lo del sentido del humor posapocalíptico es mi especialidad. Aun así, su broma consigue tranquilizarme un poco.

Tiro el abrigo al suelo y me fijo por primera vez en el interior de la cabaña. He aprendido que tener un rifle apuntándote a la cara tiende a reducir tu atención a los detalles. La chimenea está fría y vacía. Esperaba encontrarme cabezas de animales colgadas en la pared, una lubina de boca grande en un marco, una alfombra de ganchillo bajo el sofá del salón. En cambio, la alfombra del salón es de tripe blanco y el sofá de cuero gris, enorme y con pinta de caro. Hay otros dos sillones de cuero en la estancia y, encima de la chimenea, un televisor de sesenta pulgadas cubierto de polvo.

El comedor no tiene vitrinas ni aparadores. Lo que sí hay son fotos enmarcadas en las paredes, distribuidas de tal manera que parece que quienquiera que las colgó se esforzó mucho en que pareciese que no le había costado ningún esfuerzo hacerlo.

Examino con más atención la foto de un niño con su madre en la playa. Los dos son blancos, pero el tono de piel de la madre sugiere que llevan un tiempo al sol. Qué suerte. Yo solo conseguía quemarme cada vez que intentaba broncearme. Por lo visto, el hijo se parece a mí, porque sigue estando blanco y tiene un pegote de crema solar sin absorber en el hombro.

La madre tiene el pelo castaño. Lleva unas gafas de sol rojas y un bañador a rayas blancas y azul marino; se sujeta la pamela que le cubre la cabeza con la mano y el viento le ha levantado el ala.

El niño no debe de tener más de siete años; luce una sonrisa amplia y llena de huecos de dientes de leche perdidos. Una polvareda de pecas le cubre la nariz y las mejillas. Ha cerrado un ojo para protegerse del resplandor del sol, el otro es de un azul brillante.

Reconozco a ese niño, solo que con diez años más.

El chico, ahora mayor, entra en el comedor con una cajita de plástico en las manos. La deja sobre la mesa del comedor y mira la foto que me ha pillado estudiando.

—¿Es tu madre? —le pregunto.

Frunce el ceño y no contesta.

—Perdona —le digo—. Soy un entrometido. Ya me callo.

Le quita la tapa al recipiente blanco y la deja en una de las sillas mientras rebusca entre los suministros médicos. Abro los ojos como platos.

No solo tiene gasas, alcohol y pomada antibacteriana, sino que también tiene un botecito de gel para quemaduras, jeringuillas estériles empaquetadas

individualmente, bolas de algodón, agua oxigenada, unos cuantos bisturíes estériles e instrumentos que reconozco de las series de médicos que emitían una y otra vez antes del virus.

¡Joder, que puede que también tenga a Tom Holland!

Me desata la camiseta antes amarilla y ahora marrón de la pierna y luego agarra el bajo de la pernera del pantalón e intenta subírmela. Sin embargo, la sangre y la humedad han encogido la tela y los vaqueros no dan más de sí. Respiro hondo cuando una punzada de dolor me sube por la pierna.

—No creo que hoy haya sido buena idea ponerte vaqueros —me dice.

—La herida me la hice ayer.

—Quítatelos.

—¿No tendrías que invitarme a cenar antes? —pregunto.

No soy consciente de que voy a hacer la broma hasta que ya la he soltado. Noto calor en la cara, pero la vergüenza no me dura mucho, ya que al fin permite que su mueca de suficiencia se convierta en una sonrisa.

Me desabrocho el cinturón, me bajo los pantalones hasta las rodillas y saco primero la pierna izquierda. Él me ayuda con la derecha tirando del lado opuesto para que la tela vaquera no me roce la herida.

—¡Dios!

Cuando ve lo que me queda de pantorrilla, abre muchísimo los ojos. Es la primera vez que me veo la herida sin que los vaqueros me entorpezcan y se me revuelve el estómago.

El chico sale corriendo de la habitación hacia la cocina, pero yo no puedo apartar la vista de mi pierna. Siento una opresión en el pecho y los brazos y las piernas me hormiguean de miedo.

Las cosas están peor de lo que pensaba.

Parece carne cruda. La pantorrilla, desde debajo de la rodilla hasta la altura de los cortes de la trampa, está hinchada y de un precioso y terrible tono morado. Tengo la pierna izquierda sucia, pero de más o menos la mitad del tamaño que la derecha.

El chaval regresa con un vial de cristal pequeño y un bote de pastillas en una mano. En la otra, lleva un cuadernito con las tapas de cuero y las páginas muy desgastadas y amarillentas. Lo deja todo encima de la mesa. Cojo el vial, que está frío y lleno de un líquido transparente. En la etiqueta aparece la palabra «bupivacaína». Que vete tú a saber lo que significa.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunto cuando agarro el bote de pastillas.

El sufijo «-ina» de la etiqueta me dice que son antibióticos. Al final resulta que aquellos cursos de preparación para los exámenes de acceso a la universidad no han sido un desperdicio ni siquiera después del apocalipsis.

Desempaqueta una jeringuilla estéril y la clava en el vial, llena el tubo de plástico y la deja en la mesa antes de levantarse y volver a la cocina.

—No eres alérgico a la penicilina ni a ningún antibiótico, ¿verdad? —me dice.

Oigo el sonido del agua cayendo en un vaso.

—No creo. ¿Cómo podría saberlo? —pregunto.

Vuelve y me da el vaso y dos pastillas.

—Pues supongo que lo averiguarás cuando te las tomes.

—Esto no me matará, ¿no?

—Si eres alérgico, sí, probablemente.

Qué gran tacto con los enfermos, tío.

Baja la mirada hacia mi pierna.

—Pero me has dicho que esto te lo hiciste ayer, así que, si no te los tomas, la infección te matará con toda seguridad. Y será peor.

Creo que tiene razón. Si ya está infectada y no hago nada, estoy muerto. ¿Tengo elección? Sí, supongo que arriesgarme, pero… esa opción no me ha funcionado mucho hasta ahora. Y la amputación sin anestesia… Bueno, espero que ni siquiera yo la merezca. Me trago las pastillas y me bebo toda el agua.

Coge la jeringuilla llena del líquido del vial.

—¿Eso qué hace? —pregunto, aún nervioso.

¿Por qué estoy aceptando pastillas y medicamentos de un chico extraño que me he encontrado en el bosque?

—Ahora verás.

Antes de que pueda detenerlo, me la clava en la pierna y aúllo de dolor. La saca y me la vuelve a clavar, más abajo.

—¿Qué haces? —grito.

—Aguanta un poquito más.

Me aguijonea varias veces más mientras me agarra la pierna justo por encima de la rodilla. Las lágrimas me resbalan por la cara y oigo cómo el corazón me palpita en los oídos. Suelto tacos y chillo hasta que por fin se detiene.

Se marcha a la cocina con el vial y la jeringuilla usada. El ardor de la pierna empieza a remitir, pero el recuerdo sigue doliéndome. Oigo el pitido de

una tetera y miro hacia la puerta con la vista borrosa por culpa de las lágrimas.

No tarda en cruzarla con un gran cuenco de cerámica; avanza despacio y lo deposita sobre la mesa.

—¿También tienes fogones en la cocina? —le pregunto.

—Luego te la enseño. ¿Cómo notas la pierna ahora?

Entumecida. El dolor ha desaparecido casi por completo. Mi cerebro ha vuelto a concentrarse en el que la muleta me ha provocado en la axila.

—Bien —contesto.

—Yo no diría que «bien» —comenta al mismo tiempo que agarra una silla y se sienta. Luego, se acerca el contenedor médico—. Pero, al menos, no tendrás que morder un palo para soportar el dolor mientras te coso.

Coloca unas cuantas agujas e hilos negros sobre la mesa y saca la botella de alcohol. Sumerge una toallita en el agua caliente, la escurre primero con una mano y luego con la otra, y después la deja sobre la mesa y espera en silencio.

—Todavía quema —dice al mirarme.

—¿Quién eres? ¿Una especie de niño prodigio de la medicina?

Esboza una sonrisa triste que no se parece en nada a la de felicidad que luce en las fotos colgadas de la pared.

—Lo siento. —Me tiende una mano enrojecida por el agua caliente—. Soy Jamison.

—Andrew. Encantado de conocerte.

Nos estrechamos las manos. La suya está caliente y siento envidia: tengo la sensación de que nunca podré sacarme el frío de los huesos. Cuando me suelta, se vierte alcohol en una palma cóncava y luego se frota ambas manos con él.

Jamison coge la toalla caliente y empieza a limpiar la zona que rodea las heridas. Me estremezco, esperando que llegue el dolor. Pero no aparece.

Cuando lo veo limpiarme la sangre seca, agradezco de inmediato que Jamison, el médico adolescente, me haya administrado algún tipo de anestesia local. La toallita blanca se vuelve de un rojo amarronado, pero, a medida que va avanzando, las cosas ya no parecen tan aterradoras. Asquerosas, sí, pero no aterradoras.

—¿Qué te pasó? —pregunta—. ¿Te atacó un perro?

—No. —Niego con la cabeza y suelto un gruñido—. Fue una puñetera trampa para osos.

Jamison me lanza una mirada, pero no para de limpiar.

—Me estás tomando el pelo.

—No.

Recupera la mueca socarrona.

—Llega el apocalipsis y tú decides enemistarte con El Coyote.

—En serio. —Exhalo un suspiro—. No tenía ni idea de que la gente siguiera usando esas cosas. Estoy seguro de que la pusieron antes del virus, pero, de verdad, ¿a quién se le ocurre montar una puñetera trampa para osos?

—¿Cómo es que no te cortó la pierna? —pregunta mientras examina los cortes.

—¿Suerte? —contesto—. No llegó a cerrarse del todo.

Sigo sin entender cómo es posible que la rama aterrizara entre las mandíbulas de la trampa y no la hiciera saltar. Yo apenas pisé el resorte.

Jamison enhebra la aguja. La empapa con alcohol y me la acerca a una de las heridas de la pierna.

—¿Estás recuperando ya la sensibilidad? —pregunta.

Niego con la cabeza y me clava la aguja en la piel. Me tenso al verlo, pero no experimento ningún dolor.

—Va a ser un trabajo de sutura bastante burdo porque la aguja es plana —dice sin levantar la mirada—. Pero debería ayudar a que se cure más deprisa.

Lo veo tensar el hilo para apretar el primer punto.

—Oye, de verdad, ¿cómo es que sabes hacer todo esto? ¿Estudiabas Medicina o algo así antes del virus?

¿Es posible que las apariencias me hayan engañado y en realidad sea mayor que yo?

—No —responde—. Mi madre me enseñó a coserme los botones de las camisas y a arreglar costuras reventadas. El principio es el mismo, ¿no?

Vuelvo a fijarme en las fotografías de la pared. Con el rabillo del ojo veo que Jamison alza la vista hacia mí, sigue mi mirada hasta la imagen y luego vuelve a bajarla para centrarse en mi pierna. No insisto más en el tema.

—¿Por qué has decidido no dispararme? —le pregunto una vez que me ha cosido tres de las seis heridas de la pierna.

¿Por qué es tan bueno cuando ninguno de los demás supervivientes lo somos?

Suspira.

—Supongo que porque… No lo sé. —Niega con la cabeza—. Seguramente porque soy demasiado idiota como para darme cuenta de cuándo debo cuidar de mí mismo.

—Si eso es ser idiota, significa que yo soy imbécil al ciento cincuenta por ciento.

—Ya lo he notado cuando me has dicho que habías pisado una puñetera trampa para osos.

Me entra la risa y siento como si hiciera meses que no me pasaba. Y hasta puede que sea cierto.

Anuda el último punto y enjuga la sangre. Luego vuelve a meter la toalla mojada en el cuenco de agua ensangrentada y me tiende la mano.

—¿Puedes caminar? Dúchate si quieres.

Lo miro de hito en hito.

—¿Ducharme?

—Sí. Tene… Tengo agua de pozo.

He captado ese casi «tenemos». Así que está solo.

—¿Agua corriente y electricidad?

—Y un calentador de agua que funciona con dicha electricidad.

Se me encoge el estómago de la emoción. Este sitio es increíble. Me permito pensar, solo por un segundo, si podría arrebatárselo. Después de que no me haya disparado, después de que me haya ayudado, ¿sería capaz de quedarme con esta cabaña? Pero ese segundo basta para que me entren ganas de vomitar.

—¿Estás bien? —pregunta Jamison.

—Sí. Y, sí, me encantaría darme una ducha.

Solo una ducha, luego me voy.

Estiro la pierna hacia delante y apoyo el talón en el suelo. El dolor aumenta un poco, pero es soportable.

Cargo un poco más de peso. Un poco más de dolor.

Un poco más de peso… y… no siento un poco más de dolor. Eso es bueno, ¿no?

Apoyo el resto del peso y cometo el segundo mayor error de mi vida.

4
Jamison

En cuanto Andrew empieza a gritar, es como si el tiempo volviera a no significar nada. Cuando irrumpió en la cabaña, me bloqueé y estuve a punto de dispararle allí mismo. Pero no pude. Mi dedo se negaba a moverse. Lo tenía justo en el gatillo, pero era como si se me hubiera dormido la mano. No fui capaz ni siquiera cuando me dijo que no se iba y que tendría que matarlo. Igual que con los ciervos a los que nunca fui capaz de disparar cuando mi madre intentó enseñarme a cazar. Igual que con las trampas para animales que siguen en el garaje, intactas. E igual que con la cara morada de mi madre. Los vasos sanguíneos reventados en los ojos horrorizados y la respiración entrecortada. El vómito y el olor y…

Andrew está en el suelo, gritando de puro dolor. A lo mejor he hecho algo mal. Quizá sea alérgico a los antibióticos o a la anestesia local y esté sufriendo un episodio cardíaco… o lo que sea que sufra la gente alérgica a esas cosas. Eso no aparece en el cuaderno de mi madre.

Dios mío. Acabo de matar a una persona.

Aunque tal vez sea un truco. Podría estar fingiéndolo, llamando a quien quiera que lo esté esperando fuera. Esperando para arrebatarnos este sitio.

No, para arrebatármelo.

Porque soy el único que queda.

Sin embargo, no parece un truco. Parece que los gritos son de puro sufrimiento. Me dejo caer al suelo, a su lado.

—¿Qué te duele? —chillo para hacerme oír por encima de sus alaridos—. ¡Dime qué te pasa!

Las lágrimas le resbalan por el rostro enrojecido. Ha levantado la pierna y se la sujeta por el muslo. Ya no tiene sangre en las heridas, pero… uf, no. Me coloco al otro lado de la pierna y le pongo las manos en la rodilla. Da un respingo, me agarra una muñeca y consigue decirme con un gruñido:

—¡No, no me toques!

—Vale, vale. —Levanto las manos—. Pero vamos a intentar que te tumbes en el sofá. Tú mantén la pierna estirada y ten cuidado de no golpearte con nada.

Hace lo que le digo y le paso los brazos por debajo de las axilas para levantarlo. El olor a suciedad y a sudor de su cuerpo me apuñala las fosas nasales. Consigo llevarlo hasta el sofá del salón y Andrew baja la pierna derecha con cuidado al mismo tiempo que deja escapar varias exhalaciones rápidas.

—¿Estás bien? —pregunto, pero es una estupidez, claro que no lo está.

Abre los ojos y esboza una sonrisa falsa.

—Estupendo.

Aunque parece que aún le duele, vuelve a hacer bromas. Eso tiene que ser bueno.

Vuelvo corriendo al comedor para coger el cuaderno de mi madre. Las páginas parecen un galimatías porque tengo la mente desbocada. No puedo hacerlo. Es demasiado.

—¿Qué es eso?

La voz de Andrew me saca de mi ensimismamiento.

—Un libro.

Pone cara de fascinación.

—¡Vaya! En el norte no tenemos estos… ¿cómo los has llamado? ¿Nibros? —Lo miro frunciendo el ceño porque de ninguna manera voy a permitir que me saque una sonrisa con ese chiste tan malo—. Vale —dice—. El de la pierna reventada soy yo. Ya me callo.

—Es un cuaderno. Mi madre era médica y este es el cuaderno que empezó a escribir después de que todo… Cuando las cosas se torcieron.

—Lo escribió para ti —dice.

Tiene la mirada clavada en mí y parece triste. Porque sabe que lo escribió pensando en que ella no sobreviviría a la supergripe. Y no se equivocaba.

—Sí. —Vuelvo a centrar mi atención en el libro—. Cuando la situación empeoró en la ciudad, cuando el hospital empezó a verse desbordado, cesaron los envíos de medicinas y se dieron cuenta de que nadie sobrevivía a la gripe, empezó a acaparar suministros. Lo hicieron todos: los médicos, las enfermeras, el personal de limpieza… Y no pasó mucho tiempo hasta que…

Me quedo callado porque Andrew ya sabe lo que ocurrió. Los camiones frigoríficos para los cadáveres, las fosas comunes sin señalizar que se cavaban tan rápido como se llenaban. Y nadie que ocupara una posición de poder hizo nada para ayudar o para detenerlo. Solo se empeñaban en intentar obligar a todo el mundo a continuar con su vida como si no pasara nada. En recuperar la idea de normalidad.

Era como si nadie hubiera aprendido nada de los virus anteriores. La gripe española, la gripe de Hong Kong, el ébola, el VIH y el sida, la gripe porcina y, más recientemente, el covid. Todas las enfermedades con las que las noticias comparaban este virus cuando en realidad no había nada parecido a esto. Pensaban que la civilización saldría adelante porque así había ocurrido en otras ocasiones. El mundo nos había avisado, pero no le hicimos caso. Y lo hemos pagado con todo.

Aquí ni siquiera probamos con una cuarentena obligatoria, como en los Países Bajos, o con un confinamiento, como en Francia y España. En Estados Unidos, todo el mundo estaba a tope con el «Vive libre o muere». Y eso hicimos.

Decido cambiar de tema.

—Creo que es posible que tengas la pierna rota. Pero…

—Pero ¿qué?

Me rompí el brazo cuando tenía diez años. Se me dobló en un ángulo raro y la pierna de Andrew no tiene ese aspecto. Está hinchada, sí. Magullada, desde luego. Pero no he notado ningún bulto que indique que el hueso se ha fracturado. Sin embargo, ha pisado una trampa para osos. Vuelvo al inicio del cuaderno, donde mi madre escribió el acrónimo RHICE: reposo, hielo, compresión y elevación. Lo del reposo, el hielo y la elevación podría hacerlo. En cambio, las vendas elásticas están en el cobertizo con los otros suministros, así que es posible que la compresión tenga que esperar.

—Se está poniendo el sol. ¿Te parece bien quedarte aquí hasta mañana?

«¡No, Jamie, cierra el pico!». No puede quedarse aquí, es un extraño que podría matarme y quedarse con todo.

A Andrew se le ilumina la cara.

—¿En este sofá tan cómodo? Claro que sí. —Luego se le desvanece la sonrisa—. ¿Por qué me estás ayudando, Jamison?

«No hagas daño». Era la frase comodín de mi madre para decir «sé bueno con la gente». Y ahora me la imagino lanzándome esa mirada de «¿Qué te he dicho, Jamison?». Estoy ayudándolo porque es lo que hay que hacer. Aunque ahora el mundo es diferente. «Lo que hay que hacer» podría ser distinto para cada persona. Quizá para Andrew «lo que hay que hacer» sea matarme por la espalda.

—Supongo que solo espero que tú hicieras lo mismo por mí.

Deja de mirarme a los ojos, así que quizá no lo haría. Entonces se me ocurre una cosa.

—¡Ah! Espera.

Andrew se sobresalta y vuelve a prestarme atención, pero yo ya he salido de la habitación y voy camino del armario de la ropa blanca. Aparto las sábanas para poder ver la caja fuerte que escondí al fondo del estante superior, donde ni siquiera mi madre, que medía un metro setenta y cinco, podía alcanzarla, y marco la combinación. Lo primero que veo cuando se abre la puerta es la silueta oscura de la pistola que tan nervioso me pone. La aparto y saco el bote de pastillas grande y naranja.

Ya de vuelta en el salón, lo sacudo hasta que salen dos pastillas y se las tiendo a Andrew.

—¿Qué son? —me pregunta.

Las acepta y las sostiene en la palma de la mano.

—Analgésicos. De los buenos.

Andrew desvía la mirada hacia el pasillo.

—¿Por qué no estaban con el resto de tus suministros?

Porque mi madre destrozó la casa buscándolos cuando empezaron los vómitos. Sabía lo que le esperaba. Por lo general, es la fiebre lo que te mata, pero todo lo anterior es pura agonía.

Mi madre intentaba evitar todo ese dolor, así que me dijo lo que haríamos si nos poníamos enfermos: tomarnos todos los analgésicos que nuestro estómago tolerara y echarnos a dormir. Pero yo no dejaba de pensar qué ocurriría si fuéramos distintos a las demás víctimas de la supergripe, inmunes o simplemente afortunados. No paraban de decir que un virus tan mortífero como este podía mutar y volverse menos letal a medida que la infección se propagaba.

No quería que mi madre se rindiera y no quería estar solo. Así que los escondí. Primero, en la cisterna del váter. Era una ironía bastante morbosa que pasara tanto tiempo vomitando tan cerca de ellos, hasta que ya no pudo levantarse de la cama. Entonces los metí en la caja fuerte.

Miento a Andrew, porque no es necesario que sepa todo lo que pasó antes de que él llegara.

—Mi madre los guardaba ahí. Debía de ser deformación profesional o algo así. Ahora te traigo agua y también hielo para la pierna.

Me encamino hacia la cocina, pasando por el comedor para recoger el vaso vacío que ha usado antes, pero me grita:

—¡No hace falta, Jamison! Puedo tragármelos sin agua.

Genial, así se ahogará con esas pastillas para caballos y tendré que llevar otro cadáver a la hoguera. El pensamiento amenaza con inundar de tristeza cualquier posible alegría que haya aportado la presencia de Andrew. Tenerlo aquí me está dando algo que hacer, aparte de contar la comida y preocuparme por cazar.

Cuando vuelvo al salón, las pastillas ya no están. Aun así, le doy el vaso, una toalla y una bolsa de hielo de siete kilos. Mira el agua y luego la deja sobre la mesita. Le digo que envuelva la bolsa en la toalla y coloque la pierna encima. Esboza una mueca de dolor al hacerlo, pero no aúlla.

—Tendría que preparar algo de cenar. Se supone que esas pastillas hay que tomárselas con la comida. Te traeré también unos pantalones de chándal.

—Jamison, espera. —Me doy la vuelta y veo que se ha incorporado y está apoyado sobre los codos. Señala la puerta con un gesto de la cabeza—. ¿Me puedes acercar mi mochila?

Cuando la cojo y se la llevo, empieza a rebuscar algo en su interior. Saca unas cuantas prendas de ropa sucia y se las coloca en el regazo, junto con un paquete de tiritas, un cepillo de dientes sucio, pasta dentífrica, una botella reutilizable pequeña y un mechero.

—Aquí están.

Saca tres latas, una a una, y me las da.

Garbanzos, aceitunas y sopa de verduras.

—No, esta es tu comida, quédatela.

—Tú me ayudas, yo te ayudo. Y, como no tengo formación médica, esto es lo que te llevas. Ah… y esto.

Vuelve a meter la mano en la mochila y me doy cuenta de que ahí es donde debe de guardar la pistola. El corazón se me sube a la garganta, pero

tengo las manos ocupadas. Me ha dado las latas para distraerme y que no pueda defenderme.

Sin embargo, saca tres libros y me los tiende. Dejo las latas en el respaldo del sofá y los examino. La primera cubierta está desgastada y tiene un crucero viejo en la portada. Se titula *Fin de viaje* y es de Virginia Woolf. He oído hablar de ella, pero no de la obra.

El siguiente volumen de la pila es *El resplandor*, de Stephen King. Este sí lo conozco. He visto la película, nunca he leído el libro. Y, por último, hay un atlas de carreteras desgastado y encuadernado en espiral.

—Comida e historias —digo.

—¿No es lo único que se necesita?

Termino de hacer la cena, tan solo una sopa con verduras de lata, y se la llevo. Nos la comemos en silencio. Más bien, me la como en silencio. Andrew aún no la ha probado. Me mira a los ojos.

—Quema —dice mientras sopla en el cuenco.

—Lo siento.

—No te preocupes —dice—. Será la primera comida caliente que me lleve a la boca desde hace bastante tiempo. —Sin embargo, mira la sopa como si fuera un cuenco lleno de arañas—. ¿Cómo es que aquí sigue funcionando todo?

Me trago una cucharada de sopa.

—¿Te refieres a los aparatos eléctricos?

—No, al parque acuático del final de la calle. Estamos en invierno, ¿tíos, de qué vais? —Empiezo a pensar que Andrew jamás deja pasar la oportunidad de hacer un chiste—. Pero sí, a eso otro también. Me has dicho que el agua es de pozo, pero ¿los calentadores de agua no van con gas natural?

—Aquí no llega el gas, todo es eléctrico. Solo veníamos en vacaciones. Una buena tormenta de verano podía dejarnos sin electricidad durante días. Y lo mismo podía pasar en invierno con las nevadas. En varias ocasiones nos metimos tres horas de coche hasta aquí y, al llegar, descubrimos que no teníamos luz. Eso bastó para que mi madre iniciara una guerra personal contra la naturaleza. —Andrew se ríe y sopla una cucharada de sopa—. Así que se gastó un pastón en poner tejas solares y hay una batería de reserva que almacena el exceso de energía.

La última vez que vinimos, empecé a preguntarme si mi madre no se habría visto venir todo esto. Si no habría tenido la intuición de que una plaga acabaría aniquilando el mundo y de que nos veríamos obligados a sobrevivir aquí por nuestra cuenta. Por eso me enseñó a cazar. O, mejor dicho, intentó enseñarme a cazar.

Antes de la supergripe, venir a la cabaña era como visitar otro hogar, un anexo de lo que teníamos en Filadelfia. No obstante, la última vez la sensación fue distinta, como si, al haber abandonado nuestra casa de Filadelfia para siempre, la conexión con este lugar se hubiera interrumpido. Y ahora ya no es más que eso. Un sitio donde algo no encaja.

—¿Tres horas? —pregunta Andrew, que se mete una cucharada de sopa en la boca—. ¿Desde dónde veníais?

—Desde Filadelfia. ¿De dónde eres tú?

—De Connecticut.

—¿Has llegado hasta aquí caminando desde Connecticut?

Asiente y vuelve a mirar la sopa como si no tuviera claro si quiere seguir comiéndosela. Pero coge otra cucharada y dice:

—El invierno ha sido muy duro allí arriba. Así que el primer día de enero que hizo bueno me fui.

—Antes has dicho que llevabas cinco meses solo.

Estamos en marzo.

—Sí, es cierto.

Lo dice de una forma que me lleva a pensar que la historia tiene mucha más miga, pero dejo que no me cuente más.

Terminamos de cenar sin decir nada. Sigue pareciendo incómodo, así que, mientras le retiro el cuenco, le pregunto cómo tiene la pierna. Se la mira, se muerde el labio y luego me mira a mí.

—Voy a ser sincero contigo, Jamison. No…

Se queda callado y mete la mano debajo de los cojines del sofá.

Mierda. ¿Ha escondido un arma mientras yo estaba en la cocina? Saca dos pastillas.

—… no me he tomado las pastillas que me has dado.

—¿Por qué no?

—Porque pensé que intentabas matarme.

Miro los cuencos que tengo en las manos.

—¿Por eso no te comías la sopa al principio?

Frunce la cara como un niño al que acaban de pillar en una mentira.

—Algo así, sí.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa. Casi me río. Casi. Por lo que se ve, los dos pensamos en todo momento que el otro intenta matarnos.

—Te acuerdas de cuando hace unas dos horas te apunté con un rifle, ¿no? Podría haberte matado entonces. —Aunque es mentira. Él no sabe que no habría sido capaz de hacerlo. Ni que, durante todo el tiempo que he tenido esa arma al otro lado de la habitación, nunca he logrado apretar el gatillo cuando apunta a un ser vivo. No tengo ningún problema con las dianas de papel, pero con cualquier cosa a la que le lata el corazón…—. Prometo no matarte si tú prometes no matarme a mí —sugiero.

Andrew coge el vaso de agua.

—El mejor trato que he hecho en todo el apocalipsis.

Y a continuación se toma las pastillas. Sonrío y me voy a la cocina a fregar los platos.

Cuando vuelvo al salón, el sol ya se ha puesto. Enciendo dos velas y las coloco en las mesas auxiliares que hay junto al sofá y el sillón.

Andrew apenas se mantiene despierto. Cuando le pregunto si está bien, contesta con un gruñido. Puede que los analgésicos hayan sido una buena idea: estará fuera de juego el tiempo suficiente como para que pueda echarme a dormir sin preocuparme de que se levante a matarme. Creo que está siendo sincero, pero no puedo fiarme. Quizá sus promesas no valgan nada.

Sus ronquidos suaves llenan el silencio. Lo llamo en voz baja, pero ya está completamente inconsciente. Cojo el libro de Virginia Woolf y, mientras lo hojeo, me cae algo sobre el regazo.

Es un trocito de papel arrancado de lo que parece una agenda de direcciones manuscrita. Dice: «Marc y Diane Foster. Calle Lieper, 4322, Alexandria, Virginia, 22314.» También aparece su número de teléfono, pero ahora eso no sirve de nada.

Observo a Andrew mientras duerme y me pregunto por qué lleva encima un trozo de una agenda. Mi madre tenía una, pero nunca la usaba. La mayoría de la gente guardaba esa información en el móvil.

Dejo el papel sobre la mesa, cerca de él, para que lo vea cuando se despierte. Abro el libro una vez más y empiezo a leer.

5
Andrew

Cuando me despierto, el sol ha inundado el salón. Hay un fuego rugiendo en la chimenea. Me estiro en el sofá y una punzada de dolor que me atraviesa la pierna me obliga a ahogar un grito.

Me han puesto una manta encima.

Jamison me ha tapado con una manta mientras dormía. Me sonrojo, pero me doy cuenta de que no está en el salón conmigo.

Me incorporo y en la mesita veo algo que me llama la atención. La dirección que llevo encima desde hace varias semanas está ahí, junto a mis libros. Debió de caerse cuando me puse a rebuscar en la mochila. La cojo y me la guardo enseguida en uno de los bolsillos del pantalón de chándal que Jamison me dio anoche.

—¿Jamison? —lo llamo.

—Llámame Jamie.

Me sobresalto al oír su voz incorpórea y vuelvo a estremecerme por el dolor de la pierna. Me incorporo un poco más y lo veo sentado en el suelo, cerca de la puerta delantera. Hay un recipiente nuevo, más grande y lleno de lo que parece material médico, que, desde luego, anoche no estaba ahí. Jamie

está fijando un trozo enorme de gomaespuma a la parte superior de la rama que me ha servido de muleta.

En serio, ¿de dónde saca todas estas cosas? ¿Hay una tienda de manualidades Joann Fabrics en el patio trasero? ¿Sabes qué? Ni siquiera voy a preguntárselo. Tiene electricidad, agua y frigorífico, ¿cómo no va a tener también gomaespuma? Seguro que se la ha dado su vecino, Tom Holland. En cualquier caso, el acolchado que le está poniendo es mejor que una camiseta. Me entran ganas de hacer un chiste sobre los rellenos de gomaespuma de las *drag queens*, pero sé que no lo va a pillar.

No tiene sentido utilizar mi mejor material con este chico, sería un desperdicio.

—¿Qué haces dando tumbos detrás del sofá?

Deja lo que está haciendo y se vuelve para mirarme.

—Ay, perdona. ¿Dices que te gusta que se te clave todo lo duro en la axila?

Pero ¿este chico no se oye hablar? ¿Será que los heterosexuales son inmunes a los dobles sentidos? Lo que acabo de decir: mi mejor material. Desperdiciado.

—Tiene buena pinta. Prosiga, soldado.

Jamie vuelve a la tarea y no puedo evitar sonreír mientras lo miro trabajar. Me duelen los músculos de las mejillas de tanto usarlos por primera vez desde hace meses.

Despertad, sonreíd: el apocalipsis nos ha proporcionado un chico guapo que nos cuida para que nos pongamos bien.

Jamie tiene un aspecto que no encaja para nada con su personalidad. Es grande, tanto a lo alto como a lo ancho. Me fijo en cómo mueve las manos, que son enormes pero a la vez delicadas. No levanta la vista hacia mí ni una sola vez mientras trabaja, así que lo observo con toda libertad. Aunque tenga la cara gacha, alcanzo a distinguir sus atractivos rasgos.

No tendría que estar ayudándome. Es como muchos otros chicos que conocía del instituto, los que se meten con la gente como yo.

Pero esa no es su forma de ser. No tiene esa actitud defensiva que sí mostraban otros chavales de nuestra edad. Esos a los que les da miedo contagiarse del gay si se acercan demasiado. Un tío me lo dijo una vez y lo miré de arriba abajo, me señalé a mí mismo y le solté: «No te ligarías a este gay ni aunque tuvieras entradas para *Hamilton*».

Me pegó un rodillazo en los huevos y me tiró al barro. Pero, luego, tuve la satisfacción de decirle a todo el mundo que había tocado unas pelotas gais con

las rodillas… por encima de dos capas de ropa, y, como todo el mundo sabe, lo gay se propaga aún más rápido a través de los tejidos naturales.

—Vale —dice al fin Jamie, y su voz me saca de mis pensamientos. Se levanta y apoya la muleta contra la pared—. A ver, lo de la pierna.

—Hay que amputar, ¿no?

Esboza una sonrisa de medio lado, agarra el cuaderno que le escribió su madre y lo hojea.

—¿Probamos algo menos drástico antes?

Me tiende el libro abierto y lo cojo. Hay un dibujo horrible de una persona con un brazo torcido —sin duda, el arte no era el fuerte de la madre de Jamison— y las siglas RHICE al lado. Reposo, hielo, compresión, elevación.

Ahogo una exclamación.

—¿Reposo, Jamie? ¿No te parece un poco extremo?

Pero suena a gloria. Descansar. Tengo la sensación de que no he descansado desde…

Jamie asiente.

—Tienes razón, voy a por la sierra.

Me río por cortesía y me pongo a echarle un vistazo al cuaderno. Comienza con varias anotaciones de principios del junio pasado. En esa época, todo el mundo decía: «¡No es más que una gripe de verano! La gente muere constantemente a causa de la gripe». Al parecer, la madre de Jamison sabía que algo raro pasaba. Al final de una entrada del 29 de junio, escrito con su letra apenas legible y subrayado, dice: «¡107 muertos en un día!»

Imagino que eso fue solo en su hospital. Porque, en agosto, ya no eran capaces de contabilizar el número de fallecidos al mismo ritmo que se producían. Cuando internet dejó de funcionar, se calculaba que habían muerto casi 178 millones de personas solo en Estados Unidos. Más de la mitad de la población del país. Transcurrieron menos de siete meses desde que llegaron las primeras noticias de las muertes masivas de pájaros en Croacia, Nepal y Guyana, a mediados de mayo, hasta que el virus acabó con cualquier atisbo de civilización en noviembre.

¿Quién iba a decirnos que se necesitaba menos tiempo para destruir el mundo que para gestar a un diminuto ser humano?

Sigo pasando las páginas del cuaderno, las entradas empeoran cada vez más hasta que terminan de forma abrupta en agosto. A partir de entonces, solo hay textos médicos y notas dirigidas a Jamie. Hay una tabla de cálculo para administrar medicamentos que ofrece la dosis correcta por número de kilos; diagramas de férulas para brazos, piernas, dedos de las manos y de los pies.

Me detengo en el último cuarto del libro. Hay motas marrones en las páginas y parte de las anotaciones están también manchadas.

Sangre.

La madre de Jamison siguió escribiendo cuando el virus la alcanzó. Avanzo unas cuantas páginas más y las salpicaduras de sangre se agrandan. Cada vez cuesta más descifrar la caligrafía. Al final, las hojas se vuelven blancas de golpe.

—Esto es una pasada —digo.

Retrocedo hacia una página menos morbosa: ¿diagramas para hacer una apendicectomía? Dios, la madre del doctor Jamison tenía mucha confianza en su hijo, ¿no?

—Ojalá mis padres hubiesen sido médicos. Mi padre no me dejó ningún libro de «contabilidad para el fin del mundo» y lo único que heredé de mi madre fue el sentido del humor.

Intento sonreír, hacer gala de ese sentido del humor, mientras le devuelvo el cuaderno a Jamie.

—Creo que es posible que tengas la pierna rota; tendría sentido, después de que se te quedara atrapada en una trampa para osos y todo el rollo. Pero no podemos estar seguros sin hacerte una radiografía y mi madre no se trajo una máquina de rayos X del hospital.

—Muy poco previsor por su parte, ¿no te parece?

Jamie me tiende una mano.

—Ven, deberíamos hacerlo en el suelo.

Me muerdo la lengua para callarme otro doble sentido —¿ves?, ¡qué desperdicio!— y dejo que me ayude a levantarme del sofá. Esta vez él tiene las manos frías y yo calientes.

Me ayuda a colocarme en el suelo, donde hace menos de veinticuatro horas me senté y decidí dejar que me disparara. Insertar aquí el GIF de Paul-Rudd-Look-at-Us.

Ostras, tío, espero que Paul Rudd haya sobrevivido al virus.

Hay un montón de paños limpios y un gran barreño de agua con jabón en el suelo, junto a unas cuantas vendas. Cuando lo miro, Jamie se sonroja.

—Bueno, como anoche al final no te duchaste, he pensado que querrías lavarte antes de que te vende la pierna. Además, imagino que será así como tendrás que asearte durante las próximas semanas, hasta que puedas volver a apoyarla.

Gruño.

—Claro, porque tienes un calentador de agua.

Ahora mismo, la idea de darme una ducha me parece una delicia.

Señala el barreño.

—Supongo que esta es la mejor alternativa, ¿no? Bueno, esperaré fuera a que acabes. Avísame cuando estés listo.

Se marcha a devolver el contenedor de suministros médicos al cobertizo y empiezo a desvestirme. Tardo demasiado y, para cuando lo hago, el agua con jabón se ha quedado fría. Me doy prisa, me restriego la piel hasta que el agua se enturbia y ya no huelo tanto a vertedero apocalíptico. Luego, me pongo la ropa que Jamie me ha preparado y lo llamo.

Vuelve y se lleva mi ropa sucia y el barreño a la cocina. Cuando regresa, se acuclilla a mi lado y me pide que levante la pierna. Obedezco y me sube la pernera del chándal hasta la rodilla.

—Vale, ya puedes bajarla otra vez.

No aparta la mirada de los puntos de sutura que me dio anoche. Sigo teniendo la pierna hinchada. Con delicadeza, me posa una mano suave en la rodilla y siento que una explosión de calor me recorre el cuerpo entero. Me arden las mejillas y trago saliva con dificultad.

Es la primera persona que me toca desde hace… No sé ni cuánto tiempo.

El virus acabó con los abrazos y las caricias en general. Es una sensación tan… no rara, sino… mala. Y también buena.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Pues claro que no.

—Sí.

—Voy a tocarte la pierna, pero te prometo que no apretaré. Avisa si te duele.

—Ajá.

Me pone una mano a cada lado de la pierna y se me calienta el cuerpo. Va bajándolas desde la rodilla hacia la espinilla, despacio, rozándome el vello, a todas luces erizado, con los dedos. Retira las manos cuando se acerca a los puntos de sutura y es como si mi piel intentara estirarse hacia él para atraerlo de nuevo. Como si estuviese suplicándole que me tocara otra vez. Casi jadeo cuando las yemas de los dedos de Jamie vuelven a posarse sobre mí.

Me tiemblan las manos y aprieto los puños para intentar disimularlo.

Miro a Jamie: está totalmente centrado en mi pierna. Menos mal. Al menos no se ha percatado de mi reacción.

Emite una especie de «hum».

—¿Qué? —le pregunto.

—La mayor parte de la inflamación está en la pantorrilla, no en la espinilla.

Aparta la mano y coge el cuaderno. Me estremezco porque mi cuerpo se enfría de inmediato y deseo que vuelva a tocarme.

—¿Qué quiere decir eso? —le pregunto.

Encuentra la página que buscaba en el libro.

—Que… quizá tengas la fíbula rota. —Lo miro con cara de confusión—. El hueso más delgado que hay al lado del grande, del que forma la espinilla.

Le da la vuelta al cuaderno, donde hay un esqueleto trazado con gran claridad y con los huesos principales identificados con la caligrafía de la madre de Jamie.

—¿Qué quiere decir eso… para mí?

—Esperemos que no haya que recolocarla, porque, en ese caso… —Se interrumpe y niega con la cabeza—. Ya nos preocuparemos de eso más adelante. Por ahora, reposo, hielo, compresión.

Mierda. Un hueso roto y sin hospitales a los que acudir.

—¿Cuánto tarda un hueso en curarse?

No quiero saber la respuesta. Nunca me he roto nada. Cuando tenía cuatro años, mi vecino de trece me golpeó en la barbilla con un bate de béisbol sin querer. Ni siquiera entonces se me rompió un hueso. Eso sí, tengo una cicatriz feísima en la parte inferior del mentón.

Y no creas que no me han hecho ya todas las bromas sobre tener más cuidado con lo que te llevas a la boca. Bueno, en realidad, no me las han hecho y es decepcionante. Porque, a ver, es que está justo ahí, gente.

Jamie se encoge de hombros y dice:

—Me rompí el brazo cuando tenía diez años… —Ay, sabía que era uno de esos niños. Intento no sonreír mientras me imagino al crío de la foto de la playa que hay en el comedor saltando vallas y trepando a los árboles como si fuera invencible—. Tardé algo más de dos meses en recuperarme. Puede que tú necesites unas seis semanas o así.

—¿Seis semanas?

—A lo mejor es menos —aventura—. Aunque también podría ser más.

—Joder. —Me recuesto en el suelo. Pero ¿qué es esta otra sensación? ¿Es alivio? También significa seis semanas más para retrasar lo inevitable. Estrujo el trozo de papel que tengo en el bolsillo. Seis semanas más para fingir que soy otra persona—. ¿Qué día es hoy?

Consulta otra página del libro, la que está marcada con una cinta de seda sujeta al lomo.

—Veintitrés de marzo.

Hago cuentas mentalmente. Seis semanas me llevarían a principios de mayo. Tengo margen incluso hasta mediados de mayo. Mi fecha límite, el último en el día que sé que aún encontraré a los Foster en Alexandria, es el 10 de junio.

Pero entonces no podré evitar las carreteras. Tendré que volver a las vías principales. Se acabaron los desvíos por pueblos y bosques. A ver, el lado bueno es que no me encontraré con más trampas para osos.

Yupi.

Luego está el riesgo de volver a cruzarse con otras personas.

—¿Qué te pasa?

La pregunta de Jamie me obliga a salir de mis cavilaciones. Lo miro y su expresión es de amabilidad y preocupación.

Hace que se me encoja el estómago y me duela el pecho. Este chico llevaba meses aquí solo antes de que yo irrumpiera en la cabaña.

Y ahora me está ayudando. Es mejor persona que yo. Por alguna razón, el apocalipsis no lo ha cambiado como me ha cambiado a mí. Y a todos los que quedan ahí fuera, de hecho.

¿Cómo ha conseguido salir indemne? A lo mejor es por este sitio. Y, si eso es así, yo no me merezco seis semanas de prórroga aquí. Es demasiado tiempo. Se terminaron los retrasos. Tengo que recuperarme y ponerme en marcha.

Alexandria me espera.

—Nada —respondo.

Pero ya tengo un socavón en las entrañas que sé que se convertirá en un pozo cuando tenga que despedirme de Jamie.

6
Jamison

En cuanto el vendaje está listo, ayudo a Andrew a levantarse apoyando la pierna buena y le tiendo la muleta.

—Cuando vaya al pueblo por provisiones, intentaré buscarte una muleta de verdad, pero, de momento, esta te ayudará a desenvolverte un poco por aquí.

—Fabuloso. Estoy encantado de dedicarte mi mejor imitación de Robo-Tim. —Lo dice con lo que parece un dejo de frustración y enarco las cejas—. Perdona —se disculpa—. Es genial. O sea, te agradezco mucho que me estés ayudando.

No ha pasado ni siquiera un día entero, pero tenerlo aquí me da algo que hacer. Algo con lo que distraerme del silencio, los recuerdos y el miedo.

Lo de tener a alguien con quien hablar tampoco está nada mal.

Con su mera presencia, Andrew me ayuda de una forma que no creía que necesitara.

—Venga —le digo—. Vamos a preparar algo para desayunar.

Lo ayudo a llegar a la cocina y lo guío hasta uno de los taburetes altos que hay en la esquina. Se sienta en el borde y estira la pierna hacia la estufa, que aún está caliente gracias a los troncos que le he echado antes.

Andrew coge uno de los periódicos viejos que utilizo para encender el fuego. No encontrará gran cosa. Es de principios de agosto, de antes de que mi madre y yo nos trasladáramos aquí, y está lleno de obituarios abreviados y de rumores sobre la creación de una posible vacuna por parte de los Institutos Nacionales de Salud.

Le echa un largo vistazo y dice:

—Hum, sí, tomaré los huevos revueltos con queso y kétchup Heinz por encima, beicon de pavo y una tostada de pan integral con mantequilla de almendras casera. Y un vaso de zumo de naranja, por favor.

Sonriendo, me devuelve el periódico. Contengo yo también una sonrisa y dejo el periódico de nuevo en su sitio.

—Muy bien, marchando unas alubias de lata y una Pop-Tart.

—¿Tienes Pop-Tarts?

Abro un armario y saco una de las cajas que robé en una tienda del pueblo hace unos meses.

—Déjate de alubias, pienso comerme toda la caja.

Estira las manos hacia ella e intenta cogerla como si fuera un niño pequeño.

—Tienes que aumentar la ingesta de proteínas para curarte antes.

—Es un poco complicado encontrar buenas fuentes de proteína en el apocalipsis, Jamie.

Abro el congelador y le muestro las reservas de carne del otoño.

—¿Qué es eso? —me pregunta.

—Ciervo. —Saco uno de los paquetitos y lo meto en la nevera—. Esta noche prepararé chili para cenar.

—¿Sabes cazar?

—Me enseñó mi madre.

Estrictamente hablando, no es mentira, porque sí que me enseñó. Queda carne suficiente para que nos mantengamos durante algo más de ocho semanas. Pasado ese tiempo, no me quedará más remedio que salir a cazar. Solo de pensarlo, siento una punzada de angustia en lo más profundo de mi ser. Pero, si debo elegir entre morir de hambre o matar a un animal, mataré al animal. No era vegetariano antes del apocalipsis, así que ahora tampoco debería suponerme un problema.

Eso es mentira: acabar con una vida por ti mismo es distinto a comprar un kilo de carne envuelto en plástico en el supermercado Whole Foods. A lo mejor, cuando vuelva a salir a buscar provisiones, encuentro un restaurante

con paneles solares que le suministren electricidad a un congelador con carne para varios años.

Vale, vamos a morir de inanición.

La ansiedad me contrae el estómago como una boa. Quizá lo mejor sea que enseñe a Andrew a cazar cuando se recupere: yo le digo lo que tiene que hacer y que él apriete el gatillo.

Pongo al fuego un cazo con alubias y dejo un paquete de Pop-Tarts en la encimera. Se ha hecho el silencio y no es algo que me guste mucho, así que me pongo a charlar mientras remuevo.

—Te marchaste de Connecticut, pero ¿adónde ibas?

Recuerdo la dirección de Alexandria que cayó de uno de sus libros. Con el rabillo del ojo veo que se inquieta un poco.

—¿No te has enterado? —me pregunta.

¿Enterarme de qué?

—Me vine aquí a finales de agosto, así que, si ocurrió después, no…

—Sabes lo de la cuarentena de los Países Bajos y el Reino Unido, ¿verdad?

Asiento. Una cuarentena en toda regla: cerraron las fronteras y abrían fuego contra los infractores en cuanto los detectaban. Después se sumó Italia, que aprovechó su experiencia con el covid para intentar tomarle la delantera a la supergripe. Alemania fue la siguiente.

—Por lo visto, ha funcionado. Sus cifras han bajado y corre el rumor de que van a mandar ayuda. Se me ocurrió dirigirme al sur para ver si llega de verdad.

—¿Quién te ha contado todo esto?

Se queda callado un momento.

—Las personas con las que me cruzaba en la carretera. Y hay pintadas por todas partes. Dicen «DCA 6/10».

—¿Qué significa eso?

—Al principio no lo sabía, pero al parecer es el código del Aeropuerto Nacional Ronald Reagan, a las afueras de Washington DC. Y 6/10 es el diez de junio, la fecha en la que se supone que llega la nueva Unión Europea.

O sea que Alexandria debe de ser una parada en el camino. O un marcapáginas cualquiera que no significa nada.

—Si quien viene es la Unión Europea, ¿no sería el seis de octubre?

Suelta un suspiro ruidoso a mi espalda.

—Los que hacen las pintadas son estadounidenses, Jamie.

Me vuelvo para mirarlo e intentar descifrar si no es más que una broma.

—¿De verdad crees que va a venir alguien?

Se encoge de hombros y, cuando por fin vuelve a hablar, lo hace en tono defensivo:

—Es mejor que quedarse de brazos cruzados. Esto es el fin del mundo, ¿acaso te están esperando en algún otro sitio?

—¿Por eso decidiste meterte en un bosque y quedarte atrapado en una trampa para osos?

Pretendía que fuera una broma, pero da la sensación de que lo estoy riñendo.

Durante unos segundos, creo que está a punto de gritarme. Pero responde sin alterarse, con la voz tranquila.

—Me aparté de la carretera principal porque ahí fuera no hay nada mejor. Nada ha mejorado. ¿Cuánto tiempo dices que llevas aquí? No sabes cómo son las cosas ahí fuera.

—Perdona, no quería decir eso.

—Ahí fuera la gente no es como tú y quizá probé a salirme de la carretera para no tener que seguir… —Deja escapar un suspiro frustrado y mira hacia otro lado—. ¿Podemos cambiar de tema?

—Sí. Lo siento. —Revuelvo las alubias—. ¿Quieres más analgésicos?

Al principio no contesta, luego dice:

—Sí. —Cuando me dispongo a salir de la cocina, añade en voz baja—: Por favor.

No sé qué le pasó para hacerlo apartarse de la carretera, pero, fuera lo que fuese, no parece que quiera hablar de ello, así que no insistiré. No es asunto mío. No tiene más remedio que quedarse aquí hasta que se recupere y luego se irá, de vuelta a la carretera. Entonces ya se me ocurrirán otras formas de distraerme de los recuerdos y las pesadillas.

Vuelvo a la cocina, le paso las pastillas a Andrew —además de dos antibióticos— y le acerco un vaso de agua. Se las toma y se mantiene callado mientras sigo calentando las judías. Con el rabillo del ojo veo que queda poca leña apilada en el cubo que hay junto a la estufa. Solo tres troncos partidos.

El silencio que reina en la cocina es incómodo y esa es la excusa perfecta para marcharse.

—Tengo que ir a buscar otro tronco.

En cuanto lo digo, espero que haga un chiste verde.

Pero solo dice:

—Vale.

Mentiría si dijera que no me siento un poco decepcionado.

Cuando salgo a la terracita del comedor, el ambiente se ha cargado de una niebla espesa. Los tablones del suelo están tan húmedos que brillan, y eso significa que la leña también estará mojada. Me alegro de haber salido ahora a por ella, así habrá tiempo de que se seque en casa.

Me dirijo hacia el cobertizo pisando la hierba húmeda. Sigue habiendo bastante leña amontonada en dos filas a lo largo de toda la pared del cobertizo, que mide más de tres metros de largo. Desato una de las cuerdas elásticas que sujeta la lona azul que la envuelve. No talamos árboles para hacer esta leña, sino que nos equivocamos al comprarla hace más de un año. El invierno anterior a la supergripe, mi madre encargó cuatro palés de leña sin saber que cada uno de ellos contenía alrededor de mil kilos de madera. Antes rodeaba todo el cobertizo, pero ahora ya solo quedan estas dos últimas hileras.

Levanto parte de la lona para coger unos cuantos troncos partidos. Cuando me agacho para recoger la cuerda elástica de la hierba y volver a sujetar la lona, me quedo inmóvil.

Allí, en la hierba, al lado de la cuerda elástica, hay cuatro colillas. Trago saliva y miro hacia los árboles que rodean el patio. La niebla está quieta e inerte. Aguzo el oído e intento hacer caso omiso de la sangre que me palpita en ellos, intento captar el chasquido de una ramita, unos pies que se arrastran o incluso la exhalación áspera de una bocanada de humo. Pero no oigo nada. Ni pájaros —seguro que la supergripe ya los ha matado a todos— ni insectos ni personas.

Vuelvo a bajar la mirada hacia las colillas. Quienquiera que las haya dejado aquí debe de haberse marchado hace ya tiempo, pero tuvo que estar un buen rato para fumarse cuatro cigarrillos. Y fue lo bastante listo como para esconderse detrás del cobertizo.

Quizá me viera a través de la ventana de la cocina y decidió marcharse. Siento una opresión en el pecho.

A lo mejor Andrew me ha mentido y al final no estaba solo.

Cojo la leña y me encaminó de nuevo hacia la puerta de atrás, atento a cualquier movimiento procedente de entre los árboles o del lateral de la casa. Tengo todos los sentidos en alerta máxima. Abro la puerta corredera de cristal empujándola con el dorso de la mano y utilizo la espalda para cerrarla detrás de mí.

Andrew está de pie removiendo las alubias, apoyado en la pierna buena y con la otra estirada hacia un lado y apenas rozando el suelo. Se da la vuelta y me mira con una ceja arqueada.

—Pensaba que te habías perdido en la niebla y que iba a tener que comerme toda la caja de Pop-Tarts yo solo.

Sus bromas alivian un poco la tensión que siento en el pecho. Creo que, si estuviera con alguien, estaría más preocupado por su acompañante que por hacer chistes sobre las Pop-Tarts. Y que quien fuese no lo habría dejado entrar solo en una casa extraña estando herido.

—Pobre de ti —digo mientras meto la leña en el cubo de metal que hay junto a la estufa—. Ya puedes volver a sentarte. Yo me encargo.

Vuelve a su asiento dando saltitos con mucho cuidado. Las alubias ya están burbujeando, así que meto dos Pop-Tarts en la tostadora y sigo removiendo sin dejar de pensar en las colillas del patio.

Y en que alguien podría haber estado vigilando esta casa.

7
Andrew

Cuando terminamos de comernos las Pop-Tarts y las alubias —ya lo sé, arg—, Jamie recoge los platos y se pone a lavarlos. Cada vez me siento más inútil.

—¿Te ayudo? —pregunto, desesperado porque me dé algo que hacer.

Aunque no sea capaz, por mis narices que voy a intentarlo.

—No, te he dicho que vayas a tumbarte y pongas el pie en alto. —Se vuelve para mirarme sin dejar de frotar—. Si te rompes la otra pierna, me voy a cabrear de verdad.

—Jamie, ¡deja de intentar ser el centro de atención! —grito—. Aquí la víctima soy yo.

Es una broma arriesgada, teniendo en cuenta que es posible que aún no pille mi humor.

Por suerte, su sonrisa me dice que la entiende.

—El que tendrá que oírte gritar como una nenaza cuando te duela soy yo. La víctima soy yo.

—Ya no está bien llamar «nenaza» a la gente. Implica que las chicas son débiles.

—Mi madre soltera me crio sola durante dieciséis años. Y luego, mientras el mundo ardía a nuestro alrededor, me enseñó a administrarte la medicación, a curarte las heridas y a vendarte la pierna. Además, durante por lo menos treinta páginas del cuaderno en el que anotó todo esto, estaba ya enferma y agonizando. Y ni una sola vez se quejó como lo hacías tú ayer.

Ahora la sonrisa que esboza es forzada.

Todos hemos perdido a alguien, así que sé cómo se siente. Lo que más deseo en el mundo en este momento es darle un abrazo.

Quiero cruzar la habitación corriendo, acercarlo a mí, estrujarlo y darle las gracias. Quiero agradecerle a su madre todo lo que hizo para preparar a Jamie para esta vida. También quiero hablarle de mi familia y que compartamos nuestro dolor.

Debo de haber estado callado durante demasiado rato, porque es él quien vuelve a hablar a continuación:

—Perdona. En mi cabeza sonaba mucho menos siniestro.

—No, en realidad me gustaría saber más de ella.

—¿De mi madre?

Parece sorprendido.

—Por lo que cuentas, era una mujer inteligente. Y quizá podrías compartir conmigo algunos de sus consejos de supervivencia. No me estoy apañando muy bien solo.

Quiero saber más sobre la mujer que tuvo a este chico tan amable y dulce y, ¿hola?, madre mía, qué rápido funcionan estas pastillas.

—A lo mejor cuando vuelvas a andar.

Se seca las manos y se acerca para ayudarme a levantarme. Me lleva al salón y me tumba en el sofá.

—¿Cuánto tiempo crees que falta para que empieces a pensar que estoy abusando de tu hospitalidad? —le pregunto.

—Si tuviera que hacer una hipótesis, diría que hace doce horas. —Me lanza una sonrisa burlona y yo lo miro con los ojos entornados mientras intento impedir que a mí también se me escape una sonrisa—. No voy a echarte mientras vayas por ahí dando saltitos con una rama de árbol. ¿Qué clase de monstruo crees que soy?

No es un monstruo. Ya lo demostró al no dispararme. Ese momento fue decisivo para dejarme claro que no es como las demás personas que he conocido. Que no es como yo. Aun así, fue más allá. Sigue ayudándome.

—Gracias, Jamie.

No sé cómo decírselo de otra forma. Tengo muchas más cosas que decirle, pero no me funciona el cerebro. Estoy demasiado feliz. Y colocado. Porque (gracias, mamá de Jamie), una vez más, esa mujer consiguió de lo bueno lo mejor.

—No tienes que agradecérmelo. Cualquiera habría hecho lo mismo.

Eso no es verdad. Pero él lo sabe e intenta actuar como si no. Como si no fuera el único que me ha ayudado desde que el mundo se volvió oscuro y el virus mató a todas las personas que queríamos.

Mete más leña en la chimenea y luego vuelve a la cocina para terminar de recoger. Yo cierro los ojos un rato.

Tengo la barriga llena (más o menos), estoy calentito delante del fuego, las pastillas están creando una agradable sensación de embotamiento en la cabeza y, aunque el dolor de la pierna no ha desaparecido, al menos ahora no me preocupa. Sonrío y, por primera vez desde hace mucho tiempo, doy gracias por estar vivo. Doy gracias por no estar solo.

Abro los ojos cuando Jamie vuelve al salón. Sigo teniendo una sonrisa tonta dibujada en la cara.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Él también sonríe.

—Sí.

Asiento con la cabeza.

Tengo la sensación de que se está aguantando la risa cuando se sienta frente a mí en el sillón. Es su sillón. Todos los sillones de esta casa son suyos, pero ese es «su sillón». Yo tengo mi sofá y él tiene su sillón.

«Por Dios, cambia de tema».

—¿Qué demonios hacías todos los días antes de que apareciera yo? —le pregunto mientras me lo imagino sentado en «su sillón», solo.

Se lo piensa un momento.

—Pues… ¿cazar? Pasaba mucho tiempo ojeando el cuaderno de mi madre.

—Hay que estar siempre preparado. Como un buen *boy scout*.

¿Se me está trabando la lengua?

—Y poco más.

—Algo más tenías que hacer. Lo que has dicho ocupa como… una hora de actividad. Nueve de la mañana: despertarse, disparar a Bambi, destripar a Bambi, congelar a Bambi, plantar un pino, tejer un jersey, leer el cuaderno. Diez de la mañana: cruzarse de manos.

Se le ensancha la sonrisa y le veo los dientes. Los tiene bonitos y rectos y quiero preguntarle si llevó aparato de pequeño. Imagino que sí. De color azul oscuro, a juego con sus ojos.

Se da una palmada en la frente y exclama:

—¡Se me ha olvidado ponerme a tejer a las nueve y cuarenta y cinco!

—En serio, ¿te has pasado aquí solo todo este tiempo sin hacer nada excepto cazar ciervos? ¿Y en invierno, cuando hacía demasiado frío para salir?

Se queda callado y frunce los labios.

—¿Cómo de colocado estás, exactamente?

—Estoy flotando en la misma órbita que la Estación Espacial Internacional, no me cambies de tema. —Guardo silencio un instante, cambio de tema y abro los ojos como platos—. ¿Crees que seguirán ahí arriba, solos en el espacio y sin poder volver? ¿Sin tener ni idea de lo que les habrá pasado a sus familiares?

Sus familiares. Siempre pienso en las familias desperdigadas por el mundo, que no saben quién sigue vivo y quién ha muerto. Ni cómo han muerto. El calor y la comodidad que sentía se han desvanecido porque vuelvo a estar concentrado en mi pierna. Lo único que me impide marcharme de este lugar e informar a otra familia de quién ha muerto.

Y cómo.

Jamie arquea sus gruesas cejas.

—Pues la verdad es que ni siquiera había pensado en ellos hasta ahora, pero sí, supongo que aún estarán ahí arriba.

—Mierda.

—Tienen que saber lo que está pasando, al menos por encima. A lo mejor los hicieron volver antes de que la gente de la NASA se pusiera enferma.

—A lo mejor.

Ahora no puedo dejar de pensar en ello. ¿Y la gente que se pasa meses en un submarino sin emerger a la superficie? ¿Y los que trabajan en un centro de investigación en la Antártida? Recuerdo haber leído algo acerca de una isla protegida, cerca de la costa de la India, que alberga a la comunidad más aislada del mundo. ¿Y ellos? ¿Sabrán siquiera lo que ha pasado?

—Espera, que te enseño una de las cosas que hacía.

Jamie se levanta y se acerca al mueble que hay bajo la ventana que da al porche delantero. Me incorporo apoyándome en los codos y lo miro mientras abre las vitrinas centrales y levanta la tapa de plástico de un tocadiscos. Me fijo por primera vez en los altavoces de encima del mueble.

—Vinilo, muy de hípster de Brooklyn por tu parte. Un momento, ¿cuál es el Brooklyn de Filadelfia?

Tensa los hombros y se vuelve de golpe, con las fosas nasales hinchadas.

—¡Cómo te atreves!

Me echo a reír porque incluso los intentos de Jamie por parecer ofendido resultan graciosos. Sonríe y vuelve a mirar los discos.

—¿Alguna preferencia?

—¿Cuál es tu favorito?

Escoge uno. Sin enseñármelo, lo coloca en el plato, pone en marcha el tocadiscos y coloca la aguja sobre el vinilo que gira. Mueve las manos grandes y delicadas despacio, con mucho cuidado. Como si estuviera desactivando una bomba que podría explotar en cualquier momento.

Deja la funda del disco encima del mueble y vuelve a su sillón. El silencio que precede a la música produce un sonido sucio, crepitante e intermitente. Como si lo hubieran puesto a menudo. Primero llega la voz grave de una mujer, y luego entran un bajo, un piano y una armónica.

Me tumbo en el sofá y escucho la letra y la música. Es lenta y relajante. Miro a Jamie. Tiene los ojos cerrados y mueve los labios con suavidad.

Sonrío mientras lo observo pronunciar todas y cada una de las palabras que componen la canción. No vuelve a abrir los ojos hasta que la cantante entona la última y larga nota. Cuando lo hace, se sonroja y sonríe, aparta la mirada de mí enseguida. La siguiente canción empieza con un bajo y una armónica y es algo más rápida.

—Perdona, era la favorita de mi madre, así que me crie escuchándola.

—¿Quién es? —pregunto.

—Nina Simone. Me encanta su voz. Iba a asistir a una escuela de música en Filadelfia en la década de 1950, pero no la admitieron porque era negra. Clavó la audición, pero no querían que la primera alumna negra que aceptaran fuera cantante de *jazz*.

Pronuncia «*jazz*» como si fuera una palabrota.

—Racistas de mierda.

—Pero los puso en su sitio. Consiguió trabajo de cantante en un bar y acabó convirtiéndose en uno de los nombres más importantes de la industria musical. Has oído sus canciones, aunque esta sea la primera vez que oyes su voz.

Dejamos de hablar y escuchamos. De vez en cuando, Jamie se deja llevar por la música y marca el ritmo con la cabeza o mueve los labios durante una parte que le gusta mucho. Me habla de las canciones y las actuaciones de

Nina Simone. Mientras lo escucho, sé que así debía de ser como su madre hablaba también de ella. Como compartía sus conocimientos con su hijo.

—Mi madre decía que si hubiera sido niña me habría llamado Nina, como ella.

—¿Puedo llamarte Nina?

—Si lo consideras necesario…

La música se interrumpe con rasguños y restallidos de vinilo y Jamie se levanta para darle la vuelta el disco. Cuando vuelve a sentarse, le pregunto:

—Bueno, Nina, ¿cómo eras antes de tener que convertirte en un ser obsesionado con la supervivencia y completamente autónomo?

Sonríe.

—Un estudiante de aprobados altos y algún notable que trabajaba a tiempo parcial en una heladería. ¿Y tú?

—Un estudiante con ínfulas artísticas, una vena rebelde y una significativa falta de control parental.

—Parece divertido.

Me quedo callado un instante y luego le digo:

—En su momento, creo que lo era. Mi madre murió primero. Fue bastante al principio. Ya se sabía lo del virus, pero, para cuando descubrieron lo grave que era, ella ya estaba casi muerta. —Nina Simone sigue cantando mientras hablo—. Después de aquello, nos portamos bastante bien. Hacíamos todo lo que se suponía que debíamos hacer: lavábamos todo lo que comprábamos, no nos relacionábamos con nadie. Pero, al cabo de un tiempo, mi padre enfermó y se marchó. No tenemos muy claro adónde. Lo oí toser en plena noche. ¿Sabes a qué tos me refiero?

Asiente con la cabeza. Claro que lo sabe. Qué pregunta más tonta.

—El caso es que, en un momento dado, dejó de toser y supuse que se había quedado dormido. Cuando me desperté, la casa olía a lejía y había una nota en la mesa de la cocina. Decía que estaba enfermo y tosía sangre. Nos pedía que no saliéramos a buscarlo, que nos quedáramos en casa. Eso fue… en agosto, ¿o era ya septiembre? No lo sé, a esas alturas el tiempo era algo confuso. Mi hermana pequeña lo cogió en noviembre.

Lo recuerdo porque fue después de que se cayera internet.

Mirándolo en retrospectiva, puede que abandonar mi único refugio en pleno invierno no fuera una gran idea. Tengo que reconocerlo. Aguanté todo lo que pude, pero estar solo en esa casa… No podía enterrarla porque el suelo estaba helado y tampoco podía dejarla a la intemperie para que los elementos y los animales la destrozaran.

Así que, cuando no pude soportarlo más, la dejé en su habitación, tapada con sus sábanas. Me despedí y me fui.

—Entonces… ¿no has visto a nadie desde noviembre? —pregunta con un deje de vacilación en la voz que no sé muy bien a qué atribuir.

—Sí.

Mentir es de mala educación (¡y encima tan mal!), pero nos conviene limitarnos a pensar en cosas felices.

—¿Cómo se llamaba?

Su pregunta me pilla por sorpresa.

—¿Mi hermana?

Asiente. La mayoría de la gente dejaría el tema por miedo a alargar una conversación difícil e incómoda. Jamie no: él me lo pregunta a bocajarro.

Me alegra decir su nombre.

—Elizabeth.

—¿Cómo era?

Sonrío. Esto es aún mejor.

—Muy lista. Y divertidísima. Mis padres… —Estoy hablando demasiado, así que me muerdo la lengua. Las lágrimas me enturbian la vista para que haga juego con mi mente empañada por las pastillas—. Lizzie me entendía. No era como ellos.

—Lo siento.

Me encojo de hombros.

—Ya pasó. Ahora no se puede hacer nada al respecto. Me mantuve a su lado durante todo el tiempo que estuvo enferma. Le limpié la sangre, la mierda y los vómitos y sigo aquí. Si no soy inmune… no sé qué otra razón podría haber.

Vuelve a asentir. No quiero seguir hablando de eso. Los medicamentos alivian el dolor físico, pero no tienen ningún efecto sobre el emocional. De hecho, lo empeoran. Todo me pesa más.

—Cosas felices —digo—. Ya no estoy en órbita y necesito pensar en cosas felices para volver a volar antes de que la pierna me empiece a doler otra vez.

Me sonríe.

—¿Cuál es tu película favorita?

—Tú primero.

Se encoge de hombros.

—No sé… *Vengadores: Endgame*.

—Uf. —Sacudo la cabeza—. No podría haber una peli más típica para un tío hetero. Pff… *Endgame*.

Y se me escapa así, sin más. Acabo de salir del armario y de lanzarme al mundo. El corazón me da un vuelco y siento miedo. ¿Y si me echa? Mierda, ¿y si me mata? Los derechos civiles no existen cuando no existe la ley. Pero Jamie ni siquiera se inmuta. ¿Será que no se ha enterado?

—Vale, muy bien —dice—. ¿Cuál es la tuya, entonces?

—*Vértigo*.

Niega con la cabeza.

—No la he visto.

Claro que no.

—No me sorprende. Soy un bicho raro. Solo la conozco porque mi padre era un friki del cine. Nos obligaba a ver los viejos clásicos en familia los sábados por la noche. Cada semana elegíamos uno, la única norma que nos ponía mi padre cuando nos tocaba a mi hermana o a mí era que la película debía tener más de diez años.

—¿Por qué diez años?

Me encojo de hombros.

—Empezamos a hacerlo cuando yo tenía diez años y quería exponerme a películas creadas antes de que yo naciera. Se convirtió en una norma.

—Entonces, ¿nunca veías películas nuevas? —Entorna los ojos—. ¿A que ni siquiera has visto *Endgame*?

—Podía ir al cine a ver las nuevas con mis amigos. Pero, para la noche de cine en familia, solo había películas antiguas, a menos que las escogieran mi madre o él. *Vértigo* fue una de las pocas que eligió mi padre y que me gustó. Es de Hitchcock, de 1958. A todo el mundo le gusta *Psicosis* o *Con la muerte en los talones*, pero *Vértigo* trata de la masculinidad tóxica desde el punto de vista del mismísimo Maestro de la Masculinidad Tóxica.

—Vi la nueva versión de *Psicosis* en Netflix.

Hago una mueca.

—Me das asco.

Sonríe.

—¿Tu comida favorita?

—La lasaña. ¿Y la tuya?

—El helado.

—El helado no cuenta, Jamie, es un postre.

—Eso no significa que no sea comida.

—Repito: me das asco. —Todavía no ha sacado el tema de mi metedura de pata—. ¿Cita favorita?

—Cine y luego cena.

—Muy original, de verdad. Seguro que tenías muchísimo éxito con las chicas.

¿Le estoy sonsacando? ¿Estoy intentando averiguar si sería posible que Jamie se interesara por mí? ¡Tendríamos una historia de «cómo os conocisteis» adorable y se la contaríamos a nuestros nietos posapocalípticamente adoptados! «¡El yayo apuntó al abuelito con un rifle después de que este pisara una trampa para osos!»

Pero no, qué tontería, porque ¿qué probabilidades hay de que pise una trampa para osos y conozca a otro chico gay en medio de un bosque de Pensilvania después de un apocalipsis vírico? Antes del apagón televisivo —porque el de internet fue antes—, la mayoría de los cálculos hablaban de más de dos mil millones de muertos en todo el mundo. Estoy demasiado colocado para hacer las cuentas, pero, con esas cifras, ¿cuántas personas *queer* de mi edad podrían quedar?

—Vale, listillo —me dice, y sus palabras me sacan de la espiral descendente de pavor existencial *queer* en la que me había sumido—. ¿Cuál sería tu día de cita perfecto?

—El veinticinco de abril. —Me mira como si no lo entendiera—. Por Dios, Jamie, entenderías estas referencias si vieras alguna película que no fuera del Universo Cinematográfico de Marvel.

—¿Es de una película? No lo pillo.

Gruño y vuelvo a incorporarme sobre los codos.

—Un *picnic* bajo las estrellas en un parque.

—Ah, claro, es que tú eres de Connecticut. En Filadelfia no se ven las estrellas.

Los analgésicos me han encapsulado por completo el cerebro en una ola de aturdimiento, así que hablo antes de ser consciente de lo que estoy haciendo.

—¿Tenías novia antes de que pasara todo esto?

Guarda silencio un instante.

—Sí.

—¿Está muerta?

—Sí.

—Lo siento.

—¿Y tú?

Le examino el rostro.

¿De verdad me está preguntando si salía con una chica? ¿Es posible que no se haya enterado del comentario del «tío hetero»?

—Estaba soltero, por suerte… o por desgracia. Depende de cómo quieras mirarlo.

—Por suerte.

—No sé si quieres que te pregunte por ella…

Sé que la respuesta más probable es que no, pero, aun así, él sigue hablando.

—Se llamaba Heather. Empezamos a salir en abril. Murió la primera semana de junio. Aún era pronto y le entregaron el cuerpo a su familia para que pudieran celebrar un funeral. Una semana más tarde, y seguramente la habrían arrojado a una fosa común como a los demás. —Se queda callado y Nina sigue cantando—. No fue nadie más. Solo estuvimos sus padres y yo. Todos los demás estaban enfermos o tenían miedo de contagiarse.

La imagen de Jamie sentado en el funeral de esa pobre chica, solo y vestido con un traje que no era de su talla, me rompe el corazón.

—Me sentí mal por ellos, pero después no supe qué hacer, así que no les hablé. Puede que sigan vivos. Tendría que haber ido a ver cómo estaban antes de venirme aquí con mi madre.

Sé cómo se siente. Sé lo que es preocuparse por la gente porque crees que les debes algo. Pienso en la dirección de Alexandria y la culpa me inunda como un tsunami. Tal vez me esté acomodando demasiado en esta cabaña.

—Lo siento —dice, y levanta la vista hacia mí—. Cosas felices.

La niebla espesa de los analgésicos me ayuda a ocultar la culpa. No, no la oculta. Sigue ahí, pero consigo ignorarla un rato más. Es más fácil fingir que no pasa nada.

—Sí, felices. —Tras unos segundos, sonrío cuando se me ocurre una idea—. Vale. Vas a recibir un curso intensivo de películas que no son de Marvel.

—He visto más pelis.

—Pero no *Miss Agente Especial*.

—¿Se titula así?

Venga, no me jodas. Este chico es un caso perdido. Qué suerte tiene ahora mismo de que mi pierna rota y yo estemos aquí.

—Sí, Jamie. Se titula así. Y tienes que imaginarte a Sandra Bullock cuando… Porque sí sabes quién es Sandra Bullock, ¿no?

—La de la película de los ojos vendados.

Pasmado, me deja. ¿Esa es su película de Sandra Bullock?

—¡En fin! *Miss Agente Especial*… Sandra Bullock está en un restaurante ruso, de incógnito. No, no, espera, está claro que antes tengo que contarte un *flashback* con mucha importancia para el desarrollo del personaje.

—Esta película es genial.

—Cállate, te va a encantar.

Así que le cuento toda la película, de principio a fin. Jamie no me interrumpe en ningún momento para decirme que es una tontería o que se aburre, ni siquiera cuando los medicamentos me enturbian un poco la memoria y meto la pata en el planteamiento de un chiste o tengo que pensar un poco más de la cuenta para recordar lo que pasaba a continuación.

El único problema es que no se ríe. Sonríe o suelta un bufido por la nariz, pero no se ríe ni una sola vez.

Es como si ya no fuera capaz de hacerlo.

8
Jamison

Tener a Andrew en casa es raro, aunque en el buen sentido. Lleva aquí poco más de una semana y ya nos hemos acostumbrado a una especie de domesticidad extraña. Es como si llevase aquí mucho más tiempo.

La verdad, creo que es porque me recuerda a mi amigo Wes. Aunque no es que se parezcan en nada. Dese luego, tienen un sentido del humor muy diferente: Andrew es sarcástico y socarrón, mientras que a Wes le encanta contar chistes malos. Sin embargo, cuando Andrew hace un chiste malo, me divierte reaccionar de la misma forma en que lo hacía con Wes.

Andrew sigue teniendo algo que me resulta familiar, como si fuéramos amigos desde pequeños. Porque eso es lo que somos ahora. Amigos.

Al menos eso espero, porque estoy en un Home Depot saqueado buscándole un regalo. No es el principal motivo de que esté aquí —comienza a hacer calor y quería encontrar semillas para plantarlas en el patio de atrás—, pero se me ha ocurrido echar un vistazo, ya que venía.

Me siento un poco mal por tener que dejarlo solo en la cabaña, pero pensé que le resultaría agradable pasar un rato a solas.

La inflamación de la pierna le ha bajado, pero veo los estremecimientos y las muecas de dolor que hace. Nunca baja el ritmo. Es como si se negara el

descanso. A lo mejor me equivoco, pero tengo la sensación de que está ansioso por marcharse y de que intenta aprender a manejar el dolor para poder largarse pronto. He intentado darle unas pastillas antes de irme, pero se ha negado a tomárselas porque la semana pasada le causaron estreñimiento.

Y ahora ya sé por qué parece que somos amigos de toda la vida. Porque Andrew no puede evitar decir todo lo que piensa. Todo. Incluso las cosas que sería mejor que se guardara solo para él.

Se me ocurre una idea que me arranca una sonrisa. Salgo de la zona de «jardines de interior» —con las bolsas de papel de las semillas crujiendo en la mochila— y me dirijo al pasillo de «fontanería». Más o menos hacia la mitad, encuentro los desatascadores y se me ensancha la sonrisa. Estoy seguro de que fingirá ofenderse mientras piensa que es la cosa más tonta y divertida del mundo. Una combinación del humor de Andrew y el de Wes. Una broma sarcástica y malísima.

Ahora solo tengo que decidir si opto por el más barato, 2,99 dólares en precios prepandémicos, o por el más caro, que cuesta 17,99 dólares.

Pero, antes de que me dé tiempo siquiera a empezar a sopesar los pros y los contras humorísticos, oigo un crujido de cristales que me arranca de mis pensamientos.

Luego voces, bajas pero claras.

Me agacho, echo a correr en dirección contraria y no paro hasta rodear el expositor desbaratado que hay al final del pasillo. Las voces de los nuevos resuenan en la tienda, pero no distingo lo que dicen. El corazón me late con fuerza en el pecho y dejo caer la mochila al suelo, despacio, sin hacer ruido. Abro la cremallera y saco la pistola.

El rifle se lo ha quedado Andrew en la cabaña. He vuelto a comprobar que estaba cargado y le he explicado cómo se dispara, pero me ha parecido que no me estaba prestando mucha atención. Tendría que haberle contado lo de las colillas, que había alguien cerca. Pero, todos los días, cuando salgo por leña, cuento las colillas. Siempre son cuatro.

Daba por hecho que quienquiera que hubiese estado allí se había marchado hacía tiempo. Quizá quisiera una casa vacía y se marchase al darse cuenta de que la mía no lo estaba.

Pero ahora empiezo a pensar que en la zona hay más supervivientes de los que creía en un principio.

Los que hablan son al menos dos. No consigo calcularlo con exactitud guiándome por el ruido de los pasos, pero, aunque sean dos, ya me superan en

número, y con eso basta para que me tiemblen las manos mientras vuelvo a colgarme la mochila.

—¡Eh, Howie! —La voz me sobresalta porque no pertenece a ninguno de los dos que susurran. Esta está a solo unos pasillos de mí—. Por aquí.

Las voces cambian y empiezo a oírlas más cerca. Levanto ligeramente el arma, dispuesto a disparar si tengo que hacerlo. Se me tensa el pecho y cada vez me cuesta más respirar. El golpeteo de la sangre en los oídos me impide distinguir sus pasos.

Echo un vistazo a los pasillos vacíos y oscuros. A mi izquierda está la sección de «pintura»; detrás, la de «madera», pero ya se la han llevado toda y los pasillos están vacíos.

Me llega un breve roce de plástico y un repicar de metal contra el suelo que casi me mata del susto. Están en el pasillo de al lado.

Capto el final de una conversación más lejana. Es una mujer.

—… más en fortificar que esto.

—¿No podemos hacer las dos cosas? —pregunta un hombre.

—Al parecer no.

Parece enfadada. Y también parece que se ha acercado. Están un par de pasillos más allá.

Y vienen hacia mí.

Los haces de luz de sus respectivas linternas revolotean por el suelo y van haciéndose más grandes. Giro hacia el siguiente pasillo y me agacho justo cuando la luz baña la zona que acabo de abandonar.

—A ver —continúa la mujer. Ahora habla más bajo, como si, cuanto más se acercara al pasillo de «fontanería», menos quisiera que la oyese el primer tipo—. Algo tenemos que hacer. El invierno ha obligado a la gente a no salir de casa, pero puede que, ahora que empieza a mejorar el tiempo, comiencen a buscar.

—Pero Chad también dice que no tenemos mucho margen para instalar el riego si queremos obtener las cosechas que necesitamos. No podemos tener a cien personas dando vueltas todo el día por ahí cargadas con una regadera.

¡Cien personas!

La voz de la mujer transmite una advertencia:

—Howie.

Este responde en el mismo tono:

—Raven. —Dejan de caminar a escasos metros de mí, a punto de girar para enfilar el pasillo de «fontanería»—. Sí, ya sé que hay más gente ahí fuera, pero necesitamos comida.

Raven responde al instante:

—No digo que no, pero también tenemos que ser capaces de proteger lo que tenemos.

—O de aumentar nuestras filas, de hacer que se nos una más gente. Pero no lo harán si no podemos alimentarlos. Ni a ellos ni a nosotros mismos.

Raven suspira como si no estuviera convencida.

—Además —prosigue Howie con lo que parece un dejo de burla en la voz—, ya hemos votado. Fuiste tú la que quiso que todo el mundo participara.

A Raven se le escapa una risita.

—Sí, y ya ves que me ha salido el tiro por la culata.

—¡Qué es para hoy, chicos! —grita el primer tipo desde el final del pasillo.

A juzgar por su voz, está haciendo algún tipo de esfuerzo, sigo oyendo roces de plásticos.

—Relájate un poco, Jack, que ya vamos —contesta Howie al mismo tiempo que enfila el pasillo.

—¿Qué quieres, fastidiarte la espalda? —pregunta Raven.

—Lo que no quiero es que me pongan en el equipo que cava las trincheras —responde Jack—. Además, has sido tú la que ha dejado al chaval en la camioneta.

—Tiene mejor puntería que Raven —señala Howie, que después gruñe al cargar con algo.

—Tuvo suerte una única vez.

Raven y Howie discuten acerca de si uno de los miembros del grupo es mejor tirador o no mientras levantan lo que parecen tuberías de PVC.

Cuando se van a llevar la primera carga a la camioneta y ya apenas se oyen sus voces, salgo corriendo hacia el fondo de la tienda.

No quiero esperar a que vuelvan y decidan qué más necesitan coger. Y menos teniendo en cuenta que dos de ellos parecen estar dispuestos a disparar a todo aquel que se acerque.

Una pequeña rendija de luz se cuela por la jamba de la puerta trasera. Alargo la mano en la oscuridad y busco el picaporte a tientas, aunque supongo que estará cerrada con llave. Sin embargo, la puerta se abre con facilidad y chirría sobre las bisagras oxidadas.

Me estremezco mientras los ojos se me adaptan a la deslumbrante luz del sol. Me da la impresión de que han forzado la cerradura con una palanca, porque la puerta está doblada hacia fuera. Acerco un bloque de hormigón roto

y calzo la puerta con él para que no se cierre; después, echo un último vistazo al interior de la oscura tienda de bricolaje.

Dedico un momento a pensar en la gente que hay allí dentro. Deben de vivir cerca. Y están cultivando alimentos. Tienen planes, votaciones y, por lo que parece, líderes.

Pero también tienen armas y creen que llegará el momento de usarlas. Incluso tienen a un «chaval» en la puerta del Home Depot vigilando la camioneta porque tiene mejor puntería que los demás. Me entran náuseas solo de pensarlo.

Oigo a Raven y a Jack hablar en la entrada de la tienda, así que me doy la vuelta y me dirijo hacia los árboles que hay detrás del centro comercial. No dejo de mirar a mi alrededor, atento a cualquier movimiento, y permanezco agachado incluso cuando llego a la autopista que hay más allá de la arboleda.

Me quedan dos horas de camino hasta la cabaña. Habría sido más rápido si hubiera cogido una de las bicicletas del cobertizo, pero quería poder esconderme en la carretera si veía a alguien. Como sea, ese tiempo me vendrá bien para reflexionar acerca de lo que significaría que Andrew y yo nos uniéramos a otro asentamiento.

Tal vez nos acogieran sin problema; pero luego nos imagino a los dos apostados delante de otro Home Depot o de una tienda de alimentación que todavía no hayan desvalijado por completo. Tenemos armas y órdenes de disparar a cualquiera que pase por allí.

A pesar de la calidez del sol, la idea me produce escalofríos.

Después de todo lo que hemos pasado con la supergripe, sería totalmente incapaz de unirme a un asentamiento en el que estuvieran tan dispuestos a acabar con la vida de otras personas. Si los cálculos de las noticias se acercaban lo más mínimo a las cifras de muertos correctas, queda muy poca gente viva. A lo mejor Andrew sí sería capaz de unirse a ellos. A fin de cuentas, se dirigía al Aeropuerto Reagan.

Así que puede que me quedara solo de nuevo.

Vuelven los escalofríos y esta vez lo hacen acompañados de algo más. Creo que es angustia. Pensar en que Andrew se marche y en quedarme solo otra vez me genera un vacío en el pecho, como si me hubieran desaparecido todos los órganos vitales.

Tengo que decírselo, tengo que ofrecerle la posibilidad de irse y unirse a ellos si quiere. Porque está claro que querrá.

No voy a contárselo. Al menos, de momento. No quiero que se preocupe por el hecho de que quizá haya otros supervivientes a nuestro alrededor, pero,

sobre todo, no quiero que se vaya.

9
Andrew

Jamie está tardando. Me levanto de la silla del porche y entro cojeando para ver la hora en el reloj que hay colgado en la pared de la cocina. Son casi las tres y media. Tendría que haber vuelto hace una hora.

De nuevo en el porche, me siento en lo alto de los escalones con el pie apuntando directamente a la enanita de jardín. Flexiono los músculos de la pierna mala y enseguida siento la habitual punzada de dolor. Pero ahora ya no es más que un dolor sordo. Doblo la rodilla y apoyo un poquitín de peso en el talón del pie. El malestar aumenta un poco, pero es soportable.

Pienso en ponerme de pie e intentar caminar. Si no estaba rota del todo, tal vez solo fuera un desgarro muscular y ya no me cueste tanto andar. Podría irme ahora mismo… o mañana, y seguir mi camino. Pero, si de verdad está rota, como piensa Jamie, y no se ha curado del todo, echaría a perder cualquier posible progreso que haya hecho.

Y no puedo correr ese riesgo. Principalmente porque Jamie está tardando.

—Está bien, ¿verdad? —le pregunto a la gnoma.

No me contesta porque seguro que tiene un sexto sentido de gnoma y sabe que le han pegado un tiro y lo han dejado tirado en la cuneta de la carretera. A lo mejor se lo ha dicho la ovejita que tiene en el regazo.

El estómago me borbotea con una combinación de miedo y hambre. Me he saltado el almuerzo porque me parecía de mala educación comerme la comida de Jamie sin que él estuviera. Pero también porque estaba angustiado de narices. Se ha llevado la pistola y me ha dejado el rifle —aunque seguro que disparar se me da fatal—, pero sigo preocupado por él.

No debería estarlo. ¿Qué me importa a mí si alguien lo mata y tengo que quedarme solo en su casa hasta que me cure y pueda marcharme a Alexandria a buscar a los Foster? Sin embargo, la ansiedad que me atenaza las entrañas me dice que sí que me importa, y mucho.

Me importa porque Jamie me ayudó cuando no tenía ninguna necesidad de hacerlo y porque es bueno y dulce y tiene una sonrisa adorable y… A veces, cuando me rodea con el brazo para ayudarme a levantarme, me provoca como un revoloteo en el pecho que me dificulta la respiración.

Y, otras veces, cuando no puedo dormir, me imagino que me quedo aquí para siempre y me salto sin más mi expedición a Alexandria.

¿Por qué iba a viajar tan lejos solo para darle una mala noticia a una familia? Todos hemos recibido malas noticias. Las malas noticias son, como quien dice, las únicas noticias posvirus.

«Hola, chicos, siento que vuestros padres hayan muerto, pero ¡quería que lo supierais!». La culpa hace que el estómago me borbotee aún más. Pero quedarme aquí, con Jamie, es una fantasía agradable. El revoloteo reemplaza de nuevo a la culpa y no está tan mal…

No. Es una fantasía ridícula. Me arrastro escaleras abajo y apoyo el pie en la grava que hay debajo del primer escalón. Voy a probarlo. Me agarraré a la barandilla para no perder el equilibrio y cargaré un poco de peso en la pierna. Si el dolor se acerca siquiera al del primer día, volveré a sentarme.

La grava cruje al final del camino de entrada y me tenso. El cuerpo me arde con una mezcla de excitación y miedo. Jamie ha vuelto o…

Pero son los ojos de Jamie los que veo cuando salva la curva del camino. Y luego su sonrisa que, sí, vuelve a provocarme un revoloteo.

Me saluda con un gesto rápido de la mano y baja la mirada hacia mi pierna.

—Llegas tarde.

Me cruzo de brazos.

—Lo siento.

—He quemado la cena.

—Bueno, eso es lo que pasa cuando eres un cocinero de mierda.

Resoplo y él me dedica una sonrisa torcida.

—En serio —le digo—. ¿Ha ido todo bien?

Abre la boca como si fuera a decirme algo, pero se contiene. Entonces se quita la mochila y la deja al pie de la escalera. Se agacha, abre la cremallera y saca unos cuantos libros de bolsillo con etiquetas de la biblioteca.

—Me he pasado por la biblioteca del pueblo al volver hacia aquí —dice al entregármelos. Con un poco de suerte, no se habrá dado cuenta de lo rojo que me estoy poniendo—. No sabía muy bien qué te apetecería, así que me he limitado a juzgar por las apariencias.

—Sabes que eso no está bien, ¿no? —Le lanzo una mirada engreída y Jamie se encoge de hombros. Este chico tan mono me ha salvado la vida, me ha regalado comida y ahora historias. Lo único que se necesita, sin duda—. Gracias. —Lo señalo con uno de los libros—. Pero esto no quiere decir que vayas a escaquearte de tu formación cinematográfica. Tus carencias en el ámbito de la cultura pop dan asco.

Coge los libros y asiente.

—Vale, vale. Pues vamos a preparar algo de comer y mientras tanto me explicas mal otra peli.

—¿Perdóname?

Intenta en vano ocultar otra sonrisa y me tiende una mano para ayudarme a ponerme de pie. Y, ¡justo a tiempo!, aquí llega el tren expreso de me cuesta respirar. Jamie deja que suba las escaleras delante de él y estira las manos para cogerme si me caigo.

—Y el resto del viaje ha sido… ¿fructífero? —le pregunto.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

Me vuelvo para mirarlo porque parece desconcertado y, sí, la confusión se le ve hasta en la cara. No tiene claro si debe sonreír, preocuparse o tener miedo.

—Las semillas —le digo—. «Fructífero». De fruta y verduras.

—Ah. Sí.

Tendría que haberse reído de mí por soltar un chiste tan malo. Haber puesto los ojos en blanco o fingido que vomita, como hace otras veces.

—¿Estás bien?

Jamie asiente y sonríe con amabilidad.

—Sí, solo cansado. Y con hambre.

—Pues entonces relájate, que yo hago la cena.

—¿No acabo de decirte que eres un cocinero de mierda?

—Madre mía, pero qué capullo eres cuando tienes hambre, Jamie.

Se echa a reír, solo una carcajada ligera que se le escapa por la nariz, y deja la mochila junto a la entrada.

—Oye —dice cuando llego a la puerta de la cocina—, ¿por qué no te has llevado el rifle cuando has salido?

Miro el arma, que está apoyada contra la pared junto a la puerta delantera, y me encojo de hombros. Porque no quería tener que usarla. Y, si me la llevaba fuera y hubiera visto a cualquier otra persona en el camino de entrada, lo habría hecho.

—Estamos en medio de la nada. ¿Quién iba a pasarse por aquí?

Jamie se queda mirando el rifle.

—No me gusta… —Se interrumpe y niega con la cabeza—. Da igual.

—¿No te gusta qué?

Abre la boca y me mira. Las mejillas se le tiñen de un rosa claro y niega con la cabeza.

—Nada. Solo es que me preocupo.

¿Se preocupa? ¿Por mí? Se me seca la boca y me meto en la cocina para ocultar que me arden las mejillas.

—Siéntate —grita Jamie mientras cuelga el abrigo en el perchero que hay detrás de la puerta. Después viene a la cocina—. Me pone nervioso que andes todo el rato de un lado para otro. Es imposible que te cures si no descansas. —O sea que sí se preocupa por mí—. Eres un paciente muy testarudo —continúa, y añade un tronco a la estufa—. ¿Por qué te empeñas en forzarte tanto?

Porque, en el fondo, sé la verdad. Que no puedo quedarme aquí para siempre. Por muy maravilloso que sea que un chico guapo y simpático esté cuidando de mí, tengo que irme. Cuanto más tiempo me quede, más se reducirán mis posibilidades de llegar a Alexandria antes del 10 de junio. Y ya he tenido muchos contratiempos.

No paro de darle vueltas en la cabeza a todo lo que podría ocurrir una vez que me marche de aquí y ponga rumbo a Alexandria. Podría llegar y encontrarme la casa vacía; quizá los Foster se hayan ido ya a buscar a sus padres. Y he estado barajando una nueva opción en la que me dirijo directamente al Aeropuerto Reagan e intento vivir huyendo. Pero luego me imagino que me encuentro con los Foster en el asentamiento que ayude a establecer la Unión Europea y que intento hacer caso omiso de la culpa. Que intento fingir que mi vida va bien mientras ellos lloran sin llegar jamás a entender lo que ocurrió.

Otra posibilidad es que llegue allí, que estén vivos y que tenga que contarles lo que pasó en Nueva Jersey. Cómo murieron sus padres.

O que llegue a Alexandria y los Foster estén muertos, que lo estén desde antes de que yo conociera a sus padres.

Pero no puedo contarle nada de esto a Jamie porque o me echaría o me cogería miedo o intentaría hacer que me sintiera mejor. Y no sé cuál de las tres cosas sería peor.

—Porque siento que soy una carga —digo.

—Pues tienes que aceptarlo y superarlo. —Lo dice en tono de broma, pero quizá tenga razón. Me siento a la mesa de la cocina mientras él rebusca en los armarios—. ¿Qué película vas a contarme mientras cocino?

—¿Por qué no me cuentas tú una? —propongo—. Hasta puedes contarme *Endgame* si quieres.

Por fin le arranco una sonrisa.

—No sé contarlas como tú. Solo recuerdo las escenas importantes, como la del final, cuando vuelven todos los que habían muerto.

¿No sería estupendo que eso ocurriera en la vida real?

—Vale —cedo—. Pero tienes que echarme una mano. Solo la he visto unas… treinta veces, así que no lo recuerdo todo.

Me mira volviendo la cabeza por encima del hombro.

—¿A diferencia de las ochenta veces que ves todas las demás películas para memorizarlas?

—Exacto. Así que échame una mano con el principio. El Capitán América está en su reunión de Chasqueadores Anónimos, ¿no?

—No. —Me mira y niega con la cabeza—. Iron Man está atrapado en el espacio con Nebula.

—¿Ves? ¡Tienes un don innato!

Y contamos la mayor parte de la película juntos. Me sorprende que Jamie intervenga para narrar una escena que a mí se me había olvidado: la del taco en la que aparecen Banner y el Hombre Hormiga, concretamente. Hacia la mitad del atraco al tiempo, cuando ya hemos terminado de comer, Jamie empieza a parecer un poco aburrido.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

Hace un gesto de negación.

—Perdona, estoy cansado.

—Pues ve a acostarte, yo me encargo de recoger.

Estiro la mano para retirarle el plato, pero él me detiene agarrándome de la muñeca con suavidad.

—Ya fregaré luego, no te preocupes.

Me suelta, pero la sensación de ardor en la piel que me ha tocado no desaparece. Cuando lo miro a los ojos, me doy cuenta de que es cierto que parece cansado, y ahora soy yo quien empieza a preocuparse por él. Y por lo que ocurrirá si me voy.

Se levanta, deja los platos en el fregadero y después me tiende la mano para ayudarme a levantarme. La acepto.

Y empiezo a preocuparme por lo que ocurrirá si me quedo.

10
Jamison

Los paquetes de semillas están esparcidos sobre la mesa exterior, organizados en función de cuándo conviene plantar su contenido. También he formado una pila con las que tendrían que haberse sembrado en el interior al inicio de la primavera y que me reservaré para el año que viene. Escribo el nombre de todas las variedades en un cuaderno y anoto cuándo debo trasplantarlas en la tierra.

Andrew me mira por encima del libro de la biblioteca que le traje hace unas semanas, tras la expedición de búsqueda de semillas. Es la novelización de una película que no llegó a estrenarse por culpa de la supergripe. Le he dicho que tiene que leérsela y contarme lo que ocurre.

Lleva aquí unas seis semanas y hemos dedicado la mayor parte de las tardes a que me cuente un montón de películas, escena a escena.

—Eres muy organizado —me dice—. Yo me habría limitado a tirarlas todas al suelo y ver qué salía.

—Pues te habrías muerto de hambre.

Aún no hemos pasado hambre, pero en el pueblo empieza a escasear la comida. En su día planté muchas de las semillas que me llevé del Home Depot, así que hay unas cuantas verduras que están comenzando a brotar.

Además, el tiempo se ha portado bien con nosotros, por lo que, hacia principios de junio, deberíamos tener una primera cosecha a punto para la recolección. Estas semillas son las que sobraron porque hay que plantarlas más adelante, entre ellas algunas coles de invierno.

—O contraído el escorbuto.

Vuelve a su libro y yo le echo un vistazo a la pierna que tiene apoyada en la silla de delante. Ya es capaz de moverse con un poco más de soltura. La hinchazón ha desaparecido y los hematomas están amarillentos y desvaídos. Es posible que solo necesite una semana más.

Vuelvo al cuaderno y apunto que la mostaza castaña debe plantarse a finales de julio.

—Jamie.

La voz de Andrew suena fría y asustada.

Oigo el chasquido de una rama y con el rabillo del ojo detecto un movimiento. Me pongo en pie de un salto, cojo el rifle y apunto al hombre que sale de entre los árboles. Tiene el pelo largo y áspero, de los mismos tonos grises y negros que la barba. El sol le ha enrojecido ligeramente la piel de la cara. Atisbo una sonrisa bajo la barba. Él también lleva un rifle. Aunque no lo haya levantado, nos está apuntando.

—Quieto ahí.

Intento por todos los medios que mi voz resulte intimidante, que parezca que soy capaz de apretar el gatillo. Sin embargo, el arma no para de temblar y ya tengo las palmas de las manos empapadas de sudor.

—No hay por qué ponerse a pegar tiros —dice el hombre barbudo—. ¿Cuántos sois?

Da un paso al frente.

—He dicho que te estés quieto.

Se me quiebra la voz y suena como la de un crío. Andrew susurra:

—Jamie.

No hace falta que diga nada más, puesto que capto el movimiento. Hay más gente saliendo de la arboleda. Una mujer negra de treinta y tantos años que lleva un chaleco y el pelo corto y una mujer blanca más mayor con el cabello canoso recogido en una coleta. Hay tres hombres más: dos son blancos y algo más mayores, de cuarenta y algo, mientras que el tercero es un chico de piel morena, alto y fornido, que aparenta tener la misma edad que Andrew y yo.

Todos van armados. Tres rifles, tres pistolas.

—Os superamos en número —dice el hombre de la barba—. Así que ¿qué os parece si bajamos las armas y hablamos?

Lo de hablar suena bien.

Me vuelvo hacia Andrew para intentar adivinar su reacción. Su expresión es de escepticismo y, si no me equivoco, diría que no quiere que baje el arma. Pero no tengo elección. Son más que nosotros. Ni siquiera sé si llevan las armas cargadas, pero, si es así, estamos jodidos.

Y sigo pensando que no conseguiría dispararles. Se me ha formado un nudo en el estómago y ni siquiera soy capaz de obligarme a pensar en ello, así que mucho menos de hacerlo.

Apoyo el rifle en la barandilla de la terraza y los demás intrusos bajan sus respectivas armas. Se me escapa un suave suspiro de alivio cuando el hombre barbudo le entrega su rifle a la mujer de la coleta gris y se encamina hacia nosotros.

Cuando se acerca al último escalón de la terraza, me tiende una mano sucia.

—Howard.

«Howie». Ahora ya puedo ponerle cara al nombre. Vuelvo a mirar a los que se han quedado junto a los árboles y siento curiosidad por saber si alguno de ellos será Jack o Raven. Poso la mirada en el más joven y me pregunto si será el que tiene mejor puntería con el rifle que los demás.

—Jamison.

Agarro la mano de Howard con firmeza y se la estrecho mientras lo miro a los ojos.

Howard mira a Andrew, que le dice su nombre, y luego pregunta:

—¿Te molesta que me siente?

Sí, señor, me molesta. Me gustaría que se largaran todos de aquí y que nunca miraran atrás. Y, de paso, háganme el favor de pisar unas cuantas trampas para osos por ahí.

Me vuelvo hacia Andrew, que sigue mirándome como si estuviera dispuesto a hacer arder el mundo. Me aparto, en un intento de parecer diplomático, pero, aun así, agarro el rifle y me lo llevo hacia el otro extremo de la terraza. Con el rabillo del ojo veo que el resto del grupo de Howard levanta las armas y vuelve a bajarlas cuando suelto el rifle, y me siento entre Andrew y Howard.

Este toma asiento.

—Bonita cabaña —dice.

—Gracias —contesto.

No vas a quedártela, Howard.

Como si me hubiera leído el pensamiento, dice:

—No te preocupes, tenemos de todo, no vamos a quitarte la casa.

Se lleva la mano al bolsillo delantero y veo que Andrew da un respingo, pero Howard solo saca un paquete de cigarrillos.

Las colillas. Debían de ser suyas o de algún otro miembro de su asentamiento. ¿Cuánto tiempo llevarán vigilándonos?

Howard sonríe a Andrew, supongo que porque ha visto el mismo respingo que yo, y después nos ofrece el paquete arqueando las cejas.

—No, gracias —digo.

—El tabaco mata.

Sutil, Andrew, muy sutil.

Howard se ríe entre dientes, pero se enciende un cigarrillo de todas formas.

—Como casi todo, últimamente.

Expulsa el humo por la nariz, igual que un dragón que pretende advertirnos de que es capaz de respirar fuego. Se guarda el paquete y el mechero en el bolsillo y se recuesta contra el respaldo de la silla, relajado.

—¿Qué podemos hacer por ti, Howard?

—El pueblo cercano… Imagino que lo frecuentáis, ¿no? —pregunta.

—No tanto, ahora que la industria turística se ha ido al traste —responde Andrew.

—Para —le digo.

Se está metiendo en la boca del lobo… o del dragón, para seguir con la metáfora.

Howard esboza una sonrisa burlona y continúa, con la mirada clavada en los paquetes de semillas esparcidos sobre la mesa.

—Bueno, antes había muchas cosas que llevarse. Ahora ya no tanto. —Da otra calada a su cigarrillo y dice—: Somos más. —Señala a la gente que espera junto a los árboles—. Bastantes más.

Me entran ganas de retarle a que lo demuestre, pero no tiene sentido. Ya nos superan en número, así que no tiene motivos para mentirnos. Los seis se bastan y se sobran para intimidarnos a Andrew y a mí.

Howard prosigue:

—Tenemos muchas bocas que alimentar y poca comida que repartir. Así que hemos empezado a salir a ver quién hay por la zona, a curiosear un poco. Vamos puerta por puerta recaudando.

Esto no es ir puerta por puerta, es una emboscada.

—¿Recaudando? —pregunta Andrew.

—Impuestos. Reclamamos estos terrenos para nuestro asentamiento y estáis viviendo en ellos. Hace tiempo que vivís en la casa, así que no pretendemos quitárosla. Pero esto es Estados Unidos y, si vives en nuestra tierra, tienes que pagar impuestos.

—¿Queréis dinero? —pregunta Andrew sin dar crédito.

—El dinero ya no vale ni el papel en el que está impreso. Buscamos comida.

—No tenemos comida.

Howard levanta una mano.

—Para ahí mismo. No hay razón para que inicies nuestra relación con mal pie por culpa de una mentira. Sabemos que saqueaste el pueblo y dejaste las sobras. Como mucha otra gente. Y eso fue lo que nos quedó a nosotros, las sobras. Pero, repito, nosotros os superamos en número y creo que podemos alcanzar algún tipo de acuerdo mutuo. Tal vez en el futuro necesitéis medicinas o protección. Así que tenéis que pagar ya. Vosotros nos ayudáis, nosotros os ayudamos.

—¿Y si nos negamos? —dice Andrew.

No he abierto la boca en ningún momento. Estoy paralizado de miedo y no puedo evitar volver la vista hacia la hilera de gente que espera al borde del patio.

—Creo que ya sabes lo que pasa si os negáis.

Sí, lo sé: nos matarán. Puede que no ahora, pero lo harán en algún momento. Volverán con más gente y será peor.

—¿Sabes lo que significa la expresión «no hay tributación sin representación», Howard? —pregunta Andrew.

Quiero darle un codazo y decirle que se calle, que deje que se lleven parte de nuestra comida, pero no puedo moverme.

Howard se ríe y le da otra calada larga a su cigarrillo.

—Tu representación soy yo.

—Yo no te he votado.

—Andrew, para —digo al fin, pero no lo miro.

Sigo observando a las otras personas armadas. Se llevarán lo que quieran y no podremos impedírselo. Nos superan en número y en armas.

Howard nos mira alternativamente, primero al uno y luego al otro, y después le da una última calada al cigarrillo antes de frotar la punta ambarina contra la barandilla de la terraza. Tira la colilla al patio y se lleva la mano al bolsillo para coger otro…

Pero esta vez saca una pistola.

El cañón apunta a Andrew. Firme, inalterable. Todos los demás intrusos del patio levantan también las armas. Se me acelera el pulso y levanto las manos, me acerco a Andrew —¡me pongo delante de Andrew!—, pero él sigue sin moverse y me pregunto si se lo habría visto venir.

—Vamos a llevarnos vuestra comida —anuncia Howard. Todo simulacro de cortesía ha desaparecido, junto con su sonrisa. Silba y tres de los suyos se acercan—. Podéis intentar recuperarla, si queréis, pero creedme cuando os digo que lucharemos por ella. Ya hemos luchado por ella antes.

Cuando pronuncia las últimas palabras, la expresión de sus ojos se vuelve extraña. No tengo claro si se trata de una mirada de tristeza o de ira. Quizá Raven tenía razón y deberían haberse centrado más en la seguridad que en los cultivos. Puede que otras personas se hayan plantado en su asentamiento y les hayan hecho lo que ellos nos están haciendo a nosotros. Ahora tienen poca comida. Los tres que suben las escaleras sacan bolsas de las mochilas que llevan a la espalda. La mujer negra le entrega a Howard una de las bolsas y retrocede unos cuantos pasos; tiene el arma preparada, pero no nos está apuntando.

Howard le dice:

—Vigílalos, Rave.

Ella asiente y Howard se une a los que han entrado en la cabaña.

Así que esta es Raven.

Los oigo abrir armarios, saquear, apoderarse de lo que es nuestro. Por favor, que no registren el resto de la casa. Que no se lleven los suministros médicos. Que no prueben las luces o el agua. Que no encuentren la caja fuerte y me obliguen a abrirla, que no se lleven la pistola y la munición. No pueden dejarnos sin nada.

—¿Y qué hacemos nosotros ahora? —le pregunto a Raven.

Se encoge de hombros.

—Lo mismo que todos los demás: lo que sea necesario para sobrevivir.

—¿Y esto es lo que tenéis que hacer vosotros? —pregunto.

Respira hondo y dice:

—Sí, pero…

Raven aparta la vista de nosotros el tiempo justo para mirar hacia la casa, luego da un pasito adelante. Baja la voz.

—Esto es más una… actuación que otra cosa.

—¿Una actuación? —pregunta Andrew sin molestarse en bajar la voz.

Raven parece molesta, pero continúa de todos modos:

—¿Creéis que sobreviviríais aquí siendo solo dos?

—¿Cómo sabes que somos solo dos? —pregunta Andrew.

—Porque nos han estado vigilando —digo—. ¿Verdad?

Raven asiente. Así que lo que pretenden con todo esto es que nos desesperemos y vayamos a buscarlos, porque necesitan gente. Necesitan personas que se sumen a ellos para aumentar la seguridad, y puede que incluso gente que trabaje en sus campos de cultivo a cambio de alimentos y protección. Y quieren que pensemos que los necesitamos tanto como ellos nos necesitan a nosotros.

Trabajan con rapidez y, cuando vuelven a salir, los tres van cargados con bolsas llenas de nuestra comida. Raven regresa a la arboleda y Howard centra su atención en nosotros.

—Os hemos dejado un poco. Lo suficiente para que aguantéis unos días más.

Unos días más. Eso sin contar el ciervo del congelador, que se suponía que iba a durarnos más de lo que nos durará ahora. Y ya han acaparado toda la comida que quedaba en el pueblo.

—Recordad lo que os he dicho: no vengáis a por nosotros. No desperdiciéis vuestra vida por nada. Eso sí, si queréis venir para uniros a nosotros, sin armas, os recibiremos con los brazos abiertos. Encontraremos la manera de que nos ayudéis y de que se os pague.

Raven nos ha dicho la verdad. Esto no es más que una actuación. A lo mejor ni siquiera necesitan esa comida.

—Si empezamos a pasar hambre, ¿qué crees que nos veremos obligados a haceros? —pregunta Andrew.

Howard vuelve a encogerse de hombros.

—Os sugiero que ideéis otro plan antes de llegar a eso. Porque perderéis.

Se da la vuelta y echa a andar hacia los demás. Andrew me susurra:

—Coge el rifle.

—No.

—Jamie…

—No, Andrew. Yo… no.

Solo uno de los hombres sigue apuntándonos con el arma; los demás se han adentrado en el bosque y desaparecido entre el follaje. Si fuera una persona distinta, sería capaz de hacer lo que me está pidiendo Andrew. Si fuera más fuerte.

Pero no puedo. Y ahora vamos a morir de hambre. Estoy convencido de que cualquiera de ellos lo haría sin pensárselo. De hecho, lo sé. Los ojos de

Howard me lo han dicho todo.

Me vuelvo hacia Andrew y me sorprende ver que tiene los ojos vidriosos. Parece frustrado y lo veo apretar y aflojar los músculos de la mandíbula. Debe de estar cabreado conmigo. Supongo que ahora se ha dado cuenta de lo débil que soy y se avergüenza de haberme tenido miedo en algún momento.

Se levanta, coge su muleta y entra en la casa cojeando para hacer balance de lo que queda y calcular cuánto tiempo falta para que nos muramos de hambre.

Esa noche nos saltamos la cena y Andrew se va pronto a dormir. Yo me acuesto poco después y me quedo tumbado en la cama, pensando en la comida que tenemos. Hay latas de conservas suficientes para una semana. Para más días, si conseguimos más carne de venado. Y las semillas del huerto están empezando a germinar, así que quizá podamos tomar vitaminas hasta que generen cosechas.

Saldré a cazar por la mañana. Ahora haré lo que tenga que hacer, porque ya no hay más remedio.

Pero hay algo que me distrae más que eso. Trato de concentrarme en la comida, de preocuparme por lo importante, pero mis pensamientos vuelven a Andrew una y otra vez. A mi reacción instintiva en el momento en el que Howard sacó la pistola.

Intenté interponerme entre ambos. Daba igual, porque todos los demás nos tenían a tiro desde los árboles, pero yo solo prestaba atención a la pistola de Howard, que lo apuntaba a él. Paso la mayor parte de la noche imaginándome qué habría ocurrido si Andrew hubiera resultado herido, si lo hubiesen matado. Y si yo hubiera sobrevivido.

No paro de darle vueltas a la cabeza, pienso en todas y cada una de las posibilidades que podrían haberse dado. Pero, sobre todo, no entiendo por qué me está afectando tanto este incidente. Resulta que Andrew, al que conocí hace seis semanas, es una persona por la que estoy dispuesto a llevarme un disparo.

Más vueltas a la cabeza. Howard no disparó, así que no importa. Me lo repito mil veces. Estamos bien, no ha pasado nada, sobreviviremos. Por la mañana haré lo que tenga que hacer.

Cuando me despierto, aún no ha salido el sol, pero la luz azul que precede al amanecer se asoma entre las cortinas.

Me levanto, me ducho, me visto y salgo por la puerta trasera sin hacer ruido. Me dirijo hacia el campo en el que ya he intentado —sin éxito— cazar otras veces. Me tumbo bocabajo en el suelo y me echo una lona marrón sobre la espalda. Por la mirilla del rifle, examino las sombras que proyectan los árboles mientras espero a que salga el sol.

A medida que va avanzando la mañana, empiezo a repetirme que no tengo por qué estar aquí fuera: aún tenemos algo de comida, pese al saqueo de Howard.

No obstante, necesitaremos ingerir proteínas, y eso significa que debo esperar aquí a que aparezca «algo».

Entonces lo oigo: el crujir de las ramas, el susurrar de las hojas muertas. Vislumbro un destello marrón y blanco cuando una cierva enorme sale dando saltos de entre los árboles y entra en el campo. Me da un vuelco el corazón.

Poso el dedo en el gatillo mientras desplazo las líneas negras de la mira del rifle hacia la zona del corazón de la cierva. El animal mira a su alrededor, con las orejas crispadas sobre la cabeza.

Yo puedo. Tengo que hacerlo. Tengo que hacerlo, ¡tengo que hacerlo! Aplico más presión con el dedo. Me llegan varios chasquidos desde los árboles que hay detrás de la cierva y un cervatillo sale del bosque haciendo cabriolas; tiene el pelaje marrón moteado de manchas blancas. Aparto el dedo del gatillo.

La cría juguetea alegremente alrededor de su madre, da saltitos sobre sus patas larguiruchas. No tiene ni idea de la existencia del proyectil de metal que está a punto de arrebatarle la vida a su madre.

Venga, esto no cambia nada. Vuelvo a poner el dedo en el gatillo cuando la cierva agacha la larga cerviz y mordisquea la hierba. El cervato deja de saltar y también se agacha a olfatear la tierra. Menea la cola de emoción ante los nuevos olores y sensaciones. Desplazo la mira hacia él y lo sigo mientras explora las novedades del mundo al que acaba de llegar.

Vuelvo a ver la cara de mi madre. Esta vez tiene los ojos abiertos y me lanza una mirada suplicante; apenas alcanzo a oírla cuando me pide, una vez más, que acabe con el dolor.

No puedo hacerlo. No puedo matar a una madre delante de su cría. Esta no es mi presa. Buscaré otra. Tal vez mañana o… no lo sé.

—Me cago en la leche —susurro.

La cierva y su cría levantan la vista del suelo y aguzan las orejas. Suelto un suspiro y me pongo de pie mientras me quito la lona de la espalda.

—¡Sí, he dicho «me cago en la leche»! —les grito desde el otro lado del campo.

Ninguno de los dos se mueve.

—Marchaos —les digo, y vuelvo a agitar la mano. Se quedan plantados en el sitio, mirándome—. ¡Largo!

Les apunto con el rifle y ni se inmutan.

Lo sujeto con firmeza. Si tienen tantas ganas de morir, habrá que comérselos. Aunque esta vez ni siquiera soy capaz acercar el dedo al gatillo. Mientras los animales me observan y yo los observo a ellos, suelto el rifle, me agacho y le tiendo la mano al cervatillo.

La cría se vuelve para mirar a su madre como si le estuviera pidiendo permiso, pero ella ya está escudriñando el resto del campo. El cervatillo da un paso inseguro al frente, con la cabeza gacha.

Se me acerca despacio. Cuando llega a la altura mi mano, se queda un poco rezagado, pero estira el cuello e inhala mi olor.

Sonrío cuando me roza la yema de los dedos con el hocico húmedo.

Alargo la otra mano y acaricio el pelaje del cervatillo. Es suave y aún no se le ha vuelto áspero. Miro a la madre, que me vigila como un halcón. Confía en mí, pero solo hasta cierto punto. Su mirada me dice: «Si le haces daño a mi pequeño, te haré daño a ti».

—No pasa nada. No les haré daño.

Acaricio al cervato desde la cabeza hasta el lomo, y sacude la colita. Es como si intuitivamente supieran que a la población humana le ha pasado algo. Como si el silencio de las carreteras y la significativa ausencia de animales humanos bípedos significara que las cosas han cambiado para ellos. Como si el mundo fuese menos peligroso.

—Oye, creo que tu madre quiere que vuelvas ya.

Aparto la mano y me da la sensación de que los ojos de la cría, abiertos como platos, se hacen un millón de preguntas a la vez.

La brisa primaveral me ha enfriado el sudor de la espalda. Doblo la lona, me la meto bajo el brazo y me cuelgo el rifle al hombro. El cervatillo se tensa, preparado para echar a correr.

—No te preocupes, peque, he terminado por hoy.

El cervatillo se da la vuelta y comienza a andar en dirección a su madre, aunque se detiene a olisquear el suelo cada pocos pasos.

—Ten cuidado —le digo a la cierva.

Sonrío y emprendo el camino de vuelta hacia la cabaña.

Hay un libro en la mesita auxiliar. Es lo primero que veo cuando entro en el salón. Se me seca la boca.

Es *Fin de viaje*. Llamo a Andrew, pero no obtengo respuesta. Un trozo de papel amarillo y con rayas sobresale de la cubierta del libro. Sé que es de Andrew y me aterra leerlo, pero no puedo dejarlo ahí sin más. No puedo ignorarlo. Andrew no estaba esperándome en la terraza de atrás, como de costumbre, y no es de los que se quedan durmiendo hasta tarde.

Despacio, lo saco y lo desdoblo.

Ver su caligrafía me duele como si me clavaran un cuchillo. Dice:

> *Lo siento, Jamie. Espero que no encuentres esto hasta que vuelvas de cazar. No quería estar aquí cuando regresaras. Este es un tropo del que no sabrás nada porque solo aparece en películas de mierda que no has visto nunca. Es la salida del cobarde.*
>
> *Soy un cobarde.*
>
> *Hola, me llamo Andrew y soy un cobarde.*
>
> *(Hola, Andrew).*
>
> *Tenía que marcharme. Esta es tu comida, es tu casa, y ya he sido bastante carga. Pero quiero que sepas cuánto aprecio todo lo que has hecho por mí. Necesito que sepas lo agradecido que estoy. Eres una muy buena persona.*

Hay algo más escrito debajo de esto, pero ha dedicado mucho tiempo a tacharlo para que no pueda leerlo.

> *Me he llevado algo de comida. Solo unas cuantas latas… Espero que hayas conseguido cazar un ciervo para que no me sienta tan culpable. Seguro que sí.*
>
> *Te voy a echar mucho de menos, Jamie. Y, de nuevo, lo siento mucho. Decir que lo siento no basta. Creo que no existe una palabra que describa cómo estoy ahora mismo.*
>
> *Cuídate.*
>
> *Con cariño,*
>
> *Andrew*

La leo una y otra vez, oigo su voz en mi cabeza.

Soy incapaz de moverme del sofá, ni siquiera puedo pensar. Se ha ido. Se ha ido y vuelvo a estar solo.

11
Andrew

Esto es el karma. ¡Ya lo he pillado, universo! Pero no hacía falta que te pusieras tan imbécil. Me había acomodado demasiado. Hace solo unos días, estaba en el salón repasando la película *Very important perros* con Jamie —casi lo hago reír con lo de «Harlan Pepper, ¡deja de decir nombres de frutos secos!»—, cuando me di cuenta de que, al final, a lo mejor no era tan necesario que me fuera a Alexandria. A lo mejor podía quedarme aquí con él, dejar que se me pasara el plazo y fingir que los Foster se habían ido a otra parte a seguir con su vida. Y Jamie y yo nos haríamos mejores amigos, y yo conseguiría lidiar a mi manera con mis acciones de mierda.

Pero no. Estoy demasiado a gusto aquí y ahora el universo se ha puesto en plan: «Ah, ¿que te crees que mereces la felicidad?», y nos ha puesto la zancadilla.

Sin embargo, es una zancadilla en la vida de Jamie. Y todo porque yo decidí que podía quedarme. Que no necesitaba arreglar las cosas con el mundo.

Me siento fatal. Pero tengo que irme. He abusado de la hospitalidad kármica. Si no hubiera estado aquí cuando Howard y su gente hicieron acto de presencia, Jamie se habría ido con ellos. Puede que incluso hubiera salido

en su busca antes de que aparecieran. No lo había hecho porque estaba cuidando de mí. Dándome su comida. Cazando para mí.

Y, cuando Howard se presentó en la cabaña, Jamie mantuvo la calma. Guardó silencio y no permitió que ni la ira ni el miedo se apoderaran de él. No arremetió contra ellos ni cometió ninguna una imprudencia.

Al contrario que yo.

Le dije a Jamie que disparara a Howard y a su grupo. Si me quedara aquí con él, y que conste que es lo que más deseo en el mundo, creo que lo cambiaría. Soy como un contaminante tóxico que trata de corromper su bondad natural.

También me da miedo la posibilidad de no marcharme nunca si no lo hago ya. Ciertos sentimientos que no son precisamente nuevos comienzan a aflorar a la superficie. Unos sentimientos que han ido aumentando a lo largo de estas últimas semanas que hemos pasado juntos, atrapados. Los mismos que sin duda dolerán mucho más y sacarán a la luz lo inevitable cuanto más los alargue. En algún momento tendré que decirle a Jamie que me gusta o guardármelo para siempre como un oscuro secreto.

Y ya tengo suficiente con un secreto.

Siempre consideré que este retraso iba a ser temporal, pero, cuanto más tiempo paso aquí, menos temporal me parece. Más en casa me siento. Es una batalla terrible entre seguir hacia el sur y quedarme donde estoy.

Podría decir que estoy dividido y que no sé qué hacer, pero no es cierto. Sé que tengo que irme por la mera razón de que no quiero hacerlo. Me resultaría mucho más fácil ser egoísta y quedarme aquí. Intentar pasar página y seguir adelante con la poca vida que tengo después del apocalipsis, pero sé que no sería capaz. En parte, tiene que deberse a Jamie. A la bondad que me ha mostrado y que me ha recordado que esa virtud existía en el mundo.

Si me hubiera encontrado la cabaña vacía, me habría quedado aquí indefinidamente. Qué leches, seguro que me habría unido a Howard en cuanto se hubiera presentado en la puerta. Pero a veces me descubro pensando en lo que haría Jamie si estuviera en mi lugar. Y, ahora, más que nunca, tengo claro que se iría a Alexandria.

Puede que… yo también quiera ser ese tipo de persona.

Me quedo tumbado en la oscuridad, esperando a que los suaves ronquidos de Jamie me lleguen desde su dormitorio. De vez en cuando, son solo un suspiro o un gruñido. A veces, cuando me despierto tras una pesadilla, aguzo el oído para captarlos y asegurarme de que sigue ahí.

No es raro, cállate.

Cuando se queda dormido, me levanto de la cama y cojo la mochila y la muleta. Ya he guardado toda mi ropa… y también algunas de las prendas que me ha dado Jamie. Esas que me quedan demasiado grandes, pero que aún huelen al detergente que birló a granel antes de que yo apareciera en su vida. Me cuelo en la cocina y cojo tres latas de comida, entre ellas dos de champiñones, que sé que no le gustan.

Me lo agradecerá.

Agua, ropa, comida. Tengo casi todo lo que necesito.

Saco el libro que me regaló mi tía por mi decimoquinto cumpleaños, mi libro favorito, y lo dejo junto con la nota sobre la mesita de café. Después, le echo un último vistazo al salón, recuerdo la primera vez que lo vi y todo el tiempo que hemos pasado juntos en él… sin armas en la mano, por supuesto. Solo escuchando a Nina Simone, hablando de películas o de nuestra vida.

Tal vez sea un momento de autosabotaje, una forma de obligarme a permanecer aquí más tiempo, pero, despacio, apoyo el pie por completo en el suelo. Noto una cierta molestia, pero nada más. Lo justo para saber que necesitaré la muleta de vez en cuando, pero no para impedir que me vaya.

Así que, en silencio, me dirijo cojeando hacia la puerta principal y salgo de la cabaña.

Espero que Jamie salga corriendo detrás de mí. Que me oiga hacer algún ruido y venga con un arma.

Pero no se despierta. Vuelvo la vista hacia la cabaña oscura, iluminada tan solo por la luz de la luna. Tiene una apariencia tranquila. Muy tranquila. Salvo por la gnoma de jardín, que sigue acechando en las sombras junto a las escaleras.

—Adiós, Jamie —susurro—. Gracias. —Vuelvo a posar la vista en la gnoma de jardín—. Hasta la próxima, gnoma.

Y, a primera hora de la mañana del 2 de mayo, me marcho.

A última hora de la mañana del 2 de mayo, ya me arrepiento de todas mis decisiones vitales. ¡Qué típico de Andrew! Estoy sentado en un guardarraíl de metal intentando descansar la pierna por séptima vez en una sola mañana. Caminar por la casa a ratitos cortos no me suponía ningún problema. Sin embargo, resulta que caminar varios kilómetros con una muleta no es nada divertido.

Quién se lo iba a imaginar, ¿eh?

Me duele y avanzo mucho más despacio de lo que pensaba, pero tengo que seguir adelante por mucho dolor o frustración que sienta. Tengo que largarme de aquí antes de perder el valor. Antes de que toda la lógica que he construido durante la madrugada se convierta en polvo de vampiro a la cruda luz del día. Si me alejo lo suficiente, me daré cuenta de que es demasiado tarde para volver atrás.

Ya me funcionó en otra ocasión. Claro que entonces conté con la ventaja de que una tormenta de nieve me obligara a refugiarme en un centro comercial de Norwalk.

Cuando me aparto del guardarraíl, me doy cuenta de que solo he pensado en Jamie noventa y ocho veces en lo que va de día. Tiene que ser una buena señal, ¿no?

Ni siquiera me ha dado tiempo a volver al centro de la carretera cuando oigo algo que retumba en el silencio de la autopista. Es un golpe seco y repetitivo.

Me quedo sin aliento. A lo mejor estoy oyendo cosas que no existen. ¿Habrá sido el eco de mis propios pasos? ¿El golpeteo de la mochila que llevo a la espalda? ¿El chapoteo del agua que he metido dentro?

Pum.

No, ahí está otra vez. Es errático, pero no soy yo quien lo provoca. Cojeando, me acerco a un coche abandonado, me agacho detrás de él y me vuelvo para mirar hacia el tramo de carretera que acabo de recorrer. Diviso a alguien a lo lejos, enturbiado por la neblina de calor que desprende el asfalto agrietado.

Me quito la mochila y la meto debajo del coche antes de ocultarme yo también bajo el chasis. Quienquiera que sea no puede verme desde donde está. Seguro que ni siquiera está buscando a nadie.

Permanezco inmóvil a la sombra del vehículo mientras se acerca.

Desde mi escondite, me parece que se trata de un hombre blanco que va en bicicleta. Lleva algo colgado a los lados que es lo que genera los golpes cuando sortea los baches y las grietas de la carretera. La visera de una gorra de béisbol le proyecta una sombra sobre la cara.

Está a unos cinco metros y…

Es Jamie.

Mi rostro me traiciona y compone una sonrisa. Me entran ganas de reír. Me entran ganas de gritar y de chillar, de llorar y abrazarlo. Ha venido hasta aquí. Ha venido a por mí.

Pero, entonces, la emoción se me muere en la garganta.

Ha venido a por mí. No tendría que haberlo hecho. Debería haberse quedado donde estaba, era su casa.

Guardo silencio debajo del coche y lo veo pasar de largo pedaleando despacio. Lleva dos mochilas atadas a la parte trasera de la bicicleta. Dos. Una para él, otra para mí. Vuelvo a sonreír y apoyo la cabeza en la carretera. Se aleja cada vez más. Las lágrimas me escuecen en los ojos.

Jamie sigue avanzando, deja atrás otro coche y desaparece de mi vista.

Se me encoge el estómago. Se ha ido.

«No».

—No.

Al principio es un gemido, como si mi cuerpo no me permitiera hablar más alto. Y sabe que no debo hacerlo, que no es seguro para Jamie. Pero me da igual. Necesito volver a verlo.

—¡No!

Más alto, mejor.

Salgo de debajo del coche.

—¡Jamie!

Ahora ya he empezado a gritar. Repito su nombre una y otra vez sin dejar de chillar a su espalda. Tiene que darse la vuelta. Intento correr y la muleta de madera se me clava con fuerza en la axila. Dejo la mochila debajo del coche.

Cambia de sentido, montado en la bicicleta, y se vuelve hacia mí. No le veo la cara bajo la sombra de la gorra de béisbol, no veo si está sonriendo o no, pero sé que yo sí.

Vuelvo a gritar su nombre mientras intento avanzar más rápido. Es bastante probable que me caiga y me rompa la pierna de nuevo, pero no me importa.

Pone la pata de cabra, se baja de la bicicleta y echa a andar hacia mí. Ahí está. La única persona que queda en el mundo que se preocupa por mí. Y de repente me doy cuenta de que salir huyendo ha sido un error. Abandonarlo era más fácil que tratar de convencerlo de que no viniera. Pero verlo aquí ahora me hace sentir mil mariposas —con los ojos en forma de corazón— en el estómago. Son idiotas y, como Jamie, no tendrían que estar aquí. Pero sí están.

Y él también. Mi Jamie. Mi Jamie, que es tan tonto que ha dejado su casa y me ha seguido hasta aquí porque cree que soy una buena persona. Es egoísta y está más claro que el agua que no he aprendido la lección, pero, ahora mismo, lo quiero aquí.

Me detengo a tres metros de él.

No está sonriendo. De hecho, tiene pinta de estar cabreadísimo.

Se queda ahí plantado, con los brazos cruzados sobre el pecho. Pues tal vez debería haberme quedado debajo del coche, al final. ¿Y si no me estaba buscando? ¿Y si había decidido salir a por otra persona y se ha cruzado conmigo por casualidad? No sabía cuál era mi ruta, así que no la estaba siguiendo, sino que estaba trazando la suya.

—Perdón —le digo.

Me da la impresión de que no va a decir nada. Pero entonces…

—Eres un pedazo de gilipollas —me suelta—. ¿Lo sabías?

Se da la vuelta hacia su bicicleta, desata una de las mochilas —que lleva una esterilla de yoga y un saco de dormir enrollados y amarrados la parte superior— y me la lanza.

—Pasa tus cosas a esta, tiene más capacidad. —Luego libera la otra mochila, se la echa al hombro y se vuelve hacia mí—. Venga, vamos.

—¿Y ya está? —le pregunto. Frunce el ceño como si no me entendiera—. ¿Me voy sin despedirme y lo único que quieres decirme es «venga, vamos»?

Se encoge de hombros.

—Te… También te he llamado gilipollas. —Se me escapa un bufido de risa y me acerco a él cojeando para abrazarlo—. ¿Debería haber sido más cruel? —pregunta, aunque lo estoy estrechando con tanta fuerza que la voz le sale forzada—. Tendría que haberte pegado un puñetazo en el brazo o algo así, ¿no?

—Con esto basta —le digo sin dejar de apretarlo.

Cuando termino de trasladar todo el contenido de mi mochila a la que me ha traído él, levanto la mirada hacia Jamie.

—¿Por qué has venido a buscarme? ¿Por qué no te has ido a buscar a Howard y a los demás?

Jamie no me debe nada… Si acaso, soy yo quien le debe más de lo que puede pagarle. Menuda novedad, ¿no? Pero ¿por qué ha venido a buscarme a mí en vez de irse con un grupo más grande para sobrevivir? Y está claro que no pretende convencerme de que vuelva a la cabaña; de lo contrario, no habría traído estas mochilas.

Frunce el ceño y vuelve a cruzarse de brazos.

—¿Te refieres a la gente que nos saqueó? ¿Al grupo que nos robó hasta los cacahuetes?

—¿Se llevaron los cacahuetes tostados con miel? —grito.

Jamie intenta no sonreír y fracasa.

—No se las deben de estar apañando muy bien si tienen que quitarles la comida a dos personas que vivían solas.

No lo había pensado así. De lo que nos dijo aquella chica, Raven, deduje que era la única forma que tenía el grupo de mostrar su dominio, y quizá también de intentar obligarnos a unirnos a ellos. Pero es posible que ellos nos necesitaran más de lo que nosotros los necesitábamos a ellos.

Igual que yo necesito a Jamie más de lo que él me necesita a mí.

Me tiende la mano para ayudarme a levantarme.

—Cuando mi madre y yo nos mudamos a la cabaña, fue para marcharnos de la ciudad. Todo estaba empezando a salirse de madre y sabíamos que la cabaña sería un lugar seguro porque estaríamos aislados. Aunque tú la allanaste de todos modos.

Lo señalo con el dedo.

—No la allané, eres un lunático que se dejó la puerta abierta.

Continúa como si no me hubiera oído.

—Y ahora, con el grupo de Howard y Raven por ahí… Ya no me parece segura.

Frunzo el ceño y el sentimiento de culpa reaparece.

—No sé cómo decirte esto… —«Sin entrar en detalles sobre los Foster»—, pero aquí fuera tampoco estás a salvo.

—¿Yo te protejo a ti y tú me proteges a mí?

Asiento.

—Me parece bien.

Abandonamos la bicicleta, ya que llevárnosla significaría que uno fuera pedaleando despacio mientras el otro intenta no quedarse atrás pese a ir cojeando con una muleta. Al cabo de unos cinco minutos, por fin dice:

—Yo ya te he dicho por qué he venido a por ti. Pero ¿por qué te fuiste tú? ¿Por qué tanta prisa? Todavía nos quedaba comida y habríamos conseguido que nos durara hasta que te recuperases del todo.

Y este es. Este es el momento en el que debería contarle la verdad. Sobre la familia de Alexandria.

Pero volver a verlo refuerza todo aquello que pretendía reprimir, como las mariposas con ojos de corazón que morirán si descubre que soy una persona que saca matrícula de honor en ser horrible en la vida real y decide dejarme. Puedo retrasar lo inevitable un poquito más. Seguir diciéndole la verdad a medias.

—Si hay una civilización «de verdad» ahí fuera, con un gobierno completo y todo eso, no quiero quedarme al margen. Sé que no me crees, pero

a mí sí me parece posible que venga alguien. La cuarentena ha funcionado en Alemania y en los Países Bajos.

—Eso mismo decían las noticias y el gobierno estadounidense sobre el Reino Unido e Italia. Y, sin embargo, la gente en internet decía que era mentira. Lo cual… Mi madre y yo estábamos solos en la cabaña y aun así se contagió. A esta cosa le dan igual las cuarentenas. Sobrevive a todo.

—Lo sé. —También había oído todo eso—. Sé que es un rumor, pero… ¿y si es cierto?

Si es cierto, es posible que los Foster hayan desaparecido si no llego antes del 10 de junio. Si no lo es, entonces habré salido corriendo sin motivo alguno.

Jamie reflexiona sobre mis palabras. Lo veo analizar mentalmente todas las opciones. Por fin, asiente.

—Entonces tendremos que llegar a Washington DC antes del diez de junio. Queda un mes, tenemos tiempo de sobra.

Tiempo de sobra para decidir cómo le cuento el resto de la verdad.

Yupi.

Caminar hacia el sur es mucho más difícil de lo que recordaba. La pierna lesionada no me ayuda.

Las otras dos cosas en las que no pensamos fueron el sol y el calor. En invierno, el sol no quemaba y, al caminar deprisa, mantenía alta la temperatura corporal. Ahora, caminar deprisa solo nos sirve para sudar y cansarnos.

Por suerte para nosotros, los protectores solares no han sido la mayor preocupación de la gente durante la pandemia. Han saqueado las farmacias en busca de medicamentos y otros productos, pero el expositor de cremas solares casi siempre está intacto, hasta tal punto que a veces hace pensar que el establecimiento sigue abierto al público. Aprovechamos la primera oportunidad que se nos presenta para entrar en una y coger varios botes de factor de protección solar alto y Jamie me pasa también una gorra de los Phillies de color rojo oscuro.

—Ahora ya puedes sucumbir a la presión y hacerte fan —me dice con una sonrisa.

—¡A por ellos, Phils! —digo mientras me la encasqueto en la cabeza.

Jamie tira su gorra al suelo y coge un sombrero de paja con una cinta azul marino alrededor de la base. Hace que parezca que está de vacaciones en

Cuba. Cuando se lo digo, se echa un buen pegote de crema solar en la nariz y no se la extiende.

Acabamos con nuestros suministros de agua más rápido de lo que logramos reponerlos, así que empezamos a racionarla. Cada vez que nos topamos con una arboleda espesa, nos detenemos y descansamos a la sombra durante horas para intentar conservar las fuerzas.

Trato de imaginar cómo serían las cosas si me hubiera quedado en la cabaña, de discernir si mi conciencia se habría acallado. La respuesta siempre es no. Quiero decirle a Jamie que lamento haberme marchado. Pero él no se queja y agradezco que esté aquí. Cuando le pido que pare, accede sin hacer que me sienta mal. Cuando le pregunto si está bien, asiente, sonríe y me pregunta cómo estoy yo.

Sin embargo, sigo mintiéndole a diario. Esa parte es un poco mierda. Que no estemos viendo ninguna pintada de las que yo veía antes tampoco ayuda. No hay nada que diga «DCA 6/10 ¡AYUDA EN CAMINO!», y eso me pone nervioso. A lo mejor todo era desinformación.

Pero no, no quiero creérmelo. Todavía es posible que exista una razón para que Jamie vaya al Aeropuerto Reagan mientras yo me dirijo a Alexandria. Encontraremos a más supervivientes por el camino y él seguirá adelante con ellos; entretanto, yo encontraré la manera de llegar a Alexandria. Seré capaz de hacerlo solo si sé que hay alguien protegiendo a Jamie.

El quinto día, abandono la muleta en el lugar donde hemos acampado. Jamie dice que seguro que no habrá problema mientras me lo tome con calma. Así que nada de correr.

A la mañana siguiente no hace tanto calor, pero, hacia el mediodía, las nubes que encapotan el cielo a nuestra espalda empiezan a tornarse amenazantes. El dolor de la pierna reaparece. Es el nuevo y divertido superpoder que me proporciona la pierna mal curada: sé cuándo va a llover.

Vamos caminando por la autopista. Hay grandes tramos de carretera vacíos y unos cuantos coches abandonados aquí y allá. Algunos de ellos están llenos de cadáveres, pero no nos hace falta pararnos a comprobarlo. Sí que nos acercamos a algunos de los vehículos vacíos, pero, o están cerrados a cal y canto, o no tienen llaves, o no arrancan cuando activamos el contacto. Aunque tampoco cambiaría nada si se movieran, porque, por lo que parece, tendríamos que detenernos en cuanto llegáramos a la siguiente barricada de coches en menos de un kilómetro.

—Creo que no deberíamos tardar en salir de la carretera y buscar un lugar donde refugiarnos —dice Jamie mientras observa las nubes—. Lo último que

necesitamos es que nos caiga un rayo en la cabeza.

—Ostras, tío. Ahora que la lotería ha muerto, ese era el único tipo de apuesta que nos quedaba.

—Espera a que llevemos al menos un mes viajando antes de hacerlo.

Recorremos otros dos kilómetros y medio antes de tomar una salida hacia un pueblecito llamado Mailey. Pasamos junto a un gran cartel de madera tirado en el suelo; alguien ha cortado las vigas que lo sostenían con algo parecido a un hacha o un destral. El cartel tiene unas marcas similares, le han arrancado grandes pedazos de madera. Está pintado de blanco y las letras de color verde oscuro dicen: «¡Bienvenido a Mailey, Pensilvania! ¡Nuestra casa es tu casa! Pob. 1113». La pintura está desconchada y agrietada.

—Uf, eso da un mal rollo que te cagas —digo, y, solo para asegurarme de que sigue ahí, bajo la mano hacia la pistola que me ha dado Jamie.

—Sí. —Se descuelga el rifle del hombro, comprueba que está cargado y echa un vistazo a nuestro alrededor—. Será mejor que vayamos despacio.

Los truenos retumban tanto hacia el norte como hacia el oeste mientras la tormenta se aproxima. Se ha levantado viento. Tengo los nervios de punta. Me basta con lanzarle una mirada a Jamie para darme cuenta de que él está igual. El viento nos ruge en los oídos y hace que nos cueste oír si alguien se nos acerca. Vamos avanzando hacia el centro del pueblo y no dejo de mirar a mi alrededor en ningún momento.

No se parece al resto de los pueblos y de las ciudades que he visto. Las calles están desiertas, salvo por las hojas viejas que arrastra el viento. La calzada está rota y resquebrajada tras las nevadas del invierno y ahora por las grietas asoman hierbajos verdes que se balancean de un lado a otro.

No hay escaparates rotos, no se ven restos de incendios. Ni siquiera parece que hayan saqueado las tiendas. De hecho, da la sensación de que las han recogido y cerrado con gran esmero. Como si el pueblo estuviera muerto incluso antes de que el virus acabara con todo el mundo.

Las nubes negras trepan hacia el sol como volutas de humo en el cielo y la oscuridad cada vez es mayor. Una ráfaga de viento crea un remolino de polvo en miniatura que cruza la carretera bailando y se disipa al chocar con la hierba ondulante del otro lado.

Doblamos una esquina y el letrero de la calle que enfilamos nos anuncia que estamos en «Viking Lane». Estoy tan concentrado en mirar al cielo que, cuando Jamie estira una mano para detenerme, doy un respingo, me agarro a su brazo y me lo llevo al pecho. Tiene la mirada clavada en el suelo. La sigo y suelto un grito, aunque un trueno lo ahoga.

Justo a mis pies, se encuentra el cuerpo putrefacto y decapitado de un hombre. Es alto, incluso sin cabeza, y tiene la piel curtida pegada a los huesos. La ropa raída le cuelga del cuerpo. Ver un cadáver no es nada nuevo para mí, pero, aun así, me impacta.

—¿Dónde está la cabeza? —pregunto. El cuello del hombre es un jirón desgarrado de huesos rotos y carne desgajada. Los restos de sangre bañada y quemada por el sol han oscurecido y engrasado el suelo que lo rodea. El cadáver tiene manchas de sangre seca y marrón en la camisa y en los pantalones y cortes profundos en los brazos y las manos—. Estaba vivo.

Señalo los cortes de las manos y los brazos: heridas defensivas. Al menos así era como las llamaban en las películas policíacas de la televisión.

Ley y orden: Gripe aviar. Ahora no es oportuno hacer chistes. ¿Por qué mi mejor material se me ocurre siempre en momentos serios? Mi terapeuta lo describiría como un mecanismo de afrontamiento.

Tengo la sensación de que alguien nos está observando. Jamie debe de sentir lo mismo, porque, cuando lo miro, veo que él también está escudriñando Viking Lane.

Los relámpagos tiñen el cielo de púrpura y, poco después, se oye el enorme estallido de un trueno. A nuestro alrededor comienzan a caer gruesas gotas de lluvia y, de repente, el olor del petricor me resulta terrorífico.

Jamie señala hacia la derecha con un gesto de la cabeza.

—Probemos por allí.

Sigo su mirada hacia el escaparate de lo que en su momento debió de ser una heladería… ¿Cómo era el refrán? La cabra tira al monte, el heladero a la heladería y el chico que lo acompaña a los tópicos. Ahora las ventanas están llenas de polvo y el interior, vacío. Rodeo el cadáver y me encamino hacia ella sin dejar de mirar a uno y otro lado en busca de los ojos que juro que nos observan. Quizá sea mi imaginación; espero que sea mi imaginación.

Tiro de la puerta de cristal de la heladería y se abre. El viento levanta polvo hasta que cerramos la puerta detrás de nosotros.

—Vigila la parte delantera —me dice Jamie—. Yo voy a echarle un vistazo a la parte de atrás. Y saca el arma.

La pistola de la que Jamie ha insistido en que me encargue. La saco y miro hacia arriba para ver cómo se acerca la tormenta. La lluvia empieza a azotar el escaparate de cristal. Los relámpagos iluminan Viking Lane con un intenso destello púrpura y vislumbro una cara en el escaparate de la tienda de enfrente. Grito, pero los truenos retumban de nuevo.

El hombre está lejos de la ventana, pero su silueta se me ha quedado grabada a fuego en los ojos. Sé justo dónde se encuentra. Contengo la respiración, espero, tiemblo en la oscuridad. El brillo de otro relámpago ilumina el exterior y vuelvo a verlo un instante antes de estremecerme y perderlo de vista. Está de pie, desnudo, mirándome desde el otro lado de la calle. Tiene un hacha en la mano.

—Bueno, parece que la puerta de atrás solo puede abrirse desde dentro.

La voz de Jamie me hace dar un respingo y se me cae la pistola. Me encojo, esperando que se dispare, pero solo repiquetea contra el suelo. Jamie la para con un pie y me mira con los ojos muy abiertos, como si quisiera llamarme idiota. Y, desde luego, tendría razón.

—Está ahí. Tiene un hacha.

El pánico que me tiñe la voz lo obliga a reaccionar. Se agacha para recoger la pistola y se planta ante el escaparate con tres zancadas rápidas. Me tiende el arma y luego apunta con el rifle hacia la tienda y pega el ojo a la mira.

Más destellos de rayos.

—Ahí, ¿lo ves? Solo… nos mira.

Empiezo a temblar.

Ajusta la mira. Apunta hacia el lugar donde ha visto al hombre. Esperamos en silencio mientras la lluvia golpea los cristales. Los truenos retumban. Otro relámpago y Jamie abre los ojos como platos.

—¿Lo has visto? —pregunto.

La cara de susto de Jamie se transforma en una expresión burlona. Intenta aguantarse la risa, pero se le escapa por la nariz.

—¿Qué? ¿Sigue ahí?

El escaparate empieza a empañarse. Lo limpio con la mano y, cuando la aparto, la tengo húmeda y llena de polvo.

Jamie está doblado de risa, agarrándose el estómago. Las lágrimas le resbalan por las mejillas.

—¿Qué? —grito—. ¿Qué tiene tanta gracia?

Jamie se limita a señalar y a seguir riéndose. Llega el destello de otro relámpago y aún veo al hombre ahí plantado, desnudo y mirándonos de hito en hito. ¿En serio se está riendo de que el tipo vaya desnudo? Muy maduro por tu parte, Jamie. Creo que esta ni siquiera sería la primera vez que un loco sin ropa y armado con un hacha ataca a alguien.

Jamie resuella, traga grandes bocanadas de aire y me tiende el rifle, aún riéndose.

—Toma —dice entre jadeos.

Enfundo la pistola y acerco un ojo a la mira. A través de la oscuridad, veo el contorno de su cuerpo inmóvil. Un relámpago lo ilumina y doy un respingo al captar su mirada pálida. Se me abre la boca de la sorpresa y por fin entiendo por qué se ríe tanto Jamie.

—¡Es un maniquí! —grita.

Revelarme la verdad le provoca otra oleada de risas que brotan desde lo más profundo de su ser y lo obligan a sentarse. Se enjuga las mejillas, pero enseguida vuelven a saltársele las lágrimas.

Sonrío y noto que me pongo colorado. Gracias a otro relámpago, veo que el hacha que creía que el maniquí desnudo llevaba en la mano es en realidad un paraguas sujeto a su muñeca.

—Vale —digo.

—El advenimiento del Desnudo Hombre Hacha.

Jamie estalla en otro ataque de carcajadas.

—Uy, temía por nuestra vida, qué gracioso soy, ya lo pillo.

—¡Hacha Man-iquí!

—Bueno, basta ya —digo, aunque una risita interrumpe mis propias palabras.

Pero no basta. Es la primera vez en todo el tiempo que hace que conozco a Jamie que lo oigo reír. Ni mis comentarios sarcásticos, ni mis chistes ingeniosos, ni mis anécdotas, ni contarle películas: nada de todo eso lo había hecho reír así.

Y es un sonido maravilloso.

Me siento en el suelo y río con él, sus carcajadas son contagiosas. Al cabo de unos instantes, empieza a dolerme la tripa de tanto reírme. Cuando por fin nos calmamos, nos miramos el uno al otro. El contacto visual silencioso nos hace volver a partirnos de risa.

El cadáver del exterior es lo último en lo que pensamos durante un ratito. En el momento en el que se nos pasa el ataque de risa, Jamie consigue darse cuenta de que hay agua fresca cayendo del cielo. Registra la trastienda, encuentra varios cubos y cuencos de plástico y los saca fuera. Nos sentamos a contemplar cómo se llenan.

De vez en cuando, a él se le escapa otra risita. Yo sonrío y le doy un codazo, y entonces regresan las carcajadas. Podría pasarme el resto de la vida escuchando su risa y jamás me hartaría de ella.

12
Jamison

Me parece increíble que de verdad rodaran una película llamada *Maniquí* en la que, cómo no, una maniquí cobra vida y pierde el control en Filadelfia. Andrew me la ha contado de principio a fin en uno de sus resúmenes de cine antes de echarse a dormir.

Y ahora aquí estoy, pensando en *Maniquí*. Me recuerda un poco a las películas del Hallmark Channel, que es un secreto que todavía no he compartido con Andrew.

Me encanta Hallmark.

Él cree que no he visto pelis porque no me gustan. Pero eso no es del todo cierto: lo que pasa es que solo me gustan las del Hallmark Channel. De esas he visto demasiadas. De hecho, he visto tantas que algunas he vuelto a tragármelas enteras pensando que eran nuevas y al final me he dado cuenta de que ya las había visto.

Pero eso es lo que más me gusta de ellas, que son seguras y predecibles.

A diferencia del mundo de hoy.

Tengo los ojos secos y me escuecen. Un bostezo largo me provoca dolor de mandíbula y le echo un vistazo a mi reloj de pulsera. Es solo la una de la

madrugada. Le he dicho a Andrew que lo dejaría dormir hasta las tres; luego dormiré yo, desde las tres hasta las nueve o así.

Me recuerdo que tenemos que hablar acerca de acostarnos y levantarnos más temprano para intentar abarcar el mayor terreno posible antes de que el sol pegue con fuerza.

Cuanto más avancemos hacia el sur, más aumentará la temperatura. Quizá nos convenga pasar la noche en vela, viajar en la oscuridad y descansar durante el día. Me acuerdo de haber oído en alguna parte que eso es lo que hay que hacer en el desierto.

Andrew tiene la pierna mucho mejor. Ahora solo percibo su cojera si me fijo realmente en ella. Espero hasta que él pregunta si quiero parar a descansar porque me da la impresión de que le preocupa que no lleguemos al Aeropuerto Reagan antes del 10 de junio. Cuando me pregunta cómo estoy, le contesto que bien, aunque en realidad estoy agotado. El calor y las caminatas me están pasando factura.

Hace una semana que salí de casa en busca de Andrew y vuelvo a estar dándole vueltas al tema. La mayoría de las noches, mientras yo estoy despierto y Andrew duerme, es en esto en lo que pienso. Me planteo por qué salí a buscarlo y la pregunta me atormenta.

Porque no sé cuál es la respuesta. No, sí que lo sé, lo que ocurre es que no le encuentro sentido.

A él le dije que me había marchado porque la cabaña ya no era segura, y puede que eso sea cierto, pero no es toda la verdad. Tras encontrar la nota de Andrew, no podía parar de imaginarme que volvía a hacerse daño. Que se caía y se rompía la pierna. Que pisaba otra trampa para osos. Que se topaba con un grupo como el de Howard y esta vez no se tomaban la molestia de hablar con él primero.

Al final, la preocupación me superó. Fue como si se repitiera el inicio de la supergripe: me pasaba las noches en vela, caminando con nerviosismo de un lado a otro de la casa, intentando no leer en internet las publicaciones sobre los enfermos y los moribundos, preocupándome por mi madre mientras ella estaba en el hospital.

«Trabajadora de primera línea», la consideraban. Como si fuera un soldado y eso le confiriera más significado al hecho de que se estuviese jugando la vida.

Eran las mismas inquietudes que sufría con Andrew. Me lo imaginaba aquí fuera, solo. Al final, fui incapaz de seguir preocupándome y decidí hacer algo al respecto.

Ahogo otro bostezo y me vuelvo para mirar a Andrew, que está profundamente dormido. No logro descubrir qué tiene este chico para hacer que me sienta así. Quizá se deba a que hemos pasado las últimas semanas pegados el uno al otro a todas horas. O tal vez a que es la única persona con la que he podido hablar desde octubre.

Parpadeo, pero mis ojos se niegan a abrirse. El cuerpo se me vence hacia delante y me despierto de golpe. Me siento con la espalda recta y, cuando miro el reloj, se me forma un nudo en el estómago. Son las dos y media de la madrugada. Me he pasado una hora y media dormido.

Me levanto y escudriño la heladería en la oscuridad. Fuera, las nubes han desaparecido y el azul de la luna llena baña Viking Lane. La luz se filtra a través de las ventanas polvorientas.

La trastienda está vacía. Junto a la puerta, aguzo el oído por si capto ruidos de pasos o algún tipo de movimiento, pero no oigo nada, así que vuelvo con Andrew. Está tumbado sobre el saco de dormir, con los brazos y las piernas abiertos de par en par. Tiene la boca abierta y su respiración es profunda y pesada. Me adentro en la luz que se filtra a través de la ventana.

Andrew cambia de postura y dice algo en sueños. Me vuelvo para mirarlo y sonrío… Pero las palabras no proceden de él.

Vienen de fuera.

El corazón se me desboca en el pecho y la sangre me retumba en los oídos. Me doy la vuelta de nuevo hacia Viking Lane.

Unos pasos se arrastran por la calzada, la voz grave de un hombre grita. Está cantando. Y la canción me resulta familiar: me suena la letra, pero no soy capaz de identificarla.

Lo primero que veo es la sombra que la luna llena proyecta sobre el asfalto agrietado por las malas hierbas. Me aparto de la ventana y me oculto entre las sombras de la heladería. Me miro los pies para asegurarme de que la luna no ilumina ninguna parte de mi cuerpo.

Y entonces veo que el brazo de Andrew está a plena vista. Me agacho, la voz del hombre se oye cada vez más cerca y más alta. Viene directo hacia la heladería. Agarro a Andrew por la muñeca y dejo la otra mano suspendida sobre su boca, preparado para tapársela si grita. Cuando la sombra del hombre cruza el suelo, muevo la mano de Andrew hasta posársela sobre el pecho para apartarla de la luz de la luna y entonces apunto con el rifle hacia la ventana.

Bajo la mirada hacia la pistola que descansa en el suelo junto a un Andrew aún dormido. El hombre se apoya en el escaparate, dándonos la espalda, y suspiro de alivio. Sin embargo, no dejo de apuntarle con el rifle,

puesto que en una mano lleva una botella de *whisky* medio vacía y en la otra, un destral.

El metal del destral repiquetea con fuerza contra la ventana cuando el hombre bebe otro trago. Andrew no se despierta a pesar de que el ruido retumba en la heladería vacía.

—«*Everyone's Gone to the Movies*…»

Reconozco la canción en cuanto vuelve a empezar. Es de Steely Dan. Mi madre tenía el disco en la cabaña. Cada vez que lo ponía y llegaba esta canción, torcía la cara y decía: «Odio esta canción». Y con razón, la verdad.

Oírsela cantar a un borracho que empuña un hacha hace que la letra resulte aún más espeluznante.

«*Kids if you want some fun, Mr. LaPage is your man*», canta mi cerebro, y esos dos primeros versos me ponen la piel de gallina. El «señor LaPage» bebe otro trago de la botella y se separa del cristal. Se da la vuelta hacia el escaparate y se queda inmóvil, mirándonos.

Levanto el rifle de nuevo, con el dedo preparado. Esta vez apretaré el gatillo. No será como con el ciervo. Andrew está a mi lado, dormido, y no pienso permitir ni por asomo que este tipo se le acerque.

Intento tragar salva, pero tengo la boca seca.

Espero a que el borracho me sonría, a que diga algo, lo que sea. En cambio, se limita a cerrar un ojo y arreglarse el pelo largo y seco. Está contemplando su reflejo a la luz de la luna. Se acicala la barba alrededor de la boca y se vuelve una vez más hacia Viking Lane.

Me pongo de pie y me acerco a la ventana para ver cómo se aleja. Llega hasta el cadáver que sigue tirado en medio de la carretera y se detiene junto a él. Deja caer el destral, que se estampa contra el suelo con un estruendo metálico, y bebe otro largo trago de *whisky* antes de meterse una mano entre las piernas y descargar un potente chorro de orina sobre el cuerpo de la calle.

Aprieto los dientes y me aferro al rifle. Le doy la espalda al escaparate, asqueado, y vuelvo al lado de Andrew. El señor LaPage pasa de nuevo por delante de la heladería y continúa caminando por Viking Lane.

Cuando estoy seguro de que se ha ido, exhalo un suspiro prolongado y dejo el arma en el suelo. Tengo la palma de las manos, el cuello y la frente sudados. No tiene nada que ver con la proximidad del señor LaPage; lo que me pone nervioso es cómo me ha funcionado el cerebro durante esos instantes. Estaba allí, con un hacha… la misma que está claro que utilizó para cortarle la cabeza a un hombre en plena calle.

Aun así, no he apretado el gatillo. No ha sido necesario, pero, aunque nos hubiera visto y entrado, no sé si habría conseguido hacerlo. En un momento dado, tuve clarísimo que protegería a Andrew, pero, cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que no sería capaz de disparar ni a un tipo borracho con un hacha. Podría haber intentado razonar con él antes. Podría haber despertado a Andrew y entre los dos, con las armas desenfundadas, lo habríamos convencido de que se marchara. Después, habríamos huido.

Sin embargo, tuve miedo. Miedo a lo que ocurriría si apretaba el gatillo y lo mataba. ¿Sería tan malo como el señor LaPage en ese momento? No sé por qué ha asesinado al hombre de la calle. A lo mejor acababa de llegar al pueblo. A lo mejor atacó al señor LaPage a punta de pistola. A lo mejor el señor LaPage se le acercó descalzo por la espalda y le clavó el hacha. El señor LaPage estaba de espaldas a mí. Si le hubiera disparado, habría actuado igual que él.

Ahora estoy totalmente despierto, con el cuerpo rebosante de adrenalina. Dejo que Andrew siga durmiendo hasta las cuatro de la mañana, cuando por fin empiezo a calmarme. Lo sacudo con fuerza y abre los ojos. Decido no contarle lo del señor LaPage. Teniendo en cuenta lo borracho que estaba y que no paraba de beber, seguro que a estas horas ya está durmiendo la mona y que mañana por la mañana cuando nos vayamos seguirá igual. No tiene sentido poner nervioso a Andrew. Ya se ha llevado un buen susto con lo del maniquí. Esta vez, cuando lo pienso, ni sonrío ni me entra la risa.

Me tumbo encima del saco de dormir y cierro los ojos. Consigo sumirme en un sueño crepuscular del que me despierto de vez en cuando. Fuera, el cielo es de un azul cada vez más intenso. A las siete de la mañana, me incorporo.

—Creo que es mejor que hoy empecemos temprano —digo cuando Andrew me mira.

—¿Seguro?

—Sí, este sitio me da escalofríos.

13
Andrew

El día en que salimos de Mailey, caminamos veinticinco kilómetros. Por una parte, se debe a que la tormenta ha refrescado mucho el ambiente; por la otra, se debe a Jamie. Es como si tuviera prisa. Puede que tenga que ver con el calor, o puede que quiera llegar lo más lejos posible lo más rápido posible mientras no resulte agobiante, sin darse cuenta de que, cuanto más al sur bajamos, más nervioso me pongo.

Al día siguiente, le pregunto si quiere parar en el pueblo de al lado para ver si encontramos un par de bicicletas. Me contesta que no, que le gusta caminar y que vamos bien de tiempo. Pero él se refiere a lo que nos falta para llegar al Aeropuerto Reagan.

Alexandria está a unos 293 kilómetros de la cabaña de Jamie. El aeropuerto está a solo dieciséis kilómetros de Alexandria, así que, si caminamos al ritmo de ayer, llegaríamos en algo menos de tres semanas, es decir, a principios de junio. No nos sobraría mucho tiempo, pero, siempre y cuando no nos detengamos, deberíamos llegar antes del 10 de junio.

Conseguimos mantener el ritmo sin ningún problema. Jamie se niega a parar en la mayoría de los pueblos y empezamos a dormir debajo de los camiones abandonados que encontramos en la autopista. Abrimos uno y

descubrimos que está medio lleno de bolsas de supermercado con comida. ¡Y hasta hay agua embotellada!

—Debe de ser uno de esos camiones piratas —dice Jamie.

Yo también había oído hablar de ellos. La gente alquilaba camiones y compraba o robaba grandes cantidades de provisiones para después venderlas a precio de oro en la calle. El camión es negro y no tiene ningún rasgo distintivo; sin embargo, en un lateral, unos brochazos de pintura blanca que forman un cuadrado casi perfecto tapan algo escrito con espray rojo. Bajo la mancha blanca solo se atisban tres esquinas de la frase.

Los supermercados tenían más productos de primera necesidad —lácteos, pan, conservas— que carne y verduras frescas antes de que la cadena de transporte empezara a desintegrarse eslabón a eslabón. Cuando cerraron las fronteras, se impidió también el paso de la mayoría de las verduras, así que todo el mundo se pasó a las conservas y los congelados. Luego, poco a poco, los alimentos congelados también desaparecieron.

La última vez que fui a comprar con mi padre, la gente había arrasado con la mayor parte de las estanterías y los empleados no se habían molestado en reponerlas, pues sabían que volverían a quedarse vacías en cuanto abrieran las puertas. Se habían limitado a abrir cajas y apilarlas en palés para que rebuscáramos en ellas. Hicimos cola con las mascarillas puestas y fueron dejándonos pasar de seis en seis. Por supuesto, la nueva política era: «Si lo tocas, lo compras.»

Pero, en el camión, Jamie y yo tocamos lo que nos da la gana, comprobamos las fechas de caducidad y buscamos bultos en las latas. Una vez que nos aprovisionamos de todo lo que podemos cargar, cerramos la puerta a nuestra espalda porque a Jamie le da miedo que los roedores consigan entrar de algún modo. Abre una caja de rotuladores Sharpie y escribe sobre la pintura blanca: «¡ÁBREME! HAY COMIDA».

—Claro, porque así no parece una trampa —le digo.

—Eh, la gente que lo necesite se arriesgará.

Me encanta lo optimista que es. A él le funciona, pero tal vez sea porque nunca ha tenido que lidiar con unos padres liberales que, aun así, se las ingenian para dejarte de piedra cuando sales del armario y te dicen que es solo una fase. Ni tampoco con aquella época de cuando estabas en sexto de primaria y parecía que habías hecho un grupo divertido de amigos que te invitaban a quedar con ellos los viernes por la noche en el cine y luego no se presentaban nunca. Uy, no, ¡qué tonto soy! Sí que se presentaban, solo que se metían a ver la sesión anterior de la película para, al salir, encontrarte allí

esperando desde hacía una hora. Y luego intentaban hacerte luz de gas y convencerte de que te habías equivocado de hora.

Sí, el optimismo no es lo mío.

A veces, me gustaría ser capaz de pensar como Jamie. Su lógica es sólida, pero también está llena de esperanza. Eso me arranca una sonrisa y retomamos nuestro camino.

Es nuestro vigésimo séptimo día de viaje y vislumbramos Baltimore a lo lejos. O lo que queda de ella, al menos. Nueva York tenía un aspecto similar. Aunque, la última vez que vi Nueva York, los incendios aún ardían. Baltimore está silenciosa y despejada. El calor ha vuelto.

—Aquí es donde la cosa se pone interesante —dice Jamie, que deja caer su mochila al suelo.

—¿Interesante en qué sentido?

—Ayer estuve mirando el mapa y me di cuenta de un detalle. —Mete la mano en la mochila y saca el atlas de carreteras que birlé en una librería de Connecticut—. Todas las vías principales que se dirigen hacia Baltimore o que la rodean son túneles. Está el túnel Fort McHenry, que sigue a la 95.

—Vale, ¿cuál es la otra y cuánto se desvía de nuestra ruta?

Empezamos a acercarnos a Alexandria, pero estamos a 29 de mayo. Mi cojera nos dificultó la primera mitad del viaje, así que solo tenemos doce días para llegar hasta los Foster si no queremos correr el riesgo de que ya no estén allí.

Si es que siguen vivos.

Jamie señala el mapa.

—En realidad no nos aparta de la ruta. Es el túnel del puerto de Baltimore. Pero quería proponerte que nos saliéramos aquí, en la Ruta 40. —Desplaza el dedo hacia la intersección entre la autopista y el túnel—. Podríamos seguirla hasta llegar a la 695, que es la que terminaría llevándonos a la I-95.

—Pero eso significa cruzar todo Baltimore. ¿No queríamos evitar las grandes ciudades?

—Sí, pero los túneles me preocupan un poco. No sabemos en qué estado se encuentran, podrían haberse derrumbado por falta de mantenimiento o estar llenos de cadáveres.

Se me acelera el pensamiento. ¿Y si la ciudad es un caos? ¿Y si hay gente? ¿Y si Jamie quiere quedarse con ellos un tiempo? Son muchas posibilidades de retraso. Tendría que abandonarlo de nuevo.

Me pongo nervioso solo de pensarlo, porque estoy seguro de que Jamie intentaría darme alcance una vez más, pero ahora ya camino más rápido y

quizá no lo lograra. Estando tan cerca de Alexandria, no me vería capaz de obligarme a cambiar de opinión.

Me ha costado mucho llegar hasta aquí. Y que Jamie estuviera aquí conmigo nunca formó parte del plan, pero no lo habría conseguido sin él. Como sea, tengo que empezar a pensar en cómo llegar a Alexandria sin que él se entere.

Lo mejor será seguir nuestro camino y esperar que, para cuando se dé cuenta de que pasa algo, ya sea demasiado tarde.

—¿Por qué no continuamos por el túnel de la 95 y vemos cómo está? Si es un horror, siempre podemos darnos la vuelta y seguir tu ruta.

—Eso es mucho retroceder.

Sí, pero es la ruta más directa. Y no tengo ni la menor intención de retroceder.

—Es mejor que desviarnos de nuestro camino y atravesar la ciudad. No creo que Baltimore fuera precisamente segura ni siquiera antes del virus.

—Si los túneles se han hundido, tendremos que desviarnos de nuestro camino de todas formas.

—No sabemos si les ha pasado algo a los túneles.

—También está el puente Francis Scott Key, aquí abajo. —Señala la I-695, que está siguiendo el curso del río Patapsco—. Si no quieres pasar por Baltimore, podemos volver hacia el norte y seguir la 695 hasta donde se une de nuevo a la 95.

—Dios, con todas esas rutas diferentes, pareces mi padre. Y esa sigue apartándonos de nuestro camino.

—Creo que atravesar los túneles no es buena idea, Andrew.

—Son las rutas más directas. Podemos llegar al McHenry y ver cómo está. Mira. —Señalo un cartel descamado de la autopista. Tiene otro de esos recuadros blancos pintado en la esquina inferior (de nuevo cubriendo lo que parece pintura roja en espray), pero no oculta del todo las palabras «Túnel Fort McHenry, peaje 8 km»—. Estamos muy cerca, podemos echarle un vistazo.

—Vale.

Dobla el mapa y evita mirarme a los ojos mientras lo guarda, a todas luces molesto.

No quiero que nos desviemos del camino si no es estrictamente necesario. Además, hemos tenido la suerte de no cruzarnos con nadie en más de ciento sesenta kilómetros. Una parte de mí considera que evitar las grandes ciudades

ha contribuido a ello. A la otra empieza a preocuparle que todos los demás estén muertos.

Llegamos al túnel poco antes del mediodía. Hemos viajado casi todo el tiempo en silencio porque Jamie, cómo no podía ser de otra manera, está enfadado conmigo. Pero los únicos pasos que retumban contra el asfalto y el hormigón son los míos. Miro hacia atrás y veo a Jamie contemplando la boca del túnel.

—¿Vienes?

—Sí —responde aún sin mirarme.

Se quita la mochila de la espalda y hurga en su interior hasta que da con una linterna pequeña.

—Es todo recto —digo.

Juro que no hay ni un solo ramal o desvío. ¡Es un túnel, no las catacumbas de París!

Gruñe, vuelve a colgarse la mochila y después ilumina el túnel con la linterna para que lo vea. Me doy la vuelta y nos adentramos en él. Ahora nuestros pasos retumban juntos.

—Sabes que si le gastas las pilas a esa cosa tendremos que apañárnoslas a oscuras a partir de ahora, ¿no?

Utilizamos la linterna sobre todo por la noche, cuando tenemos que ir al baño.

—Ya lo solucionaré.

Le noto algo en la voz. ¿Está asustado?

Sonrío sin dejar de mirar hacia delante.

—Jamie, ¿has visto la serie *Chernóbil*?

—Cállate.

—¿Y si se le acaban las pilas mientras estamos aquí dentro? ¿Y si nos sumimos en las tinieblas justo cuando vamos por la mitad del trayecto?

—Que. Te. Calles.

—Te da miedo la oscuridad —digo al mismo tiempo que me vuelvo hacia él.

Nos adentramos en el túnel en pos de la penumbra.

A Jamie le tiembla un poco la voz mientras escruta con la mirada las sombras que lo rodean.

—Y a ti te dan miedo los maniquíes, ¿qué pretendes decirme?

—No me lo puedo creer. A Jamie, el tipo grande y duro obsesionado con la supervivencia, le da miedo la oscuridad. ¿Dormías con una lucecita encendida cuando eras pequeño?

—Sí, y hasta bien entrado el instituto.

Dios, no me jodas, ¿es adorable o es que mis estándares están apocalípticamente bajos?

—No me da miedo la oscuridad —dice, aunque está claro que está mintiendo—. Me da miedo el túnel.

—¿Qué va a hacer? ¿Morderte?

—Hundirse.

Dirige el haz de luz hacia el techo para buscar grietas.

—Claro, porque una linterna impedi… ¡AH!

Suelto un grito cuando algo frío y húmedo me roza el tobillo y me inunda el zapato.

—¿Qué?

Jamie da un respingo y su voz me llega cargada de miedo. La luz recorre el túnel a toda velocidad y entonces veo el agua. Está inundado hasta la altura de los tobillos.

—Estupendo —digo, y levanto el pie, aunque no consigo nada con ello.

Lo vuelvo a meter en el agua y continúo andando.

—Espera, para.

—Jamie, no está hundido. —Me doy la vuelta y le arrebato la linterna de las manos. La enfoco hacia delante y, pese a que la luz se disipa en la lejanía, veo que el techo se refleja en la superficie del agua—. Seguro que es solo por la lluvia. El túnel está en una pendiente descendente, totalmente expuesto a los elementos.

Jamie no contesta, pero, cuando echo a andar de nuevo, oigo también el chapoteo de sus pasos. Le devuelvo la linterna y continuamos.

Hasta que la luz que teníamos a la espalda se ha desvanecido por completo, no me doy cuenta de que el agua empieza a subirme por las piernas. Lo achaco a las ligeras olas que levantamos al andar, pero entonces Jamie alza la voz:

—Ahora cubre más.

—Seguimos estando cuesta abajo.

Sin embargo, ya no tengo tan claro que esa sea la respuesta.

Avanzamos en silencio, pero ahora el agua ya me cubre las rodillas. Cada vez cuesta más andar. Entonces siento que me llega a los muslos y, sí, puede que hayamos cometido un error. Aun así, Jamie no abre la boca. O está demasiado cabreado o sabe que he llegado a la misma conclusión que él: ya estamos a medio camino y ya hemos metido la pata.

El agua helada me empapa la cintura y me castañetean los dientes. Me vuelvo hacia Jamie, que sigue iluminando el techo de baldosas con la linterna. No está enfadado, está asustado.

—¿Es demasiado tarde para pedirte perdón? —pregunto.

—Un poco, pero no pasa nada. No puede quedar mucho.

Continuamos avanzando, pero el agua no deja de subir. Nos ha alcanzado el pecho, así que levantamos las armas por encima de la cabeza. Las mochilas están caladas y nos obligan a caminar más despacio. Hay unos cuantos coches oxidados por efecto del agua, inundados también por dentro. Jamie ilumina el interior de uno de ellos con la linterna y vemos un cadáver abotagado flotando junto a la ventanilla.

—Me parece que son las bombas —dice. No le pido que me lo explique porque estoy tiritando, pero lo hace de todos modos—. Creo que los túneles tienen bombas que impiden que entre el agua del río. En Nueva York hubo un huracán y se inundó todo el metro porque era imposible que bombearan el agua a la velocidad necesaria.

—¿Ves? Ya te decía yo que no estaba hundido. Y tú venga a preocuparte por si esto nos resultaba más difícil.

—Uy, qué vergüenza me da, seguro que se me ha puesto la cara roja.

—Qué va, más bien un poquito azul. —Sonrío, pero entonces me doy cuenta de que la luz de la linterna es más tenue—. Oye, Jamie, ¿te acuerdas de la broma que te he hecho antes sobre las pilas de la linterna?

—Sí. No me ha hecho gracia.

—Pues menos te va a hacer ahora que está sucediendo de verdad.

Se fija en el haz.

—Vale. ¿Qué tal si espabilamos un poco?

Asiento y seguimos adelante. El agua nos llega casi hasta el cuello. A estas alturas, vamos casi nadando.

—Que no te entre en la boca ni en los ojos —me advierte Jamie.

La luz de la linterna es cada vez más débil. ¿Y si el nivel del agua sigue aumentando? No podremos seguir a nado porque las latas de conserva que llevamos en las mochilas nos hundirían.

¿Qué hacemos?

A Jamie se le escapa un grito cuando la linterna se apaga y nos quedamos solos y a oscuras bajo treinta metros de gélida agua de río.

14
Jamison

Grito y busco a Andrew a tientas en la oscuridad. Siento que se aleja de mí de un respingo, sobresaltado, pero luego alarga el brazo y me agarra la mano.

—Eres tú, ¿verdad? —pregunto.

—Sí —responde—. Te tengo.

Entrelaza los dedos con los míos y tira de mí hacia él para tenerme más cerca. El nivel del agua ha dejado de subir, pero aun sí me llega a la altura del cuello y eso quiere decir que Andrew apenas hará pie. Lo rodeo con un brazo e intento ponerlo a mi altura.

—Gracias.

Se le quiebra la voz. Él también debe de estar asustado. Caminamos cogidos de la mano, apretándonoslas con fuerza. Continúo rodeándole la cintura con el brazo, sujetándolo en alto.

Tengo frío, estoy mojado y me muero de miedo. Sin embargo, estando tan cerca de Andrew, me siento más seguro, como si lo que sea que haya en la oscuridad no pudiera hacernos daño. Aunque en la oscuridad no tiene por qué haber nada. Ni siquiera eso que acaba de rozarme la pierna. Me estremezco y él me aprieta aún más la mano.

El agua ya no cubre tanto, pero al principio ni siquiera me doy cuenta porque tengo el cuerpo helado.

Seguimos adelante y, cuando vuelve a llegarnos por la cintura, empezamos a avanzar más rápido, chapoteamos cuando vemos luz tras la curva que hay más adelante. Trotamos hasta que escapamos del agua fría del río y tenemos el sol a nuestro alcance. Las mochilas están empapadas y nos pesan, pero corremos lo más deprisa posible.

Jadeantes, salimos a la cálida luz del sol y lanzo un atronador grito de victoria. No quiero soltarle la mano a Andrew, pero sé que en algún momento tendré que hacerlo, así que lo envuelvo en un abrazo húmedo y me pongo a dar saltos. Él me sigue la corriente, me devuelve el abrazo y también se pone a chillar. Ha vuelto a reír, y yo hago lo mismo. Me separo de él, pero sigo sonriendo.

Andrew pone cara de chulo.

—Te dije que esta sería nuestra mejor opción.

—A partir de ahora tienes prohibido tomar decisiones.

—¿Ni siquiera puedo decidir lo que vamos a cenar?

—Ni siquiera lo que vamos a cenar.

Y, hablando de cenas, recuerdo la comida que llevamos en las mochilas. Dejo el rifle en el suelo y me quito la mía. Sigue goteando agua sucia de río. Andrew me imita y sacamos la ropa y las latas de conserva. Las etiquetas de los alimentos están empapadas, nuestros libros están empapados, la ropa está empapada…, pero lo peor de todo es que el atlas de carreteras está empapado.

—¿Te he pedido ya perdón? —pregunta Andrew.

Abro el cuaderno de notas de mi madre y paso las páginas con mucho cuidado para que no se rompan. Las letras siguen ahí y las páginas están intactas.

—No es tan horrible. Se secará.

Lo pongo al sol, abierto por la mitad, y Andrew despliega con gran delicadeza unas cuantas páginas del atlas y lo deja en medio de la carretera, junto al cuaderno. Después coloca una lata de comida encima de cada una de las cuatro esquinas.

—Además, míralo por el lado bueno. —Levanto una lata, cuya etiqueta ha desaparecido en algún recodo de la mochila o entre los montones de cosas húmedas que hay en el suelo—. La cena será un misterio todas las noches. Supongo que de vez en cuando te dejaré elegir la lata.

Extendemos la ropa mojada y los sacos de dormir a lo ancho de la autopista, les damos la vuelta a las mochilas empapadas y nos tumbamos para

secarnos al sol. Sustituyo las dos pilas gastadas de la linterna por las últimas sin usar que me quedan en la mochila. Andrew vuelve a tomarme el pelo por mi claustrofobia y yo me meto con él por lo de Hacha Man-iquí mientras finjo que no era solo claustrofobia. Creo que piensa que lo de la luz nocturna iba en broma. La conservé hasta bien avanzado el instituto más por costumbre que por miedo a la oscuridad. Pero el miedo es real.

Pasan otros tres días sin que nos crucemos con nadie. Me sorprende lo vacías que están las carreteras. Sobre todo porque, cuando menos, tendríamos que ver a otros viajeros camino del Aeropuerto Reagan. Que no se me malinterprete: estoy más que encantado de evitar a la mayor cantidad de personas posible hasta que lleguemos allí, pero, aun así… El silencio sepulcral de las carreteras me pone los pelos de punta.

En las películas y en las series de televisión sobre el apocalipsis, esas que a Andrew le asombraría saber que he visto, las carreteras siempre están atestadas de coches abandonados: atascos infinitos en el fin del mundo. Pero lo cierto es que, cuando la cosa se puso fea, nadie quería ir a ningún sitio. Nos hemos topado con unas cuantas barricadas de coches o camiones abandonados en la carretera, pero, por lo general, no vemos más que algunos vehículos dispersos aquí y allá, normalmente llenos de cadáveres de personas que intentaban llegar a algún lugar, quizá hasta su familia o hasta su lugar favorito para pasar las vacaciones. No puedo evitar sentir pena por quienes jamás llegaron a su destino.

Paramos a beber agua y Andrew saca el mapa otra vez. Lleva dos días mirándolo cada dos horas, pero no me dice por qué.

—¿Qué buscas? —le pregunto mientras vuelvo a ponerle el tapón a la botella de agua.

—Una forma distinta de rodear Washington DC. Pero es difícil. Mira. —Señala el mapa y me acuclillo para mirarlo—. Podríamos ir por la 495, pero parece que solo traza un círculo alrededor de la ciudad.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Nada, pero fíjate en la Ruta 1. —Me la indica y veo que atraviesa la ciudad de Alexandria, en Virginia—. Como ves, es paralela a la 95 y, si la seguimos hasta la 495 y luego atajamos por Bethesda, evitaremos atravesar Washington DC por la 1.

Alexandria. Me suena de algo, pero no consigo recordar de qué.

—Vale —digo—. O sea que cruzamos Bethesda por aquí y… —Sigo el recorrido de la carretera con el dedo un momento y luego lo miro—. Esta ruta también pasa por Washington. Mira, aquí están el monumento a los Veteranos de Vietnam, el monumento a Lincoln, el Pentágono y, por último, el Aeropuerto Reagan.

Clava la mirada en mi dedo mientras le voy señalando los puntos de referencia.

—Ajá, así es.

Le pasa algo raro.

—A ver si me ha quedado claro: ¿quieres atravesar Washington para evitar cruzar Washington?

—Creía que rodeaba la ciudad —dice en voz baja.

Lo miro fijamente para intentar adivinar qué le ocurre. Por lo general, soy capaz de averiguarlo; al menos así ha sido desde que lo conocí. No es que sepa todo lo que piensa, pero sí me doy cuenta de cuándo está molesto —como cuando llueve y le duele la pierna— o de cuándo está pensando en algo que sucedió antes del apocalipsis, porque se queda callado y, si le pregunto qué le pasa, sonríe y responde que no es nada o que estaba pensando en qué película contarme.

Ahora mismo, sé que me está ocultando algo. Y entonces lo recuerdo: el papel que había en el libro que me dio llevaba escrita una dirección de Alexandria. Así que era una parada que quería hacer… Está más al sur que el Aeropuerto Reagan, pero no sé ni por qué no me ha contado que quería ir a esa ciudad ni qué tendrá esperándolo allí.

Intento pensar en razones por las que desearía esconderme algo así, pero ninguna de ellas me encaja. Andrew confía en mí, lo demostró cuando me permitió torturarlo para que se le curara la pierna. Pero no consigo entender por qué no se fía de mí en este caso.

Por primera vez, me pregunto si habré cometido un error al confiar en Andrew. Pensarlo me provoca dolor de estómago.

—¿Por qué tienes tantas ganas de ir a ese sitio? Puedes contármelo, Andrew.

Espero que muerda el anzuelo y me explique lo de Alexandria. Lo de decir «a ese sitio» en lugar de «a Washington» ha sido intencionado.

Sigue evitando mirarme a los ojos.

—Es solo que no he mirado bien el mapa.

Me arrodillo en el suelo a su lado y luego me siento sobre mis propias piernas. Aún no está preparado para contármelo y no quiero quedarme aquí

plantado haciendo conjeturas. Pero confío en él, así que creo que debo dejarle claro que él también puede confiar en mí.

—Sé de qué va esto.

Al fin me mira. No es verdad. Sé que está buscando algo concreto de lo que no quiere hablarme; lo más obvio sería que estuviera buscando a una persona. Andrew quiere mostrarse optimista respecto a algo, pero ninguna de las experiencias que ha vivido se lo permite. Esta conclusión se basa en mi limitada comprensión de su vida anterior al apocalipsis. Sus padres eran estrictos y no aprobaban quién era. No contaba con alguien como mi madre, que era espiritual, no religiosa; que creía que recibías lo mismo que entregabas al universo. Andrew desea tener esperanza, pero no se permite tenerla.

—Deduzco que estás buscando a alguien —le digo. Algo le cambia en el rostro y parece que va a interrumpirme, así que hablo deprisa—: Si quieres encontrar a alguien, creo que tenemos que intentarlo.

Mi instinto —esa hoguera cada vez más grande que siento en el estómago— me dice que desviarnos de nuestra ruta es un error. Pero confío en él, me convenga o no. Andrew ha sido tan abierto con todo hasta ahora que tiene que haber una razón de peso para todo esto. Lo sé.

Intento ofrecerle una sonrisa amistosa, pero no me devuelve el gesto. Me pongo de pie y le tiendo una mano para ayudarlo a levantarse. Seguiremos la ruta que cruza Alexandria para encontrar a quien deba encontrar y no me interpondré en su camino. Tal vez sea mi optimismo el que me está jugando una mala pasada, pero creo que al final me lo contará.

Rodeamos Washington por la 495 y nos desviamos hacia Bethesda por la 355. Es una ciudad pequeña y tiene peor aspecto que Baltimore cuando la vimos desde lejos. Las tiendas están saqueadas, los coches quemados, la basura y las hojas revolotean en la brisa cálida y húmeda. Los cadáveres esparcidos por el suelo son mucho más antiguos que el del hombre decapitado de Mailey. Al menos no hay signos externos de que ninguno de ellos haya muerto por actos de violencia. Si fueron víctimas de la gripe, serán de los llamados muertos vivientes: los que se negaban a descansar y a quedarse en casa y, en su delirio, salían a caminar por la calle mientras la fiebre les cocía el cerebro y se ahogaban en mocos.

La orden de que era obligatorio permanecer en casa llegó demasiado tarde, alrededor de principios de septiembre, tras la toma de posesión del vicepresidente. La mayoría de la gente no la había necesitado y llevaba encerrada en casa desde julio. Sin embargo, todavía había unas cuantas

personas, como los cerca de ocho cadáveres que vemos en el centro de Bethesda, que decidían tentar a la suerte. Para cuando el gobierno intentó establecer un confinamiento total como algunos países europeos, la Guardia Nacional ya había perdido a la mayoría de sus miembros, así que no había nadie que lo llevara a efecto.

Todo había sucedido o demasiado despacio o demasiado tarde.

Andrew lleva mucho tiempo callado y eso siempre me pone nervioso. Prefiero que hable, aunque yo solo escuche. Señalo el escaparate roto de una tienda de Banana Republic.

—¿Renovamos estos trapos?

—Venga ya, Jamie. Sabes que la última colección que llegó fue la de otoño. ¿Quieres llevar pantalones chinos y una camisa a cuadros escoceses con el cuello abotonado a una temperatura de cuarenta grados?

—Caldearía el ambiente. ¿Eh? ¿Lo pillas?

Pone los ojos en blanco, pero lo veo sonreír.

—Creo que ahora me toca a mí tener arcadas por tu chiste malo.

Finge una arcada.

—Ya, porque tus chistes son la cima del humor.

—Sí, lo sé. Quiero decir, deberías pagarme por lo buenos que son mis chistes.

Me da un codazo, sonríe y noto que algo me revolotea en el pecho. No tengo tiempo de disfrutar de esa sensación, ni siquiera de pensar en qué podría significar, porque en ese mismo momento alguien habla detrás de nosotros:

—Si os dejarais de bromitas, oiríais a las viejas que se os acercan por la espalda.

Nos damos la vuelta y vemos una escopeta apuntando a la cara de Andrew.

15
Andrew

Jamie levanta el rifle y el cañón de la escopeta se desplaza para apuntarlo.

—Ni se te ocurra —advierte la voz ronca.

La mujer que empuña el arma debe de rondar los setenta años. Su aspecto me hace pensar que podría ser prima de Bea Arthur, y tiene la voz tan áspera que parece que lleve fumándose un paquete al día desde 1967. Es blanca y muy delgada, tiene el pelo corto, rizado y canoso, y lleva un chaleco marrón, una camisa blanca ancha y unos vaqueros.

Jamie levanta la mano libre y deja el rifle en el suelo delante de ella, así que lo imito.

—Buenos chicos —dice la mujer con una sonrisa que le acentúa las patas de gallo. Baja el arma, pero no tanto como para que deje de preocuparme por si nos disparará o no—. Empecemos por aclarar qué estáis haciendo aquí. No os he visto nunca por la ciudad.

—No somos de aquí —responde Jamie.

—Eso ya lo sé, ¿o es que no estabas prestando atención? Os he preguntado qué hacéis aquí.

—Cruzar la ciudad, solo estamos de paso —intervengo.

—¿De dónde sois?

—De Filadelfia —contesta Jamie.

—De Connecticut —digo yo.

—¿De cuál de las dos? ¿De Filadelfia o de Connecticut?

—De ambas —digo antes de que Jamie abra la boca—. Lo conocí a las afueras de Filadelfia cuando bajaba desde Connecticut. —Decido ser proactivo y seguir hablando—: Nos dirigimos al Aeropuerto Reagan. ¿Ha oído los rumores?

Asiente.

—¿Lo de la ayuda de Europa?

—¿Ha estado? —pregunta Jamie.

—¿En Europa? No, nunca llegué a ir. —Jamie abre la boca para corregirla, pero ella le hace un gesto con la mano—. Era una broma. No, me llegaron los rumores y he visto las pintadas, pero… a mí me suena a tongo. Reagan está al sudeste, vais un poco desencaminados. ¿Qué os ha hecho desviaros hasta aquí? —pregunta.

—Queríamos atravesar Washington para ver si quedaba algo. Por si lo de Reagan era un fiasco —dice Jamie.

La anciana frunce el ceño y baja más el arma. Los dos bajamos lentamente las manos. A la mujer se le escapa un gruñido grave que se convierte en una tos seca. Ambos damos un paso atrás y ella levanta una mano hacia nosotros y escupe en el suelo a su espalda.

—No os preocupéis, tengo esta tos desde 1982. No es la supergripe. Es por fumar. Cosa que, por desgracia, ya no puedo hacer. A no ser que por el camino hayáis encontrado algún cigarrillo para vuestra nueva amiga Henri, ¿eh?

Negamos con la cabeza y digo:

—No, lo siento.

—Bah, mejor. Coged las armas, venga. Se está haciendo tarde, así que podéis quedaros aquí a pasar la noche.

Señala el rifle y la pistola y echa a andar en dirección contraria.

—En realidad… —empieza a decir Jamie, pero Henri lo interrumpe.

—No era una pregunta. Vamos, es peligroso andar por ahí de noche. —Se vuelve hacia nosotros, sonriendo—. Las bestias salen a vagar por las calles cuando oscurece.

Suelta una carcajada que se transforma en otro ataque de tos.

La seguimos hasta una casita de ladrillo de una sola planta con las ventanas cegadas con tablas y una valla de hierro de metro y medio de altura delimitando el perímetro rectangular. A lo largo de la valla, más o menos cada

metro y medio, hay pilares de ladrillo con esferas de hormigón encima. La casa es pequeña, tiene un patio delantero minúsculo y un camino de entrada de hormigón que también queda aislado por la valla. Hay un viejo Buick marrón cubierto de polvo y polen aparcado delante de la puerta. Una mancha de grasa brota de debajo de él.

Henri abre el enorme candado, quita la cadena y le da un empujón a la puerta oxidada de la verja, que cede con un chirrido grave. La sujeta para que entremos y, cuando pasamos junto a ella, vuelve a rodearla con la cadena y nos deja encerrados dentro.

Jamie me lanza una mirada de incertidumbre, pero, por alguna razón, no le tengo miedo a esta mujer. No es porque sea vieja. Sé que, si quisiera, podría habernos disparado en plena calle. Sin embargo, nos ha invitado a su casa.

Perdón, a su búnker fortificado.

Nos abre la puerta. Dentro huele a humedad y hace calor, pero también hay algo reconfortante en el ambiente.

—Quitaos los zapatos —ordena.

La moqueta es suave, flexiono los dedos sobre ella y, por primera vez desde hace más de cuatro semanas, siento algo distinto a la dureza del asfalto. La luz del sol se cuela a través de las tablas de la ventana.

De las paredes cuelgan cuadros de bodegones y fotos antiguas. En la pared de enfrente, hay un aparador de madera con cajones. Encima de él descansan varios marcos dorados con fotografías de diferentes personas, entre ellas una de una versión más joven de Henri con un bebé sonriente en brazos. No le pregunto nada al respecto, puesto que el silencio reina en el resto de la casa.

—Dejad las mochilas, poneos cómodos. Sentaos. —Estira los brazos hacia la sala de estar que tenemos a la derecha—. ¿Os traigo algo de beber? Tengo agua y zumo de lata.

—A mí me basta con un vaso de agua, gracias —responde Jamie.

—A mí también, gracias.

Míranos, cómo cuidamos nuestros modales aun después del apocalipsis.

Henri se dirige a la cocina y la oigo sacar unos vasos y dejarlos en la encimera. La situación me recuerda a la primera noche que pasé con Jamie. Lo mucho que me preocupaba que me envenenara.

—¿Y si le echa algo al agua? —susurro.

—¿Por qué iba a traernos hasta aquí para envenenarnos cuando podría habernos matado en la calle?

—Para ahorrar munición, seguramente.

Cuando nos volvemos, vemos a Henri de pie detrás de nosotros, tendiéndonos dos vasos de agua.

Madre mía, qué sigilosa. Es la segunda vez que nos pilla por sorpresa.

Cogemos los vasos y ella se da la vuelta y regresa a la cocina.

—Os he dicho que os sentéis.

Nos acercamos al sofá y obedecemos. Es como sentarse en una nube. Dejo escapar un suspiro justo cuando Henri sale una vez más de la cocina, en esta ocasión cargada con un vaso vacío. Agarra el de Jamie y vierte unas gotas en el suyo; luego se sirve también un poco del mío y me lo devuelve. Se bebe el agua de un trago y deja el vaso en la mesita que tenemos delante.

Señala a Jamie.

—Si quisiera matarte no te habría hablado en la calle. Te habría disparado por la espalda. —Después me señala a mí—. Y, cuando tú te hubieras dado la vuelta, te habría eliminado a ti también. Sin embargo, aquí estamos, bebiendo agua de lluvia esterilizada y presentándonos.

Toma asiento en el sofá de dos plazas hay frente a nosotros y apoya los brazos sobre el respaldo.

—Bueno, yo me llamo Henrietta, pero llamadme Henri, como hacía todo el mundo.

—Yo soy Jamison.

Bebe un trago de agua.

—Andrew. Encantado de conocerla.

—Bienvenidos. Y ahora, un poco de educación cívica. ¿Decís que queréis atravesar Washington porque esperáis que el gobierno de Estados Unidos haya espabilado tanto como para haber montado su propia civilización en miniatura aquí abajo?

—Esa era la idea. Supusimos que todos los que siguieran las pintadas se refugiarían allí para esperar hasta el diez de junio. Y que el gobierno debía de haber sobrevivido de alguna manera —dice Jamie.

Me alegro de que haya sido él quien ha hablado; una parte de mí teme que Henri lleve incorporado un preciso detector de mentiras que me cante las cuarenta por todas mis medias verdades en cuanto abra la boca.

Se echa a reír.

—Ay, cielo. Nuestro gobierno fue lo primero en venirse abajo. El Congreso tardó años en aprobar las leyes sobre atención sanitaria y luego argumentó que eran inconstitucionales. Después, cuando todo el mundo empezó a ponerse enfermo, lo único que les importó fue su economía. ¿Qué

os ha llevado a pensar que serían capaces de tomar decisiones respecto a la seguridad y la continuidad de nuestro país? Esos capullos solo se preocuparon de sí mismos. No, Capitol Hill fue la primera ciudad en reducir su población a cero.

Levanta la mano y forma con ella una O para enfatizar su argumento.

—Aunque no fuimos los únicos. Las embajadas ni siquiera se molestaron en llevarse a su gente. Y por eso tampoco les doy mucho crédito a los rumores sobre Reagan. —Niega con la cabeza y los ojos se le llenan de tristeza—. Lo siento, chicos. Da la sensación de que, vayas donde vayas, esto es un sálvese quien pueda.

Jamie asiente.

—Nos lo imaginamos, pero, si no lo intentamos, no podremos saberlo a ciencia cierta.

—Podéis pasar la noche aquí. Y quedaros más tiempo si lo necesitáis. —Se levanta del sofá con un gemido—. Será mejor que empiece a preparar la cena. ¿Quién quiere salir y hacer de vigilante?

—¿Vigilante de qué? —pregunto.

Me mira con una sonrisa de complicidad. Coge su escopeta y me la lanza.

—Ya os lo he dicho, hay monstruos en la oscuridad.

Se da la vuelta y se dirige hacia la parte trasera de la casa entre risas y toses. Jamie me lanza una mirada que dice «Está loca». Me encojo de hombros, me pongo de pie y cruzo la puerta trasera detrás de ella.

El patio de atrás está rodeado por una valla de madera bastante alta. En el centro hay una pequeña chimenea de exterior con un horno de leña hecho de ladrillos y una parrilla. A un lado de la casa se alza una estructura de madera no muy grande, con una luna tallada. Es una letrina. Supongo que la construyó cuando dejó de haber agua corriente. Espero que la construyera cuando dejó de haber agua corriente.

—Lo hizo mi difunto marido —dice Henri, y le da un golpe con la mano al horno de ladrillos al pasar junto a él. Sigue caminando hasta un cobertizo situado al fondo del patio y, mientras abre la puerta, nos grita—: Al principio me pareció un adefesio. Y puede que lo usáramos unas doce veces en los veinte años que pasaron desde que lo hizo hasta que murió. Eso sí, me ha sido muy útil desde que el gas dejó de funcionar en la cocina de dentro.

—Mi casa también tenía un horno de leña —dice Jamie.

—Vale, entonces tú me ayudas a cocinar. Andrew, tú vigila. Si ves que algo cruza la valla, le pegas un tiro.

—Sí, señora.

Está de broma, ¿no?

—Y no me vengas con «sí, señora». Los únicos que me llamaban señora eran los vendedores telefónicos y los testigos de Jehová.

—Pues, Henri, ¿qué aspecto tienen esos monstruos?

Me mira con la misma sonrisa taimada y le entrega a Jamie cuatro latas de comida.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

¿Cómo se lo digo con delicadeza?

—No paras de hablar de monstruos que salen de noche.

Lo he clavado.

Niega con la cabeza.

—Que se cuenten historias sobre monstruos no significa que no existan en la vida real. Especialmente hoy en día.

—Lo pillo, monstruos metafóricos.

Asiento y desvío la mirada hacia la valla. Se refiere a las personas. A Howard y su pandilla. A mí. Ahora los monstruos somos nosotros.

—Muy bien, ahora ya estás usando la cabeza, muchacho. Ahora solo falta que también uses los ojos.

Estudio la valla mientras Henri y Jamie charlan y preparan la cena. El sol está cada vez más bajo y Henri le pide a Jamie que encienda una hoguera en la chimenea exterior para no quedarse sin luz. Bajo los canalones de ambos extremos de la casa hay unos enormes barriles negros que recogen el agua de las bajantes pluviales.

En la esquina trasera derecha del patio veo unos cuantos surcos con verduras frescas. Henri coge un pimiento y un pepino y llena un cuenco grande del agua de uno de los barriles de lluvia sirviéndose de la espita que tiene en el lateral. Lava las verduras y vuelve con Jamie.

No sé qué estarán preparando, pero huele genial. Me vuelvo para mirarlos; sonríen y hablan mientras cocinan. El sol ya se ha puesto y solo alcanzo a ver lo que iluminan las llamas de la hoguera, pero parece que Jamie se alegra de estar aquí.

Desde el otro lado de la valla, a mi derecha, me llega un rumor de arañazos. Me giro de inmediato y apunto con la escopeta. Pero el ruido se detiene casi tan de golpe como empezó. Contengo la respiración y aguzó el oído para ver si lo capto de nuevo, pero solo percibo el retumbo de mi corazón acelerado. Puede que haya sido un árbol, una rama mecida por el viento o algo así.

No es una rama. Oigo un arañazo más alto e intenso… varios. Es como si hubiera una criatura dando zarpazos al otro lado de la valla temblorosa. Oigo un gruñido detrás de ella, cerca del suelo. Apunto con la escopeta hacia donde creo que se encuentra lo que sea que esté haciendo ese ruido.

—¡A lo alto de la valla, Andrew! —grita la voz de Henri a mi espalda—. ¡Ahí no! ¡A la parte de arriba!

Levanto la escopeta. ¿Qué será? ¿Qué podría saltar por encima de la valla? Henri comienza a moverse. Corre hacia un lateral de la casa.

—Si lo ves, dispárale y métete en casa lo más deprisa que puedas. Los dos. No esperéis a ver si le has dado, corred.

Henri agarra algo. Vuelve corriendo a la valla y empieza a agitar lo que lleva en la mano, que emite un ruido estridente. Para un instante y me da tiempo a ver que se trata de un tarro de cristal lleno de monedas. Pega la oreja a la valla y agita los peniques una última vez mientras chilla.

Se detiene y todos esperamos en silencio. Pasa un minuto, pero no oímos nada y Henri se da la vuelta con una sonrisa en la cara.

—Ya está, se acabó.

Deja el tarro en su sitio y se acerca de nuevo a Jamie.

—¿Qué era eso? —pregunta él.

La mujer se encoge de hombros, despreocupada.

—Ya os dije que había monstruos.

—¡Sí, metafóricos! —replico.

—Pues también los hay de verdad.

A pesar del susto que nos hemos llevado con el monstruo, cenamos fuera. Nos ha preparado conejo que ella misma había envasado al vacío y verduras a la brasa. Sin contar con el relleno de los raviolis en conserva, es la primera vez que como carne desde que salimos de casa de Jamie. Está deliciosa y hay un montón.

Le hacemos más preguntas sobre el «monstruo», pero Henri nos dice que lo único que sabe es que es algún tipo de animal hambriento. Una noche, cuando ya había entrado en la casa a cenar, uno más grande saltó la valla, pero ni pudo ni quiso verlo. Empezó a llamarlo «el monstruo» porque era realmente grande.

—Además, creo que le añade un toque de fantasía al apocalipsis. Lo más seguro es que sea un oso del parque estatal o un puma de los Allegheny. Juraría que un día vi un jabalí, en los tiempos anteriores a la supergripe.

Después de cenar, entramos en el salón y encendemos velas.

Le contamos a Henri nuestras respectivas vidas mientras ella bebe agua y se da aire con un pequeño ventilador de mano. Primero va Jamie y, para cuando yo empiezo a contarle que fue él quien me curó la pierna, mi amigo está roncando con la cabeza vencida sobre su propio hombro. Lo miro y sonrío. Henri hace lo mismo.

Me levanto y le recuesto el torso sobre el sofá para que no se haga daño en el cuello. Lo dejo dormir y Henri se me acerca.

—¿Es tu novio?

Sonrío y niego con la cabeza.

—No soy su tipo.

Me lanza una mirada escéptica.

—¿Se marchó de su casa para seguirte?

—Era una cabaña de vacaciones, pero sí…

¿Qué más da eso?

—Una cabaña de vacaciones con agua caliente y electricidad.

¿Y qué? Le preocupaban Howard y su gente. Henri no lo entiende, no sabe lo mal que está todo ahí fuera. Ha tenido suerte. Si quiere viajar hacia al norte para darse una ducha caliente en la cabaña, le daré indicaciones.

—Solo digo que parece que era un lugar agradable.

Me lanza otra mirada escéptica, aunque quizá sea de juicio. A lo mejor considera que hemos sido unos inconscientes por marcharnos.

Sonrío y asiento mientras ella sigue mirándome con fijeza. Me vuelvo hacia los cuadros de la pared.

—¿Alguno de ellos es tu marido?

Le entra la risa, pero me permite cambiar de tema y señala un retrato de boda.

—Esos somos nosotros. Tommy y yo. Murió en 2007. Pero tuvimos tres hijos fantásticos. —Los señala mientras habla—: Tommy hijo, Kristy y Amy. Tommy y Kristy se casaron y tuvieron cuatro hijos cada uno; Amy está… estaba embarazada del primero. Eso es lo último que supe.

La tristeza le nubla los ojos vidriosos.

—¿Está…?

No quiero decirlo. El mero hecho de pensarlo ya resulta horrible.

Se encoge de hombros.

—No lo sé. No he vuelto a saber nada de ella desde que el teléfono dejó de funcionar. El pequeño Tommy sí que está muerto. Su mujer, Maggie, me llamó el agosto pasado para decírmelo. También me llamó cuando fallecieron su hijo William y su hija Anna. Eso fue lo último que supe. Kristy perdió a su

marido y a tres de sus hijos. Me llamó todos los días hasta que los teléfonos se quedaron sin línea. Soy optimista, así que me gusta pensar que siguen vivos.

—¿Dónde estaban?

—Kristy estaba en Colorado; Tommy, en Maine. —Esboza una sonrisa triste—. Amy estaba en Florida.

—¿En qué parte de Florida?

—En Islamorada. Está justo debajo de Cayo Largo. Había montado una librería y la había llamado El escondite de Henri. Tenía una cafetería y rinconcitos de lectura entre las estanterías, además de un patio con hamacas para que la gente leyera y se relajara. —Se le escapa lo que a duras penas podría pasar por una risa antes de romper a toser—. El plan siempre fue que me mudara allí con ella. Iba a ayudarla con el negocio y… —Se le quiebra la voz y los ojos se le ponen algo más vidriosos—. Fui posponiéndolo. Posponía la limpieza de la casa, ponerla en venta.

—Y entonces llegó el virus.

Se le vuelve a dibujar una sonrisa triste en la cara.

—El caso es que, a finales de julio, cuando por fin nos dimos cuenta de lo terrible que iba a ser todo esto, empecé la limpieza de la muerte.

—¿La limpieza de la muerte?

—No quería que mis hijos tuvieran que ocuparse de todas las mierdas que Tommy padre y yo habíamos acumulado. Así que empecé a limpiar. Pero aquí estoy. La casa está a punto, pero no hay nadie para comprarla.

Se me parte un poco el corazón. No sé qué decirle.

—¿Por qué no te vienes con nosotros? Si los rumores sobre el Aeropuerto Reagan no son ciertos, podríamos bajar a buscarla.

Me siento mal por mentirle, pero Henri podría ayudar a Jamie. Podría quedarse con él si las cosas no salen bien en Alexandria. Y de nuevo si no funcionan en Reagan. Es la primera vez que pienso en esas dos cosas como un golpe doble para Jamie: perderme y después descubrir que los rumores sobre el convoy europeo eran una exageración.

Se ríe y los dos nos damos la vuelta para ver si Jamie se ha despertado, pero no.

—No quiero retrasaros.

—No puede decirse que tengamos prisa.

Conociendo a Jamie, sé que no le importaría en absoluto.

—Tampoco me veo capaz de pegarme una caminata de más de mil seiscientos kilómetros, hijo. Lo siento, pero aquí lo tengo bastante bien montado.

Pero sigue teniendo la mirada triste. Me da la impresión de que, si pudiera, haría el viaje. Y ya sé que acabo de conocerla y que podría equivocarme por completo, pero tengo la sensación de que ya se lo había planteado antes.

—Espero que esté viva. Pero entonces vuelvo a sentir esa culpa. Por haber sido tan tonta antes de que llegara todo esto y por haberla fastidiado al pensar que tenía todo el tiempo del mundo. Se supone que las madres deben apoyar a sus hijas cuando tienen un bebé. Y yo no estoy con Amy.

—Si al final llega la ayuda, quizá encuentren a tu hija y la traigan.

—Quizá. Aunque es posible que tú ni siquiera llegues al aeropuerto.

Me lanza una mirada sagaz, como si me estuviera acusando de mentir.

—¿Cómo lo has sabido?

Suelta un bufido y, si no me confundo, se alegra de que cambiemos de tema.

—Cariño, crie a tres hijos y a ninguno se le daba tan mal mentir como a ti. Cada vez que Jamie menciona el Aeropuerto Reagan, se te pone carita de culpa. Mi hijo Tommy hacía esa misma tontería cuando me birlaba los cigarrillos.

Me alegro de que se lo haya callado hasta que Jamie se ha quedado dormido.

—Estáis mucho más alejados del camino que si os hubierais limitado a cruzar Washington hacia el aeropuerto. Y si de verdad esperaseis que la renovadísima Unión Europea os salvara, ya estarías allí, y no aquí comiéndoos mi comida. ¿Adónde quieres ir en realidad?

—Es una larga historia.

—Pero a él no se la has contado, ¿no? —Señala a Jamie—. Porque, si no, es el mejor mentiroso que he visto en mi puñetera vida.

—No, no lo sabe.

Niega con la cabeza sin dejar de mirarme.

—Debe de confiar mucho en ti si ha dejado toda su vida atrás, así que ¿no te parece que deberías contárselo antes de que se entere por otros medios y eso acabe con él? Estoy hablando metafóricamente otra vez. Porque después de eso…

Vuelve a negar.

—¿Y si la verdad acaba con él de todos modos?

Se encoge de hombros.

—Si de verdad te encuentras en una situación en la que vas a salir perdiendo hagas lo que hagas, tienes que pensar con qué opción no puedes

vivir.

Miro a Jamie, que sigue roncando.

—Bueno, me voy a la cama —dice Henri, que me da unas palmaditas en la pierna y se levanta—. ¿Quieres que te prepare la habitación de invitados?

Le digo que no con la cabeza.

—No, tranquila. Me quedaré aquí fuera con él.

—Ya me parecía. Buenas noches, Andrew.

—Buenas noches. Y gracias. Por la hospitalidad y también por los consejos.

Sonríe y la oigo recorrer el pasillo hacia el fondo de la casa. Cierra la puerta de su dormitorio y echa el pestillo. No confía ciegamente en mí. Por eso ha sobrevivido tanto tiempo.

Sabe bien lo que soy: uno más de sus monstruos.

16
Jamison

Henri se levanta antes que yo y la oigo salir al patio de atrás. Miro a Andrew, pero sigue dormido en el sofá que tengo enfrente, así que me levanto y salgo a ver a nuestra anfitriona.

—Buenos días, James —dice, al lado del horno de ladrillo.

—Llámame Jamie. ¿Te echo una mano con algo?

Sonríe y me pasa la escopeta.

—No creo que salgan a cazar a plena luz del día, pero por si acaso.

Empieza a cocinar —otra vez conejo, ahora con pimientos salteados—. Huele de maravilla y a mí ya me rugen las tripas.

—Te vendría bien hacerte con un ahumador —le digo.

—¿Ah, sí?

—Te permitiría conservar la carne sin tener que envasarla al vacío.

—Pues a lo mejor no es mala idea.

Nos quedamos callados mientras ella cocina y yo oteo la valla con el oído aguzado, aunque no oigo más que el silencio del fin del mundo. Ni pájaros, ni aviones, ni coches. Solo el viento e insectos. Me vuelvo hacia Henri.

—¿Por qué nos invitaste a venir a tu casa? Nos abordaste por la espalda. Podrías haber dejado que siguiéramos caminando y no habríamos llegado a

conocerte ni a saber dónde vives.

—Sí, pero entonces, como acabas de decir, no habríamos llegado a conocernos. —Esboza una sonrisa amplia y se le arrugan los ojos—. ¿Crees en el destino, hijo? ¿En que existe un propósito superior, en Dios y todo eso?

Suelto un gruñido grave.

—Antes sí. Ahora ya no.

Henri asiente.

—A mí me ha pasado lo mismo. Resulta difícil creer que existe un propósito mayor para todos cuando al noventa por ciento de nosotros nos han eliminado de la faz de la tierra. Así que me he centrado más en la suerte que en el destino. Si me hubieras conocido antes, habrías sabido que soy una mujer a la que le gusta apostar. Jugaba a la lotería dos veces por semana, no por el dinero, sino por la esperanza de ganar. Todos mis hijos contaban con una buena situación económica porque Tommy, mi marido, tenía un seguro de vida decente, y yo cobraba una pensión, así que no necesitaba el dinero, pero, aun así, apostaba.

»Lo máximo que gané fueron cinco de los grandes con un cupón de dos dólares. Desde que el mundo se fue al garete, me he dedicado a forzar mi suerte un poco más. También se me da muy bien juzgar a las personas y, con solo miraros, me di cuenta de que erais chavales de fiar.

—¿Y si no lo hubiéramos sido?

Se encoge de hombros.

—Pues se me habría acabado la suerte y punto.

—¿O sea que estás dispuesta a morir sin más?

Me mira como si hablara en chino.

—¿La gente va por ahí matando a los demás a lo loco? Cariño, si lo único que nos impide matarnos unos a otros son las leyes de los hombres, tal vez nos merecíamos que la gripe nos exterminara. A veces hay que confiar en la gente. La bondad de este mundo podría sorprenderte. Fíjate en mí, fíjate en vosotros dos. Aquí estoy, preparándoos el desayuno antes de que os marchéis a retiraros en Europa. Y tu amigo renunció a la oportunidad de dormir en una cama blanda porque quería asegurarse de que estabas a salvo y protegido por la noche.

Sonrío. A lo mejor tiene razón.

—Ahora no somos más que las decisiones que tomamos. Fuerza tu suerte, cielo. La gente a veces te sorprende. —Le da la vuelta al conejo en la sartén y remueve las verduras—. Venga, ve a despertar a Andrew para que os podáis llenar la barriga antes de seguir vuestro camino.

Me encamino hacia la casa, pero me detengo para volverme a mirar un momento a Henri. Me la imagino aquí sola, preparándose la comida, defendiéndose de esas bestias extrañas por la noche. Es lo que ha hecho todos y cada uno de los días desde que empezó esto. Mi vida también era así antes de Andrew. Solitaria. El mero recuerdo es como un peso aplastante que me oprime el pecho.

Después de desayunar, Henri nos acompaña hasta la calle, escopeta en mano. Andrew le sonríe.

—Gracias de nuevo, por todo.

Ella hace un gesto con la mano para restar importancia a sus palabras.

—No ha sido nada.

Se lleva una mano al bolsillo y saca una herramienta pequeña. El metal está arañado y tiene una junta oxidada. La abre. Es una navaja multiusos con unos alicates, un destornillador y varios utensilios más.

—Tomad. —Me la tiende—. Era de mi marido.

—No, no podemos aceptar…

Me interrumpe.

—La encontré hace unos meses mientras hacía la limpieza de la casa. Creía que la habíamos perdido, pero aquí está. Lleváosla. Quizá os resulte útil durante el trayecto y yo tengo toda una caja de herramientas en el garaje.

No tengo claro si debería aceptarla. Ya nos ha dado bastante. Pero entonces suspira, me agarra la mano y me pone la navaja en ella.

—Cógela. —Le echo un vistazo. Tiene grabadas las iniciales «T. C. W.»—. Si alguna vez volvéis a pasar por aquí, venid a verme. Pero traeros algo de comida.

Guiña un ojo y abre los brazos.

—Gracias, Henri.

Me acerco para recibir el abrazo.

—De nada, cielo. —Se despide con un buen achuchón y me susurra al oído—. Recuerda lo que te he dicho: a veces la gente te sorprende.

Asiento con la cabeza. Después de que Andrew reciba también su abrazo, los dos franqueamos la verja de hierro y Henri la cierra a nuestra espalda. Le decimos adiós una vez más y la mujer se queda mirándonos mientras nos alejamos. Cuando estamos a punto de doblar la esquina, la saludamos con la mano por última vez y ella hace lo mismo.

Andrew me habla de la familia de Henri y de que tenía una hija llamada Amy que podría estar aún viva en Florida. Pienso en que la estamos dejando sola en esa casa y me entran ganas de volver por ella. La acompañaría yo solo

hasta Florida si tuviera que hacerlo, pero no creo que quisiera venir con nosotros.

Me detengo y señalo un cartel de acceso a la autopista.

—Podríamos ir por ahí. Lo he mirado esta mañana en el mapa y se cruza con la 95.

Me da la sensación de que Andrew se lo piensa un momento, pero luego niega con la cabeza.

—No, creo que deberíamos seguir por aquí.

Señala en línea recta, en la dirección en la que vamos. Hacia Alexandria.

Hago un gesto de asentimiento y seguimos andando. Pero sé que Andrew continúa ocultándome algo. Y las palabras de Henri me retumban en la cabeza. «A veces la gente te sorprende». Puede que fueran una advertencia, pero solo si supiera por qué Andrew se empeña en pasar por Alexandria. Él no le contaría a una desconocida algo que se niega a contarme a mí.

Andrew me dijo que quería encontrar a otros supervivientes. Pero Henri nos ha asegurado que no queda nadie. Estamos solos, así que no hay razón para que atravesemos Capitol Hill y sigamos hacia Alexandria.

Anoche me acordé de otra cosa del trozo de papel que había en el ejemplar de *Fin de viaje* de Andrew. No recuerdo cómo se llamaban las personas, pero sí la calle. Era la calle Lieper.

Podría tratarse de algún familiar. O de un exnovio. Eso explicaría por qué se marchó y no esperaba que los siguiera: porque tres son multitud. Pero, si fuera eso, me lo diría. ¿Verdad?

No tengo ni idea de quién vive en Alexandria y está claro que Andrew quiere que siga siendo así. Tal vez se lo esté callando porque desea con todas sus fuerzas encontrar a quienquiera que viva en la calle Lieper y le preocupa que expresar esa esperanza en voz alta lo fastidie todo.

Tengo curiosidad por saber cuál será su jugada final. ¿Cómo pretende ponerse a buscar por Alexandria sin que le pregunte adónde va? ¿Hasta dónde lo dejo pasar antes de decirle que sé algo?

Giramos hacia la avenida Massachusetts. Hay una señal naranja y desconchada que avisa de que nos encontraremos con una zona en obras dentro de un kilómetro y medio, y otra con una cruz que indica el cierre de un carril.

La ciudad está sumida en el silencio, las hojas y la basura revolotean junto a las alcantarillas de las calles. El tintineo metálico del cierre de un cartel publicitario que golpea contra una farola resuena a nuestro alrededor. Los elementos han descolorido y deteriorado la mayoría de los anuncios.

Me fijo en uno y, pese los jirones, distingo la fotografía impresa de un oso panda. Piso algo que cruje. Bajo la mirada: son huesos. De algún mamífero pequeño, no de un humano.

Escudriño la calle.

—¿Notas algo? —le pregunto a Andrew.

Mira a su alrededor.

—¿A qué te refieres? Tiene la misma pinta que todos los demás sitios por los que hemos pasado.

Lo agarro del brazo para que se detenga.

—No, fíjate bien. ¿Qué falta?

Se encoge de hombros.

—Veo todos los ingredientes necesarios para un apocalipsis: coches abandonados, basura, asfalto agrietado y malas hierbas invadiendo la calle. La madre naturaleza recuperando lo que es suyo por derecho.

—No hay cadáveres.

Andrew guarda silencio mientras vuelve a mirar a su alrededor. Y, después, alargando la palabra, dice:

—Sí.

—Hemos visto tantos a lo largo de las últimas semanas que ni siquiera me había percatado de su ausencia hasta que he pisado eso.

Señalo los huesos de animales que hemos dejado unos pasos atrás. Están blancos por efecto del sol y completamente secos. A diferencia de los huesos de persona que hemos encontrado en diferentes estados de descomposición.

—A lo mejor hay gente que va por ahí intentando recoger los cuerpos —sugiere Andrew.

—¿Pero dejan la basura?

Las alcantarillas están cubiertas de envoltorios de comida y periódicos descoloridos y resecos por culpa del sol y la intemperie.

Andrew se encoge de hombros.

—¿De verdad te estás quejando de los hábitos de limpieza de las personas con inclinaciones apocalípticas?

Sonrío, niego con la cabeza y le doy un empujón.

—Venga, en marcha.

Aun así, sigue habiendo algo raro en todo esto y no consigo identificar qué es.

Clonc. Clonc.

Algo de metal choca con algo de metal encima de nosotros.

Levanto la mirada. Otro cartel publicitario ondea en la brisa y el gancho roto golpea la farola metálica. Al contrario que el anuncio del panda, este está entero, aunque un poco desvaído, y leo las palabras: «Parque Zoológico Nacional Smithsonian».

Clonc.

Justo debajo de las letras hay una foto de un león. La melena que le rodea la cabeza es imponente y tiene la boca abierta en un rugido feroz. Me quedo sin respiración y se me eriza la piel.

Los monstruos de Henri.

Nos ha dicho que salían por la noche. Los gruñidos. Los arañazos en la valla. No hay cadáveres en el suelo porque se los ha llevado algo, no alguien.

Estudio la calle una vez más, con los ojos abiertos como platos a causa del miedo. Los pájaros murieron porque fueron ellos los que nos transfirieron el virus, pero los demás animales permanecieron inmunes. El Zoológico Nacional está a solo unas manzanas. Las bestias podrían haber escapado de los recintos, o puede que las liberaran. Si creemos a Darwin, significa que estamos justo en medio del coto de caza del más fuerte.

Clonc. Clonc.

Andrew se da cuenta de que va veinte o treinta pasos por delante de mí y se da la vuelta.

—¿Qué pasa?

Me descuelgo el rifle del hombro y me llevo un dedo a los labios. Él, moviendo solo los labios, pronuncia la palabra «¿qué?» mientras mira a uno y otro lado de la avenida. Salvo la distancia que nos separa con unas cuantas zancadas y me acerco mucho a él para susurrarle:

—Los animales del zoo, esos son los monstruos de Henri. El de anoche debía de ser pequeño, pero nos dijo que el primero saltó la valla… Sería algo así. —Señalo el león del cartel y Andrew abre mucho los ojos—. Eso significa que todavía andan por los alrededores. Van a cazar hasta nada menos que Bethesda, así que quizá hayan abandonado esta zona, pero tenemos que movernos con rapidez y sigilo.

Andrew asiente. Le hago una señal para que continúe por la avenida Massachusetts, en la misma dirección que los carteles indicadores del Dupont Circle y varios museos y monumentos, y el ruido metálico del gancho del cartel publicitario nos sigue como el tintineo de una campanilla. Andrew saca la pistola de la funda que lleva en la cadera y avanzamos lo más rápido posible sin dejar de escudriñar la calle que nos rodea.

A nuestra izquierda hay un parque pequeño, la avenida está bordeada de árboles y, a ambos lados, el césped ha crecido demasiado.

Me vienen a la mente los documentales de naturaleza, los leopardos y los guepardos que se ocultan en las hierbas altas de la sabana africana.

—Tenemos que salir de esta calle —digo.

Y entonces los veo: unos ojos amarillos que nos observan desde detrás de los árboles. Me quedo paralizado. Me acerco la mira del rifle al ojo y obtengo un primer plano del león. Está agazapado, listo para abalanzarse sobre nosotros en cualquier momento.

En cuanto echemos a correr.

—Andrew —lo llamo.

Se detiene, se da la vuelta para mirarme y levanta la pistola.

—Dios mío.

Su voz es apenas un susurro.

—Nos está acechando. —Tengo la boca seca y el sudor me empapa la camisa—. En cuanto te lo diga, sal corriendo lo más deprisa que puedas. No te detengas pase lo que pase.

—Jamie.

Sigue hablando en voz muy baja. Desvío la vista hacia él y me doy cuenta de que no está mirando al león de los árboles, sino hacia algo situado a mi espalda.

Vuelvo la cabeza muy despacio. No sé cuánto tiempo lleva siguiéndonos, pero ahí está: una leona grande y musculosa que se acerca a nosotros.

Me fijo de nuevo en el león macho de los árboles. No está cazando, está vigilando.

—Andrew —grito sin molestarme en seguir susurrando—. ¡Corre!

No espero a ver si me ha hecho caso, sino que me vuelvo de golpe hacia la leona, que está a solo diez metros de mí. La veo a través de la mira y en esta ocasión, por primera vez, no me cuesta apretar el gatillo.

La leona carga contra mí al mismo tiempo que una mancha roja le explota en el hombro derecho. Aúlla de dolor y probablemente de rabia.

Tiro del cerrojo para que el cartucho caiga de la recámara del rifle y lo sustituya uno nuevo.

Oigo un crujido de ramas cuando el macho ataca desde los árboles. Me giro hacia él y aprieto de nuevo el gatillo. Fallo y el disparo del rifle impacta en el suelo, pero el animal retrocede de un salto.

Ha crecido en cautividad, así que sabe lo que soy y, aunque es probable que nunca haya visto un rifle, no es tonto. Detiene el ataque y arquea la

espalda; se le eriza el pelaje cuando emite un rugido que me reverbera por todo el cuerpo.

Empiezo a caminar hacia atrás muy despacio. Tiro una vez más del cerrojo del rifle y espero que quede algún cartucho. La leona sigue avanzando, aunque coja, y el macho se dirige hacia ella trazando una línea oblicua. Ahora solo nos separan cinco metros. Mantengo el contacto visual con el león, pero en realidad quiero buscar a Andrew. Ya no lo oigo correr, pero eso no quiere decir que esté a salvo… Podría haber más leones. O algo peor.

Los dos leones continúan acercándose, ahora ya el uno al lado del otro. El macho se inclina hacia la hembra y le lame la herida. Se detienen, pero no me quitan ojo mientras me alejo.

Quizá ya no me vean como una presa. O tal vez estén esperando a que alguna de las otras leonas que se esconden más adelante se abalance sobre mí y vengue su orgullo herido.

—¡Andrew! —grito.

No obtengo ninguna respuesta y los leones continúan observándome. La hembra se queda rezagada mientras su líder da un paso al frente y tensa el cuerpo cerca del suelo. Va a atacarme.

Levanto las manos y doy un paso hacia delante, grito, intento parecer más grande. Creo que es algo que suele funcionar, al menos con los osos. El león no se inmuta y da otro paso hacia mí con su enorme zarpa. Puede que solo funcione con los osos.

—¡Joder!

La sangre me bombea con fuerza en los oídos y hace un ruido que se parece un montón al gruñido grave de un león. Levanto el rifle y me aseguro de que lo tengo a tiro antes de apretar el gatillo de nuevo.

CLIC.

¡No! Me he quedado sin munición.

Llevo más en la mochila, pero no tengo tiempo de cogerla. Ojalá no le hubiera dicho a Andrew que se marchara. Su pistola no me iría mal ahora mismo.

Veo un destello amarillo a mi izquierda —otro león— y siento que el pecho me va a estallar. Mi cuerpo reacciona por instinto. Giro el arma vacía hacia el último animal en llegar, esperando verlo correr hacia mí desde la embajada que hay a un lado de la calle. Así es como voy a morir: he sobrevivido al apocalipsis para que me devoren los leones.

Pero no es un león. Es una excavadora amarilla abandonada en una obra. Los conos naranjas que cerraban el carril derecho se han caído y rodado hasta la hierba que separa la acera de la calzada.

Miro otra vez al león, que se ha acercado varios pasos más y está enseñando los dientes. La excavadora tiene cabina. Creo que puedo llegar hasta ella y meterme dentro… si no está cerrada con llave. Luego esperaré allí y recargaré el rifle. Puedo conseguirlo. Solo tengo que correr.

Pero no me responden las piernas. Continúan retrocediendo muy despacio, alejándose del león como si tuvieran vida propia. Estoy a punto de pasarme la excavadora.

«¡VENGA! ¡DEJAD DE CAMINAR HACIA ATRÁS!», les grito a mis piernas temblorosas, pero no me hacen caso. Me cuelgo el rifle del hombro y doy un paso firme hacia un lado. El león salta y también desvía la zarpa hacia un lado.

Eso era lo único que mi cuerpo necesitaba para convencerse, así que empiezo a correr…, pero el león también. Sin embargo, no se dirige hacia mí: se ha dado cuenta de adónde voy y avanza hacia la excavadora para intentar cortarme el paso.

El peso de la mochila me ralentiza. Rodeo la excavadora hasta la parte trasera. Tengo la puerta justo delante. Y también al león, con las garras fuera. Subo de un salto a las orugas de la excavadora y agarro la manilla de la puerta. No se mueve.

Estoy muerto.

Por alguna razón, mi cerebro me obliga a tirar de la manilla otra vez y ahora sí gira: no está cerrada con llave, solo oxidada. Abro la puerta de un tirón cuando el león llega a mi lado. Me lanzo hacia el interior de la cabina y tiro de la puerta a mi espalda, pero no se cierra del todo.

El animal aporrea la portezuela de cristal, intenta introducir las garras por la rendija. Ruge y me mira rechinando los dientes.

Siento que algo tira de mí hacia la izquierda. Me vuelvo, esperando ver que hay otro león lanzándome zarpazos desde el lado contrario de la cabina, pero me doy cuenta de que es la correa del rifle lo que me tira del hombro.

Subo la mirada hasta la punta del cañón, veo que sobresale a través de la puerta y que es eso lo que impide que se cierre. Me quito la correa del hombro y me doy la vuelta en la cabina sin dejar de tirar de la puerta lo más fuerte que puedo, pero está claro que va a ganarme el león.

Con todo mi ímpetu, y esperando no romper el cristal, le pego una patada a la puerta con los dos pies. Se abre y le asesta un buen golpe al león en el

morro. El animal ruge, retrocede y cae al suelo. Me quedo mirando el rifle mientras lo veo caer fuera de la cabina como a cámara lenta.

Estiro la mano para intentar cogerlo y consigo rozarlo con los dedos, aunque eso solo lo aleja de mí un poco más rápido. Casi se me escapa, pero he logrado agarrarlo y me aferro a él tan fuerte como puedo. Lo meto de nuevo en la cabina y tiro de la portezuela hacia mí mientras el león se levanta sobre sus dos patas traseras. La puerta se cierra con un gemido metálico y echo el pestillo justo cuando las garras caen sobre la ventanilla y arañan el plexiglás.

Lo celebro con un grito. El león sigue arañando la cabina y rugiéndome. Respiro hondo. Tengo la sensación de que no había vuelto a coger aire desde el momento en que le dije a Andrew que echara a correr.

¡Andrew! No veo ni rastro de él cuando examino la calle y eso es buena señal. Ha conseguido escapar. Me vuelvo hacia el león. Se ha puesto a dar vueltas inquietas alrededor de la excavadora, buscando otra manera de llegar hasta mí.

Me quito la mochila de la espalda y busco la munición en su interior. Se me tensa el cuerpo. «No». Cojo la ropa y la saco junto con las latas de comida.

—No —digo en voz alta. Me tiembla la voz—. ¡No, no, no, no, NO!

No tengo las balas. Ahora me acuerdo: se las quedó Andrew para que, cuando las necesitara, pudiera quitarse la mochila e írmelas pasando. Y yo se lo permití porque creía que jamás sería capaz de usar este puñetero chisme.

Lanzo la mochila vacía contra la parte delantera de la cabina y me recuesto en el asiento. El león continúa paseándose a mi alrededor. Le enseño el dedo corazón por la ventanilla.

—¡Sigue dando vueltas, Cujo!

Tengo la frente perlada de sudor. Agarro la botella de agua que he dejado en el suelo de la cabina. Está llena, por suerte. Henri se encargó de rellenárnoslas antes de que nos marcháramos. La abro y bebo un sorbo. El sol está cada vez más alto. A mediodía, aquí dentro habrá más de treinta y cinco grados.

Mi única esperanza es que el león se rinda antes de ese momento.

17
Andrew

No hago preguntas cuando Jamie me dice que me largue corriendo. No quiero dejarlo solo, pero espero que tenga un plan.

—¡Corre! —me grita.

Me doy la vuelta y salgo pitando. Oigo un disparo a mi espalda y, cuando me doy la vuelta, veo que la leona que nos perseguía está sangrando. No paro de correr. Me llega otro estallido del rifle, pero en esta ocasión no me vuelvo a mirar.

Jamie sigue vivo. No le pasará nada. Me lo repito una y otra vez hasta que llego a un puente situado a unos ochocientos metros de la avenida. Lo cruzo a toda velocidad y le echo un vistazo al riachuelo que pasa por debajo. Cuando llego al otro lado, me doy la vuelta. Me detengo a esperar y recuperar el aliento.

Pasan cinco minutos. No he oído disparos ni gritos, ni siquiera un rugido.

—Venga, Jamie —me digo.

Me siento a un lado de la carretera y espero verlo aparecer caminando por la calle. Me lo imagino con el rifle colgado del hombro y una sonrisa burlona en la cara. Me imagino corriendo hacia él y abrazándolo con fuerza, y que él me devuelve el abrazo.

Sin embargo, no veo su sonrisa. No lo veo a él. Me pongo de pie y empiezo a moverme de un lado a otro con nerviosismo.

¿Estará herido? A lo mejor tarda porque viene cojeando, o puede que el león le haya dado un zarpazo antes de morir y se esté limpiando la herida.

A medida que pasan las horas, esas opciones se vuelven menos probables. He vuelto a sentarme a un lado de la carretera y mi sombra comienza a alargarse en el suelo. Las lágrimas me escuecen en los ojos y todo tipo de pensamientos horribles me rondan por la cabeza.

Jamie está muerto. Estallo en sollozos. Está muerto y es culpa mía. Me he empeñado en ir a Alexandria para aliviar mi sentimiento de culpa y ahora mi mejor amigo, mi único amigo, está muerto. Lo he matado yo.

Tengo que volver por él, pero no puedo. Todavía no. Antes debo llegar a Alexandria. Si me lo encuentro muerto ahora, no seré capaz de seguir adelante. Se vuelve demasiado real; es algo que ya he aprendido a estas alturas. He visto los cadáveres de mi madre y de mi hermana: no es real hasta que ves que la vida las ha abandonado. Hasta que ves un cuerpo que no se parece en nada a la persona que eran.

Me cuelgo la mochila y le doy la espalda al puente. Las lágrimas continúan rodándome por las mejillas cuando emprendo el camino hacia Alexandria. Mis sollozos son tan intensos que no oigo los truenos hasta que las nubes oscuras se me echan encima y, cuando empieza a llover, me permito llorar aún con más fuerza. Ya no distingo las lágrimas de la lluvia, y es mejor así.

Los relámpagos iluminan los monumentos junto a los que paso. Cruzo otro puente que salva un río más grande. Me cobijo bajo un árbol y saco el atlas de carreteras para memorizar las que debo seguir para llegar al 4322 de la calle Lieper. El final del trayecto.

En cuanto haga lo que tengo que hacer, volveré a por Jamie. Si no encuentro su cuerpo, si se lo han llevado los leones, iré tras ellos. Les dispararé hasta que me quede sin balas o hasta que me desgarren el vientre con las garras. Pero me guardaré una bala. Por si acaso.

El cielo se va oscureciendo cada vez más a medida que avanza la tarde y la lluvia no cesa. Alexandria está tan vacía y muerta como Washington, como el resto del mundo. Sé que los animales que se han escapado del Smithsonian no han llegado hasta aquí porque hay cadáveres correosos tirados por el suelo.

Me detengo en una casa con porche. Me quito la mochila, me siento en una silla cubierta de polvo y abro una de las latas misteriosas. Tomates guisados. Me lleno la boca y me los trago sin saborearlos.

Entonces miro la pulpa roja que cuelga del extremo del tenedor y en mi mente aparece de inmediato una imagen de Jamie despedazado por los leones. Se me revuelve el estómago y, cuando siento la bilis en la garganta, me levanto de un salto y me acerco corriendo al borde del porche para vomitar. Pero no echo nada. Dejo la lata en la barandilla y vuelvo a sentarme a esperar a que ocurra algo.

Lo que sea.

Me quedo allí sentado más tiempo del que debería. La lluvia empieza a amainar y el sol debe de estar poniéndose detrás de las nubes. Ahora la oscuridad avanza muy deprisa: he perdido la noción del tiempo por completo. Tengo que levantarme si quiero ver los carteles de las calles y los números de las casas, pero mi cuerpo no me deja moverme. Estoy demasiado débil. Peor que cuando me rompí la pierna.

Vuelvo a estar solo. No quiero seguir sintiéndome así. Me enjugo las lágrimas de los ojos y me cuelgo la mochila a la espalda.

Llego a la calle Lieper. Instintivamente, me llevo la mano a la pistola en cuanto doblo la esquina. Hay alguien en la carretera, delante de mí. Cuesta distinguirlo en la oscuridad, pero parece un hombre y se ve que va armado. Aparto la mano del arma. Que me dispare o me mate si tiene que hacerlo. Ya no me importa rendirme. Después de todo esto, de intentar hacer lo correcto, ¿pierdo a Jamie de todas formas? No es justo.

Tal vez sea Marc Foster. El universo tiene la mala leche justa y necesaria para hacer algo así: vengo hasta aquí para contarle lo que les pasó a sus padres y él me pega un tiro y me mata en medio de la calle antes de que me dé tiempo a explicárselo; el misterio de la muerte de sus padres no se resuelve nunca.

Ha dejado de llover y me castañetean los dientes. No intento ser sigiloso; de hecho, hago todo el ruido posible mientras continúo avanzando la calle. El hombre se da la vuelta y habla:

—¿Por qué caminas como un elefante? —pregunta.

Me da un vuelco el corazón. No siento nada, pero no paro de moverme. Corro lo más deprisa que puedo.

Cuanto más me acerco, mejor lo reconozco. La mandíbula, los brazos, las piernas, la forma en que le sobresale el pecho porque siempre lleva los hombros echados hacia atrás. Me estampo contra él y lo envuelvo en un abrazo tan fuerte que a lo mejor nos mata a los dos.

Jamie suelta un «uf» y se echa a reír.

¡Esa risa! La risa que me llena de calor y esperanza. Lloro con tantas ganas que no creo que entienda nada de lo que digo.

—Creía que estabas muerto. Te esperé mucho rato y, como no apareciste, pensé que habías muerto.

—No puedo respirar —dice, pero sigue riéndose.

Me da unas palmaditas con las manos en las caderas y me doy cuenta de que lo estoy estrujando por encima de los brazos y no puede moverlos. Él también está empapado por culpa de la lluvia. Lo suelto y doy un paso atrás. Atisbo su sonrisa en el crepúsculo y no puedo contenerme.

Abre los brazos cuando ve que me lanzo a achucharlo de nuevo. Suelta una carcajada y yo sonrío a pesar de las lágrimas. Apoyo la cabeza en su pecho mojado; puede que se sienta incómodo, pero a estas alturas ya me da igual. Está vivo y está aquí. Lo atraigo aún más hacia mí: no quiero no volver a sentirlo cerca jamás. No se aparta. Está aquí. Está aquí de verdad.

Soy yo quien se separa primero, pero sigo rodeándolo con los brazos cuando le pregunto:

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—¿Te fijaste en la obra que había junto a la carretera?

Vagamente. Recuerdo un cono naranja y una especie de cinta amarilla, pero nada más. Aun así, asiento.

—Había una excavadora. Me escondí allí y el león se quedó esperándome. Se pasó más de cuatro horas dando vueltas a mi alrededor con otra leona, pero entonces llegó la tormenta y supongo que a los gatos grandes tampoco les gusta mojarse.

Se encoge de hombros y por fin me permito apartar las manos de él.

—¿O sea que se marcharon?

—De mala gana. Se alejaron para refugiarse bajo los árboles y vigilarme desde allí. Al final se dieron la vuelta, imagino que para marcharse a casa o ir por refuerzos, y aproveché para salir corriendo. Al cabo de un kilómetro y medio o así, supuse que ya estaba a salvo. Aunque, ahora que lo digo, es posible que lo único que haya conseguido sea que una manada de leones se dirija hacia aquí, pero al menos tú tienes balas. ¿Me das unas cuantas, por favor?

Agita el rifle delante de mí.

Dejo la mochila en el suelo y rebusco dentro; saco varios cartuchos y se los entrego. Mientras carga el arma, se me pasa otra pregunta por la cabeza:

—Pero ¿cómo has sabido que tenías que venir aquí?

¿Por qué no ha ido al aeropuerto? Estamos en la calle Lieper. Cuando miro el buzón que hay a la derecha de Jamie, veo que estamos delante del número 4314. A cuatro casas de la que estoy buscando.

Se lleva una mano al bolsillo y saca un atlas de carreteras medio roto.

—Encontré una tienda de recuerdos con un montón de mapas de Washington DC, Virginia y Maryland. Me sonaba algo de la calle Lieper, pero no me acordaba del número concreto, así que llevo una media hora subiendo y bajando por esta manzana. Pensé que así terminaríamos encontrándonos en algún momento.

Me quedo paralizado.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tenías la dirección escrita en un trozo de papel. La encontré en el libro que llevaste a la cabaña. —Se encoge de hombros y, por algún motivo, ¡parece que el que se siente culpable es él!—. Al principio no le di importancia, pero cuando te empeñaste en pasar por Washington recordé la dirección.

—¿Así que sabías que quería venir aquí?

—Sí.

De nuevo, habla como si fuera a él a quien han pillado mintiendo.

—¿Y no me dijiste nada? Podrías haber acabado devorado por los animales del zoo solo porque yo quería venir aquí, ¿y ni siquiera me preguntaste por qué?

Se encoge de hombros una vez más.

—Supuse que, si tan importante era, me lo contarías cuando estuvieras preparado.

Me entran ganas de vomitar otra vez. Las lágrimas me enturbian la mirada y Jamie se desvanece tras ellas. Me tapo la cara mientras me dejo caer de rodillas al suelo, sollozando. Él se acuclilla a mi lado y me abraza y me acaricia la espalda mientras lloro. No es un gesto incómodo, sino cálido y reconfortante. Me repite una y otra vez que no pasa nada y me pregunta qué ocurre, pero aún no soy capaz de expresarlo con palabras.

Además, me gusta sentir sus caricias en la espalda.

Deja de preguntarme qué pasa y de decirme que todo va bien y se limita a dejarme llorar. Cuando los sollozos remiten, me suelta y me siento contra la valla del número 4314 de la calle Lieper.

Jamie no deja de mirarme.

—¿Quieres contarme qué hacemos aquí? —pregunta.

No lo hace en un tono brusco ni exigiéndome una respuesta. Primero quiere asegurarse de que estoy preparado. Y lo estoy. Por fin. Ha venido hasta aquí y ha esperado todo este tiempo aunque sabía que le estaba mintiendo. Merece saberlo.

—Vale —respondo.

Aunque ¿cómo empiezas una historia en la que terminas convertido en asesino?

18
Jamison

—Vale —dice Andrew, pero después se queda callado como si no supiera por dónde empezar la historia—. No estuve solo desde el principio. Me refiero a después de la muerte de mi hermana. Salí de casa en enero, pero me quedé atrapado en Connecticut hasta finales de febrero. Tenía la esperanza de llegar lo más al sur posible antes de que el calor empezara a apretar.

Asiento con la cabeza. Esa parte de la historia ya me la sé.

—Acababa de pasar Nueva York cuando me topé con una pareja. George y Joanne Foster. Eran de Vermont y debían de tener unos cincuenta años. Nos conocimos en un supermercado, en un pueblo de Nueva Jersey por el que tuve que pasar.

»No sé si la gente no había tenido tiempo de saquearlo o qué, pero aún había bastante comida en los estantes. Acordamos que cada uno cogería lo que necesitara y seguiría su camino. Vi que tenían una pistola y yo no iba armado, así que los dejé a lo suyo, cogí lo que me pareció y fin de la historia.

Sin embargo, sé que ese no puede ser el final de la historia. Tengo el estómago encogido, me angustia descubrir qué suceso podría dar lugar a la única cosa que Andrew me ha ocultado.

—Se marcharon antes que yo. Unos kilómetros más adelante, volví a encontrármelos. Habían encendido una hoguera y habían acampado allí para pasar la noche. Yo llevaba un montón de capas y guantes, pero seguía teniendo mucho frío. Los saludé con un gesto de la mano y los oí hablar en voz muy baja. Después me llamaron.

»Me invitaron a compartir el fuego, así que me senté con ellos. Comimos cada uno de lo suyo y nos pusimos a hablar. Se dirigían hacia el sur… Bueno, hacia aquí. Querían reunirse con su hijo, Marc, la esposa de este, Diane, y sus dos niñas, Katie y Emily…

Pronuncia los nombres como si fueran de gente que conoce de toda la vida. No tiene que pararse a pensarlos o a intentar recordarlos, sino que los dice como si hubiera tuteado a los Foster desde pequeño.

—George y Jo habían hablado con su familia por última vez en octubre, antes de que los móviles dejaran de funcionar. Llevaban viajando hacia el sur desde entonces.

Me cuesta tragar saliva, siento que la desesperación me invade todo el pecho. Recuerdo la repentina ausencia de las pintadas que Andrew tanto aseguraba haber visto antes de llegar a la cabaña, y que no hemos visto ni una a lo largo de todo el camino. Y que tampoco nos hemos cruzado con nadie más desde que salimos de casa. Puede que la Unión Europea no venga, que se lo haya inventado todo y solo sea una excusa porque no quería decirme la verdad. No sé cuál será la verdad, pero antes necesito averiguar esto.

—El diez de junio —digo—. El diez de junio no pasará nada, ¿no? Solo tenías que darme una razón para venir hasta aquí.

—Su nuera, Diane, trabajaba para una empresa farmacéutica alemana. Fue ella quien les dijo que la Unión Europea iba a enviar ayuda. Al parecer, los virus tan letales como este mutan rápidamente y se vuelven menos mortíferos. La Unión Europea estaba esperando a que el virus se atenuara en Estados Unidos antes de venir. La última vez que Joanne habló con Marc y Diane, le dijeron que la fecha sería el diez de junio.

Así que no me ha mentido. Pero, entonces, sigo sin entender a qué viene tanto secretismo. Quizá supiera que los Foster no me dejarían acompañarlos. Pero esa idea, la posibilidad de que Andrew fuera capaz de abandonarme, amenaza con agujerarme el pecho, así que la aparto de mi mente.

—El caso es que se quedaron atrapados en Connecticut un tiempo, igual que yo. Como ya te he dicho, el invierno fue duro. Nos nevó un montón.

»Les hablé de mi familia y de mi plan de llegar al sur para evitar otro invierno así. No les conté que también buscaba a otras personas, preferí

esperar. Ver si por casualidad me invitaban a marcharme a Alemania con ellos. Esa noche me eché a dormir y todo iba bien. El fuego ardía y estaba calentito y cómodo en mi saco de dormir.

»Cuando me desperté, no había luz y hacía frío. Al principio pensé que se habían ido y que el fuego se había apagado solo. Pero entonces los oí susurrar y mover las mochilas. No había luna llena, pero sí brillaba lo suficiente como para permitirme verlos. Estaban encorvados sobre las mochilas. A su alrededor había montoncitos de nieve que no se habían derretido del todo. Me quedé quieto, escuchándolos. Si su intención era abandonarme, no pasaba nada. Los dejaría marcharse. No quería darle mucha importancia y sabía que podía ir solo hasta Reagan si era necesario.

Me lo está contando como si fuera una de sus películas. No sé qué detalles recuerda y cuáles se está inventando. Si de verdad recuerda todo esto, significa que no ha dejado de pensar en ello ni un solo momento. Que no ha parado de torturarse con hasta la última minucia durante meses. Se me revuelve el estómago porque sé que es imposible que la historia acabe bien.

—Entonces vi lo que estaban haciendo —continúa Andrew—. Habían cogido mi mochila y la estaban registrando. Me estaban quitando la comida que llevaba encima. Habíamos estado los tres en el mismo supermercado y, sin embargo, ahí estaban, robándome mientras dormía. No lo entendí. Sigo sin entenderlo. ¿Por qué querrían hacer algo así?

Sé que la pregunta es retórica; tiene que serlo, después de tanto tiempo. Pero, aun así, me encojo de hombros.

—Lo que estaban haciendo era una estupidez y… —Se le quiebra la voz y traga saliva con dificultad antes de continuar—: Me levanté de un salto y empecé a gritarles. En ese momento, George se volvió hacia mí. Vi la pistola a la luz de la luna y me quedé inmóvil. Joanne le dijo que no me disparara, pero él no bajó el arma. Me dijo que me diera la vuelta y me adentrara en el bosque que había al borde de la carretera. Levanté las manos, pero no me moví.

Andrew se queda callado, pero tengo la sensación de que ya sé hacia dónde se dirige esta historia. Es como ver un tren que avanza a toda velocidad hacia una parte rota de la vía: sé que va a descarrilar, que la parte mala se acerca, pero no puedo hacer nada. Todo esto ya le ha pasado. Ya lo ha vivido. Podría pedirle que parara, decirle que no tiene que decir nada más, pero se lo ha guardado dentro durante mucho tiempo, lo ha reprimido. Necesita soltarlo.

Le agarro una mano y se la aprieto con fuerza. Andrew mira mis dedos como si fueran una criatura extraña que lo está olisqueando. Al final, me

devuelve el apretón. Cuando vuelve a hablar, le ha cambiado la voz. Como si tuviera la garganta más tensa.

—Les dije que me devolvieran la mochila y que luego me iría, pero George me contestó que ahora era suya. Después de eso, todo sucedió muy rápido. Joanne dijo algo, ni siquiera recuerdo qué, pero distrajo a su marido y aproveché el momento para abalanzarme sobre él. Lo tiré al suelo y le golpeé la mano contra el asfalto, pero no soltó la pistola. Me dio un puñetazo con la mano libre y Joanne también empezó a gritar y a pegarme. Me habían reventado un labio y me sangraba la nariz. Ni siquiera sé cuál de ellos me estaba golpeando, puede que fueran los dos. Alargué la mano, agarré lo más cercano que vi a la luz de la luna y se lo estampé a George en la cabeza.

»No sé si lo que lo mató fue el golpe o si le produjo una hemorragia o qué, pero dejó de moverse. Abrió la mano y la pistola cayó a la nieve. Cuando me aparté de él, Joanne estaba gritando a pleno pulmón. No paraba de repetir su nombre y de sacudirlo para que se despertase. Yo seguía teniendo en la mano la cosa con la que lo había golpeado. Era una lata de sopa. Y ni siquiera era de las mías.

»No sé cuándo cogí la pistola, pero la tenía en la mano cuando Joanne se dio la vuelta y se precipitó contra mí sin dejar de gritar. Le disparé dos veces. La oí…

Andrew deja de hablar, se le saltan las lágrimas y se le escapa un sollozo. Le paso un brazo por los hombros y lo atraigo hacia mí. Los ruidos que emite me parten el corazón. Sus gemidos son la razón exacta por la que me daba tanto miedo usar el rifle. Por la que no fui capaz de hacerlo ni siquiera cuando mi propia madre me lo suplicó. Primero me pidió las pastillas, pero se las escondí porque creía que al final se pondría mejor. Luego, cuando la fiebre empeoró de verdad, empezó a rogarme que la sacara fuera y le disparara. Nos gritaba a mí, a mi padre ausente y a las demás personas con las que alucinaba mientras la supergripe le freía el cerebro.

El mismo miedo y la misma ansiedad que siente Andrew me revuelven el estómago y soy incapaz de imaginarme cómo habrá conseguido lidiar con esto durante tanto tiempo.

Abro la boca para intentar decirle que no fue culpa suya, pero sé que no me creerá porque lleva demasiado tiempo abrumado por la culpabilidad. Así que me limito a dejarlo llorar y no pronuncio una sola palabra. Cuando se tranquiliza, continúa. Aún hay más.

—Me pasé el resto de la noche en vela, sentado allí mismo. Tenía la esperanza de morir congelado, pero creo que no hizo suficiente frío. Cuando

salió el sol, por fin vi qué aspecto tenían. Ambos estaban azules y muertos. Me pareció más horrible que el virus. Supongo que porque el responsable era yo.

»Lo peor es que no me llevé su comida. Ellos habían intentado quitarme la mía a pesar de que ni siquiera la necesitaban en ese momento. Eran alimentos que habían tenido la oportunidad de llevarse del supermercado doce horas antes. No logro comprender por qué no los cogieron directamente de las estanterías. ¿Por qué quitármelos a mí? Luego, cuando la gente de Howard se presentó en la cabaña, pasó otra vez lo mismo y me cabreé muchísimo. Aunque al menos ahí entiendo el enfado, porque era tu comida la que estaban robando. Pero, en el caso de George y Joanne, ¿por qué demonios le di tanta importancia? ¿Por qué no me adentré en el bosque como me ordenaron y esperé a que se fueran?

—No sabías si iba a dispararte cuando te dieras la vuelta.

Se le escapa una risa triste.

—No iba a hacerlo. Le pegué dos tiros a Joanne. —El dolor le desfigura la cara y ni siquiera consigue mirarme cuando dice—: La pistola solo tenía dos balas. Creo que, si hubieran llegado aquí y se hubiesen encontrado a sus hijos y a sus nietos muertos…

Se le rompe la voz. Quiero hacer que se sienta mejor. Quiero contarle que mi madre me suplicó un final similar y que no fui capaz de darle ni siquiera eso, pero no resultaría útil. Solo empeoraría las cosas. Yo seguiría siendo el cobarde que soy y Andrew seguiría siendo un asesino.

—Así que has venido hasta aquí a buscarlos —digo—. Antes de que se marchen.

Es 8 de junio. Faltan dos días para la fecha en la que se irán para siempre.

Asiente.

—Registré sus cosas. Joanne aún conservaba una vieja agenda de direcciones, así que arranqué la página y la metí en el libro de Virginia Woolf. Cuando la encontré en la mesita de café a la mañana siguiente de llegar a la cabaña, pensé que se me había caído. —Se lleva la mano al bolsillo y saca el trozo de papel arrugado—. Aunque en realidad ya no la necesitaba. La miré todos y cada uno de los días hasta que te conocí.

—¿Por qué no me habías contado nada de esto?

—Porque te necesitaba. —Me mira a los ojos—. Antes, cuando estaba lesionado, te necesitaba. Tenía miedo de que, si te dabas cuenta de que era un asesino, no confiaras en mí y me echaras. Y luego, cuando me recuperé, pensé

que podría contártelo todo, pero… me… me di cuenta de que seguía necesitándote.

Sabía que me ocultaba algo y temía que averiguar de qué se trataba lo cambiase todo. Pero no ha sido así. Sé quién es Andrew y sé que es una buena persona.

Y sé que yo también lo necesito.

Permanecemos un rato sentados en silencio, pero luego me pongo de pie.

—Vale, muy bien. —Le tiendo la mano—. Vamos.

Él levanta la mirada hacia la casa en cuestión y luego vuelve a bajarla hacia el papel. Me da la impresión de que no tiene muy claro si quiere enfrentarse a ellos. No sé qué lo asusta más, si encontrar a la familia sana y salva en la casa o la otra opción.

De todas formas, no creo que vaya a ayudarlo a superar el sentimiento de culpabilidad. Sé que a mí no me serviría de nada. Por eso nunca fui capaz de apretar el gatillo de la pistola por más que mi madre gritara y llorara. No la maté yo, sino la gripe. El dolor no se lo provocaba yo, así que la culpa que me generó su sufrimiento jamás habría sido peor que la culpa que me habría suscitado matarla.

Lo único que puedo hacer para ayudar a Andrew es tenderle la mano y estar a su lado. Y decirle que lo necesito. Porque así es. Guarda el papel y me agarra de la mano. Cojo su mochila y se la paso mientras intento mentalizarme de que tengo que decírselo: «Yo también te necesito».

Pero las palabras se me atascan en la garganta como una bola de hierro.

—Pase lo que pase —le digo—, estoy aquí.

No consigo decirle nada más. Se enjuga las lágrimas de los ojos y echamos a andar por la calle Lieper hacia nuestro destino. Hacia la que podría ser la última parada de Andrew. Pensarlo me llena de un temor repentino.

No permitiré que le hagan daño. Si intentan vengarse por lo que hizo, por proteger su propia vida, yo lo protegeré a él.

Una vez más, el cuerpo se me tensa de miedo.

Le he dicho que pase lo que pase y pienso cumplirlo.

Sin embargo, la fachada del número 4322 no augura nada bueno.

El jardín delantero está cubierto de hojas muertas y, debajo de ellas, el césped parece aplastado. Aquí y allá se ven malas hierbas que han sido lo bastante fuertes como para atravesar la barrera de hojas. Hay un triciclo Fisher-Price rosa con hojas marrones y mojadas en el asiento. Junto al porche hay una pelota de goma medio deshinchada. La puerta de entrada es de plástico grueso y está resquebrajada en los puntos de tensión. Miro a Andrew.

La expresión de su rostro es de determinación. Quiero preguntarle qué espera, pero también me da miedo saberlo.

Abre la verja. Ninguno de los dos hemos sacado las armas. Llevo el rifle a la espalda, con la mochila encima. Andrew tiene la pistola guardada en la funda que lleva a la altura de la cadera. Quiero que toda la familia esté viva. Quiero que Emily y Katie sean rubias y que se trencen el pelo todas las noches. Quiero que Diane Foster tenga un rifle de caza y que lo haya utilizado para mantener a sus hijas a salvo de los animales del zoo. Quiero que Marc haya cultivado verduras en el patio trasero y que recoja agua de lluvia como Henri. Quiero que Andrew pueda contarles lo que le pasó con sus padres y que ellos le digan que no pasa nada, que todo está perdonado.

Aunque no sea cierto.

—¿Hola? —grita Andrew cuando llegamos al pie de los escalones delanteros—. Venimos a ver a Marc y Diane Foster. Conocí a los padres de Marc, George y Joanne.

Nadie nos abre. Sube los escalones hasta el porche y llama a la puerta con los nudillos. Lo sigo y me fijo en las ventanas. No están claveteadas con tablas como las de Henri. Andrew vuelve a llamar, pero no recibe respuesta; tampoco se oyen ruidos dentro de la casa.

Prueba a girar el pomo y la puerta se abre. Dentro huele a rancio y a humedad. Todo está cubierto de una gruesa capa de polvo, incluso el suelo. Entro detrás de él y saco la linterna de su mochila sin que me lo pida.

—¿Hola? —grita otra vez—. No hemos venido a haceros daño. Marc, conocí a tus padres, George y Joanne. Vengo de su parte.

Siento el impulso de decirle que no es una buena forma de expresarlo, pero empiezo a pensar que en realidad no importa. Ilumino todas las superficies con la linterna. Aquí hace meses que nadie toca nada.

Registramos la planta baja. Andrew no vuelve a intentar llamarlos: o cree que han salido o está pensando lo mismo que yo.

Abro la nevera, pero está vacía. Es una buena señal: quizá se lo llevaran todo al marcharse. El patio de atrás está lleno de maleza. No hay ni verduras ni barriles para recoger el agua de lluvia.

Sigo a Andrew hasta el piso de arriba. Abre el dormitorio que hay al final de la escalera. Se desploma contra la puerta incluso antes de que me dé tiempo a enfocar la linterna hacia el interior. Es la habitación de una niña pequeña. No hay juguetes en el suelo, pero sí un peluche encima de la cama, junto a un bulto largo y delgado. Las mantas cubren lo que parece un cuerpecito pequeño.

Agarro a Andrew del brazo, tiro de él hacia atrás y cerramos la puerta. El segundo dormitorio está vacío; hay juguetes tirados por el suelo. Puede que el resto de la familia sí se marchara. El cuarto de baño también está vacío. Nos volvemos hacia el dormitorio de enfrente y la puerta está abierta. En la enorme cama de matrimonio hay dos adultos abrazados a una niña. La ropa les queda ancha y está apolillada; tienen la piel pegada a los huesos y los labios contraídos, tirantes, sobre los dientes formando una mueca burlona.

A Andrew le fallan las rodillas y, apoyado contra el marco de la puerta, se deja caer hasta el suelo polvoriento. Si está llorando, lo hace en silencio. Apago la linterna y me agacho a su lado.

—Dame la mano —le digo. No se mueve. Estiro el brazo y se la agarro yo—. Venga. No podemos hacer nada. Vamos abajo y ya pensaremos mañana qué hacer.

—Están muertos.

No me queda claro si se siente aliviado o devastado y no quiero preguntarle.

—Lo sé. Vamos.

Sigue sin moverse. Lo rodeo con los brazos y tiro de él con todas mis fuerzas para ponerlo de pie. Cuando por fin se levanta, bajamos juntos las escaleras. Andrew se sienta en el sofá y a su alrededor se levanta una nube de polvo. Deja caer la mochila en el suelo, se quita los zapatos y levanta las piernas para tumbarse en posición fetal dándome la espalda.

Le pongo una mano en un hombro. Ni siquiera sé si mi gesto lo ayuda, pero al menos no intenta apartarme, así que la dejo.

Lo miro y espero a que hable, pero su respiración se vuelve pesada y me doy cuenta de que se ha quedado dormido. Me da miedo dormirme. No quiero que se despierte y haga algo impulsivo. No creo que sepa lo importante que es para mí.

Ni siquiera yo sé lo importante que es para mí. Al menos hasta ahora. Hasta que me ha contado su historia. Entiendo por qué no me había dicho la verdad. Para empezar, por la culpa que siente. Pero también le angustiaba que no confiara en él o que me asustara. Pero estoy muy por encima de eso. Cuando llegó a la cabaña, me daba miedo, pero ahora sé quién es.

Que me mintiera y me ocultase el viaje a Alexandria no basta para que me enfade con él.

Porque sé la verdadera razón por la que ha venido hasta aquí. Esperaba que los Foster estuvieran vivos y creo que albergaba la esperanza de que quisieran vengarse. La verdad es que no sé cómo habría actuado si se hubiera

dado el caso, pero, desde luego, me habría asegurado de que nadie le hiciera daño.

¿Qué significa eso? Hace un rato, cuando nos dirigíamos hacia esta casa, lo tenía clarísimo, pero ahora, sentado en la oscuridad junto a Andrew, me parece absurdo. No sé por qué narices es tan importante para mí esta persona. Y, entonces, caigo en la cuenta.

Es porque se parece al amor.

Esa es la razón por la que me interpuse entre el arma de Howard y Andrew y por la que abandoné mi casa para ir a buscarlo. Lo que me dio fuerzas para apretar al fin el gatillo…, aunque puede que eso también fuera para salvarme el pellejo.

Me siento seguro cuando está conmigo y quiero que él también sienta lo mismo. Andrew sigue respirando a un ritmo constante a mi lado. Quiero decírselo, pero no sé cómo hacerlo. ¿Cómo se lo explico si ni yo mismo lo entiendo?

La idea de besarlo no me asusta ni me resulta extraña… y he pensado en hacerlo. Unas cuantas veces. Sobre todo antes de irnos a dormir. Cuando me da las buenas noches, siento que debería besarlo. Abrazarlo no me incomoda. Más bien todo lo contrario.

Quiero atraerlo hacia mí y abrazarlo mientras duerme. En mi corazón tiene sentido, aunque en mi cabeza no. No me echa para atrás ni siquiera pensar en cosas más íntimas.

Pero estoy asustado. Me da miedo decepcionar a Andrew. Hay una diferencia enorme entre pensar las cosas y hacerlas. ¿Y si me equivoco y es solo una mezcla de amistad, soledad y que estoy cachondo? ¿Y si intentamos algo y es incómodo y raro? ¿Y si se me da fatal y me cargo la única relación que tengo?

Parece muy trivial cuando lo pienso así, porque siento que es mucho más que «la única relación que tengo».

La noche se convierte en madrugada y sigo teniendo los ojos abiertos y los pensamientos enmarañados. No sé qué hora es cuando por fin me quedo dormido.

* * *

Oigo un zumbido suave. En mi mente veo un aparato de aire acondicionado. Estoy tumbado justo debajo de él a la luz del sol de la tarde y el aire fresco me da en la cara.

Abro los ojos y el ruido se intensifica. Cuando se me aclara la mente, me doy cuenta de que no se trata de un aparato de aire acondicionado. El sol está alto y en la habitación hace un calor sofocante. Miro a mi alrededor para intentar averiguar dónde estoy. Sigo en casa de los Foster, pero Andrew ya no está tumbado en el sofá. Sus zapatos también han desaparecido.

Me levanto de un salto y sigo el zumbido de un motor, que se vuelve más estruendoso cuanto más me acerco al fondo de la casa. Hay movimiento en el patio trasero.

Andrew está pasando un cortacésped de gasolina por la hierba alta. El patio trasero, que anoche estaba cubierto de maleza, está a medio despejar. La máquina escupe matas de hierba húmeda y masticada por un lateral. Abro la puerta trasera y salgo a la terraza para verlo mejor. Se ha quitado la camisa y se la ha atado a la cabeza. Tiene los zapatos y las piernas cubiertos de hierba cortada. Las cicatrices rosas de la pierna que le cosí destacan sobre el verde.

Me quedo mirándolo, lo estudio como no lo había hecho nunca. Es raro.

No, no es raro.

Diferente.

No se percata de mi presencia hasta que da la vuelta al fondo del patio. Levanta el dedo índice: «Un segundo». Le hago un gesto afirmativo con la cabeza y me siento en los escalones a esperar a que termine.

Cuando acaba, apaga el motor y empuja el cortacésped hacia el cobertizo abierto que hay junto a la casa.

—Perdona —dice—. He tardado casi dos horas en conseguir que el motor arrancara sin ahogarse. No quería correr el riesgo de apagarlo y que no hubiera forma de volver a encenderlo.

Coge una lata roja de gasolina y la guarda también en el cobertizo.

—Has decidido ponerte a trabajar en el jardín.

Levanta la mirada hacia el primer piso de la casa.

—Quiero enterrarlos. Quiero que puedan descansar juntos. No me gustó verlos separados así.

—¿Enterraste a George y Joanne?

Baja la vista y sacude la cabeza.

—El suelo estaba helado. No pude.

Asiento.

—De acuerdo. Te ayudaré.

En el cobertizo hay dos palas, pero solo un par de guantes de jardinería que tendremos que compartir. Empezamos casi a las once de la mañana. Para cuando terminamos de cavar cuatro hoyos —dos grandes, dos pequeños—, el

sol ya está bajo y tenemos las manos llenas de ampollas a pesar de haber ido intercambiando los guantes. Durante la última hora, Andrew los rechaza cada vez que se los ofrezco.

Envolvemos a cada miembro de la familia Foster en una manta y los bajamos uno a uno por las escaleras. Mientras el cielo pasa del naranja al púrpura, los introducimos con delicadeza en los hoyos. No están a dos metros de profundidad como convendría, pero, aunque los animales lograran colarse en el patio, lo que queda de los Foster no sería un gran botín que desenterrar.

Andrew dice unas palabras y les cuenta lo que les pasó a George y Joanne Foster. Cubrimos primero a las niñas y luego a los padres. Andrew les pide perdón una vez más y devolvemos las palas al cobertizo.

Estamos de nuevo en la casa y a nuestro alrededor titilan las velas que hemos encendido. Ambos olemos a sudor y a tierra. Nos queda poca agua, lo cual significa que no podemos limpiarnos las manos. Hay un río a unos cuatrocientos metros, así que mañana por la mañana nos lavaremos allí.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunto a Andrew mientras abre una lata misteriosa.

—Vaya, macarrones con carne. —Pero su voz no transmite la menor alegría. Ni siquiera abre la segunda lata antes de hundir el tenedor en la primera. Se mete tres bocados enormes de la pasta sin calentar en la boca y me pasa la lata para poder abrir la segunda—. Voy a dejar que lo decidas tú —dice—. ¿Sigues queriendo quedarte conmigo?

Me atraganto con los macarrones y lo miro con cara de sorpresa.

—Claro que sí. ¿Por qué no iba a querer?

Siento que algo se me contrae en el pecho. No se me había ocurrido pensar que quizá él no sienta por mí lo mismo que yo por él. No soy engreído, no he dado por hecho que yo también le gustaba por… No sé, por lo que sea que a Andrew le guste una persona. Pero creí que el sentimiento era mutuo.

Se encoge de hombros y mira la lata que está abriendo.

—No tenía claro si querrías seguir siendo amigo de un asesino.

—No eres un asesino.

—Estoy bastante convencido de que así es como te llaman cuando asesinas a alguien. Creo que dos víctimas incluso podrían convertirme en asesino múltiple.

—Lo que te pasó fue un error.

Me interrumpe.

—No me pasó a mí. Les pasó a los Foster.

—Fue un accidente. Ni siquiera necesitaban la comida, pero estaban decididos a quitártela. No sé qué los empujaría a actuar así, pero no fuiste tú. Aunque lo que ocurrió fue malo, no te convierte en mala persona.

No me contesta, se limita a terminar de girar el abrelatas. La tapa se asienta sobre lo que sea que contiene.

—Henri me dijo una cosa —continúo. Me mira con interés—. Me dijo que a veces hay que darle una oportunidad a la gente. Que a veces pueden sorprenderte. Creo que es cierto, tanto si la sorpresa es buena como si es mala.

Me da la impresión de que reflexiona un momento sobre mis palabras, luego vuelve a bajar la mirada hacia la lata que tiene delante. Aparta la tapa de la lata con el tenedor y sonríe.

—Mala sorpresa —dice.

La gira hacia mí para que pueda ver lo que hay dentro.

Champiñones en conserva.

Arrugo la cara y me estremezco.

—Paso.

—Venga, dame una sorpresa buena por una vez.

Me tiende la lata, con una sonrisa dibujada en la cara mugrienta. Por primera vez me doy cuenta de que, justo debajo de los ojos, dos líneas claras surcan la tierra que tiene pegada a la piel. Frunzo el ceño y meto el tenedor en la lata para coger un buen bocado de champiñones gomosos y metérmelo en la boca.

Hago una mueca, le devuelvo la lata y mastico lo más rápido que puedo. Cuando me trago las setas, se echa a reír.

—Vale, tú termínate los macarrones, ya me como yo los champiñones —dice.

—Espero que esa sea nuestra última lata.

Se ríe un par de veces más mientras comemos en silencio.

Su sonrisa me produce una punzada de dolor en el pecho porque sé que aún no se siente mejor. Nada que yo le diga hará que se sienta mejor. Quiero hacerlo feliz, pero no sé cómo.

Pienso en cómo sería acercarme a él y besarlo de verdad. Quiero saber si eso lo haría feliz. Si a mí también me haría feliz. No me da asco ni siquiera cuando lo veo comerse un bocado de champiñones.

Lo observo mientras mastica y mira con fijeza una foto de los Foster colgada en la pared. En la imagen, todos están posando delante del parque temático Epcot, en Disney World, y sonríen y llevan orejas de Mickey Mouse.

Mañana por la mañana iremos al Aeropuerto Reagan. No consigo dejar de pensar en ello, en la cantidad de gente que podría haber allí esperándonos. Esperando a que una especie de ejército de la Unión Europea aparezca y nos salve a todos.

Me entra nostalgia cuando pienso en abandonar Estados Unidos. Si es que nos llevan a otro lugar. Puede que solo vengan a ayudar a la gente a recuperarse, o quizá a hacernos pruebas para intentar encontrar una cura. Hasta ahora todo han sido rumores, pero, si nosotros nos los hemos creído, también lo habrán hecho otros supervivientes. Y no serían un asentamiento, serían… nómadas, supongo, como Andrew y yo. Que haya otros supervivientes solos ahí fuera podría ser bueno.

No puedo evitar tener esa esperanza, porque la otra opción es que solo quede yo. Y me da miedo que, después de todo esto, yo no sea suficiente para hacer feliz a Andrew.

19
Andrew

Visto desde fuera, el Aeropuerto Nacional Ronald Reagan es uno de los más anodinos que he visto en mi vida. Es más grande que el Aeropuerto Internacional Bradley de Connecticut, pero ¿no lleva el nombre del tío que tan cachondo ponía a todo el mundo en la década de 1980? Creo que sus mamporreros de derechas tendrían que haberle dedicado algo un poco más ostentoso al tipo cuya inacción mató a miles de homosexuales, ¿no?

La verdad, estoy decepcionado.

—¿Hacia dónde vamos? —pregunta Jamie.

El aparcamiento de larga estancia que tenemos a la derecha está ennegrecido por el hollín de un incendio que debió de apagarse hace tiempo en el primer nivel. El hormigón está agrietado y varios trozos han caído sobre los descuidados arbustos que hay debajo. Más allá, en el extremo opuesto de las terminales, se alza una torre de control bastante alta. La señalo.

—¿Quizá hacia allí? Puede que desde ahí arriba veamos mejor adónde debemos ir.

Asiente y atravesamos el aparcamiento. Alguien ha abierto un agujero en la valla metálica que debería impedirnos el paso. A lo mejor hasta estamos yendo en la dirección correcta.

Mientras rodeamos las terminales, todas las vallas con las que nos topamos están abiertas o agujereadas para que la gente pueda pasar. Jamie me lanza una mirada que parece decir que este debe de ser el camino correcto.

Pero no me gusta. Todo está demasiado tranquilo.

¿No debería haber alguien en la carretera para recibir a la gente? ¿Algún tipo de puesto de vigilancia en lo alto del aparcamiento? Tal vez estén todos en la torre de control.

Doblamos la esquina que lleva a las pistas principales. Están resquebrajadas, llenas de maleza y llenas de caucho chamuscado de antes del virus.

—Mierda —susurra Jamie.

Me da un vuelco el corazón. Hay varias decenas de aviones pequeños, algunos con capacidad para solo un par de personas y otros que parecen *jets* privados. Están diseminados por la pista, como si fuera un aparcamiento. Tienen las puertas abiertas, pero por fuera están asquerosos, cubiertos de una costra de tierra y polen. Llevan aquí mucho tiempo.

Pero no hay nadie más.

Escudriño la pista en busca de algún movimiento. Está silenciosa e inmóvil.

—Mierda —digo—. ¿Se referirían al seis de octubre?

A Jamie no debe de hacerle gracia la broma, porque no abre la boca.

—¿Hola? —grito.

La única respuesta que obtengo es el eco de mi voz, y me provoca escalofríos. Jamie me agarra del brazo. Señala un vehículo blanco de American Airlines aparcado junto a la terminal. Y el cuerpo desplomado contra él.

Se quita el rifle del hombro y yo saco la pistola de la funda. Siento el tacto frío del metal en la piel y me parece fuego. Es como si el arma estuviera deseando dispararse.

El cadáver es antiguo, tiene la piel curtida y seca por el sol. La camisa blanca de vestir está hecha jirones, comienza a amarillear y le cuelga del cuerpo como una segunda piel que se hubiera desprendido del hueso. En el lateral del vehículo, una flecha de sangre seca apunta hacia el agujero que el cuerpo tiene en la parte posterior de la cabeza.

—Andrew. —Me vuelvo y sigo la mirada de Jamie. La tiene clavada el *jet* privado más grande que hay en la pista—. Ahí dentro hay alguien —me dice—. He visto movimiento en una de las ventanillas.

Me fijo en los pequeños círculos de oscuridad que tachonan el lateral del avión. Podría haber sido solo una sombra. O quizá sea la guarida de un tigre. No me extrañaría nada, con nuestra suerte.

Pero entonces detecto un movimiento. Y el breve reflejo de una cara. Ya no me cabe duda de que hay una persona ahí dentro. Me vuelvo hacia Jamie y, con solo una mirada, le pregunto qué debemos hacer.

—¿Hola? —grita él—. ¿Hay alguien ahí?

No recibimos respuesta ni vemos más movimiento en el avión.

A nuestra espalda, oigo el ruido metálico de la valla de alambre que acabamos de cruzar. Me doy la vuelta y levanto la pistola. Jamie me rodea, con el rifle ya en alto.

Hay alguien intentando colarse por debajo de la valla cortada, pero la mochila se le ha quedado enganchada. Se revuelve —sin haberse percatado aún de que estamos aquí— y consigue desengancharla de la alambrada. Para cuando se pone de pie y nos ve, Jamie ya ha bajado el rifle.

Es un chico negro de más o menos nuestra edad. Abre los ojos como platos y después le lanza una mirada rápida al avión que estábamos examinando. Levanta las manos y grita:

—¿Habéis venido por lo de los europeos?

Jamie y yo intercambiamos una mirada y asentimos.

El chico frunce el ceño y abre la boca para decir algo más, pero antes de que le dé tiempo…

—¡Chris!

Nos volvemos hacia el avión.

Dos chavales —un niño y una niña— se asoman desde la puerta. Ella debe de tener unos doce años y lleva el pelo rizado recogido a la altura de la nuca y sujeto con un pañuelo rosa. El niño es más pequeño, rondará los seis años, y tiene un perro verde de peluche abrazado a la altura del pecho.

—¡Des! —grita Chris—. Meteos dentro hasta que os diga que salgáis.

—No pasa nada —dice Jamie. Se cuelga el rifle al hombro y tiende las manos hacia Chris. Sigo su ejemplo y enfundo la pistola—. No vamos a hacer daño a nadie.

No parece muy convencido y ya me he dado cuenta de que él no va armado. Me vuelvo hacia los pequeños y los saludo amistosamente con la mano. Ninguno de los dos me devuelve el gesto.

—Pues tengo malas noticias —dice Chris.

Nos invita a seguirlo y se encamina hacia el avión.

Echamos a andar detrás de él, aunque manteniendo una cierta distancia. El chico sube las escaleras de dos en dos y le pasa la mochila a la niña al mismo tiempo que le susurra algo que no alcanzamos a oír. Ella desaparece en el interior del avión justo cuando Jamie y yo llegamos al pie de la escalera. Le lanzo una mirada rápida a Jamie para ver cómo se siente respecto a todo esto; parece tranquilo.

—Me llamo Chris. Mi hermana pequeña se llama Desiree y mi hermano, Keith.

Tira del perro de peluche que Keith continúa aferrando contra el pecho y Desiree sale de la cabina cargada con un gigantesco archivador azul marino.

Le decimos nuestros nombres y él asiente.

Coge el pesado archivador que le ofrece Desiree y baja hasta la mitad de las escaleras.

—Doy por hecho que esperabais encontrar algo más que… —Chris recorre el aeropuerto vacío con la mirada y luego se centra de nuevo en Jamie y en mí— a nosotros, supongo.

—Bueno, sí —contesto—. A ver, está bien ver a otra gente…

Sobre todo si esa otra gente no va armada y parece amistosa. También resulta extrañamente agradable ver a alguien de nuestra edad.

Chris nos tiende el archivador.

—Deberíais echarle un vistazo a esto.

Cuando agarro el clasificador, se me cae un papel plastificado. Jamie se agacha para recogerlo y yo abro el archivador. Las páginas que contiene están arrugadas como si hubieran estado expuestas a la intemperie, pero las letras impresas siguen siendo legibles. Las tres anillas que las mantienen unidas están dobladas y rasguñadas. Leo la primera página, que dice: «CALIFICACIÓN DE ALTO SECRETO. MATERIAL COMPLEMENTARIO INFORME DE INTELIGENCIA DEL 16 DE DICIEMBRE».

Jamie me enseña el papel plastificado y la esperanza se me escapa poco a poco del cuerpo como la sangre por una herida abierta. Es una esperanza que ni siquiera sabía que existía hasta que ha empezado a desvanecerse.

El membrete de la carta tiene el sello presidencial en la parte superior y, debajo, dice: LA CASA BLANCA, WASHINGTON. Está fechada el 17 de diciembre.

—¿De dónde habéis sacado esto? —pregunta Jamie.

Chris señala con un gesto de la cabeza al cadáver del vehículo blanco.

—De él. Se llamaba Benjamin Wilson. El pobre chaval estaba superadísimo por la situación. Bueno, supongo que como todos, ¿no?

Jamie le echa un vistazo a la carta.

—¿Era becario?

—Lo del «era» es fundamental —dice Chris con ironía—. Las cosas cambiaron muy rápidamente en la Casa Blanca hacia el final, así que vete tú a saber cuál era su título oficial cuando se contagió. El caso es que era el último superviviente y sabía que la gente vendría aquí, como hemos hecho nosotros, esperando recibir alguna ayuda de la Unión Europea.

—¿Quién lo mató? —pregunto con nerviosismo.

A lo mejor a este chico no le gustó lo que Benjamin Wilson tenía que decir y lo mató él.

—Se suicidó. Se puso enfermo y decidió intentar hacer algo bueno antes de morir.

Hojeo el informe de inteligencia del archivador. Hay un documento con el membrete oficial de la Armada de Estados Unidos que no consigo entender porque está escrito en código morse. Pero la página siguiente lo traduce:

> No hay ayuda disponible.
> Cuarentena fallida.
> Segunda ola peor.
> Cierre definitivo.

Jamie suspira y me lee en voz alta un pasaje de la carta:

—«Los líderes de La Haya nos han informado de un rebrote del virus. No enviarán ayuda. Hemos perdido la comunicación con Japón, Rusia, India y Brasil. Sudáfrica dejó de responder en octubre. Los Emiratos Árabes Unidos e Irán se pusieron en contacto con nosotros en noviembre, pero desde entonces nada. Estamos solos».

El resto de las páginas del archivador son informes anteriores que revelan todo lo que nos habían ocultado. En julio ya sabían que la tasa de mortalidad era del 99,99 %, pero ¿por qué no redondearlo al 100 %, chicos? No nos lo comunicaron hasta agosto, cuando ya nos habíamos dado cuenta nosotros solos. Hay un estudio sobre el ADN y la tasa de infección que escapa por completo a mi comprensión. Y en el último documento informativo se lee en negrita: **Víctimas estimadas a nivel mundial ~73-86 % de la población**.

Cierro el clasificador. No necesito ver más.

Jamie me pasa la carta plastificada y la leo a toda prisa. El último párrafo confirma la historia de Chris. Benjamin Wilson se había contagiado, así que cogió los documentos que tenía y vino hasta aquí con la esperanza de poder informar a la gente de lo que estaba ocurriendo en realidad. Vuelvo a guardar la carta en el archivador y se lo entrego a Chris, que, a su vez, se lo pasa a su

hermana. Desiree sube otra vez las escaleras y pasa junto a su hermano pequeño para entrar en la cabina del avión.

—Quería asegurarse de que los demás supieran la verdad —dice Chris—. Yo creo que el pobre hombre era el último funcionario del gobierno que quedaba en pie. Qué narices, si toda la línea de sucesión había desaparecido, a lo mejor hasta era el presidente. El caso es que llegó hasta aquí con esos documentos… —Se vuelve para mirar una vez más el cadáver de Benjamin Wilson—. Siento no poder daros mejores noticias.

Jamie se pasa los dedos por el pelo y levanta la vista hacia el cielo.

Me siento aturdido. Desesperanzado y aturdido. Lo oigo soltar un suspiro de frustración y se vuelve hacia mí. Me pregunta con la mirada qué vamos a hacer ahora, pero no sé qué responderle, así que me vuelvo hacia Chris.

—¿Cuánto tiempo lleváis aquí? —pregunto.

El chico se gira para mirar a Desiree.

—¿Unos cuatro meses?

—Tres meses y dos semanas —lo corrige su hermana.

—¿Ha venido más gente? —interviene Jamie.

Chris asiente.

—Bastante. Pero, cuando se enteraban de que no iba a venir nadie, se marchaban otra vez por su cuenta. No sé si volverían a su casa, se irían a buscar a alguien o qué.

¿Qué otra posibilidad hay?

—¿Y vosotros por qué no os habéis ido? —pregunto.

Levanta un poco la voz y le dice a Desiree:

—¿Por qué no vas preparando la comida para Keith y para ti?

La muchacha frunce el ceño y empieza a darnos la espalda antes de decir:

—¿Vas a preguntarles?

—Sí, Des. —El sutil dejo de impaciencia de la respuesta me arranca una sonrisa porque me recuerda a cómo nos hablábamos mi hermana y yo. Durante todo este tiempo, Chris se ha comportado como si fuera mucho mayor de lo que debe de serlo: es imposible que tenga más de dieciocho años. Pero ahora esa fachada, la necesidad de ser el padre/guardián, empieza a desmoronarse. Y, de repente, la recupera—. Deja de tocar las narices y largo de aquí.

La niña pone los ojos en blanco, pero obedece y tira del brazo de Keith para que la siga al interior de la cabina. El pequeño al fin nos saluda con la mano y yo lo imito antes de que ambos desaparezcan en la oscuridad.

En cuanto entran, Chris se vuelve de nuevo hacia nosotros.

—Nuestros padres murieron en septiembre. —No es necesario que le digamos que lo sentimos mucho y él no guarda silencio el tiempo suficiente para que lo hagamos—. Estamos los tres solos desde entonces. Somos de Carolina del Norte.

Una vez más, bajo la mirada hacia sus manos vacías; luego la desvío hacia el cinturón que le rodea la cintura y del que no cuelga funda alguna. ¿Hicieron todo el viaje hasta aquí sin ningún arma con la que protegerse?

—Un trayecto muy largo para nada —continúa—. Cuando llegamos, todos estos aviones ya estaban aparcados y abandonados. —Hace un gesto que pretende abarcar todo el entorno—. Supongo que no pudieron repostar. O que aterrizaron y perdieron la esperanza. O que no vinieron hasta aquí a por ellos.

Señala el cuerpo de Benjamin Wilson.

—¿Hacia dónde esperas coger un vuelo? —pregunta Jamie.

Chris se vuelve hacia la puerta; después desvía la atención hacia las dos ventanillas desde las que sus hermanos nos están observando. Les hace un gesto con la mano y las dos caras desaparecen en el avión.

—Nuestra tía está en Chicago. Es una gran distancia para hacerlo a pie, sobre todo… —Mira una vez más el cadáver de Benjamin Wilson. Sobre todo si es en vano. Le da unas palmaditas nerviosas al lateral de la escalera—. Supongo que ninguno de los dos sabréis pilotar una de estas mierdas, ¿verdad?

Se me escapa una risita. Así que eso era lo que Desiree quería que nos preguntara. La sonrisa que esboza me dice que en realidad Chris no espera una respuesta. Pero ¿no sería divertido que supiéramos pilotar un avión?

—A lo mejor tienes que esperar sentado hasta que aparezca alguien que sepa hacerlo —dice Jamie.

Chris asiente.

—Sí. Decidí que nos quedaríamos hasta unos días después del diez de junio y que haríamos lo que teníamos que hacer. ¿Y vosotros? ¿Hacia dónde os dirigís ahora?

Jamie se vuelve hacia mí y no tengo ni idea de qué decirle. Podríamos volver a la cabaña, jugárnosla con Howard y su pandilla. O regresar con Henri y ayudarla a defenderse de los leones.

—Ya he cogido todas las provisiones posibles de los demás aviones —dice Chris—. No quedaba gran cosa. En el aeropuerto tampoco había muchos artículos no perecederos. Esta mañana he ido por más y apenas he encontrado nada.

Niego con la cabeza.

—De momento estamos bien, gracias. Ya encontraremos algo por el camino.

—Buena suerte —nos desea Chris—. Siento que hayáis tenido que venir hasta aquí para esto.

—Gracias, lo mismo digo —respondo.

Todo el camino hasta Alexandria para nada, y ahora resulta que lo de Reagan también es un fiasco. Ninguna de las etapas de este viaje ha tenido ningún sentido.

Chris sube las escaleras y entra en el avión. Desiree y Keith han vuelto a asomarse a una ventanilla, así que les digo adiós con la mano otra vez antes de que desaparezcan de nuevo en la oscuridad.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Jamie.

Nos hemos saltado el desayuno para poder lavarnos un poco antes de encaminarnos hacia aquí esta mañana. Aquí no hay nada para nosotros. Y no nos queda nada por hacer.

—Sí.

Nos alejamos de Chris y sus hermanos y nos dirigimos hacia la parte delantera del aeropuerto. Dejamos a Benjamin Wilson donde exhaló su último y enfermizo aliento antes de ponerle fin a su propia agonía, sabedor de que no había esperanza ni para él ni para nadie que llegara hasta aquí.

Decido que, si veo alguna pintada más, la tacharé. Pero entonces recuerdo que en los alrededores de Baltimore no vimos ninguna. Cuando estaba solo, antes de Jamie, los mensajes de «DCA 6/10» estaban por todas partes. Sin embargo, desde que salimos de la cabaña, he visto un máximo de tres.

Entonces caigo en la cuenta: el perfecto cuadrado de pintura blanca en el lateral del camión y sobre varias señales de tráfico.

Alguien que había llegado hasta aquí ya los había tachado.

—¿Me dijiste que la hija de Henri vivía en Florida? —me pregunta Jamie.

Estamos sentados junto al aparcamiento, con las latas vacías de nuestro triste desayuno tardío a los pies.

Asiento.

—Si está viva, sí. En Islamorada.

«Si». Y es un «si» muy importante. Florida está bastante lejos, pero lo cierto es que ya hemos llegado bastante lejos. Jamie saca la navaja multiusos que lleva enganchada al cinturón. Era del marido de Henri. Henri nos la dio,

pero no es legítimamente nuestra. Pertenece a su hija Amy. Y, si sigue viva, merece tenerla y saber que su madre también está aquí arriba.

De nuevo, un «si» importante.

—Es un camino muy largo solo para devolver una vieja navaja multiusos —digo.

—Sería mucho más que eso.

Tiene razón. Y Henri nos ayudó. Podríamos volver a la cabaña y quizá invitarla a venir con nosotros, aunque dudo mucho que aceptara. Y luego está lo que me contó, algo que no ha parado de atormentarme desde que me lo dijo: lo inútil que se sentía aquí arriba sabiendo que su hija embarazada estaba allí abajo, sola.

Es muy posible que ahora mismo Amy esté viniendo hacia aquí, pero… No, es una caminata demasiado larga para un bebé recién nacido… y peligrosa, a juzgar por nuestra experiencia.

Luego están Chris y sus hermanos. Se tienen los unos a los otros y albergan la esperanza de llegar a Chicago y encontrar a otros miembros de su familia.

Ya sabemos lo que hemos dejado atrás: muchos kilómetros de carretera y un grupo de supervivientes que decidió que la mejor forma de obligarnos a unirnos a ellos sería intimidarnos con sus armas y robarnos la comida. Sabemos que no queda nada salvo la cabaña. ¿Es suficiente? Para mí sí. Pasar el resto de mis días en la cabaña con Jamie me parece una forma maravillosa de sobrevivir al apocalipsis.

Pero ¿sería suficiente para Jamie?

Desde luego que no. Nos conocemos desde hace casi tres meses; es inevitable que termine dándose cuenta de que ahí fuera hay algo mejor para él que ayudar a traviesos muchachos gais a recuperar la salud.

Puede que al sur haya algo más. Más asentamientos y supervivientes. Quizá la hija de Henri. Si soy sincero, me parece una idea terrible. Pero quiero tener esperanza. Debo tener esperanza.

No, no es un deseo, es una necesidad. Necesito que Amy siga viva. Necesito que en este mundo quede algo por lo que merezca la pena tener esperanza.

Porque en ningún momento se me había ocurrido pensar que sobreviviría a lo de Alexandria. Esperaba que Jamie me abandonara porque me vería como un mero asesino. Esperaba que los Foster me matasen por venganza. Esperaba estar solo para siempre.

Sin embargo, Jamie no me ha abandonado.

Y, tal como él ya había hecho por mí, Henri nos ayudó pese a que no tenía por qué hacerlo. Me percaté de lo disgustada que estaba cuando me contó que no podía estar con Amy. Me dijo que se suponía que las madres deben estar con sus hijas cuando estas acaban de tener un bebé. Pero el mundo se acabó y ella no pudo acompañar a la suya.

Tenemos que ayudar a otras personas. A Jamie le gustan las películas de Marvel; ¿cómo era aquello que decía Viuda Negra en *Los Vengadores* acerca de tener la cuenta en rojo y querer saldarla? Porque mi cuenta está más roja que el final del cuaderno de Jamie.

Así que digo:

—Sí. Vamos a ir a buscar a una persona como si fuera una aguja en un pajar del tamaño de Florida y, si no encontramos nada y resulta que al final la civilización solo somos tú y yo, una anciana de setenta años que vive en Bethesda, unos cuantos habitantes de Pensilvania obsesionados con los impuestos, Chris y sus hermanos en Chicago y un Hacha Man-iquí, que así sea. Además, siempre podemos volver hasta aquí cuando pase el invierno para informar a Henri de lo que sea.

Jamie sonríe y parece feliz de verdad. Durante un instante, no le noto en los ojos la vacilación que tantas veces le he visto. Pero entonces se le debilita ligeramente la sonrisa. Nadie más se habría dado cuenta. Yo sí. Conozco su rostro mejor que cualquier otra persona y sé lo que transmite. Está preocupado. Nervioso ante la perspectiva. Inseguro.

Puede que yo también.

Hemos atravesado media Virginia y la autopista está despejada por completo. Todos los coches que vemos están apartados hacia el arcén. Jamie me señala los cristales rotos que hay en la calzada y que las ventanillas del lado del conductor de algunos coches están reventadas.

—Los han movido —asegura tras asomarse al interior e indicarme que la palanca de cambios está en punto muerto—. Y eso quiere decir que por aquí debe de haber gente que usa la carretera.

Quizá para dirigirse hacia el Aeropuerto Reagan. ¿O para alejarse de él?

Sin embargo, no nos cruzamos con nadie. Y no oímos el ruido de un solo coche mientras avanzamos hacia el sur por la 95. Unos diez días más tarde de haber salido de Alexandria, Jamie, con una sonrisa torcida en los labios, me señala un Honda estacionado en la carretera. Las ventanillas no están rotas y una capa de polvo cubre hasta el último centímetro del vehículo excepto el

parabrisas trasero. Un mensaje garabateado en el polvo y casi borrado por la lluvia consigue que se me escape la risa.

«¡Liquidación por apocalipsis! ¡GRATIS! ¡Funciona genial! ¡¼ de depósito incluido!»

Jamie abre la puerta y el coche empieza a pitar. Estira la mano, saca un par de llaves del contacto y el pitido cesa de inmediato. Me enseña las llaves. De ellas cuelga una pequeña sandalia de espuma con las palabras «Sea Isle City» pintadas encima.

Jamie me mira.

—¿Qué te parece si… conducimos un rato?

Dios mío, ¡sí! Creo que mis pies se pondrían a cantar de alegría. Pero todo esto me huele a chamusquina.

—¿No te parece una trampa?

—¿Cómo va a ser una trampa?

Estiro la mano con brusquedad hacia el mensaje.

—¡La nota de «coche gratis» es un indicio clarísimo! Seguro que, si enciendes el contacto, explota.

Esboza una sonrisa burlona.

—¿Te acuerdas del camión en el que dejé el mensaje de que había comida gratis? —Ya estamos otra vez con el optimismo. ¿No ha aprendido la lección todavía?—. ¿De verdad crees que alguien manipularía un coche y lo dejaría en un lado de la carretera para que explote? ¿Con qué propósito?

Sí, eso es cierto.

—Pero ¿por qué lo han dejado aquí? Si han retirado todos los demás coches, ¿por qué este sigue aquí?

Jamie otea la parte de la carretera que se extiende ante nosotros. Sigue vacía y, justo antes de girar, hay otros tres vehículos apartados hacia el arcén.

—¿Porque encontraron otro mejor?

Antes de que me dé tiempo a detenerlo, se acomoda en el asiento del conductor. Mete las llaves en el contacto y, durante unos instantes, el motor renquea y me parece que no va a arrancar. Pero entonces el coche cobra vida con un rugido —bueno, con un «rugido» como el que puede emitir un Honda Civic— y Jamie me dedica una enorme sonrisa infantil que consigue que el estómago me dé un brinco.

—Sube —dice.

Pongo los ojos en blanco.

—A ver, voy a presentarte una trama y necesito que esta la pilles. —Rodeo el coche y ocupo el asiento del copiloto. Lo miro con la cara más

seria que soy capaz de poner a pesar de su sonrisa bobalicona—. Doc, no hay bastante carretera para alcanzar los ciento cuarenta kilómetros por hora.

Durante un segundo parece preocupado y me entran unas ganas terribles de darle un puñetazo. Luego recupera la sonrisa socarrona. Mete la marcha y dice:

—¿Carretera? Adonde vamos no necesitamos carreteras.

—¡sí! —grito, y después bajo la ventanilla—. ¡Estadounidenses! ¡Ha visto *Regreso al futuro*!

Jamie pisa el acelerador y el coche arranca con una sacudida. Gira el volante con fuerza hacia la izquierda y volvemos a la autopista… justo a tiempo para que choque con el guardarraíl metálico del medio de la calzada.

—Oh —mascullo mientras apoyo las manos en el salpicadero—. Pero no sabe conducir.

—Ya aprenderé.

Lo miro con los ojos como platos.

—Espera, ¿en serio no sabes conducir?

—¡Vivía en una ciudad! Iba en transporte público a todas partes.

Da marcha atrás demasiado deprisa y me agarro al asidero del «oh, mierda» que hay encima de la ventanilla, porque oh, mierda.

Vuelve a pisar el acelerador y avanzamos a toda velocidad un instante antes de que pegue un frenazo. Volvemos a salir disparados hacia delante y pisa el freno como si no tuviera claro cómo se regula la velocidad. Lo agarro del brazo.

—Oye, una cosa, voy a decirte algo que mi padre tardó tres semanas de gritos y chillidos en decírmelo.

—¿Qué?

—Conduces como el culo, quítate de ahí enseguida. Pagaré a otra persona para que te enseñe.

Frunce el ceño.

—Tienes suerte de que solo quede un cuarto de depósito.

Abre la portezuela, se baja del coche y el Honda empieza a caer hacia delante.

—¡Jamie, tienes que poner el freno de mano!

Me arrastro hasta el asiento del conductor y detengo el coche. Cuando me vuelvo para mirarlo, tiene los ojos muy abiertos y una mueca en la cara.

—Perdón.

—Eres una amenaza.

Pero no puedo evitar reírme mientras lo veo dar la vuelta hacia el lado del copiloto. Noto que algo se me relaja en el pecho y… me siento mejor. No estupendamente, claro, pero tener a Jamie a mi lado, haciéndome reír, haciendo que me sienta normal… Todo lo normal que puedo sentirme, dadas las múltiples circunstancias en las que nos encontramos.

Es bonito.

No sé qué habría pasado si hubiera llegado solo hasta Alexandria. Que Jamie abandonara la cabaña para seguirme es lo mejor que me podría haber pasado. Me gusta que haga que el mundo no parezca tan horrible. Y que me esté convirtiendo en mejor persona.

Oh, mierda. Acabo de enamorarme por completo de un chico hetero, ¿no? Es decir, está claro que la cosa viene desde hace tiempo y que lo que pasa es que acabo de enterarme, pero así es.

—¿Qué? —me pregunta cuando nota que llevo demasiado tiempo sonriéndole.

Niego con la cabeza.

—Nada.

—Deja de burlarte de mí y conduce.

No me estoy burlando de ti, Jamie. Nunca lo haría.

Echaba de menos conducir. Bajamos las ventanillas y no ponemos el aire acondicionado porque mi padre siempre decía que gastaba mucha gasolina, aunque no sé si es verdad. Por desgracia, no hay radio. Pero es un viaje agradable incluso con el viento como única banda sonora.

Es curioso lo importantes que pueden parecerte las cosas pequeñas cuando llevas un tiempo sin hacerlas.

El coche nos transporta hasta justo después de Raleigh antes de pararse por completo. Cuando descargamos las mochilas, borro el mensaje del parabrisas trasero y escribo el mío en la puerta del maletero. «¡Funciona genial! Solo necesita un poco de gasolina».

Y, a partir de ese momento, volvemos a avanzar a pie.

¡Y cuánto se tarda en avanzar a pie! Incluso nos acercamos a examinar algún que otro coche —todos ellos apartados de la autopista—, pero no encontramos ninguno con las llaves puestas. Con el Honda hemos recorrido casi doscientos kilómetros en un día. A pie, con el calor y la humedad del verano, salvamos solo unos veinte. Con suerte.

Hay un par de días que ni fu ni fa porque llueve tanto que tenemos que parar. Unas dos semanas más tarde del día del Honda, nos desviamos hacia un pueblecito a las afueras de Coosawhatchie, Carolina del Sur. Paramos para buscar comida, pero en el supermercado no queda absolutamente nada. Las dos gasolineras del pueblo también están vacías.

Probamos en las cafeterías y los restaurantes, pero parece que alguien se lo ha llevado todo. Al final Jamie propone que entremos en alguna casa. A lo largo del trayecto, hemos intentado no allanar las casas porque nos habríamos sentido como ladrones de tumbas. Entiendo que ya nadie va a usar lo que nos llevemos, pero, aun así, da mal rollo.

Encontramos dos casas abiertas; los dueños están dentro, pero hace tiempo que han muerto. Quienquiera que haya saqueado las tiendas de comestibles y las gasolineras aún no debe de haber desvalijado las casas, porque encontramos un montón de productos enlatados y no perecederos con los que llenar las mochilas.

Al salir, les doy las gracias en voz baja a los cadáveres que hay en el sofá y en el suelo.

Esa noche nos detenemos a las afueras de Hardeeville, Carolina del Sur. Ya ha oscurecido. Hemos cenado y estamos junto a un arroyo, así que tenemos llenas tanto la barriga como las botellas de agua. A pesar del calor y la humedad sofocantes, hace una noche preciosa. Jamie está tumbado con las manos entrelazadas sobre el pecho desnudo contemplando el cielo. Yo estoy sentado a su lado y atizo la pequeña hoguera en la que hemos calentado la comida. Es obvio que no necesitamos el calor que desprende, pero resulta agradable no estar rodeados de completa oscuridad.

—¿Crees que algún día volverá a haber electricidad? —pregunto.

Él se encoge de hombros.

—En algún momento. Tiene que haber un ingeniero en algún rincón del mundo que sepa cómo funciona lo de generar electricidad. Puede que incluso se centre en la energía eólica o en algo sostenible. O quizá pasen décadas hasta que alguien invente algo nuevo.

—O sea que, según tú, vayamos donde vayamos nuestros días de duchas calientes han terminado.

En la cabaña hay un calentador de agua. Y tejas solares para alimentarlo. Sin duda, Howard y su gente serían un problema, aunque quizá podríamos darles algo que ayudara a establecer la paz.

—Excepto que encuentres una fuente termal.

A pesar del calor, me estremezco solo de pensar en lavarme en el arroyo helado mañana por la mañana.

—Y se acabó internet —digo.

—En realidad, eso me parece bien.

—¡Hereje!

Lo señalo con un dedo acusador. Se ríe y me aparta la mano de un cachete.

—Solo servía para buscar cosas que no sabías. El resto era gente comportándose como gilipollas.

Tiene razón, pero no pienso ceder tan fácilmente.

—A ver, si internet siguiera existiendo, alguien podría buscar cómo devolvernos la electricidad.

—Si internet siguiera existiendo y hubiese buscado en la red los síntomas de tu pierna rota, creo que estarías a punto de morir de un fallo multiorgánico.

—Si internet siguiera existiendo, podríamos ver Netflix en lugar de tener que resumirte las películas escena por escena.

Aunque la verdad es que ese es uno de mis juegos favoritos.

Además, Jamie me ha confesado su secreto más oscuro: ¡le encantan las películas originales del Hallmark Channel! Nunca se cansa de ellas. Cuando me cuenta los argumentos, me gusta interrumpirlo con «Un segundo, a ver si lo adivino: el chico y la chica tienen un malentendido y no vuelven a hablarse hasta que interviene un niño demasiado maduro para su edad».

Acierto en nueve de cada diez ocasiones. En la décima, suele ser un viejo sabio el que interviene. Pero Jamie tiene la habilidad de conseguir que películas como *Un beso en otoño* no parezcan tan horribles. También hay momentos en los que llega a la mitad del resumen y tengo que decirle: «No, creo que esta ya la hemos visto. Ella deja un trabajo demasiado estresante para casarse con el viudo que tiene un hostal, ¿no?» Aunque, últimamente, lo dejo continuar.

Me gusta escucharlo hablar.

Incluso en los casos en los que llega a la parte en la que el hijastro se baja corriendo del metro para interrumpir una presentación importante y, de pronto, le cambia la expresión de la cara y dice: «Espera, ¿esta no te la había contado ya?».

—Bueno —dice Jamie ahora—, menos mal que tú sí eres un buen narrador. Me gusta escuchar tu interminable catálogo mental de películas.

Los labios se me empiezan a curvar en una sonrisa que no logro contener.

—Pues a ti lo de narrar se te debe de dar como el culo, porque sigo sin entender el «argumento» de *Mulholland Drive*.

Suspira.

—Fundido inicial, exterior, Mulholland Drive, noche.

—¡Para! No quiero oírla otra vez.

—Vale, vale, iré directo a la escena del bar Winkie's —dice mientras se incorpora hasta quedar sentado.

—¡No!

Me tapo los oídos antes de que inicie la escena.

—«Soñé con este lugar». —Esboza una sonrisa maligna. Me abalanzo sobre él y le tapo la boca. Sigue hablando y riéndose bajo mi mano y la aparta—. «Es la segunda vez que sueño con él».

Intento taparle la boca de nuevo, pero se resiste.

A nuestra espalda, una explosión tiñe de rojo el cielo nocturno.

Me aparto de él a toda prisa y gateo hasta nuestras mochilas para coger la pistola que he dejado al lado. Jamie me sigue y ya tiene el rifle en las manos. Se me ha desbocado el corazón. Mis pulmones han dejado de absorber aire. Nos damos la vuelta en busca de la explosión, de la gente, del ataque, pero no hay nada.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta antes de que me dé tiempo a hacerlo a mí.

Esperamos en silencio, y entonces una luz blanca se eleva desde el suelo a unos cuatrocientos metros de distancia. Una vez en lo alto, estalla en una lluvia de destellos verdes. Bajamos las armas.

Fuegos artificiales.

Se produce otro silbido de chispas blancas seguido de una explosión púrpura.

—Espera un segundo.

Jamie se agacha junto a las mochilas y saca el cuaderno de su madre. Hojea las páginas, sonríe y le da la vuelta para que lo vea. Hay varias rayas pequeñas, entre veintiocho y treinta y una, separadas en recuadros. El sistema de calendario de su madre. Dibujar un calendario de casillas completas era desperdiciar demasiado espacio, así que Jamie hace rayitas y le pone el nombre del mes a cada recuadro. Señala el undécimo, que tiene «JL» escrito encima. Hay cuatro rayitas.

—Es cuatro de julio.

—Ni siquiera lo había pensado.

Otra explosión amarilla ilumina el cielo.

—Ni yo, hasta ahora.

Guarda el libro y nos sentamos de espaldas al fuego a contemplar el espectáculo.

—No esperaba volver a ver fuegos artificiales.

—No.

Explosiones azules y rojas al mismo tiempo.

—A lo mejor también tienen electricidad e internet —digo en broma.

Hablamos como aturdidos mientras vemos los cohetes que salen disparados desde el suelo.

—¿Quieres ir a buscarlos?

Sí quiero, pero no quiero, pero sí quiero.

Yo no quiero, pero creo que Jamie sí. Al menos eso es lo que me hace pensar su voz. Ahora se ha recostado apoyándose sobre los codos y me mira. Cuando otro fuego artificial hace arder el cielo, lo veo esperanzado. Quiere encontrar a otras personas. Por eso abandonó la cabaña en un principio, porque creía que yo me había marchado en busca de la civilización. Y, a fin de cuentas, por eso mismo decidimos seguir adelante en lugar de volver a la cabaña.

Me duele el corazón cuando me sonríe y le digo:

—Claro, vamos.

Pero ni siquiera he terminado de pronunciar las palabras cuando se me forma una bola de nervios en el estómago.

Jamie se pone la camisa y la angustia me atenaza. ¿Y si son como Howard y el resto de la gente que nos robó en la cabaña? ¿Y si estamos recogiendo para lanzarnos de cabeza al peligro?

Un cohete morado explota por encima de nosotros.

Me cuelgo la mochila a la espalda y me da la sensación de que pesa más que hace un par de horas. No le digo nada a Jamie mientras vierte un poco de agua sobre los restos de nuestra hoguera y echamos a andar en dirección a los fuegos artificiales.

Están a apenas cuatrocientos metros, pero el trayecto se me hace eterno. Empiezo a oírlos. Gente que habla. Que ríe. Que aplaude.

Son muchos. Yo llevo la pistola en la mochila, Jamie se ha echado el rifle al hombro. Se vuelve hacia mí y el rostro se le tiñe de naranja cuando estalla otro fuego artificial. Sin hablar, solo con la mirada, me pide permiso para continuar. Para seguir adelante y averiguar si la gente de los artefactos explosivos es de fiar.

Y no puedo decirle que no.

Merece ser feliz. No sé si esto lo hará feliz o no, pero al menos es un paso en esa dirección: estará con más personas, no solo conmigo y con mis mochilas (la física y la emocional). A lo mejor él encuentra una buena chica y yo sigo solo hasta Florida para descubrir que la hija de Henri está muerta y que no queda nada bueno en el mundo.

¡Uf! La cosa acaba de ponerse muy tétrica. Qué leches, puede que ambos necesitemos a estas personas.

Así que le hago un gesto de asentimiento. Y nos internamos en el claro con las manos en alto.

20
Jamison

Cuento al menos siete hombres con pistolas. Las tienen enfundadas, pero, en cuanto nos ven, bajan automáticamente la mano hacia la culata. Levanto aún más los brazos.

Un fuego artificial cuya mecha ya estaba encendida cuando salimos al claro se eleva en el aire y explota, pero nadie le hace caso. Todo el mundo tiene la mirada clavada en nosotros.

Me quedo de piedra. Aquí debe de haber cerca de cuarenta personas. Una decena son críos. Hacía casi un año que no veía tanta gente en el mismo sitio.

Un hombre blanco, fornido y corpulento, con el pelo canoso y ralo, se acerca a nosotros. Lo flanquean otros cuatro hombres: dos de ellos parecen algo mayores que nosotros; los otros dos, casi de mediana edad.

—Hemos visto los fuegos artificiales —digo—. Solo queríamos acercarnos a saludar y…

Y a ver si erais personas que nos apetecía conocer, si podíamos ser amigos. Tienen fuegos artificiales, así que pagar impuestos con comida no debe de suponerles una preocupación.

Me encojo de hombros.

—… a preguntaros si nos dejabais verlos.

La expresión del hombre corpulento se suaviza y sonríe. Me tiende una mano enorme y bajo los brazos para estrechársela. Habla con el acento lento de Carolina del Sur.

—Danny Rosewood. Alcalde de Fort Caroline.

—¿Fort? —pregunta Andrew—. ¿Sois militares?

El hombre se gira y le tiende la mano a Andrew, que también se la estrecha.

—No, no somos militares. Aunque algunos tenemos cierta experiencia en las fuerzas armadas.

Danny Rosewood se da la vuelta y recorre con la mirada a la gente que tiene detrás. Señala a uno de los hombres que había bajado la mano hacia la pistola.

—Ahí está. Ese de ahí es nuestro *sheriff*, Grover Denton. ¿En qué cuerpo estuviste, Grover? ¿En el ejército?

—En la fuerza aérea —responde el *sheriff*.

Denton no es del sur, pero tiene un acento que no consigo ubicar. Puede que sea del Medio Oeste.

—Aviador, eso es. —Rosewood asiente y vuelve a centrar su atención en nosotros—. Y su segunda al mando era marine. ¡Una mujer marine, nada menos!

Lo dice como si eso tuviera que escandalizarnos. Andrew guarda silencio y prácticamente siento cómo se desborda el dique de su autocontrol. No puedo mirarlo porque sé que nos echaremos a reír.

—No he oído tu nombre —le dice Rosewood.

—Andrew, señor, perdone.

El tono de su voz me confirma que estoy en lo cierto: le está costando mantener la compostura. No pronuncia la palabra «señor» de forma sarcástica, pero sé que lo dice con esa intención y esbozo una sonrisa cortés mientras intento contener la risa.

—Adelante, entonces… —Rosewood nos dedica una gran sonrisa y se hace a un lado—. Estáis aquí por la gracia de Dios, así que sigamos con el espectáculo y ya nos iréis conociendo. Os presentaré a unas cuantas personas.

Desvía la mirada un instante hacia el rifle que llevo al hombro, pero no dice nada. Quizá porque confía en que su gente acabaría con nosotros antes de que pudiéramos siquiera intentar nada.

Todas las personas que hay detrás de Rosewood parecen calmarse cuando nos da unas palmaditas en los hombros a ambos. Es como si estuvieran

esperando la aprobación de su líder antes de relajarse. Encienden otro cohete y esta vez casi todo el mundo recupera el espíritu festivo.

Andrew aprovecha la explosión para susurrarme al oído:

—¿Te has enterado? ¡Por estos lares hay mujeres marines!

Intento contener una carcajada que se me escapa por la nariz y le contesto también en un susurro:

—Te odio.

—Me amas.

El estómago me da un brinco y se me seca la boca. Totalmente ajeno a la reacción que acaba de provocarme, Andrew continúa avanzando para saludar a más habitantes de Fort Caroline. Intento hacer lo mismo, pero soy incapaz de dejar de buscarlo con la mirada entre la multitud. Cada vez que lo encuentro, es como si sintiera el peso de mis ojos sobre él y se vuelve para mirarme, sonreír y dedicarme un guiño.

Cruzamos un peaje en el que una mujer con un fusil AR-15 saluda al conductor, Grover Denton, y continuamos con nuestro camino hacia Fort Caroline.

—No me extraña que lo consideren un fuerte —susurra Andrew.

Grover nos mira por el retrovisor, con la cara teñida de verde por las luces del salpicadero.

—En el siglo XVI había un fuerte, pero ya no existe. Solo se conserva el nombre.

—¿Quién era Caroline?

—La esposa de uno de los colonos originales. Rosewood es descendiente suyo, de hecho.

Andrew suelta un «ajá» condescendiente y le lanzo una mirada de advertencia. Se encoge de hombros y, cuando miro de nuevo hacia el retrovisor, veo que el ceño fruncido de Grover Denton se relaja. Guardamos silencio hasta que salimos de la autopista.

Las calles están vacías. La caravana de coches que nos seguía, junto con los dos autobuses escolares llenos de gente, se desvía cuando nos adentramos en lo que parece ser el centro de Fort Caroline. Todas las tiendas están en perfecto estado: ni cristales rotos ni incendios. Hay semáforos en todos los cruces. Son de los que se veían antes en las zonas de obra por las noches: dos lámparas brillantes sobre un poste móvil y apuntando a la carretera. Cada uno de ellos se alimenta de una especie de generador de gas que zumba en la ciudad silenciosa.

—¿Y aquí solo vive la gente que hemos visto en el claro? —pregunto.

—Qué va. —Grover parece alegrarse de ello—. Esa era solamente la gente a la que mañana le toca el segundo turno.

Miro a Andrew para ver si sabe qué significa lo del segundo turno, pero hace un breve gesto de negación con la cabeza.

—Ya lo veréis —añade Grover.

Entra en el aparcamiento de un viejo motel de dos plantas. Todo el edificio está a oscuras, salvo la oficina de la planta baja, que está iluminada solo con velas.

Cuando Grover para la camioneta, bajamos, cogemos nuestras mochilas de la parte de atrás y lo seguimos hasta la oficina.

No hay nadie. La vela titila sola encima del escritorio.

—¿Cara? —llama Grover.

Una joven alta, pálida y con una larga melena castaña sale de la oscura habitación del fondo. A la luz de la vela, parece un fantasma. Mira un momento a Grover, pero después clava la vista en nosotros como si no se fiara.

—Tenemos invitados nuevos. ¿Te encargas de que se instalen?

La joven asiente y me da la impresión de que empieza a sentirse más cómoda. Coge dos portapapeles y los deja sobre el escritorio, de cara a nosotros. Con una voz apenas audible, dice:

—Tendréis que rellenar esto. La habitación es la 2C.

Me lanza una mirada rápida mientras coge una llave metálica con una etiqueta naranja y me la pasa deslizándola por encima del escritorio. No es una tarjeta de plástico, es una llave de metal de las de verdad.

—Está en el primer piso. Saliendo por esta puerta, hay unas escaleras que suben. La segunda a la derecha. Pone 2C.

Cojo la llave y el portapapeles y le echo un vistazo al formulario. Es un cuestionario en el que nos preguntan el nombre, la fecha y el lugar de nacimiento. Al principio es normal, pero luego me doy cuenta de que hacia el final las preguntas cambian y te piden que digas cuántos miembros de tu familia han sobrevivido a la gripe, cuántos murieron y qué edad tenían. El cuestionario tiene cuatro páginas, pero no les presto mucha atención porque ahora Cara está hablando con Andrew y entregándole una llave distinta.

—Y para ti la 2D. Está en el primer piso. Saliendo por esta puerta, hay unas escaleras que suben. La tercera puerta a la derecha. Pone 2D.

No sé si nos está tomando el pelo o si va en serio, pero Andrew sonríe.

—Gracias, pero podemos compartir habitación. A ver, se tira un montón de pedos mientras duerme, pero a estas alturas ya estoy acostumbrado.

Me da un codazo malicioso.

Me arde la cara y, a la luz de la vela, veo que Cara también se ha sonrojado. Grover interviene antes de que me dé tiempo a regañar a Andrew.

—No os preocupéis, no va a venir nadie más y creo que ahora mismo solo hay otras dos habitaciones ocupadas. Hay espacio de sobra.

La idea de que Andrew esté tan lejos de mí me pone nervioso. En la cabaña era distinto: cada uno teníamos nuestra propia habitación, pero seguíamos estando en la misma casa. Por alguna razón, una habitación de hotel contigua me parece más apartada. Quizá porque ahora llevamos dos meses durmiendo pegados el uno al otro.

—Vendré a veros mañana —asegura Grover—. Pórtate bien, Cara.

El *sheriff* le dice adiós con la mano y la joven levanta la vista, asiente en silencio y después se mira las manos. Es una persona frágil y callada, y me descubro pensando cómo habrá conseguido sobrevivir tanto tiempo.

Andrew me aprieta el brazo, me señala la salida con un gesto de la cabeza y lo sigo. Me doy la vuelta y veo que Cara se dirige de nuevo hacia el cuarto oscuro que hay detrás del escritorio.

—Buenas noches, gracias —le dice Andrew.

La chica se detiene y nos mira, pero no dice nada.

Subimos las escaleras hasta la segunda y la tercera puerta de la derecha. Están marcadas como 2C y 2D, tal como nos habían prometido.

—Bueno… esta es la mía —dice Andrew, que se apoya en la 2D y me muestra su llave—. Me lo he pasado muy bien. Es la mejor convención apocalíptica a la que he asistido en mi vida. ¡En serio! Porque, a ver, en los Zombi Zimposios nunca hay espectáculos de fuegos artificiales. ¿Te has dado cuenta de lo que he hecho, Jamie? He cambiado la «s» de «simposio» por una «z» para crear una aliteración ingeniosa.

Me río y abro mi habitación. Está oscura y, cuando pulso el interruptor de la luz, no cambia nada. Saco la linterna de la mochila y la enciendo.

La habitación tiene una cama de matrimonio enorme y hay velas estratégicamente colocadas por todas partes. Andrew se asoma.

—Me habías prometido luz e internet —dice.

—Tendrás que conformarte con un fuerte y una cama de matrimonio.

—Hum.

Lo miro. Tiene una expresión de escepticismo en la cara y me parece que se está mordiendo el interior de la mejilla.

—¿Qué pasa?

Niega con la cabeza.

—No es nada.

—Es algo. Sé cuándo me estás ocultando las cosas, ¿recuerdas?

Eso le arranca una sonrisa y vuelve a hacer un gesto de negación.

—De verdad. No creo que sea nada.

—¿Me lo contarás cuando sea algo?

—Sí. Lo prometo. Y yo siempre cumplo mis promesas. —Abre la puerta de su habitación y me mira con los ojos entornados—. No como tú con lo de internet.

—Buenas noches, Andrew.

—Buenas noches, Jamie.

Encuentro una caja de cerillas junto a la cama y enciendo unas cuantas velas. Hay agua corriente, pero está muy fría. Me meto en la ducha, me froto lo más rápido posible con el agua helada y me pongo ropa limpia para dormir antes de apagar las velas.

Como en la habitación huele a moho y hace mucho calor, abro la ventana, pero no sirve de mucho. Me tumbo en el centro de la cama, encima de las sábanas. Es cómoda…, bastante, de hecho, pero no consigo dormirme. Hay demasiado silencio. Solo oigo mi respiración y la suave brisa que agita las hojas de los árboles en el exterior.

Seguro que Andrew también está despierto. Seguro que está ahí tumbado, escuchando los mismos ruidos que yo y pensando en mí. Me gustaría que estuviera pensando en mí. Si él también piensa en mí, me siento menos raro.

De repente, me invade el pánico. Noto que el sudor me corre por la frente y por la parte baja de la espalda. Siento una opresión en el pecho y no consigo que los pulmones se me llenen de aire. Las paredes se me echan encima y vuelvo a estar en el túnel de Baltimore, rodeado de víctimas de la gripe abotagadas y de agua estancada. Pero esta vez Andrew no está conmigo.

Sin pensarlo, me levanto, cojo la almohada y la llave de mi habitación y salgo al pasillo. Una vez fuera, me encuentro un poco mejor, pero la opresión del pecho no ha desaparecido.

Golpeo la puerta de Andrew con los nudillos.

La abre en cuestión de segundos. Bien, al menos estaba despierto. En cuanto lo veo, me calmo y siento que puedo volver a respirar.

—¿Qué pasa?

Niego con la cabeza. Ahora me parece ridículo, pero hace unos segundos pensaba que me iba a morir.

—No puedo dormir ahí. Es como si…

No sé cómo expresarlo. Decir «como si fuera a morirme» me parece una exageración, pero, aun así, Andrew asiente y parece entenderlo de todos modos.

—Lo sé, es raro. Eso es lo que no quería decirte antes.

—Hum… —Me abrazo a la almohada—. ¿Puedo dormir aquí?

—Sí.

Se hace a un lado y entro.

21
Andrew

Dejemos clara una cosa: que el chico del que estás enamorado duerma en la misma cama que tú, literalmente pegado a ti, es una puta tortura.

Pero una tortura en plan bien, supongo. Si el infierno existe, terminan mandándome allí por asesino y tengo que elegir entre las abejas con pene y dormir en la misma cama que él durante el resto de la eternidad pero sin poder tocarlo, me quedo con esta cama tan cómoda.

Y con los suaves ronquidos de Jamie.

¡Qué les den a las abejas con pene!

Él se duerme al instante, pero yo no puedo resistirme a quedarme un rato observándolo en la oscuridad.

Te he dicho que te calles, que no es raro.

Es tan bueno y sensible… Apuesto a que sabía lo incómodo que me encontraba aquí solo. Estaba casi seguro de que vendría, por eso me he levantado de un salto en cuanto lo he oído llamar a la puerta.

Me duele físicamente estar tan cerca de él. Sé que no debería sentir lo que siento por Jamie, pero no puedo evitarlo. No es el primer chico hetero del que me enamoro. No, ese dudoso honor recae sobre mi mejor amigo desde que

empecé el colegio, Clark Murphy, ahora víctima del virus. Aunque el hecho de que no sea el primero no quiere decir que duela menos.

Ni siquiera me doy cuenta de que me he quedado dormido hasta que alguien vuelve a llamar a la puerta con los nudillos.

Me pongo en pie de un salto y busco la pistola a mi lado, pero no está. Está en mi mochila, al otro lado de la habitación. Tardo un momento en recordar que nos encontramos en una habitación de hotel de Fort Caroline.

Es de día y la luz del sol se cuela por las persianas venecianas que cubren la ventana. Vuelven a golpear la puerta. Pero viene de al lado. Están llamando a la habitación de Jamie, que en ese momento se incorpora y se frota los ojos.

—¿Qué hora es?

—Mierda. Métete en el baño y no hagas ruido.

Se vuelve hacia mí.

—¿Por qué?

—Confía en mí. ¡Venga!

Se encierra en el baño sin hacer más preguntas. Quienquiera que sea vuelve a golpear la puerta de al lado. Echo un vistazo alrededor de la habitación en busca de cualquier indicio que pudiera delatar que hemos dormido juntos.

No sé quiénes son estas personas, pero nos ofrecieron habitaciones separadas a propósito. Cierto, hay muchas vacías, pero dieron por hecho que cada uno querríamos la nuestra. No les apetecía que dos chicos compartieran una cama de matrimonio si no era indispensable porque eso habría significado algo que probablemente no estaban preparados para plantearse.

Por fin llaman a mi puerta.

No es ni Danny Rosewood ni Grover Denton con quien me encuentro al abrir. Ni siquiera es la joven que vimos anoche en el motel, Cara. Es una mujer alta y con el pelo claro recogido en un moño tenso. Lleva un traje beis, que no le favorece en absoluto porque tiene la cara muy pálida, y una placa a la altura del pecho.

Anda, mira quién está aquí, ¡la Mujer Marine!

—¿Dónde está tu amigo? —pregunta.

Frunzo el ceño.

—Vaya, hola. Buenos días, soy Andrew.

—Nadine Price. Tu amigo, ¿dónde está?

—¿Qué hora es? Le gusta madrugar, así que seguro que ha salido a explorar.

Asiente.

—Vístete y baja a la oficina cuando estés listo. Te enseñaré todo esto y a mediodía tenéis una reunión con el *sheriff* Denton. Encontraremos a tu amigo durante el recorrido.

No espera a que le conteste y se encamina de nuevo hacia las escaleras.

Cierro la puerta y Jamie sale del baño.

—¡He conocido a la Mujer Marine! Es majísima.

—Eso me ha parecido. ¿Por qué no le has dicho que he dormido aquí?

Ay, Jamie. Mi dulce e inocente Jamie.

—Porque quería que fueras mi sucio secretito. —Me encojo de hombros como para restarle importancia—. Es la fuerza de la costumbre. Siempre que hay un chico en mi cama y alguien llama a la puerta…

Sonríe y se sonroja ligeramente.

—Vuelve a tu habitación antes de que a la Mujer Marine le dé por registrarlas. Y, cuando nos veamos en la oficina, finge que habías salido a dar un paseo.

Jamie yergue la espalda y me dedica un saludo militar antes de abrir la puerta, mira hacia uno y otro lado y se agacha como si pretendiera ser sigiloso.

Nuestro plan funciona. Cuando bajo a la oficina, Nadine está allí sentada en silencio. Acompañada de Cara. Que también está callada. Estas dos deben de llevarse a las mil maravillas.

Cuando Nadine ya me está guiando hacia el coche patrulla que ha dejado en el aparcamiento, Jamie dobla la esquina con su historia de «había salido a dar un paseo». Nadine no hace más preguntas, así que nos acomodamos en el asiento trasero e iniciamos la ruta.

En Fort Caroline viven muchas más personas de las que vimos anoche en el claro. Centenares, tal vez. Y todas están trabajando. Hay un grupo de gente registrando una farmacia y clasificando los productos en contenedores de plástico. Varios hombres provistos de mazos destrozan el interior de una tienda.

—¿Qué es todo esto? —pregunto.

Al principio Nadine no contesta; luego, murmura muy deprisa:

—Limpieza. Todo el mundo tiene un trabajo asignado.

Nos aclara que hay tres turnos. De ocho de la mañana a cuatro de la tarde, de cuatro de la tarde a doce de la noche y de doce de la noche a ocho de la mañana. Los turnos cambian todas las semanas para que nadie se agote trabajando de noche, pero todos aportan su granito de arena para contribuir a la limpieza y al nuevo comienzo.

Eso explica por qué no hay ni una sola tienda saqueada. Por qué no hay basura ni cadáveres en la calle. Por qué hay más plazas de aparcamiento que coches. De hecho, el de Nadine es el único vehículo que circula por el pueblo.

—¿Qué habéis hecho con los cadáveres de las víctimas gripe? —continúo preguntando.

Nadine no me contesta. Me vuelvo hacia Jamie, pero está mirando por la ventana con los ojos entornados y moviendo la cabeza hacia todas partes a la vez para intentar asimilarlo todo.

—¿Qué pasó con las víctimas de la gripe? —insisto.

—Incineramos a los muertos. No había espacio suficiente para enterrarlos a todos.

Lo dice en un tono brusco y un tanto borde, como si mis preguntas le resultaran molestas. Que te den, Mujer Marine, soy un chico curioso.

Pero va armada, así que cierro el pico y la dejo seguir con la visita de pacotilla. Le lanzo una sonrisa a una joven que tira un montón de libros a un contenedor situado delante de una enorme biblioteca de ladrillo.

No me la devuelve.

Abro la boca para preguntar qué están haciendo con los volúmenes de la biblioteca, pero entonces recuerdo que Nadine tiene la personalidad de un copo de maíz envenenado y la cierro. Aun así, me vuelvo y veo que otra persona mete las manos en una carretilla llena de libros y tira todos los que puede al contenedor. Parece que el cuidado que ponen en la clasificación de los productos de la farmacia y no es el mismo que ponen en la de los libros. Pero al menos no los queman. ¿No?

Espero que no los quemen.

Nadine se detiene ante un edificio grande de bloques de hormigón que no tiene ventanas. En la parte de arriba, con letras plateadas, han escrito «Departamento del *sheriff* de Fort Caroline».

—Este es el departamento del *sheriff* —dice. Apostaría lo que fuera a que ni siquiera era marine de verdad antes del virus. Seguro que se dedicaba a hacer visitas guiadas en Disney World fingiendo que era marine—. Aquí será donde entregaréis vuestro cuestionario cuando lo tengáis listo. La recepción la atienden o Sophie o Gloria entre las nueve de la mañana y las seis de la tarde. Y, si alguna vez tenéis un problema con alguno de los residentes, también podréis denunciarlo aquí. Por lo demás, estamos aquí sobre todo para ayudar con problemas menores.

—¿Como cuáles?

Ay, Andrew, ¿por qué preguntas cosas que sabes que no va a contestarte?

Pero me sorprende.

—Robos, básicamente. Pero hasta esos delitos están desapareciendo. Todo el mundo entiende que ahora somos una comunidad y que robarle a una persona significa robarnos a todos. Además, comprenden las reglas del racionamiento de alimentos. La comida y los suministros que trajisteis al llegar se añadirán al excedente y os entregaremos cartillas de racionamiento y una asignación semanal.

¿Cartillas de racionamiento?

Pero, antes de que pueda preguntarle nada, Jamie dice:

—¿Tenemos que entregar nuestras provisiones?

—Solo la comida y cualquier otra cosa que se considere útil. La ropa y las botellas de agua os las quedaréis.

—¿Y los libros? —inquiero.

Frunce el ceño y me mira por el espejo retrovisor.

—¿Llevas libros encima?

—¿No te gusta la literatura?

—No me gusta malgastar el espacio.

Uf. Pues a lo mejor sí que queman los libros. Nadine sale del aparcamiento del departamento del *sheriff* y continuamos nuestro recorrido por Villatriste… digo, por Fort Caroline.

—¿Por qué estaban esos hombres destripando la tienda de ahí atrás? —pregunto.

Parece que va acostumbrándose a contestarme.

—Los concejales han creado un plan para condensar la ciudad y que tengamos una única farmacia, una única tienda de comestibles, una única tienda para los demás productos y, por otro lado, el hospital. Cualquier establecimiento que se considere redundante se vaciará por completo y el local se utilizará para satisfacer las necesidades que vayan surgiendo. Ahora mismo, lo único que necesitamos son viviendas. Tenemos varios de los edificios de apartamentos llenos hasta los topes y nuestras partidas de exploradores se están aventurando más lejos que nunca. Pronto seremos aún más numerosos y necesitaremos más espacio para alojar a esa gente.

Me pregunto si en Fort Caroline serán conscientes de que han inventado el socialismo.

Un grupo de cinco hombres rodea una alcantarilla abierta en medio de la calle. Uno le hace señas a Nadine para que los rodee y ella obedece.

—¿Hasta dónde habéis llegado? —pregunto.

—Hasta Virginia.

Claro. Eso explica por qué nos ha costado más encontrar comida tras salir de Alexandria. También explica lo de la carretera despejada. Me entra curiosidad por saber si la gente que abandonó el Honda se topó con un convoy de Fort Caroline.

Nadine añade:

—Esperan llegar a Washington antes de que termine el año.

—Nosotros venimos de allí —dice Jamie—. No queda nadie.

—Buscarán suministros, entonces.

—Espero que se lleven las armas —le susurro a Jamie y, en silencio, imito el rugido de un león.

No sonríe. No se ríe. Se limita a seguir escudriñando el exterior. Tiene una mano apoyada junto a la pierna y va subiendo y bajando los dedos de uno en uno. ¿Está intentando hablarme en algún tipo de código? ¿Es lenguaje de signos? Pero, cuando pasamos junto a otro equipo de destripadores de tiendas, me doy cuenta de que está contando personas. Aunque no a todas.

¿Qué está contando, entonces?

Nadine nos lleva a la tienda de comestibles, que es un antiguo Aldi, y nos explica cómo funciona el racionamiento. Recibiremos nuestra primera cartilla en cuanto devolvamos el cuestionario que nos hemos olvidado de rellenar. Las siguientes se nos entregarán todos los domingos por la mañana. Asimismo, hay un almacén de suministros que procesa qué llevábamos encima al llegar al pueblo y que también nos expenderá vales para esos productos.

Después nos enseña el colegio y nos informa de que todos los chavales de entre cinco y quince años tienen obligación de permanecer en el recinto desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde. Pregunto que si después de los quince tienen que pasar a ocupar un puesto de trabajo y Nadine me lo confirma con un gruñido.

Luego nos acercamos al hospital. Aparca delante y nos muestra la sala de urgencias y el ala de medicina familiar. Hay unas cuantas personas en la sala de espera, pero las lesiones más graves son la de un hombre grande y calvo con un rasguño encima del ojo izquierdo y la de un joven rubio y atractivo con un corte en la pierna que ya ni le sangra. Dejamos atrás varios pasillos sin luz y bordeados a ambos lados de habitaciones que parecen vacías. Como si se hubieran llevado la mayor parte de las camas y del equipamiento.

Hago un chiste sobre la sanidad universal que cae en saco roto y nos vamos a la farmacia. Está muy concurrida. Hay equipos de trabajo a ambos lados: sacan el contenido de unos contenedores de plástico y lo meten en

cajas. Luego se las pasan a otras personas, que entran en la farmacia a vaciarlas y, cuando terminan, vuelven por otra.

Están reponiendo.

—¿Adónde va el excedente? —pregunto.

—Al almacén de suministros. Está justo al lado de la calle principal; allí se clasifica casi todo y luego se envía aquí.

Es metódico, pero también un poco redundante: la gente vacía las farmacias, lleva los productos al almacén para que los clasifiquen y luego los trae aquí de nuevo. Al menos tienen un sistema, ¿no? Y al menos todos trabajan.

Sin embargo, mientras observo las idas y venidas alrededor de la farmacia, no puedo evitar sentir cierta inquietud. Hay algo que no me cuadra en todo esto.

En toda esta gente.

Nadine nos lleva de nuevo al departamento del *sheriff* y vemos que Grover Denton nos está esperando en la entrada. Cuando nos bajamos del coche, le doy las gracias a Nadine por la visita guiada. Y, sí, suena un poco sarcástico. Pero intento sonreír para que parezca que estoy siendo sincero.

La Mujer Marine debe de darse cuenta de que soy un falso de mierda y no responde.

En este sitio hay algo que sigue oliéndome a chamusquina y no sé qué es. ¿Puede que se deba a que es demasiado perfecto? Todos son jóvenes y fuertes y trabajan unidos para reconstruir el mundo. Hay un hospital. Hay un colegio. Hay un puto Aldi, no me jodas.

A la puerta del edificio, Grover nos suelta una perorata sobre el cuestionario —en serio, qué cachondos se ponen todos los habitantes de Fort Caroline con el cuestionario de las narices— y, al final, dice algo que me sorprende.

—Supongo que tenéis armas. —No hace falta que le respondamos porque anoche vio el rifle que llevaba Jamie—. Podéis quedároslas… De hecho, es algo que fomentamos.

What?

—Todo el que pueda debería tener un arma por si personas ajenas a nuestro pueblo intentan asaltarlo. Como esto es Estados Unidos, tenemos el derecho divino de contar con una milicia bien regulada.

No sé muy bien qué pensar. Por un lado, sí, el mundo ha cambiado y las armas son necesarias. Aunque al principio no quería ver la pistola ni en

pintura, ahora entiendo lo importante que es. Al menos, parece que en Fort Caroline no hay zoo.

Por otro lado, que todos estos extraños vayan armados me inquieta un poquito.

Grover continúa:

—Aun así, tendréis que registrar aquí vuestras armas de fuego. Y la munición también está racionada, no pueden acumularse reservas. Tendréis que dar cuenta de hasta la última bala que gastéis. Y, por supuesto, no es necesario decir que no debéis disparar a nadie.

Señalo a Grover e intento sonar gracioso.

—¡Pero lo ha dicho!

—¡Ah, estupendo! —Una estruendosa voz sureña hace que me estremezca cuando Danny Rosewood, de nuevo flanqueado por los dos jóvenes que lo acompañaban anoche, dobla la esquina de la comisaría del *sheriff*. Lleva un traje con americana pese al calor que desprende el sol de julio y unas grandes gotas de sudor le resbalan por la frente roja—. Esperaba no perderme el final de la visita guiada.

—Justo a tiempo, Danny —dice Grover—. Estaba terminando.

—¿Habéis entregado ya el cuestionario?

¿Ves? Cachondísimos. Y ahora apuesto a que tengo un aspirante a creador del cuestionario. ¿Cuánto tiempo creemos que pasará antes de que se atribuya el mérito?

—Todavía no —contesto—. Estábamos bastante agotados después de lo de anoche.

—No pasa nada. —Agita una mano hinchada—. Nada de nada. Pero aseguraos de hacerlo lo antes posible. El cuestionario fue idea mía… —Once segundos—. Una de las mejores que he tenido, aunque esté mal que yo lo diga. Es importante que lo recibamos para poder asignaros vuestros respectivos puestos de trabajo. Es algo de lo que aquí estamos muy orgullosos. Todo el mundo está encantado de arrimar el hombro y contribuir a que Estados Unidos recupere la normalidad.

¿Recuperar la normalidad? ¿A quién quiere engañar? Es imposible que ningún país vuelva a ser como era. Interrumpo su discurso preguntándole:

—¿Le llegó la noticia del Aeropuerto Reagan? —Rosewood se vuelve hacia mí y, durante un instante, parece confuso, así que le echo una mano—: La de que la Unión Europea vendría a ayudarnos.

Entonces cae en la cuenta.

—¡Ah, sí, es verdad! En junio. Sí, nos enteramos, pero algunos de los recién llegados nos informaron de que al final no enviarían ningún tipo de ayuda.

Asiento.

—De ahí venimos nosotros. Pasará una buena temporada antes de que se «recupere la normalidad» en algún sitio.

La sonrisa de Rosewood se hace más amplia y me da una fuerte palmada en el hombro.

—¡Estados Unidos será el primero, hijo! Ya construimos este país desde los cimientos una vez, ¡y ahora volveremos a hacerlo!

—Bueno, en realidad esta tierra se la rob…

—¿Qué tipo de puesto de trabajo debemos esperar que se nos asigne?

Jamie me interrumpe antes de que le recuerde a Danny Rosewood que sus antepasados mataron a los pueblos indígenas de Norteamérica y luego construyeron con mano de obra esclava todo lo que se ha perdido con el virus. Aunque, sí, a lo mejor Jamie tiene razón y ahora mismo debería mantener la boca cerrada. Danny Rosewood no parece de los que cambian de opinión con facilidad y mi comentario solo serviría para que nos acogieran con menos entusiasmo.

Rosewood nos mira primero al uno y luego al otro.

—¿Cuántos años tenéis, chicos? ¿Diecisiete? ¿Dieciocho?

—Dieciséis —responde Jamie.

—Cumple diecisiete en noviembre —digo con la esperanza de que ese dato tenga algún peso.

Danny Rosewood hace un gesto de asentimiento y continúa hablando, pero algo cambia en uno de los chicos que tiene detrás. El más alto de los dos, el que se ha dejado crecer un bigotito patético sobre el labio superior y una barba que parece hecha de parches, frunce el ceño y nos mira por turnos.

Mierda. Conozco esa expresión. Cuando se da cuenta de que estoy observándolo, sus cejas recuperan su posición natural y se gira para mirar al chico pálido que tiene a la izquierda y que da la sensación de no estar enterándose de nada.

—Ah, y este —Danny Rosewood se vuelve y le da una palmada en el hombro a Labio Velloso— es mi hijo pequeño, Harvey.

Harvey Rosewood nos saluda con un gesto de la cabeza, pero, cuando su padre le da otra palmada en el hombro al chico pálido y nos lo presenta como Walt Howser, el mejor amigo de Harvey, este último me lanza la misma

mirada desagradable de hace unos instantes. La que decía: «Sé lo que eres y aquí no nos gusta».

Y entonces todo encaja y me siento aturdido. Lo que me huele a chamusquina en este sitio es… la gente. Todos son relativamente jóvenes: la persona más vieja que he visto debe de ser o Danny Rosewood o uno de los hombres que había junto a la alcantarilla, que aparentaba cincuenta y pocos años. No he visto a nadie ni con muletas ni en silla de ruedas. No había enfermos en el hospital. Nadine no nos ha enseñado el ala quirúrgica. Ni siquiera se me ha ocurrido preguntar qué pasa si alguien se pone enfermo. ¿Y si se da un caso de apendicitis? ¿Hay alguien que ayude al paciente?

¿O es que ni siquiera lo ayudarían? ¿Pensarían que no es más que un menoscabo para sus reservas de recursos?

Y luego está la forma en que me mira Harvey Rosewood, como diciéndome: «Tú aquí no pintas nada».

Y tiene razón.

Rosewood se despide de nosotros y, antes de doblar la esquina, su hijo se vuelve para mirar hacia atrás una única vez. A continuación, Grover Denton nos lleva en coche al motel.

Me paso todo el trayecto con el estómago revuelto. Tengo que largarme de aquí lo antes posible. Pero ¿cómo convenzo a Jamie? Él no es como yo. Sé que es sensible e inteligente y que lo más seguro es que consiga persuadirlo, pero ¿cómo? Él no ve el mundo de la misma manera que yo. Su madre era comprensiva y cariñosa. No ha tenido que mentir a sus amigos durante años. No se ha pasado la vida debiendo anticiparse en todo momento e intentando no decir nada que pudiera revelar ese oscuro secreto que no se le permite tener a nadie. Él no ve ni la mirada que me ha lanzado Harvey Rosewood ni lo que significa.

Para él, esto es la civilización. Es lo que estábamos buscando. Para Jamie, este es su nuevo hogar. No va a abandonarlo jamás.

Me sigue hasta el interior de mi habitación y cierro la puerta. No sé cómo decírselo. ¿Cómo se lo hago entender?

Pero él habla primero:

—Tenemos que largarnos de aquí echando hostias.

22
Jamison

Andrew se me queda mirando con cara de no entender nada. Esto era lo que me preocupaba, que estuviera tan emocionado con la idea de vivir en un asentamiento que quisiera que nos quedáramos… Pero no puede ser.

—Perdona —digo—. Sé que todo esto es… puede que maravilloso, pero no para nosotros.

Niega despacio con la cabeza.

—Joder… ¿puedo darte un beso?

Me arde la cara y el estómago me da un brinco.

—¿Qué…?

—Lo digo en broma, aunque no del todo. Odio este sitio.

—Es raro de cojones, ¿no?

—¡Rarísimo!

—He ido contándolas cuando íbamos en el coche: en total, hay solo unas treinta personas de más de cincuenta años.

La expresión de su cara cambia, como si acabara de recordar algo.

—¡Sí! ¿Era eso lo que ibas contando?

—También he contado el número de mujeres. Algo más de cien, pero ninguna de ellas aparentaba menos de cuarenta años.

Los cuatro médicos del hospital eran hombres. La única enfermera con la que nos cruzamos es una de las pocas personas de más de cincuenta años que he contado.

—La Mujer Marine no puede tener más de cuarenta —señala—. Y Cara, la de la planta baja, tiene veinte como máximo.

—Vale, ya tenemos dos. Y anoche aún no me había dado por contarlas, pero en el claro había bastantes mujeres. Y niños. Pero hoy no los he visto por ninguna parte.

Andrew hace un mohín.

—Entonces, ¿a qué se dedican todas las mujeres de entre dieciséis y treinta y nueve años? ¿A jugar a las guarderías?

—Yo había pensado en algo más relacionado con los roles tradicionales de género. Además… —me preocupa que no me crea, que piense que estoy loco o sacando conclusiones precipitadas, pero hasta ahora ha estado de acuerdo conmigo—, no he visto a una sola persona negra.

Casi la mitad de la población de Filadelfia era negra —en mi instituto, más de la mitad—, así que llegar a un pueblo nuevo y que todas y cada una de las personas que ves sean blancas llama mucho la atención.

Fue algo en lo que también me fijé cuando mi madre compró la cabaña y visitamos por primera vez el pueblecito de al lado. Un verano, invitamos a mi amigo Wes a pasar una semana allí con nosotros y bromeó diciendo que tendría que esconderse en el maletero cuando fuéramos al pueblo. Y, en efecto, en cuanto pisamos el supermercado, alguien llamó a la policía. En mi vida había visto a mi madre tan cabreada.

Andrew sigue hablando en voz baja, pero asiente con ímpetu.

—Son todos blanquísimos. ¡Me ha sorprendido hasta a mí, que soy de Connecticut!

Su comentario me hace reír, pero es una risa nerviosa.

—Vale, el caso es que tenemos que largarnos de aquí.

—Sí. Ahora mismo.

—No. —Levanto una mano—. Tenemos que esperar hasta la noche. Creo que el peaje es la única medida de seguridad que tienen, así que salimos por el bosque y nos alejamos todo lo posible.

—¿Crees que nos impedirían marcharnos? —pregunta.

Sí. Lo que más me ha chocado es el cuestionario. Insisten muchísimo en que lo entreguemos y, durante la visita guiada, ni Nadine ni el *sheriff* Denton han mencionado en ningún momento la posibilidad de salir de este sitio. Cruzo la habitación y cojo el portapapeles de Andrew.

Paso a la segunda página y me encuentro más preguntas sobre la supergripe.

«De todos los miembros de su familia que se han marchado, ¿cuál fue el de menor edad?»

«Que se han marchado», como si se hubieran ido a algún sitio en lugar de haber sido víctimas de un virus mortal.

«De todos los miembros de su familia que se han marchado, ¿cuál fue el de mayor edad?».

Al lado de ambas frases, hay un asterisco que dice que incluyas a la familia extensa en esta cifra. Después, las preguntas dan un giro. Seguro que por eso están en la segunda página.

El cuestionario te interroga acerca de tus creencias religiosas, discapacidades físicas, discapacidades mentales y orientación sexual. Debajo de todo eso, hay un apartado que solo debe contestarse «si usted es mujer».

«¿Puede quedarse embarazada en estos momentos?».

«¿Tuvo hijos antes de la enfermedad? En caso afirmativo, ¿cuántos?».

«¿Ha tomado la píldora anticonceptiva alguna vez?».

«¿Ha abortado alguna vez?».

—Me cago en todo. Andrew.

Se coloca detrás de mí y lee las preguntas por encima de mi hombro.

—Orientación sexual.

No parece sorprendido.

La página siguiente es un historial médico completo y hay otro asterisco que nos recuerda que debemos incluir a la familia extensa. Hay más páginas, pero son más cordiales y preguntan por aficiones y habilidades. Deben de ser un intento de que el conjunto parezca algo distinto a lo que es: un registro.

—¿Qué pasa si no les gustan nuestras respuestas? —pregunta Andrew.

—Será mejor que no lo averigüemos.

Dejo el portapapeles y Andrew me agarra del brazo. Sigo su mirada hacia la ventana que da al balcón.

—¿Qué? —le pregunto.

—Las persianas están levantadas. Las dejé bajadas cuando me fui.

Pero la cama no está hecha, así que Cara no debe de haber entrado. O, si lo ha hecho, no ha sido para arreglar la habitación. Además, dudo que el motel de carretera de Fort Caroline disponga de servicio de limpieza.

—Oh, no.

Andrew entra en el baño. Después sale y mira en el armario y debajo de la cama. Abre el cajón de la mesilla de noche, sobre la que descansa nuestro

atlas de carreteras, y saca la pistola que le di. Le falta la funda.

—¿Qué pasa?

—Se han llevado nuestras mochilas, Jamie.

Tira de la corredera y examina el cañón como le enseñé a hacer; luego deja caer el peine y me muestra que está vacío.

Busco su mochila con la mirada. Tiene que estar aquí, ¿por qué iban a llevarse nuestras cosas mientras no estábamos? No tienen motivo para hacer algo así.

En realidad, sí lo tienen. Querían la comida y los suministros. La munición.

Podemos quedarnos las armas, claro, pero la munición la controlan ellos. Controlan todo lo que sucede en Fort Caroline.

Abro la puerta y entro en mi habitación, aunque ya sé que no encontraré la mochila. El rifle sí está, también vacío.

Andrew se detiene en el umbral.

—Nos han dejado las armas y la ropa, pero se han llevado la comida y la munición.

«Y el libro de mi madre».

Andrew me sigue escaleras abajo hasta la oficina. La puerta está abierta y vemos a Cara, la chica delgada y rara de anoche, escribiendo en una especie de cuaderno.

—¡Eh!

Da un respingo y se pone de pie con tal brusquedad que tira una lata de café llena de bolígrafos y rotuladores. Todos los demás están ahí fuera trabajando, pero ella está aquí haciendo garabatos. Quiero saber qué la hace especial, pero ahora mismo no me apetece preguntárselo.

—Nuestras mochilas no están. ¿Dónde las habéis metido?

Se encoge sobre sí misma y retrocede hasta la pared que tiene detrás. No me contesta; su mirada está clavada en uno de los rotuladores, que rueda lentamente hacia el borde del escritorio.

—¿Dónde están nuestras mochilas? —pregunto otra vez.

Sigue sin responderme.

—Jamie.

La voz de Andrew contiene una advertencia tranquila, está pidiéndome que me calme. Que se lleven toda la comida que quieran, pero que me devuelvan mis libros. El que más me preocupa es el cuaderno de mi madre, pero también tenía el libro que me dejó Andrew. Quiero recuperarlos y, luego, nos largaremos cagando leches de aquí.

—¿Adónde se han llevado nuestras mierdas?

La sangre me retumba en los oídos y se me tensan los músculos de la garganta.

—Jamie, para. —Andrew se planta delante de mí y me pone una mano en el pecho. Su gesto ejerce un efecto casi instantáneo y consigue que me baje la tensión—. ¿Por qué no…?

Me hace un gesto de «corta» con la mano y se vuelve hacia Cara.

Empieza a rodear el escritorio, pero se detiene.

—¿Te molesta que me acerque? Es para ayudarte a recoger.

Señala los bolígrafos y los rotuladores fluorescentes que han caído al suelo. Cara no le contesta y se agacha para recogerlos.

Andrew desaparece detrás del escritorio y lo oigo hablar en voz baja, solo capto unas cuantas palabras aquí y allá. Comienzo a caminar despacio de un lado a otro del despacho para intentar infundirle calma a mi mente mientras formulo un plan. No sé dónde se habrán llevado nuestras cosas, pero las tendrán vigiladas. Y ya llamamos bastante la atención por ser los nuevos. Nos han dejado sin munición y nos han dicho que las racionan.

Andrew reaparece junto con Cara y vuelve a dejar la lata de café sobre el escritorio.

—¿Nos dices cómo se llega adonde las tengan?

La chica me mira como si fuera yo el gilipollas que le ha robado a ella sus cosas y coge un papel de la pila que hay encima del mostrador. Es un mapa de Fort Caroline un tanto tosco. Rodea un edificio con un rotulador rojo que saca de la lata de café.

—El almacén de suministros está aquí. —Vuelve a guardar el rotulador rojo, coge un lápiz y rodea el motel—. Aquí estamos nosotros, así que giráis a la izquierda en la avenida Cherokee, a la derecha en Glower Road, luego otra vez a la derecha en Morgan Lane, de nuevo a la izquierda en Magnolia Road y una vez más a la derecha en la calle Berks. Os quedará un poco más arriba, en la esquina de la calle Berks con la avenida Broad. También podéis atajar por el parque aquí, en Morgan. —Dibuja una estrella de grafito en la esquina de Morgan y Glower y luego nos ofrece tres rutas distintas—. Pero la primera es la más rápida. A menos que queráis cruzar el parque.

Esto explica por qué trabaja en el motel. Puede que sea tímida y le cueste relacionarse con la gente, pero conoce muy bien el pueblo. Quizá estuviera en este motel incluso antes de que llegara la gripe.

Andrew me lanza una mirada que me dice que tiene una idea.

—Espérame aquí.

Y se va.

Cojo el mapa con delicadeza y lo examino siguiendo las indicaciones de Cara. En la esquina inferior hay un cuadrado grande con una cruz encima.

—¿Este es el hospital?

Cara me mira.

—La farmacia. El hospital es lo del caduceo.

—El… —Ni siquiera sé qué significa esa palabra. Me lo señala enseguida. Ah, lo había visto otras veces: son dos serpientes enrolladas alrededor de una vara con alas—. No sabía que se llamaba así.

Se aparta de mí y ni siquiera responde ni levanta la vista cuando le hablo. Me siento mal por haberle gritado e intento mostrarme amable, pero el daño está hecho. No le caigo bien, pero no pasa nada. A fin de cuentas, vive aquí, así que ella tampoco debe de ser precisamente un cielo. Sin embargo, Cara tiene algo que no termina de encajarme con este lugar. Todos los demás parecen encantados de vivir en Fort Caroline… o al menos les emociona fingir que las cosas están volviendo a lo que ellos que consideraban normal. El comportamiento de esta chica, en cambio, es el de una sonámbula. Responde a las preguntas, pero solo proporciona la información necesaria, nada más.

Andrew aún no ha vuelto y el silencio empieza a hacerse incómodo.

—¿Este es el departamento del *sheriff*?

Señalo un edificio con una estrella de seis puntas. A juzgar por el cuestionario, no creo que hayan destacado la sinagoga de Fort Caroline, si es que existe.

—Sí.

Ahí se habrán llevado nuestra munición. Esperan a que vayamos a registrar las armas antes de asignarnos las raciones de munición. El reloj de pilas de la pared marca casi la una. El sol se pone dentro de poco más de ocho horas. Nos quedan ocho horas para recuperar nuestras municiones y nuestra comida sin levantar sospechas.

Andrew entra en la oficina con el atlas de carreteras en la mano. Cara lo mira con curiosidad mientras se lo pone delante. Hasta parece relajarse un poco ante la presencia de Andrew. La noto menos recelosa ahora que él ha vuelto.

—Queremos llegar hasta aquí.

Clava un dedo en el mapa. Lo ha abierto por la página de la mitad sur de Florida y está señalando los Cayos.

—Andrew.

Le está diciendo justo adónde nos dirigimos cuando el objetivo era escapar con rapidez y discreción.

Levanta una mano para hacerme callar.

—¿Podrías trazarnos una ruta desde Fort Caroline hasta los Cayos?

Cara me mira, luego mira a Andrew y finalmente se concentra de nuevo en el atlas de carreteras. Estudia el mapa y estira el brazo hacia él, pero no lo toca. Deja la mano suspendida en el aire y pregunta:

—¿Puedo quedármelo un rato? Podré daros una respuesta dentro de unas horas. Solo tengo que saber la escala, medir las distancias y encontrar la ruta más rápida.

Andrew me mira y niego con la cabeza. Hago todo lo posible por comunicarle con la mirada que no me gusta la idea, pero él le contesta que sí.

Cara se abalanza sobre el mapa de inmediato y empieza a examinarlo. Después, coge una regla del escritorio. Andrew sale del despacho pisándome los talones.

—¿Por qué le has dicho adónde vamos?

—Porque la necesitamos. No sé si crees que esta gente va a dejar que les robemos comida, pero yo estoy convencido de que no. Vendrán por nosotros, Jamie, y, si han apartado todos los vehículos de la carretera que sube hacia el norte hasta llegar a Virginia, ¿quién sabe hasta dónde habrán despejado la que baja hacia el sur? Eso significa que nos perseguirán en coche. No podemos pararnos a consultar el mapa cada pocas salidas si pretendemos dejarlos atrás. Y de noche será aún más difícil.

Suspiro. Es posible que tenga razón. Tenemos que llegar lo más lejos que podamos lo más rápido que podamos.

—¿Y si les dice hacia dónde nos dirigimos?

Andrew se vuelve para mirarla. Está encorvada sobre el mapa, escribiendo muy deprisa en un trozo de papel.

—No creo que se lo cuente a nadie.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No lo estoy. Pero me recuerda… —Se interrumpe y esboza un gesto de negación—. Solo es que me fío más de ella que de cualquiera de las demás personas que viven aquí. Es distinta a ellos. Por eso la han dejado aquí sola. Todos los demás trabajan por turnos, pero Cara es la única que atiende esta oficina.

Y, como no podía ser de otra manera, eso hace que me sienta aún peor por haberme portado como un imbécil con ella. La tienen en este motel para que ayude a los recién llegados a orientarse y seguro que también le piden que les

trace las rutas cuando salen de expedición. Ahora quiero saber qué pasará con ella cuando ya no les resulte útil. Pero ese problema es de Fort Caroline. A mí lo único que me preocupa es qué vamos a encontrarnos una vez que lleguemos a nuestro destino. Y qué haremos después.

Si la hija de Henri está muerta, entonces habremos cabreado en vano al mayor grupo de gente con el que nos hemos topado hasta ahora. Y no volvimos a la cabaña porque queríamos encontrar a más personas, pero a lo mejor ahora todo el mundo es tan extremista como los habitantes de Fort Caroline. Aunque la hija de Henri esté viva, podría haberse unido a un asentamiento similar.

—Venga —dice Andrew—. Hay que averiguar cómo recuperar nuestras cosas.

—Espera. —Vuelvo a entrar en el despacho—. ¿Cara? Perdona que te interrumpa. —Se encoge de hombros, pero no nos mira—. Había pensado en encargarte otro proyecto para cuando termines ese. Pero solo si crees que podrías terminarlo antes de las ocho de la tarde.

—¿Qué proyecto?

Sigue sin levantar la vista.

—¿Me permites? —Señalo el atlas y, durante un instante, parece que no va a soltarlo; sin embargo, al final se aparta del escritorio. Andrew se une a nosotros y me mira con suspicacia. Retrocedo unas cuantas páginas y le enseño a Cara la que contiene la parte inferior oriental de Pensilvania—. ¿Puedes trazar una ruta hasta aquí?

Acerco un dedo al noroeste de Filadelfia.

—¿Hasta qué ciudad?

—Da igual. Me refiero a la zona en general.

Observa la página del atlas con el ceño fruncido y no dice nada.

—¿A cualquier ciudad?

Continúa mirando el mapa mientras mueve los ojos de un lado a otro a toda velocidad como si intentara seguir la trayectoria de una mosca molesta.

—Hum. —Andrew se adelanta y señala un nombre al azar—. Esta de aquí.

Cara posa la mirada en ese punto y asiente.

—¿Desde aquí o desde los Cayos?

—Desde los Cayos, por favor —respondo.

Ella asiente.

—Muchas gracias. —Andrew esboza una sonrisa torcida cuando lo miro—. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. —Cuando se vuelve hacia Cara, la sonrisa desaparece—. Oye, Cara, cuando traces esa segunda ruta desde los Cayos, ¿puedes… hacer todo lo posible por evitar este sitio?

La joven deja de escribir. Al principio no dice nada, pero luego levanta la vista y nos mira a los ojos, primero a Andrew y luego a mí. Hay algo extraño en su expresión, pero no la conozco tanto como para adivinar de qué se trata. A lo mejor es recelo o a lo mejor es enfado. Sea lo que sea, no me resulta precisamente reconfortante. Vuelve a agachar la cabeza.

—Sí.

—Gracias, Cara.

—De nada.

23
Andrew

No tendríamos que habernos separado. A ver, a Jamie lo perdono porque no tiene ni idea de cultura popular y por lo tanto no sabe que, si los protagonistas de las películas de miedo se separan, siempre terminan muertos. Pero lo mío no tiene perdón. Cuando terminamos de diseñar el plan, son casi las tres y nos quedan apenas cinco horas para conseguir todo lo que necesitamos.

Salvo que surja algún percance.

Jamie va camino del departamento del *sheriff* a registrar las armas para que, con un poco de suerte, le devuelvan parte de nuestras municiones. Ya le he preguntado que qué pasa si no se las dan, y me ha contestado que entonces tendremos que entrar en todas las tiendas de deporte que encontremos por el camino hasta que demos con las balas que necesitamos.

Que Dios bendiga a América.

Yo voy camino del almacén de suministros siguiendo las indicaciones de Cara.

Que Dios bendiga a Cara.

El almacén de suministros es en realidad una especie de centro comercial al aire libre en el que solo había franquicias de restaurantes. El aparcamiento

que tiene delante es inmenso y está vacío. Desde detrás del edificio me llega un zumbido estruendoso, como el de un generador.

Han quitado los carteles de la fachada, pero la arquitectura es inconfundible. Te veo, Olive Garden. Te veo, Cheesecake Factory. Te veo… ¿Red Lobster quizá? ¿O es un Bob Evans?

Me lo han puesto fácil: han sellado con tablas el Olive Garden y el «Bob Lobster» que flanquean el Cheesecake Factory y este tiene las puertas abiertas. Entro esperando encontrarme en el atril de la entrada a una persona con un menú de cien páginas en el que figuren todas las exquisiteces que puede ofrecernos Fort Caroline. Ah, y la cantidad de cupones de racionamiento que costaría cada una de ellas. Pero, por dentro, no se parece en nada a lo que recuerdo de las Cheesecake Factory.

Han tirado abajo todo el interior del restaurante y lo han pintado de blanco. Han conservado el suelo de baldosas, pero han arrancado los reservados. Tienen electricidad. Han sustituido la iluminación tenue pensada para ocultar todas las calorías que te estás zampando por unas bombillas de tamaño industrial que emiten una luz tan blanca que ciega. Han eliminado hasta los antiguos pilares egipcio/victorianos. Han derrumbado las paredes de ambos lados del local para ganar acceso al Olive Garden y al «Red Evans», que ahora es aún menos diferenciable.

En lugar de un atril, en la entrada hay un mostrador larguísimo, parecido al de un banco, que ocupa todo el ancho del restaurante y me impide seguir adelante. Un montón de estanterías de metal rebosantes de todo tipo de productos, desde champú hasta latas de estofado de carne de la marca Dinty Moore, forman pasillos a lo largo de este local y de los contiguos. Hay unas diez o doce personas paseando por los pasillos, reponiendo las estanterías con los productos que llevan en carritos de la compra.

Me acerco al mostrador. La mujer que está más cerca interrumpe su tarea y se encamina hacia mí con una sonrisa cortés.

—¿Qué puedo hacer por ti?

Tiene unos treinta años, es blanca y lleva una placa que dice que se llama Jennette.

—Hola, Jennette, soy Andrew. Mi amigo Jamison y yo somos nuevos en el pueblo y, mientras nos hacían una visita guiada, alguien nos birló las mochilas del motel. —Asiente; no parece sorprenderse—. Me preguntaba si aquí podríais darnos algo de comida y otras provisiones para sustituir lo que nos han quitado.

—Entiendo. Un momento.

Levanta un dedo y se encamina hacia el extremo derecho del escritorio. Se agacha y, de debajo de él, saca una cajita de plástico llena de carpetas de cartulina. Empieza a pasarlas una a una, rápidamente, mientras estudia las pestañas que tienen en la parte superior.

—¿Has dicho que te llamas Andrew?

—Sí. Llegamos justo ayer.

Deja de buscar. Se le escapa un suspiro y cierra los ojos con fuerza.

—Y, claro, ayer fue fiesta y vamos retrasados.

—¿Los días de fiesta no trabajáis?

—Cambiamos los turnos y se lanzan fuegos artificiales los días tres, cuatro y cinco. Pero todo el mundo está tan absorto en las celebraciones que el trabajo se acumula un poco. Creo que todavía no estás procesado.

—¿Procesado?

Otra vez el dichoso cuestionario.

—Sí. —Jennette devuelve la caja a su sitio y se acerca a mí de nuevo—. No deberían haberse llevado tus cosas de tu habitación. Por lo general, lo clasifican todo a la entrada del pueblo y luego te dan un recibo en el que se detallan todas tus pertenencias. Luego lo traes aquí, comprobamos nuestros registros… —hace un gesto en dirección a la caja— y te damos unas cartillas de racionamiento para que puedas recuperarlas. Pero tus cosas aún no están procesadas.

—¡Caray! —Intento hacerme el tonto y el simpático. Me echo hacia delante y me apoyo en el mostrador—. ¿Y sabes cuándo nos procesarán? Porque… no quiero parecer maleducado, pero teníamos hambre antes de encontraros y ahora no tenemos comida.

—Ya… —Se muerde los labios. La veo intentar dar con una manera de compaginar su cortesía sureña previrus con el autoritarismo de Fort Caroline—. Voy a ver si encuentro vuestras mochilas. En principio tendrían que haberlas traído aquí. ¿Cómo son?

Se las describo y se va. Dedico ese tiempo a leer el cartel escrito a mano que han colgado de la pared y en el que se detallan las normas. Las cartillas de racionamiento se entregan los domingos, después de la iglesia. ¿Qué pasa con la gente que no va a la iglesia? Ah, claro, el cuestionario los criba.

Las cartillas de racionamiento son de colores. Rojo, verde y azul. Los domingos, la roja puede utilizarse en el Almacén de Suministros del Cheesecake Factory entre la una y las tres de la tarde, la verde entre las tres y las cinco y la azul entre las cinco y las siete. El resto de los días, las cartillas

pueden emplearse en la tienda de comestibles o en la farmacia a cualquier hora.

Casi se me escapa la risa al imaginarme a Danny Rosewood y a los demás concejales sentados alrededor de una mesa creando la mayor cantidad posible de normas. Cada vez que a alguien se le ocurría una nueva, ganaban una cartilla de racionamiento roja.

—¿Andrew?

Jennette ha vuelto y va cargada con nuestras mochilas.

—¡Perfecto! ¿Y ahora qué hacemos?

—Esto podéis quedároslo. —Me entrega las esterillas de yoga y los sacos de dormir—. Aunque no creo que volváis a necesitarlos.

Me dedica una sonrisa radiante y yo me río entre dientes. Ay, Jennette, si tú supieras…

Abre la cremallera de la mochila de Jamie y empieza a sacar nuestras cosas. El cuaderno de su madre, el viejo ejemplar de *Fin de viaje* que me regaló mi tía Sara, nuestra comida, el botiquín de primeros auxilios y las botellas de agua. Ni rastro de las municiones. Eso ya se lo han llevado.

Jennette saca un portapapeles y empieza a anotarlo todo: examina cada objeto antes de apuntarlo y después lo deja a un lado.

Cuando termina, me dice:

—Muy bien, toda esta comida equivale a ocho cartillas. El botiquín podéis quedároslo o donarlo a la farmacia. ¿Queréis los libros? No creo que la biblioteca necesite más.

No. Ya los hemos visto vaciarla.

—Es más bien por el valor sentimental. Y el botiquín también me lo quedo.

—Muy bien, ¡pues ya está!

Retira las mochilas, pero alargo la mano.

—Una cosa, ¿puedo llevármelas?

Me mira con los ojos entornados.

—¿Para qué? Tenemos bolsas de la compra.

Le parecía bien que me llevara las esterillas de yoga y los sacos de dormir, pero desconfía de las mochilas. ¿En serio?

—Es que me parece que es más fácil llevar las cosas de un lado a otro con una de estas.

Se encoge de hombros y me permite quitárselas de las manos para cargarlas con todo lo que Fort Caroline no quiere.

—¿Quieres cambiar los cupones por la comida que traíais o por otra cosa?

¿Por otra cosa? Miro las latas de comida. No son nada especial, pero… quizá pudieran serlo. No. No nos conviene volvernos codiciosos. Aunque… Estiro la mano y le doy la vuelta a la lata de champiñones para que quede mirando hacia Jennette.

—¿Hay alguna posibilidad de que podamos cambiar esto?

De nada, Jamie.

Vuelvo a llenar las mochilas y me dirijo hacia nuestro punto de encuentro acordado… ¿«Punto de encuentro acordado»? Llevo demasiado tiempo en Fort Caroline. Es el parque que hay en la esquina de Morgan y Glower, que, según Cara, sirve para atajar desde el departamento del *sheriff*. Estoy a punto de girar hacia Glower cuando alguien me llama.

—¡Eh!

Me vuelvo y, cuando veo a Harvey Rosewood avanzando a toda prisa hacia mí, me da un vuelco el corazón. Por algún motivo, lleva la mano a la altura de la cadera, en la funda de la pistola.

Se me revuelve el estómago y pienso en Jamie de forma automática. Ha pasado algo. Algo ha ido mal en el departamento del *sheriff* y lo han metido entre rejas. Así que Harvey ha venido a buscarme.

Al llegar hasta mí, sonríe y las encías le sobresalen como las de un gran tiburón blanco. No es algo que contribuya precisamente a rebajar mi nivel de ansiedad.

—Andrew, ¿verdad? ¿Qué te está pareciendo Fort Caroline?

Su acento no es tan marcado como el de su padre. ¿Será que su madre es del norte?

Cuando hablo, lo hago con una voz un poco más grave y lenta. Intento hacerme el macho, por decirlo de alguna manera.

—Bien, me está pareciendo bien.

—Me alegro. ¿De dónde sois?

—Soy de Connecticut.

—De Connecticut. No he estado nunca.

—Pues, si yo fuera tú, no iría ahora.

Suelto una risotada falsa y su sonrisa de tiburón se vuelve más amplia.

—¿Y tu… amigo? ¿Jamison?

Trago saliva con dificultad. No me gusta cómo pronuncia la palabra «amigo». Como si la dijera con segunda intención.

—Es de Filadelfia.

Harvey Rosewood asiente, todavía con la puñetera sonrisa en los labios.

—Veo que te has pasado por el almacén de suministros. ¿Tienes ya organizadas las raciones?

—Sí. Y Jamie ya debe de haber registrado nuestras armas. Creo que está donde el *sheriff*. —Harvey ni lo confirma ni lo desmiente—. Bueno, tengo que irme ya. Ese cuestionario de tu padre es bastante extenso.

Me doy la vuelta, pero hace ademán de seguirme, así que me detengo. Quiero poner punto final a esta conversación. Es como si estuviera intentando tenderme algún tipo de trampa. Como si continuara haciéndome preguntas inocuas con la intención de acorralarme y descubrir lo que sea que piensa que estamos haciendo. Sé que Jamie no ha dicho nada, pero… oh, mierda.

Cara. A lo mejor me he equivocado con ella. A lo mejor se lo ha contado todo a Danny Rose. Puede que hasta se llame Cara Rosewood. Aunque no tiene el mismo acento que ellos.

—¿Te va bien la comida que llevas ahí? —pregunta. Sabe que nos la hemos llevado. No digo nada—. No tienes ninguna necesidad dietética especial, ¿verdad?

¿Necesidades dietéticas?

—No. Estoy bien.

—¿Seguro? ¿No hay alguna cosa en concreto de la que querrías… tener más? O menos. O no tenerla en absoluto.

Pongo los ojos en blanco.

—La ausencia de caviar me resulta sencillamente espantosa. ¿Es eso lo que pretendes, tío? ¿Burlarte de los chulitos del norte? Porque, después del apocalipsis, no demuestra mucho tacto.

Mis palabras le borran la sonrisa de la cara.

—¿Y tu «amigo»?

Ahí está otra vez la segunda intención. No se está metiendo con los norteños. Y no está hablando de comida. La mirada que nos lanzó hace unas horas. Lo sabe. O, al menos, lo sospecha. Y no creo que referirme a su «falta de tacto» haya sido de gran ayuda.

Me doy cuenta de que me empiezan a temblar las rodillas. Una gota de sudor me resbala por la columna vertebral y tengo la boca seca. Echo un vistazo a mi alrededor. No hay nadie más. Harvey Rosewood y yo estamos solos en la calle. Y él va armado.

Intento hablar despacio y con firmeza.

—A Jamie no le gustan los champiñones. A mí me encantan, pero a Jamie no le gustan. Esa es la única restricción dietética que tenemos. ¿Te parece

bien?

Me mira a los ojos durante diez largos y silenciosos segundos sin apartar la mano de la pistola en ningún momento. Al final, recupera su sonrisa de tiburón y me da una palmada en el hombro. Me grita:

—Ya nos veremos por aquí, Connecticut.

No si yo te veo antes, Harvey Rosewood.

Cuando llego al parque, Jamie me está esperando. Ni siquiera me había apartado tres pasos de Harvey Rosewood cuando cobré conciencia del miedo que había pasado. Llevo más o menos una manzana intentando respirar hondo y no llorar. Ver la cara de Jamie me hace sentir seguro de nuevo, pero ya no aguanto más.

Rompo a llorar y echo a correr hacia él. La sonrisa se le esfuma de la cara y deja caer el rifle al suelo para abrazarme.

—¿Qué pasa?

—Nada.

Pero sigo sollozando. No puedo evitarlo. Entonces me acuerdo. Me separo de Jamie y escudriño los alrededores para asegurarme de que no nos ha visto nadie. El parque está vacío y cubierto de maleza. Las aceras están agrietadas y las malas hierbas que han crecido en las fisuras me llegan hasta la altura de las rodillas. Fort Caroline todavía no dispone de servicio de parques y jardines.

—Andrew, ¿qué pasa?

—Estaba preocupado por ti. ¿Has recuperado las balas?

Frunce el ceño y me entrega la pistola que llevaba metida en la cinturilla de los pantalones cortos. La funda sigue desaparecida.

—Las de la pistola sí. Pero se han negado a registrar el rifle si no vas tú. Por lo visto, solo podemos tener un arma cada uno. Y únicamente ciertas personas están autorizadas a llevarlas encima, así que no me han devuelto la funda.

—Bueno, menos es nada, ya encontraremos algo por el camino. Yo solo quiero largarme de aquí cuanto antes.

—No podemos marcharnos aún.

Lo sé. Estamos en pleno día. Tendremos que esperar a que anochezca.

—Me he enterado de una cosa —digo—: esta noche hay más fuegos artificiales.

—¿Les han sobrado para hacer un segundo espectáculo?

—Es el tercero, de hecho. Creo que celebran uno para cada turno. Así que a quienes les toque hacer guardia esta noche estarán doblando turno.

Jamie sonríe y ya me siento mejor.

—O sea que un tercio estarán en los fuegos artificiales y los que se queden aquí estarán distraídos.

—Y nadie se enterará de que nos hemos marchado hasta mañana por la mañana.

—Vamos a preparar la mochila.

24
Jamison

Cuando vamos a recoger el mapa, Cara no solo no nos ha delatado, sino que además nos ha trazado una ruta que sale del pueblo sin que tengamos que pisar una sola de sus calles. Empieza en el bosque que hay justo enfrente del motel. Nos advierte que nos mantengamos alejados de la zona más cercana a la carretera, puesto que ahí es donde van a reunirse para ver los fuegos artificiales.

También nos dice cuándo van a salir los autobuses para que sepamos cuál es el mejor momento para marcharnos.

El sol está a punto de ponerse y las nubes están teñidas de rosas y morados llamativos; Fort Caroline, sin embargo, está oscuro. Nos adentramos en el bosque con el oído aguzado y avanzando despacio. Ya lo habíamos acordado en el motel: caminaremos lentamente hasta llegar al sendero que Cara nos ha señalado. No decimos ni una sola palabra mientras andamos, atentos a todos y cada uno de los sonidos que nos rodean. El estruendo de las cigarras ahoga nuestros pasos.

Llegamos al sendero y giramos a la derecha, tal como nos ha indicado Cara.

Me siento mal por haberla dejado atrás. Como mínimo, deberíamos habernos despedido de ella. O quizá haberle ofrecido acompañarnos, aunque solo fuera por no dejar un cabo suelto. Porque en eso es en lo que se ha convertido Cara, en un cabo suelto que sabe con exactitud adónde vamos.

La voz de Henri me recuerda que debo confiar en la gente y dejo de darle vueltas a la cabeza.

No tenemos que detenernos porque ambos hemos memorizado la ruta. Dedicamos las dos últimas horas que pasamos en Fort Caroline a repasarla hasta ser capaces de recitarla. Cuantas menos paradas tengamos que hacer, mejor.

Caminamos toda la noche y toda la mañana. Nos duelen las piernas y tenemos la camisa empapada de sudor. El sol se alza en el cielo y calienta con fuerza: debe de haber casi cuarenta grados —aparte de muchísima humedad—, pero los dos seguimos adelante. No paramos a comer y racionamos el agua por mucha sed que sintamos.

Cuando se pone el sol, por fin nos detenemos a descansar. Estamos en algún punto de Georgia. Hace poco que he visto indicadores hacia Ludowici, South Newport y Darien. Le echo un vistazo al atlas de carreteras mientras Andrew busca leña para encender una hoguera. No la tendremos encendida mucho tiempo, lo justo para hervir el agua del arroyo cercano; luego, la apagaremos para el resto de la noche. No nos conviene llamar la atención en la oscuridad.

Cara nos ha marcado la ruta sugerida en rosa, con desvíos azules por si hay partes de la carretera bloqueadas o por si tenemos que apartarnos de la autopista. También ha destacado las zonas a las que Fort Caroline ya ha enviado equipos de exploradores en busca de comida y suministros. Acabamos de dejar atrás la última. Hemos recorrido casi sesenta y cinco kilómetros en las veinticuatro horas transcurridas desde nuestra partida.

Mis pies lo saben muy bien. Me quito los zapatos, las ampollas de los lados me arden. Andrew deja en el suelo los palos que ha encontrado y hace lo mismo mientras yo enciendo la hoguera.

—Creo que estamos a salvo —digo al mismo tiempo que señalo el atlas de carreteras con un gesto de la cabeza—. Ya hemos salido de su zona.

—Gracias a Dios. —Esboza una mueca de dolor mientras se frota un pie—. Creo que, si tuviéramos que seguir avanzando a ese ritmo, se me caerían los dedos de los pies.

Me fijo en que la suela de su zapato derecho, el de la pierna lesionada, está más desgastada que la del izquierdo.

—Nos iría bien encontrar otro coche que funcione.

Hasta ahora, todas las carreteras que hemos seguido estaban despejadas, pero eso es porque los equipos de exploradores de Fort Caroline las han limpiado aprovechando sus salidas.

—Mi vida por un aire acondicionado —dice Andrew, que se quita la camisa empapada de sudor.

Me quedo mirándolo a la tenue luz del fuego. Mis ojos se resisten a apartarse de él y el estómago vuelve a darme ese saltito que tanto le gusta últimamente.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Me obligo a salir de mi estupor.

—Perdona. Nada. Solo es que estoy cansado.

—Échate a dormir —me dice—. Yo me encargo de terminar esto y de hacer la primera guardia.

—No es para tanto, puedo agu…

—Jamie. Duérmete. No pasa nada.

Me dedica una sonrisa torcida; asiento y me tumbo. Está a solo un fuego pequeño de distancia, pero sigue pareciéndome muy lejos. La opresión que siento en el pecho ya no es tan intensa como en Fort Caroline, pero me gustaría que Andrew estuviese más cerca. Por suerte, estoy demasiado cansado como para preocuparme por eso. Lo último que veo antes de sumirme en un sueño intermitente es la cara de Andrew.

Y, una vez más, el estómago me da un brinco.

Bajamos el ritmo para intentar no agotarnos por completo. Antes de Fort Caroline, recorríamos una media de entre veinticinco y treinta kilómetros al día, pero ahora hacemos un máximo de quince. Viajamos durante el día y casi sin hablar, como si intentáramos ahorrar energía. Hasta Andrew se rinde al silencio, y eso me da la oportunidad de reflexionar sobre toda la situación.

No sé qué son estos sentimientos. ¿Es posible ser bisexual y no saberlo? Me lo pregunto a todas horas, pero es una tontería, porque la respuesta es: «Pues claro, tío, que pareces idiota». Y entonces busco entre mis recuerdos anteriores, muy anteriores, e intento descubrir si en algún otro momento he sabido que esta es la persona que podría ser. Pero no me acuerdo de nada parecido antes de Andrew.

Antes de él, estuve a punto de rendirme muchísimas veces. Me asustaba salir de la cabaña, me horrorizaba la perspectiva de permanecer allí solo con

todos los recuerdos que me abrumaban.

Y entonces llegó Andrew.

Ojalá mi madre estuviera viva todavía. Aunque parezca raro, este es un tema del que podría hablar con ella. Sé que me aceptaría con independencia de quién resulte ser, y que me ayudaría a hablarlo para que yo mismo consiga entenderlo. Se limitaría a escucharme.

Ahora no tengo a nadie que me escuche y no quiero decírselo a Andrew. Sería capaz de contarle cualquier cosa menos esto. Sería jugar con él. Aunque he sido demasiado optimista: sería jugar con él si Andrew sintiera lo mismo por mí, cosa que no sé si ocurre porque no lo hemos hablado. No voy a dar por hecho que, como yo soy un chico y a él le atraen los chicos, eso significa que tiene que sentirse atraído por mí. Está claro que las cosas no funcionan así, porque yo me siento atraído por Andrew y hasta ahora nunca había sentido atracción por otros chicos.

Joder, menuda mierda. No sé cómo fue capaz de sobrevivir Andrew a este constante tira y afloja cuando era niño.

—¿Y por qué hace este puto calor?

Tardo demasiado en darme cuenta de que eso lo he dicho en voz alta.

—¿Estabas…? ¿Estabas manteniendo una conversación en tu cabeza y has dicho la última frase en voz alta?

Andrew está a punto de echarse a reír.

Suspiro.

—Sí. Eso es.

Puede que mi cerebro esté sufriendo un colapso. Me entran ganas de vaciarme la botella de agua sobre la cabeza, pero el alivio sería breve. Y después tendríamos que hervir más agua en otra hoguera… que desprendería mucho calor. Pasamos junto a un cartel cubierto de enredaderas que nos da la bienvenida a Darien, Georgia.

—¿Cuál era la otra parte de la conversación?

Podría decírselo. Este podría ser el momento de contarle cómo me siento y preguntarle qué significa, si estoy siendo un idiota o si solo quiero suplir ciertas carencias y todo es temporal.

He tenido tres novias en mi vida: Jessica Webley, Lori Hauck y Heather Brooks. Jessica apenas cuenta porque fue durante el verano en el que los dos teníamos doce años y, cuando volvimos al colegio en otoño, nos ignoramos mutuamente.

Lori Hauck fue la primera chica a la que le dije «te quiero». Fue la primera chica con la que asistí a un baile en el primer curso del instituto y la

primera a la que invité a cenar fuera. Fue el Día de San Valentín, cuando teníamos quince años, y la llevé al restaurante mexicano que había en mi misma calle… porque no hay nada más romántico que los frijoles refritos y el queso fundido. Quizá por eso fuera también la primera chica en romper conmigo. En aquel momento no era consciente de que todas esas primeras veces también podrían ser las últimas.

Debido al apocalipsis. No a Andrew.

¿O quizá también a Andrew?

Con Lori empecé a soñar despierto sobre nuestro futuro. En ir juntos al baile de graduación, acabar juntos el instituto, ir a la misma universidad o ser la pareja que consigue que una relación a larga distancia funcione de verdad. Pero el caso es que entonces ella rompió conmigo, empezó a salir con Mike King y todos esos sueños se fueron al garete.

Y eso es justo por lo que todo esto me parece distinto. Mi relación con Heather era aún muy reciente cuando se la llevó la supergripe y Jessica y yo no éramos más que un par de críos que prácticamente jugaban a ser novios. Supe desde el principio que sería algo temporal.

Con Andrew no tengo ninguna sensación de temporalidad. Si alguien me pusiera una pistola en la cabeza y me dijera: «Imagina tu futuro sin él», creo que no sería capaz de hacerlo. Abro la boca con la esperanza de que me salgan las palabras, pero no logro decir nada.

—¡Mira! —Andrew señala hacia delante—. Dime que no es un espejismo.

Sigo la dirección de su dedo hacia el otro lado del asfalto; el borde parece húmedo y riela bajo el calor del sol. Abro la boca para decirle que sí, que es un espejismo, pero me contengo.

Junto a la carretera, la hierba se rompe y se convierte en una masa de agua que continúa hasta encontrarse con el horizonte.

—¿Es un río? —pregunto.

—Y grande de narices, además.

—¡Vamos!

Nuestros pasos se convierten en carrera y pienso que es posible que nos dé un golpe de calor, pero estamos tan cerca… El sudor me escuece en los ojos, me chorrea por la columna vertebral y las piernas. La mochila que llevo sobre los hombros me golpea la espalda con un ruido similar al de un chapoteo. Cuando llegamos a la carretera que pasa por encima del agua, saltamos el guardarraíl hacia la hierba alta.

Tiro el rifle descargado —todavía no hemos encontrado ninguna tienda de deportes que no esté ya saqueada—, me descuelgo la mochila y me quito

primero un zapato y luego el otro sin dejar de dar saltitos mientras tanto. Me despojo de toda la ropa que llevo pegada al cuerpo y, dejando tras de mí una estela de prendas sudadas, entro corriendo en el agua. Me estremezco. Dista mucho de estar helada, pero está mucho más fría que el aire caliente y denso que flota sobre ella. Sumerjo la cabeza, dejo que el agua me refresque y me siento rejuvenecido.

Andrew y yo nadamos un rato y luego nos acercamos a la orilla embarrada y nos sentamos con el agua hasta el pecho. Me doy cuenta de que es la primera vez que estamos desnudos por completo el uno delante del otro. Aparto la mirada y veo que él hace lo mismo. Es como si intentáramos respetarnos mutuamente, pero no sé por qué.

Sé por qué lo hago yo: porque me pone un poco nervioso. Pero pensar en el sexo siempre me ha puesto nervioso. A lo mejor a Andrew le preocupa que me sienta incómodo.

—¿Has visto *Cuenta conmigo*? —me pregunta de repente.

Es la fórmula inicial de nuestro juego, así me queda claro que, ahora mismo, Andrew no está pensando mucho en el sexo. He visto la película y sé adónde quiere llegar.

—No me fastidies este momento —protesto, y a continuación cierro los ojos y me recuesto de espaldas sobre el barro fresco.

—¿Te arrepientes ya de haber decidido seguir hacia el sur? —quiere saber Andrew.

—Todavía no. Pero sigue preguntándome y verás.

Se queda callado y ambos nos sumimos en el silencio. Y entonces lo oigo. Es rápido y débil, pero creo que no me equivoco. Levanto la cabeza del agua y miro a un lado y a otro. Andrew parece preocupado.

—¿Qué pasa?

—Chis, escucha.

Silencio; el aire está tan estancado que ni siquiera los árboles se mueven. Vuelvo a oírlo.

Es el trino de un pájaro.

Creía que la gripe los había aniquilado a todos, pero quizá sean como nosotros. Tal vez hubiera una pareja inmune.

—Imposible.

Andrew se pone de pie y no lo miro. Pero quiero hacerlo.

—¿Lo ves? —pregunto.

—No. Vamos a buscarlo.

Levanto una mano embarrada.

—Aquí pongo mi límite. Te seguí hasta Alexandria, me he apuntado a lo de Florida…

Me interrumpe:

—¡Lo de Florida fue idea tuya!

—… pero no pienso meterme en el bosque a buscar a un puñetero pájaro.

—¡Es el primer pájaro que vemos desde el virus! Esto podría querer decir que la gripe se ha extinguido. Si nosotros somos inmunes, puede que haya pájaros que también lo sean. Puede que el virus esté totalmente acabado.

—Todo eso es fantástico, pero no eres epidemiólogo.

—Ya, cierto. —Vuelve a sumergirse en el agua hasta el cuello—. Aun así, molo bastante, ¿eh?

Emito un gruñido afirmativo.

—Bueno, como te iba diciendo, en *Cuenta conmigo*, la escena del pantano en el bosque.

Me acerco a él. Siento una excitación nerviosa que me invade el pecho cuando lo agarro del hombro y lo atraigo hacia mí. Lo miro a los ojos y digo:

—He soñado con este sitio.

—¡Vale, ya paro! Se acabaron las escenas del bar Winkie’s.

Me salpica un poco y, al hacerlo, me roza el pecho con la mano.

Sonrío, pero ni le suelto ni me alejo. Tengo el corazón acelerado y el estómago contraído de anticipación. Es por lo cerca que estamos. Con todo escondido bajo el agua, pero aun así ahí está. Me cuesta respirar y sigo mirándolo a los ojos.

Lo veo tragar saliva e intentar bromear. Le tiembla la voz. Como si no tuviera claro si debe hacer bromas o no. Esto es nuevo, sobre todo para Andrew. Es como si estuviera igual de nervioso que yo.

—Te juro que, aunque en Florida tengan electricidad y reproductores de DVD, no pienso ver esa película en mi vida —dice.

Me río por lo bajo. El pájaro del que Andrew hablaba se ha quedado callado. Los árboles se agitan con una brisa ligera y repentina, pero entonces algo se mueve entre la hierba alta que hay detrás de nosotros y me doy la vuelta de golpe.

Dos hombres caminan hacia nosotros, dos hombres a los que reconozco.

Si me preguntaran quiénes son las dos personas a las que menos deseo ver de toda la población superviviente del mundo, la respuesta sería que a Harvey Rosewood y su amigo Walt. Harvey lleva el rifle que he tirado al suelo hace un rato, antes de desnudarme.

No está cargado, pero las pistolas que llevan en la mano ya dan suficiente miedo. Estamos muy lejos de su zona de influencia, así que Cara debe de habernos delatado. Es la única explicación.

—Andrew.

Pronuncio su nombre en voz baja y teñida de cautela, pero él no lo nota.

—Para. No he mencionado las sanguijuelas en ningún momento, así que puedes saltarte lo del sin techo quemado de detrás del bar.

—Andrew —repito con más aspereza, y por fin se percata de que algo va mal.

—¿Qué tenemos aquí? —pregunta Harvey.

Andrew se da la vuelta de golpe, con los ojos abiertos como platos a causa del miedo.

—¿Dónde está tu pistola?

Vuelvo a hablar en voz muy baja para que no me oigan, pero, si Andrew tarda demasiado en contestar, es posible que capten su respuesta.

—En la mochila.

No dice nada más y, cuando bajo la mirada, veo que Walt se ha apoderado de ella. La cremallera sigue cerrada. Esa pistola es el arma que conseguí registrar en Fort Caroline y, por lo tanto, la única que está cargada. Podríamos recurrir a la navaja multiusos de Henri, pero está guardada en los pantalones que he dejado tirados entre la hierba, no sé muy bien dónde.

—¿Interrumpimos algo, chicos? —pregunta Harvey.

El tono de su voz me provoca un escalofrío. Me vuelvo hacia Andrew y lo veo más pálido que nunca.

—No —digo tratando de mantener la calma.

No nos están apuntando con las armas. Aún no hay razón para que cunda el pánico.

—Me parece que a alguno de los dos se os ha caído esto —dice Walt, y levanta la mochila.

Tengo el corazón desbocado y el agua del río está muy fría, aunque puede que solo sea mi sangre.

—Es mía —le digo—. Gracias, puedes dejarla en la orilla.

—Pues no estoy de acuerdo, mira por dónde. —Harvey Rosewood sonríe con sorna y ambos intercambian una mirada, pero no suelta la mochila—. Creo que lo más ofensivo es que nos robarais y después decidierais ser tan descuidados con nuestras pertenencias.

—No son vuestras pertenencias —replico—. Son nuestras… y ya lo eran antes de que os conociéramos.

Intercambian otra mirada.

Se han quedado parados al borde del agua. Me he mantenido sumergido por puro pudor, pero ahora se me ocurre una idea.

Me levanto, completamente en cueros, y echo a andar hacia ellos. Tiene el efecto deseado: mi desnudez los escandaliza y apartan la mirada durante unos segundos. Me acerco a Walt y estiro una mano.

—¿Te importa que me vista?

Se siente tan incómodo que ni siquiera se entera de lo que le he dicho. Se esfuerza mucho por mantener el contacto visual, pero me da la mochila.

—Espera un momento.

Harvey me apunta con el rifle cuando me arrodillo y abro la cremallera.

Levanto la mano izquierda, pero sigo rebuscando en el interior de la mochila con la derecha.

Harvey no avanza hacia mí, pero tampoco baja el arma.

—Saca la mano de ahí —ordena—. Ya.

Saco una camiseta y, muy despacio, empiezo a ponérmela.

—Tío, solo pretendo adecentarme —digo.

Espero que no les extrañe que me ponga una ropa distinta a la que hemos dejado tirada por el camino desde que saltamos el guardarraíl. Vuelvo a meter la mano en la mochila e intento encontrar la pistola, pero debe de estar al fondo del todo.

—¡Walt!

Harvey mira a Walt y apunta a Andrew con su pistola. Me quedo paralizado. Noto el metal frío del arma en la punta de los dedos, pero no me muevo. Andrew me mira a los ojos, todavía sumergido en el agua hasta el pecho.

—Saca la mano de ahí —ordena Harvey. Luego baja la voz—: O mi amigo le pega un tiro a tu… «amigo».

Pronuncia «amigo» como si fuera una palabrota y de pronto sé exactamente lo que va a pasar.

No tengo que seguir imaginándomelo mucho más tiempo, puesto que Harvey se agacha y me susurra al oído algo que confirma mi teoría. Mientras lo hace, luce una asquerosa sonrisa amarilla.

—Le diré que dispare a tu «amiguito» en la pierna. No lo matará rápido, pero lo matará primero. Así podrás verlo. ¿Qué te parece, «amigo»?

Se me forma un nudo en el estómago y lo único que consigo hacer es obligar a mi cuerpo a no temblar de miedo. Recuerdo los gritos de dolor de Andrew cuando intentó apoyar la pierna rota en el suelo. No quiero volver a

oírlo chillar así. Moriré con gusto antes de permitir que eso ocurra. Agarro la pistola y la empuño con fuerza. A tientas, busco el seguro y lo quito.

—Vale —digo—. Voy a moverme muy despacio. No tenéis ningún motivo para precipitaros. Los que vais armados sois vosotros.

Andrew se pone de pie y alza las manos. Me doy cuenta de que Walt levanta la mirada hacia el cielo para apartarla de la desnudez de Andrew.

Ahora.

Suceden muchas cosas a la vez. Me pongo de pie, apunto con la pistola al vientre de Walt y aprieto el gatillo. El estallido resulta ensordecedor en la silenciosa orilla del río. Sin pararme a mirar si le ha dado a Walt, me vuelvo hacia Harvey.

Me apunta al pecho con el rifle y el chasquido del gatillo retumba en la recámara vacía. Harvey apenas dispone de un segundo para darse cuenta de su error antes de que yo levante nuestra pistola hacia su sonrisa amarilla —que se desvanece lentamente a causa de la sorpresa— y dispare.

La sangre me salpica la cara y el mundo se acelera hasta recuperar una vez más su ritmo normal. Harvey está muerto en el suelo. Junto a él, Walt grita y se agarra el costado con ambas manos. Hay un arma a su lado, así que la aparto de un puntapié.

Andrew.

Sigue plantado en el agua, desnudo, con el miedo reflejado en los ojos. Corro hacia él.

—¿Te han dado? —pregunto al borde de la histeria.

No estoy seguro de si Walt ha conseguido apretar el gatillo antes que yo.

Andrew no responde y me veo obligado a examinarlo de arriba abajo en busca de una herida de bala. Es la primera vez que me fijo de verdad en su cuerpo, que se lo estudio centímetro a centímetro, y odio a Harvey y a Walt por estropearme este momento. No tendría que haber sido así.

Lo agarro de un hombro.

—Andrew, ¿estás bien?

—Sí —responde. Al fin me mira—. ¿Y tú?

—También.

Se lleva una mano temblorosa a la cara.

—Tienes… sangre.

Me doy cuenta de que me ha salpicado incluso las manos, que tiemblan tanto como las de Andrew. Le doy la pistola y las sumerjo en el río; después, me lavo la cara.

Quiero quitarme la sangre de Harvey de encima lo antes posible.

—Jamie, se escapa.

Andrew señala.

Me doy la vuelta y veo que Walt se aleja cojeando por donde ha venido, gritando, llorando y dejando un rastro de sangre en las hierbas altas.

Le quito la pistola a Andrew y apunto. La noto mucho más pesada y aún me tiemblan las manos.

No disparo. Walt desaparece entre los árboles y ya no está. Entonces bajo la mirada hacia el rostro desfigurado de Harvey y entiendo exactamente lo que acaba de ocurrir.

He matado a una persona. Walt estaba apuntando a Andrew con la pistola y me habían dicho lo que pretendían hacer.

Nos habrían matado. Habrían matado a Andrew.

La barba a parches de Harvey ya ni siquiera forma parte de su cara.

Voy a recoger mi mochila y mi ropa y nos vestimos en silencio. Sigo llevando la camiseta de Andrew y me queda demasiado ajustada. Además, está manchada de sangre. Me la quito y la utilizo para taparle la cara a Harvey; después, me pongo una de las mías.

—Será mejor que nos pongamos en marcha —digo.

No hay necesidad de perder el tiempo enterrando a Harvey como hicimos con los Foster. Eso tenía una razón de ser: todo lo que había hecho Andrew había sido un error. En mi caso, ha sido el lugar equivocado en el momento equivocado, pero no un error.

—Eh. —Andrew me coge de la mano y tira de mí hacia él—. ¿Estás bien?

—Sí. Solo tenemos que…

Mis palabras se interrumpen y le doy la espalda para vomitar sobre la hierba. Mi desayuno se mezcla con el rastro de sangre de Walt y me hace vomitar de nuevo.

25
Andrew

Cuando terminamos de vestirnos y de recoger nuestras cosas, nos ponemos en marcha enseguida. En el bosque, veo en qué dirección avanza el rastro de sangre de Walt, así que seguimos la contraria. Jamie continúa sin hablar cuando llegamos a la autopista. Hace calor, hay humedad y nos cuesta respirar, pero no nos detenemos.

Seguimos caminando hasta que el sol es una masa informe y roja en el cielo occidental; es entonces cuando Jamie se vuelve al fin hacia mí.

—¿Paramos aquí a pasar la noche o seguimos adelante?

—Para. —Y no lo digo solo por lo de «pasar la noche»—. ¿Estás bien?

—Sí.

—Jamie, en serio, para. —Le cojo ambas manos entre las mías y me las aprieta con fuerza. Lo miro directamente a los ojos. Me parece que está a punto de echarse a llorar—. Habla conmigo.

—Iban a matarte.

Quiero decirle que no pasa anda, que hizo lo que tenía que hacer, pero sé que no significará nada. Lo sé por experiencia propia. Así que lo atraigo hacia

mí y, por primera vez, se encoge pegado a mí. Por una vez, Jamie, el grande, el fuerte, se empequeñece entre mis brazos.

Entonces continúa:

—Tuve que hacerlo. Lo siento. Fue por cómo lo dijeron. Nos habrían matado.

—Ahora estamos bien. —Le acaricio la espalda mientras llora sobre mi camiseta humedecida por el sudor—. Todo irá bien.

¿Es eso cierto?

Aunque acampamos fuera de la carretera, esta vez no encendemos fuego. Intento que Jamie coma algo, pero apenas toca la lata de sopa fría que abrimos. Cuando se queda dormido a mi lado, me quedo despierto escuchándolo respirar.

Quiero estar disponible para él, despierto. Recuerdo las pesadillas que me asaltaron después de matar a los Foster. Me duraron semanas.

Hasta que lo conocí.

Ahora los dos somos asesinos y no sé en qué clase de personas nos convierte eso. ¿Unos Bonnie y Clyde posapocalípticos que han transgredido el género, tal vez? Quiero decirle que su motivo para matar ha sido mucho mejor que el mío. El mío fue el pánico en un momento de crisis.

Él me estaba salvando. Nos estaba salvando.

Jamie gimotea en sueños y se le acelera la respiración. Le agarro una mano. Al cabo de unos instantes vuelve a respirar con normalidad y sigue durmiendo.

Decidimos tomar uno de los desvíos de Cara y salirnos de la carretera principal, así que pasan dos días sin que nos crucemos con nadie. Por las noches, me quedo despierto y aguzo el oído para detectar a cualquier persona de Fort Caroline que intente acercarse a nosotros. Oigo los gritos de Jamie cuando se despierta de una pesadilla. Le busco las manos a tientas en la oscuridad y él me las aprieta. Le susurro que no pasa nada. Vuelve a tumbarse y le poso una mano en la espalda.

Pese a lo mucho que me gustaría que lo fuera, no es bonito ni romántico. Porque Jamie está sufriendo. Y no puedo hacer nada para que se sienta mejor.

Han pasado tres días y seguimos rodeando la ruta principal de Cara.

El cuarto día transcurre igual. Le cuento películas, pero Jamie no se ríe. No sonríe. Hago grandes esfuerzos por no llorar porque él me necesita fuerte, pero me resulta muy difícil. Cada vez que siento el escozor de las lágrimas en

los ojos, le digo que tengo que hacer pis y me escondo detrás de una casa o de una tienda. Me voy a cualquier lugar donde no pueda verme y lloro en silencio.

No sé qué más hacer.

Esa tarde llegamos a un pueblecito sin semáforos. Hay una gasolinera y un bar en la carretera principal y le propongo a Jamie que paremos. Aún es pronto, puede que las cuatro de la tarde, pero el bar parece un buen sitio para dormir. Además, me duele la pierna. Va a llover.

Asiente con la cabeza y cruzamos el aparcamiento de grava hasta la puerta de doble hoja del bar, que está abierta. Dejamos las mochilas en un reservado junto a la puerta y nos dirigimos hacia la cocina mientras Jamie vigila la carretera. La pistola sigue siendo la única arma cargada de la que disponemos y la lleva en la mano, con el dedo en el seguro.

Es obvio que no hay electricidad, pero, aun así, presiono el interruptor de la pared. No me molesto en entrar en las cámaras frigoríficas porque, si queda algo dentro, a estas alturas ya estará podrido. En la despensa encontramos aún unas cuantas cosas, como una caja de tamaño industrial de cereales Special K sin abrir, pan mohoso y gris metido en bolsas de plástico y fideos secos. También hay una lata gigante de melocotones en almíbar. Todo lo demás ha desaparecido.

No hay proteínas, pero al menos no nos moriremos de hambre.

Cojo los Special K y los melocotones. Hay un abrelatas de manivela enorme acoplado al lateral de una encimera de acero. Coloco la lata debajo, la abro solo un poco y vierto la mitad del almíbar en un fregadero vacío.

—¡Andrew!

Jamie me llama con un susurro audible desde la parte delantera y me hace dar un respingo. Suelto los melocotones y vuelvo corriendo a su lado. El cielo está oscuro; las nubes de tormenta se acercan.

Jamie está detrás de la barra, agachado y con la pistola apuntando hacia una ventana. Me acuclillo y avanzo hasta él.

Hay alguien fuera, de pie en medio de la calle. Es una chica. Escudriño el resto de las ventanas polvorientas para intentar detectar algún movimiento. Más gente. Armas, coches, algo.

Pero está sola.

Está plantada en medio de la carretera y lleva una mochila pequeña y el pelo recogido en un moño. En el suelo, a sus pies, hay una bicicleta. Gira sobre sí misma, despacio, mirando a su alrededor. Está buscando algo.

Luego se vuelve hacia el bar.

Mi voz rompe el silencio:

—No.

Salgo de detrás del mostrador. Jamie me susurra que me agache, pero quiero verla mejor. Quiero asegurarme.

Es ella. Incluso a través del polvo de la ventana, veo que es Cara. La chica del motel.

No me jodas, han vuelto a encontrarnos.

Cuando la conocimos en Fort Caroline, sus gestos tímidos y tranquilos y su forma sarcástica de hablar me recordaron a mi hermana pequeña. Era como si, debajo de toda esa pose, escondiera algún tipo de humor que solo mostraba a las personas en las que confiaba. También era una marginada literal, apostada en las afueras de la ciudad, donde no había nada más que el motel. Pensé que de verdad podíamos confiar en ella. Por supuesto, Cara ha sabido desde el principio qué camino íbamos a seguir.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Jamie cuando vuelvo a agazaparme detrás de la barra.

—Coge el rifle.

—Está descargado.

—Puede que no lo sepan. Harvey intentó dispararme con él, a lo mejor creen que ya hemos encontrado cartuchos.

Tendríamos que habernos llevado las armas de Harvey y Walt, o al menos su munición, pero teníamos tanta prisa que no lo pensamos.

Cojo el rifle, pero enseguida me doy cuenta de que es un error. Debería quedarme con la pistola. Jamie es mejor persona que yo. Mató para protegernos; no para conseguir comida ni porque tuviera miedo, sino para protegerme a mí. Sé que volverá a hacerlo, pero… no quiero que vuelva a pasar por eso.

—Espera —le digo al mismo tiempo que le tiendo una mano—. Dame la pistola.

Baja la vista hacia mi mano y luego la levanta de nuevo hacia mí.

—No, ¿por qué…?

—Esto es culpa mía. Confié en ella y me equivoqué. Lo siento. Ahora me… —Casi digo «me toca a mí», pero ¡por Dios!, no podría sonar peor. Niego con la cabeza—. Dame la pistola. Quédate tú con el rifle.

Me mira a los ojos como si estuviera intentando encontrar un argumento para discutírmelo. Pero al final se da por vencido.

Intercambiamos las armas y nos encaminamos hacia la puerta.

Cara se da la vuelta en cuanto salimos. Abre los ojos como platos y levanta las manos al cielo cuando se da cuenta de que ambos la estamos apuntando con nuestras armas.

—No disparéis. Perdón, ya me voy —dice.

Jamie y yo echamos a andar por el aparcamiento de grava y las piedras crujen bajo nuestros zapatos gastados.

—¿Dónde están los demás? —pregunto intentando que mi voz suene firme.

—Yo… Yo…

Le tiemblan las manos.

—Contéstale —interviene Jamie—. Sabemos que mandaste a Harvey y a Walt por una de las rutas que nos facilitaste. En cuanto nos desviamos por esta, apareces tú. Y dudo que te hayas presentado aquí sola. Así que ¿dónde están los demás?

Apenas oigo lo que dice, de modo que doy un paso hacia Cara. Jamie pronuncia mi nombre en tono de advertencia, pero la chica balbucea:

—No… No hay nadie más.

Miro a derecha e izquierda por la carretera. Examino la hierba que hay al otro lado de la calle. Los árboles. Un trueno retumba a lo lejos y una ráfaga de aire me mete polvo en los ojos. Parpadeo con rapidez y doy un paso atrás mientras intento aclararme la vista.

Jamie también está escudriñando nuestro entorno. Mientras me limpio el polvo y las lágrimas de los ojos, me doy cuenta de que han mandado a Cara de avanzadilla para distraernos.

Me doy la vuelta hacia el bar esperando ver a veinte soldados de Fort Caroline con las armas desenfundadas.

Pero solo está Jamie, con su rifle vacío.

El viento agita los árboles que hay detrás del bar y las hojas se levantan y le muestran el vientre gris verdoso al cielo oscuro. El destello de un relámpago. Me enfrento de nuevo a Cara y alzo la voz para que me oiga a pesar del viento:

—¿Estás sola?

Asiente. Sola otra vez, como en el motel.

—¿Qué haces aquí?

Farfulla algo, pero el estruendo de un trueno ahoga su voz. Se levanta otra ráfaga de viento y las primeras gotas gruesas de lluvia empiezan a aporrear el asfalto agrietado. Cara ha seguido los desvíos que nos marcó. Pero, si pretendía detenernos, intentar que Fort Caroline nos diera alcance, ¿por qué

señalarnos esos rodeos? ¿Por qué ayudarnos con la ruta? ¿Por qué no acudir directamente al *sheriff* Denton y decirle que planeábamos escapar?

Es evidente que no son preguntas que vayan a responderse aquí en medio en plena tormenta.

—Vamos.

No oigo nada, así que intento agarrar a Cara del brazo. Ella se aparta, pero coge la bici y empieza a caminar despacio.

Mientras la joven avanza hacia el bar, Jamie me lanza una mirada inquisitiva. Me detengo y le digo en un susurro:

—No hay nadie. Ya habrían salido.

—No podemos fiarnos de ella —me dice.

Cara dobla la esquina del bar para esconder la bicicleta. Para aparcarla donde nadie pueda verla.

—¿Por qué nos marcó los desvíos? Sabía que Fort Caroline había despejado las carreteras, así que ¿por qué señalarnos rodeos por si estaban bloqueadas o destruidas? No nos han hecho falta en ningún momento.

Jamie no parece entenderlo. La lluvia cae cada vez con más fuerza y los truenos estallan inmediatamente después de los rayos.

Lo ayudo a atar cabos.

—La ruta era para ella.

A Jamie se le suaviza la expresión.

—Cara trazó su propia ruta…

—Para poder seguirnos. No eran desvíos. Era su ruta y los lugares en los que podía encontrarnos. Ha estado siguiéndonos. Sola.

Y ahí está otra vez la palabra mágica: «Sola». No estaba con los demás en el claro del bosque la noche en la que llegamos y tampoco asistió al último espectáculo de fuegos artificiales la noche en la que nos marchamos. Es posible que fuera al primero, al del 3 de julio, pero lo dudo mucho.

Jamie se da la vuelta hacia el bar. Cara ya se ha sentado en un reservado y, al verla, baja el rifle vacío y entramos corriendo. Justo a tiempo: piedras de granizo del tamaño de un guisante empiezan a tamborilear contra las ventanas. Cara tiene las manos cruzadas sobre la mesa.

Aunque yo me quedo de pie, él se acomoda en el banco que hay frente a ella.

—¿Tenéis hambre? —pregunto por encima del golpeteo del granizo.

La chica asiente y abre a toda prisa la cremallera de su mochila. Está llena de comida enlatada.

—Hostia.

Cara da un respingo. Jamie enarca las cejas.

—¿Has robado todo eso?

—Es mío —dice—. Lo he ahorrado.

Jamie y yo intercambiamos una mirada. Llevaba tiempo planeando marcharse; solo necesitó toparse con nosotros para atreverse. A lo mejor no quería estar sola. Como Jamie. Como yo.

Me siento en el reservado frente a ella y me apoyo la barbilla en la mano.

—¿Qué nos apetece a los tres mosqueteros?

Cara me mira en el bar en penumbra. Y creo que casi la veo sonreír.

26
Jamison

Cara comparte su cena con nosotros y los tres comemos hasta llenarnos, aunque la verdad es que ella come como un pajarito.

—¿Por qué has venido a buscarnos? —le pregunto.

Es la misma pregunta que Andrew me hizo a mí y no le dije la verdad, así que estoy seguro de que ella también va a mentirme. Todavía no tengo claro que no esté colaborando con Fort Caroline.

Se encoge de hombros y, con la mano derecha, se aprieta el espacio que le separa los dedos corazón e índice de la izquierda.

—Eso no es una respuesta —digo.

Cara se vuelve hacia mí y, durante un instante, veo lo que podría interpretarse como enfado en su rostro, pero la emoción se disipa enseguida y vuelve a mirarse las manos.

—Jamie —me advierte Andrew.

—No, has dejado tu casa, donde hay comida de sobra y estabas a salvo, para venir a buscarnos. Así que, o nos dices por qué, o te vuelves ahora mismo.

—Fort Caroline no era mi casa.

Me mira a los ojos al decirlo, solo un segundo, lo justo para que me dé tiempo a ver que el enfado ha vuelto. Después baja la vista de nuevo y empieza a tamborilear suavemente con los dedos sobre el tablero de formica.

—¿Dónde está tu casa? —pregunta Andrew.

—En Easton. Que está en Maryland. En la Costa Este.

Andrew mantiene el ritmo de la conversación:

—¿Cómo terminaste en Fort Caroline?

Cae un relámpago y veo que a Cara se le están llenando los ojos de lágrimas.

—Perdí… a todo el mundo.

Andrew y yo nos miramos. Está sola, como nosotros. No es un rasgo excepcional en la era postsupergripe de Estados Unidos, pero algo es algo.

—Nosotros también —dice Andrew.

Ella niega con la cabeza a toda prisa y yo le lanzo una mirada interrogante a Andrew.

—¿Buscaste Fort Caroline a propósito?

—No. Me encontraron ellos a mí.

—¿Cómo? —pregunto—. Según ellos, solo han llegado hasta Virginia.

—Me… me marché.

—¿De tu casa? —pregunta Andrew—. ¿Por qué no te quedaste?

Cara vuelve a negar con la cabeza.

—Ya no estaba allí.

No sé si se refiere a algo físico o emocional, pero ninguno de los dos tenemos la oportunidad de preguntárselo. La muchacha se enjuga los ojos, mira por la ventana y empieza a hablar más deprisa de lo que la había oído hablar nunca.

—Me marché e intentaba ir a Houston porque mi tía vivía en Houston y quería visitarla antes de… antes de… Y entonces me encontraron.

Da la sensación de que se ha saltado una parte de la historia para llegar al final.

—Fort Caroline.

Asiente una vez.

—¿Por qué eras la única que trabajaba en el motel? —continúa Andrew.

La voz de Cara se torna grave y un poco resentida.

—Porque así estaba apartada. Al principio no me querían allí, pero Grover les dijo que me dejaran quedarme y echar una mano con el motel.

Grover Denton, el *sheriff*. El que nos llevó al pueblo.

—¿Por qué quería que te quedaras?

—Porque es buena persona.

Me cuesta contener una carcajada burlona. Tan buena persona no debe de ser si está vinculado con esa gente, la gente que nos ha perseguido por unas cuantas latas de comida y que ha amenazado con matar a Andrew. Fort Caroline es mucho peor que Howard y el resto de los que nos robaron en la cabaña.

Andrew señala la mochila de Cara.

—Llevabas tiempo planeando marcharte, ¿no? Por eso tienes tanta comida.

Tarda un instante en responder, pero al fin asiente.

—¿Y por qué querías irte?

—No son de fiar.

—Entonces, ¿por qué has tardado tanto en hacerlo?

Vuelve a no contestar y, tras veinte segundos de silencio, doy por hecho que no va a hacerlo.

—Esa respuesta tampoco me vale.

Le quito la pistola a Andrew de las manos y la apunto directamente hacia ella. Cara se sobresalta y levanta las manos. Las lágrimas le ruedan por las mejillas mientras Andrew me grita que pare.

Mi estómago amenaza con vaciarse sobre la mesa que nos separa, pero la voz de Harvey me retumba en la cabeza. Sus amenazas y su sonrisa repugnante. Me niego a permitir que le hagan daño a Andrew y… la mataré para protegerlo.

—¿Dónde están?

—¡No lo sé!

Intenta con todas sus fuerzas no mirarme. Un fino hilo de mocos le cuelga de la nariz y sus lágrimas se estampan contra la mesa.

—¿Cómo quieres que nos fiemos de ti? —pregunto.

—¡Jamie, basta!

Hago caso omiso de Andrew.

—Fort Caroline envió a gente a buscarnos porque les habíamos robado comida. Y tú los estás ayudando.

—No es verdad.

Sus palabras son apenas audibles. Seguro que ha fingido todo el rollo de la timidez y que la han mandado hasta aquí para que bajemos la guardia. Creen que dejaremos que se una a nosotros solo porque tiene comida y se está haciendo la buena.

—¡Baja el arma!

Andrew me agarra el brazo con una mano y me doy cuenta de que le tiembla. Pero no, todavía no. No pienso parar hasta que sepa a ciencia cierta que estamos a salvo. Haré cualquier cosa con tal de proteger a Andrew. Ya lo he hecho y volveré a hacerlo. Quito el seguro.

Cara se estremece y pone las manos en alto.

—¡Jamie, no!

El miedo que desprende la voz de Andrew es suficiente para que aparte el dedo del gatillo por instinto. Y eso me da un momento para recapacitar sobre lo que podría haber pasado.

Cara entierra la cara entre las manos cuando dejo la pistola en la mesa, despacio. Andrew se traslada a su lado del reservado e intenta consolarla, pero ella se aparta y se pega al cristal de la ventana.

Andrew me lanza una mirada de «qué coño te pasa» y yo solo siento vergüenza. No sé qué me ocurre, por qué he cambiado tanto. Hace siete meses, me aterrorizaba usar un arma y, sin embargo, ahora apunto con una pistola a una chica desarmada que incluso nos ha ayudado.

Cruzo las manos temblorosas delante de mí. Andrew dedica unos minutos a susurrarle a Cara palabras tranquilizadoras.

Durante un instante, pienso que se acabó, que ya no nos dirá nada más. Cuando por fin vuelve a hablar, lo hace con una voz tan baja, tan rota, que tengo que hacer un esfuerzo enorme para oírla.

—Toda mi familia ha muerto. —Andrew me mira desde el otro lado de la mesa—. Los mataron. No la gripe, sino gente como ellos.

No tiene que aclararnos que se refiere a la gente de Fort Caroline.

—Entonces, ¿por qué te quedaste allí? —le pregunto.

—¿Por qué os marchasteis? —Me mira; tiene los ojos enrojecidos y vidriosos, pero durante unos segundos parece más segura, como si fuera algo que lleva pensando un tiempo. Ni Andrew ni yo contestamos y, cuando vuelve a hablar, la indignación ha vuelto—. Os disteis cuenta más deprisa que yo. Yo empecé a verlo cuando ya era demasiado tarde. Así que me quedé porque no tenía adónde ir. Pero vosotros no os quedasteis.

—No sabemos lo que nos espera en los Cayos —dice Andrew.

Cara asiente y vuelve a centrar su atención en mí.

—No pasa nada. Yo tampoco sabía lo que me esperaba cuando salí de mi casa, pero ahora tengo claro lo que no quiero encontrar. No quiero volver a toparme con gente como ellos. Se creen moralmente superiores, pero no lo son. Son veneno y lo esparcen entre todo el que no conoce nada mejor, y entonces suceden cosas malas.

—¿Qué te hace pensar que nosotros somos mejores? —le pregunto. No contesta, así que le cuento lo que ocurrió antes de que ella apareciera—. Hace unos días maté a Harvey Rosewood. Y es muy posible que también a su amigo Walt.

Me mira con expresión de sorpresa.

Andrew interviene enseguida:

—Iban a asesinarnos.

Cara sigue mirándome y la tormenta empieza a amainar.

—Debieron de enviar partidas de exploradores a buscaros. Tenían miedo de que supierais demasiado, de que le contarais a otra gente cómo entrar y salir de Fort Caroline sin que los vieran. Lo siento.

Me vuelvo hacia Andrew y parece decepcionado. Pregunto por última vez:

—¿Les has dicho dónde encontrarnos?

—No.

Lo dice con una sencillez que me hace darme cuenta de una cosa: no está mintiendo, lo cual quiere decir que la he amenazado sin ninguna razón.

—¿Crees que vendrán a por nosotros?

Cara se encoge de hombros.

—No les gusta malgastar las cosas. Pero… Harvey…

Asiento. Rosewood querrá vengarse y puede que malgaste todo lo que tiene con tal de lograrlo.

—Creo que deberíamos irnos ya a dormir y mañana por la mañana salir temprano para alejarnos lo máximo posible de ellos —sugiero—. Yo me encargo de la primera guardia.

Me levanto, cojo la pistola de la mesa y me la meto en la cinturilla de los pantalones cortos. Andrew me sigue hasta que está seguro de que Cara no puede oírnos.

—¿Estás bien?

—Sí.

—No es cierto. Habla conmigo.

—Estaba asustado, ¿vale? Déjalo estar. Vete a descansar, ya te despertaré cuando te toque hacer guardia.

Me da la sensación de que va a protestar, pero al final se limita a agarrarme el antebrazo con suavidad y darle un apretón. Después, se tumba detrás de la barra mientras Cara hace lo mismo debajo de una mesa, la más lejana a mí.

Cuando anochece del todo, la tormenta se disipa y las ventanas del bar se empañan. Al cabo de unas horas, despierto a Andrew para que me releve, pero no duermo mucho.

Nos ponemos en marcha de nuevo un poco antes del amanecer. Los tres.

Cara se niega a abandonar la bicicleta, así que avanza tres pasos por detrás de nosotros sujetándola con las manos.

Caminamos. Y caminamos. Los días son calurosos y Andrew intenta convencerme una y otra vez de que hable con él, pero no me apetece. No paro de pensar en Harvey Rosewood y en Walt. En lo que Harvey me dijo y en lo que iba a hacerle a Andrew. Si lo tuviera delante ahora mismo, lo mataría otra vez para proteger a Andrew, pero me gustaría saber por qué sigo sintiéndome así. Culpable, pero a la vez tan seguro. Tan seguro de que fue algo horrible, pero también lo que había que hacer. Siempre que me recuerdo esto último, la culpa regresa junto con las palabras de Cara sobre Fort Caroline. Nos dijo que se creen moralmente superiores, pero que en realidad son veneno.

Puede que yo me haya vuelto igual. Que esté tan envenenado por haber hecho lo que consideraba correcto que hasta estuve dispuesto a apuntar a Cara con una pistola, y es muy posible que a matarla, para volver a proteger a Andrew. Es como un tumor maligno de violencia que se extiende por mis pensamientos.

Sé que está ahí y que no tiene cura.

Caminamos.

Y caminamos.

Y yo sigo pensando en Harvey y en Walt.

27
Andrew

No sé cómo solucionar lo de Jamie. Y no es que la compañía de Cara esté siendo de gran ayuda. Habló bastante cuando nos expuso su situación para poder quedarse con nosotros, pero ahora vuelve a ser la chica callada del motel. Ambos actúan de una forma muy parecida, aunque Jamie antes no era así. Cada vez que le pregunto a Cara por su familia para romper el silencio, niega con la cabeza y no dice nada. Y su silencio ha contagiado a Jamie de la misma manera que el virus se propagaba de unas personas a otras. La mayor parte del tiempo es como si estuviera hablando solo.

Aun así, lo entiendo. No estamos hechos para un mundo así. Antes del virus, había reglas, normas y leyes. Teníamos años de códigos morales grabados a fuego en la mente, pero ahora nada de eso importa. ¿Importa algo, acaso? Tengo la sensación de que solo necesita tiempo y de que entonces volverá a ser Jamie. Pero siempre conservaremos los recuerdos de lo que hicimos.

Me permito pensar en los Cayos una única vez, solo una. Si no, empezaré a darle vueltas a la cabeza, me deprimiré yo también y Cara estará en plan: «¿Y para esto he dejado yo mi motel?». ¿Qué pasa si no hay nadie? ¿Y si todo el mundo está muerto y lo único que queda en el mundo es Fort Caroline, un

chico gay, un chico hetero hundido, una genia de la cartografía con síndrome de estrés postraumático y una mujer de setenta años que lucha contra los animales del zoo con una escopeta? Además de la pandilla de Howard. Y luego también estaban Chris y sus dos hermanos, aunque, con un poco de suerte, a estas alturas ya estarán en Chicago.

Podemos lanzar la primera *sitcom* posapocalíptica.

Archivo todas estas ideas porque son demasiado tétricas como para bromear ahora mismo. Jamie necesita creer que vamos a encontrar algo cuando lleguemos. Necesita creer que de verdad estamos haciendo esto para ayudar a alguien. Creo que es lo único que lo salvará.

Que nos salvará.

Meto el pie en una grieta del asfalto y tropiezo; suelto un grito, pero el brazo de Jamie me sujeta antes de que llegue a caerme.

—Gracias.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Su tono de preocupación me llena de calidez. ¿O es solo vergüenza?

Me miro el zapato derecho. La suela de goma se ha despegado por completo de la lona raída. Muevo los dedos de los pies y es como si el zapato hablara.

—Tendrías que comprarte unos nuevos —dice Cara.

La miro y levanto la parte delantera de la lona para que todo el mundo vea mi calcetín sucio.

—Seguro que Amazon sigue repartiendo, ¿no?

Deja la mochila en el suelo y saca el atlas de carreteras. Mientras pasa las páginas en busca de Florida, tiento un poco más a la suerte.

—¿Trabajabas para Google Maps antes del apocalipsis?

—No.

Es más o menos lo que esperaba de ella. Aun así, insisto.

—Entonces es solo que te gusta mirar carreteras… —Jamie dice mi nombre en tono de advertencia—. Vale, ya me callo. —Pero es mentira, porque sigo hablando—. Solo quería conocer un poco a nuestra nueva amiga.

—Estás siendo un cotilla.

—¡Sí! Es mi forma de conocer a mis nuevos amigos. ¿O lo has olvidado?

Jamie esboza una sonrisa que no podría resultar más falsa, pero no puedo evitar quererlo por intentarlo.

Cara sigue estudiando el mapa, escudriñando las páginas en busca de nuestra ubicación. Supongo que no va a responderme, pero entonces me sorprende:

—Me mareaba en el coche cuando era pequeña.

Me vuelvo hacia Jamie.

—Ah, claro, eso lo explica todo.

Cara levanta la vista del atlas para clavarla en mí.

—¿Quieres conocer a tu nueva amiga o quieres seguir hablando?

Jamie se ríe por lo bajo.

—Yo no le daría a elegir.

Le saco la lengua y le hago un gesto a Cara para que continúe. Ella vuelve a pasar las páginas del atlas.

—Mi padre me recogía del colegio y, todos los días sin excepción, me entraban ganas de vomitar en cuanto nos poníamos en marcha. Así que, para distraerme, me señalaba los carteles de las calles por las que pasábamos y me decía: «¡Mira! Ahí está la tienda de animales. Ahora vamos por la calle Madison, que es la de la biblioteca». Con el tiempo, empecé a ser yo la que le señalaba las calles y se convirtió en un juego. A veces se equivocaba de ruta a propósito y me pedía indicaciones.

Cara deja escapar un rápido suspiro por la nariz y se concentra en la página que tiene delante.

—Los mareos fueron desapareciendo con la edad, pero, cuando me saqué el carnet de conducir, me angustiaba conducir sola, así que retomé el juego. Terminó convirtiéndose en una costumbre. Es… Es algo que me tranquiliza.

Me vuelvo hacia Jamie para ver su reacción a las palabras de Cara, pero tiene la mirada clavada en la carretera y una expresión impenetrable en la cara. Y eso me asusta. Por lo general, soy capaz de adivinar lo que está pensando, pero ahora mismo me resulta imposible. Cambia de postura cuando Cara vuelve a hablar:

—Puede que en este pueblo haya una tienda. —Señala la pequeña localidad de Yulee, unos cuantos kilómetros al norte de Jacksonville—. Aquí hay una salida.

Guarda el mapa de carreteras y echamos a andar de nuevo, con Jamie aún sumido en el silencio. Al final, a lo lejos y a través del reverberante aire de julio, veo la salida que ha mencionado. Necesito unos zapatos, eso está claro. Y a lo mejor hay más tiendas y conseguimos encontrar algo de comida. La mirada de Jamie me dice que la decisión depende de mí.

—A ti tampoco te iría mal cambiar de calzado —digo, y señalo sus desgastadas zapatillas deportivas.

—¿Puedes andar? —me pregunta—. ¿O necesitas que te llevemos en brazos, princesa?

—¡No me digas que podríais haberme llevado en brazos desde el principio!

Jamie no tiene tiempo de contestarme antes de que Cara diga:

—No.

Luego, sin apenas mirarnos, avanza hacia la salida.

—Ostras —digo, y le doy un codazo suave a Jamie.

Es lo más cercano a una broma que ha hecho Cara desde que la conocemos. Porque era una broma…, ¿no?

Jamie parece estar de acuerdo conmigo, porque su sonrisa se convierte en algo que casi podría considerarse genuino. Casi.

Yulee, Florida, es un lugar silencioso y vacío. Cara, siempre un prodigio de la orientación, nos guía por una carretera agrietada hacia un centro comercial. Y, en efecto, hay un almacén de bricolaje Lowe's, un restaurante Wendy's, una tienda de ropa Burlington, un salón de manicura, una droguería y un establecimiento llamado Suelas for Real.

—¿Cómo lo haces? —le pregunto mientras me dirijo a Suelas for Real.

Se encoge de hombros.

—Vi el cartel de Lowe's desde la autopista. Pensé que lo lógico sería que tuviera más tiendas alrededor.

Jamie se detiene ante la tienda y mira el letrero agrietado de plexiglás.

—No entiendo el nombre. ¿Es un juego de palabras?

—Sí, por Soul for Real. Era un grupo de R&B —dice Cara.

—¡Ay, cántanos una canción suya, Cara!

Tenía que intentarlo.

—No.

Esta vez Jamie me da el codazo y yo le sonrío. Los escaparates y la puerta de Suelas for Real ya están reventados. Y diría que el resto de las tiendas del centro comercial han corrido la misma suerte.

El cristal cruje bajo nuestros pies cuando franqueamos la puerta delantera.

Jamie se detiene y aguzamos en oído para ver si captamos señales de vida, pero solo hay silencio.

Las estanterías están casi vacías y hay un montón de cajas de zapatos desparejados en el suelo. Encima de los estantes aún quedan unos cuantos modelos de exposición, sobre etiquetas de precios que ahora parecen ridículos. Jamie enciende la linterna y enfoca un cartel situado al principio de un pasillo. «Hombre». Saco mi linterna y se la tiendo a Cara.

—Toma, quédate la mía. Búscate tú también unos zapatos nuevos.

—No me hacen falta.

Agarrándoselos por el tobillo, levanta primero un pie y luego el otro y les echa un vistazo a las suelas. No están, ni por asomo, tan desgastadas como las nuestras.

No, Cara, en realidad ha sido una insinuación muy sutil para que te largues y yo pueda hablar con Jamie. Por favor, píllala y vete.

—Entonces, ¿te importaría vigilar la puerta? —le pregunta Jamie.

Ay, sí, esa idea es mucho mejor. Cara asiente y nosotros enfilamos el pasillo.

—¿Qué pie usas? —me pregunta Jamie mientras va levantando cajas del suelo.

Contesto en voz baja.

—Un cuarenta y cuatro. ¿Estás bien?

—Ajá.

Aparta una caja a un lado.

—Jamie.

Suspira y deja de mirar al suelo para centrarse en mí.

—¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que hables conmigo.

—¡Hablar de ello no hará que me sienta mejor, Andrew!

Se le quiebra la voz y ni siquiera espero para abrazarlo con fuerza. Noto que está intentando contener las lágrimas.

—Vale. Entonces, no tienes por qué hablar. —Por fin se relaja y entierra la cara en mi hombro para tratar de acallar sus sollozos. Me rodea los hombros con un brazo y me aprieta aún más contra él—. No pasa nada.

—Sí, sí pasa.

Cuando finalmente se separa de mí, me vuelvo hacia uno de los bancos que hay en el centro del pasillo y se lo señalo.

—Venga, ven a sentarte.

No se resiste, sino que deja la mochila en el suelo y toma asiento. Yo lo imito y sigo acariciándole los hombros.

—Antes era incapaz de hacerlo. —Jamie habla tan bajo que apenas lo oigo. Creo que no he entendido lo que ha dicho, pero entonces continúa—: Los maté.

—Iban a hacernos daño.

Ya hemos hablado de esto. Fue él quien me dio a mí esta charla motivacional cuando se enteró de lo de los Foster.

—Ya lo sé.

—Así que lo hiciste para protegernos. Porque era una cuestión de supervivencia. O ellos o nosotros.

Lo invade la frustración.

—¡Ya lo sé, Andrew!

Se lleva la palma de las manos a los ojos. Me giro hacia la entrada de la tienda y veo la silueta de Cara recortada contra la puerta abierta. Está de espaldas a nosotros, pero sé que debe de haber oído, como mínimo, esto último.

—Antes… —intenta continuar Jamie—. Mi madre sabía muy bien lo que iba a pasarle cuando se puso enferma. Lo había visto muchísimas veces en el hospital. Me lo contó y me dijo que no quería morir así.

La mente me va a mil por hora, me pregunto qué haría la madre de Jamie. Era médica, así que puede que se administrara una dosis letal de los analgésicos que tenía su hijo. O tal vez diera con otra forma de hacerlo. Me acuerdo de mi hermana pequeña. El virus le causó muchísimo dolor durante muchísimo tiempo. Si se me hubiera ocurrido una manera más pacífica de ponerle fin, creo que lo habría hecho. Creo…

—Pero no fui capaz. Ella quería que terminara con su dolor y yo no fui capaz.

Un nuevo estallido de sollozos le sacude el cuerpo.

Mientras tanto, la furia se desata en el mío. Estoy tan enfadado que quiero ponerme a gritar. Quiero arrancar las putas estanterías de las paredes y quemar todo el centro comercial hasta los cimientos.

¿Cómo pudo su madre pedirle que hiciera algo así? Estamos hablando de la mujer que, seguramente, me salvó la vida, puesto que fue ella quien educó a Jamie para que fuera una persona tan maravillosa. También fue ella quien le dio el cuaderno que decía cómo ayudarme. ¿Por qué le pediría algo tan inconcebible a Jamie?

Porque tenía miedo.

La furia que siento en el pecho comienza a disiparse. Todos teníamos miedo. Y el miedo nos obligó a hacer cosas incomprensibles.

—Le dije que no podía —prosigue Jamie—. Entonces me explicó cómo administrarle los medicamentos para que la mataran. Y le dije que lo haría, pero… no pude. La dejé sufrir porque no quería hacerle daño. Ni siquiera fui capaz de cazar durante todo el tiempo que estuvimos en la cabaña. Mi madre me enseñó, pero nunca llegué a dispararle a nada.

Y entonces me conoció. A eso es a lo que se refiere. Porque, antes de conocerme, él jamás habría disparado a Harvey y a Walt. Yo he echado a perder a Jamie.

Aparto una caja de zapatos de un puntapié y me acuclillo delante de él para que me mire.

—No querías hacerle daño a tu madre porque eres una buena persona, Jamie. Y por eso me marché la cabaña y fui a Alexandria. Porque quería ser… mejor. Más como tú.

Se sorbe la nariz.

—No me siento buena persona.

Me encojo de hombros en la penumbra.

—Por eso lo eres. Nunca consideras que hayas hecho suficiente. Pero es que ese «suficiente» no existe, Jamie. No existe un «tarro de buenas acciones» que tengamos que llenar para poder jubilarnos en Florida. Entre otras cosas porque ¿acaso hay alguna buena persona viviendo en Florida?

Consigue reírse entre dientes y se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—Bueno, ahora ya hemos entrado en Florida —le digo—. Así que, como mínimo, hay dos.

—No te olvides de Cara.

—No, si lo decía por ti y por ella. Yo soy una basura humana. ¡Yo me merezco Florida!

Logro arrancarle otra risa y la siento como una victoria.

—No eres una basura humana —replica Jamie.

Sigo sosteniéndole la mano izquierda. Me acaricia lentamente los nudillos con el pulgar, hacia delante y hacia atrás. Siento una opresión en el pecho.

Es un gesto minúsculo, algo que seguro que no significa nada, pero me resulta íntimo. Más íntimo que compartir cama en Fort Caroline o que abrazarnos en la oscuridad de un túnel inundado; incluso que estar tumbado en el suelo de una cabaña mientras me acariciaba la pierna con las manos.

Es una experiencia muy distinta a todas esas.

Lo miro a los ojos. Tiene la mitad de la cara oculta en las sombras y le atisbo tristeza en los ojos, pero también algo más. Parece esperanzado. A lo mejor. ¿Es esto…? ¿Estamos teniendo un momento? ¿Un momento romántico?

—Chicos.

Cara rompe nuestra mirada. Se acerca hacia nosotros arrastrando los pies por el pasillo. Le suelto la mano a Jamie, me pongo de pie y me alejo de él. No sé qué habrá sido eso, pero hago un «arg» para mí por intentar

aprovecharme de Jamie en un momento en el que no está bien. Uf, de verdad que me merezco Florida.

—Viene gente —anuncia Cara—. Es un grupo. Y bastante grande.

Se me seca la boca. Jamie se pone de pie a mi lado.

—¿Fort Caroline? —pregunta al mismo tiempo que yo pregunto:

—¿Cuántos son?

Cara niega con la cabeza.

—Muchos. Puede que veinte. Quizá más.

—Al fondo de la tienda.

Jamie lo dice en voz baja y seria. Si está asustado, lo disimula muy bien.

—Perdón —me susurra Cara al pasar junto a mí.

¿Perdón por qué? No tiene que disculparse por nada. No estábamos haciendo nada. ¡No estaba pasando nada! Los sigo hasta la parte de atrás de la tienda y nos agachamos detrás de un expositor.

Dos voces hablan a gritos en el aparcamiento. Demasiado alejadas, indistinguibles.

—Cara —susurra Jamie—. ¿Van armados?

—Sí.

Mierda. Le quito el seguro a la pistola. No sé cuántas balas nos quedan, pero, desde luego, no son veinte.

Me sobresalto al oír una voz en la entrada de la tienda. Es una mujer.

—¡Un segundo! Quiero ver si le encuentro un regalo de cumpleaños a JJ. Nos vemos allí.

Otra voz le responde desde lejos, seguida de otra.

—Sí, sí —dice la mujer.

El cristal cruje bajo sus pies. Ha entrado. Me llegan los roces del papel de seda y del cartón contra el suelo. La mujer comienza a tararear una canción y al final se arranca con la letra:

—«*'Cause you are my love, do you ever dream of…*»

Está cada vez más cerca.

Jamie me da un golpecito en el hombro y apunta hacia atrás, en dirección opuesta a la de la desconocida. Asiento con la cabeza y le hago un gesto a Cara para que nos siga. Nos movemos con sigilo, pisando con mucho cuidado.

Al menos Jamie y Cara, porque a mí se me engancha el zapato roto en el suelo y me caigo de bruces sobre un montón de cajas de zapatos apiladas.

Mierda.

Me quedo paralizado. Jamie y Cara se quedan paralizados. Y la mujer deja de cantar. Durante un instante, todo es silencio y nada se mueve.

—¿Hola?

¿Qué hacemos? ¿Responder? ¿Salir corriendo? No tengo ni idea de si está armada. O de si ahí fuera hay alguien esperando a verla salir de la zapatería con un regalo de cumpleaños para JJ.

—¿Quién anda ahí? —pregunta.

La oigo más cerca. Me llega el chasquido de lo que parece el seguro de un arma. Entonces una luz ilumina el pasillo hasta la pared del fondo, a mi izquierda. Una linterna. Eso es lo que ha hecho el ruido, no el seguro de una pistola. Creo.

Jamie me agarra de las axilas por detrás y tira de mí para ayudarme a levantarme. El haz de la linterna da la vuelta a la esquina y ahí está la mujer. Que sí nos está apuntando con un arma.

Se detiene. Ninguno de nosotros nos movemos. Yo no he levantado mi pistola, pero ella no ha bajado la suya. Jamie me está tocando con las dos manos, así que debe de llevar el rifle colgado del hombro. Es una chica negra que aparenta más o menos nuestra edad. Tiene los ojos muy abiertos a causa del miedo y la boca fruncida en una línea fina.

—Esperad. —Levanta las manos. Tanto la pistola como la linterna apuntan al cielo—. No voy a dispararos.

—Vale.

Pero aún no he guardado mi arma.

—¿Hay alguien más con vosotros? —nos pregunta.

—¿Y eso qué importa? —Jamie dice.

Bueno, importa porque quiere saber si la van a emboscar cuando nos mate.

—¿Están en la ferretería? Es donde ha ido mi gente, así que es posible que estén en apuros.

¿Es una amenaza o un aviso?

—Estamos solos —digo.

Jamie me da un ligero apretón en el hombro y quiero decirle que todo saldrá bien. Eso creo, al menos.

La chica asiente.

—Vale. —Se guarda el arma en la parte posterior de los vaqueros, aún con la linterna en alto—. ¿A qué habéis venido?

Levanto el pie y a mi zapato se le abre la boca como si estuviera bostezando.

—Necesito unos nuevos.

Me mira como si intentara descubrir si estoy de broma o no.

—Pues cogedlos y marchaos. Creo que hay una puerta trasera. Salid al callejón y seguidlo hasta la carretera que va por detrás del centro comercial. Girad a la izquierda hacia la autopista. Supongo que es de donde venís, ¿no?

Me vuelvo hacia Jamie. Cara está detrás de él y parece aterrorizada. Como si siguiera esperando a que esta chica nos mate. Por fin, Jamie asiente.

—Entonces tenéis veinte minutos.

Sin más, se da la vuelta y se encamina de nuevo hacia la parte delantera de la tienda.

Jamie me susurra:

—¿Cómo sabemos que no ha ido a buscar a los demás?

Cara nos rodea para poder asomarse a la entrada de la tienda.

—Porque está esperando en la puerta.

Salgo de detrás de la esquina y la veo apostada junto a la entrada, de espaldas a nosotros.

—Venga, cojamos lo que necesitamos y larguémonos de aquí.

Veo una caja con unas deportivas bajas de color verde oscuro que son de mi número y me las pongo. Jamie encuentra un par de zapatillas morado oscuro que le quedan perfectas y nos dirigimos hacia la salida de atrás.

Me detengo cuando Cara abre la puerta del almacén.

—Gracias —digo en voz alta.

La chica no me responde.

Espero que encuentre un buen regalo para JJ.

28
Jamison

Interponemos toda la distancia posible entre Yulee y nosotros tratando de pasar por Jacksonville a toda prisa, por si acaso es ahí donde se encuentra el cuartel general del grupo. Si lo es, no son tan metódicos como en Fort Caroline. Las carreteras están hechas un desastre y llenas de coches y basura.

Andrew hace varias referencias a Blake Bortles, el jugador de fútbol americano, y esas sí las pillo.

—¿Cómo es que sabes quién es Blake Bortles? Ya ni siquiera jugaba para los Jaguars cuando llegó la supergripe.

—Tío, por *The Good Place*.

Y esa no la pillo, pero con el rabillo del ojo veo que Cara sonríe.

La primera noche nos detenemos a descansar en el armazón quemado de un centro comercial, donde a nadie se le ocurrirá mirar. Pero Cara se pone muy nerviosa y se niega a acercarse. Se echa a llorar en silencio, se tapa los ojos para no ver el centro comercial y se acuclilla en medio del aparcamiento. Le tiemblan las manos y, cada vez que Andrew intenta ponerle una mano de consuelo encima, ella lo aparta de una cachetada.

—Vale —me susurra Andrew—. Voy a buscar otro sitio para pasar la noche. ¿Puedes… quedarte con ella hasta que esté bien?

—No pienso dejar que te vayas solo.

El miedo y la angustia me atenazan solo de pensarlo. Como si hubiera una versión zombi de Harvey Rosewood acechando en las sombras de esta ciudad, esperando a que Andrew baje la guardia.

—No me pasará nada. —Mira detrás de mí, hacia Cara, que sigue agazapada junto al poste de una farola del aparcamiento—. Es ella la que me preocupa.

—Y por eso la dejas con el que le apuntó con una pistola.

La expresión de Andrew se vuelve seria.

—Esa broma no me hace gracia.

Se me encoge el estómago y siento tanta ansiedad que apenas soy capaz de controlarla. Porque Andrew está decepcionado conmigo. Intento formular una disculpa, pero me aprieta suavemente el brazo con una mano.

—Cara estará bien, es solo que… Sé que tiene algo que ver con su familia, pero nunca da detalles. Así que quédate con ella. Volveré, ¿vale?

—Sí.

Pasan quince minutos antes de que el llanto de Cara se calme un poco. Saco el agua de mi mochila y me siento a su lado. No se estremece ni me da la espalda, lo cual ya es un avance. Le ofrezco el agua.

—Te convendría beber algo.

—Estoy bien —dice con la vocecita frágil que la caracteriza.

Suspiro y dejo la botella de agua en el suelo, entre los dos.

—Cuando tenía seis años, me pasé casi una hora llorando en el aparcamiento del centro comercial King of Prussia porque mi madre no quería comprarme un DVD de *Godzilla*.

Contra todo pronóstico, Clara levanta la mirada hacia mí.

—¿Qué?

—A decir verdad, era el de *King Kong vs. Godzilla*, el antiguo. La carátula me parecía muy chula. Estaba de oferta y costaba solo cinco pavos. Pero sí, casi una hora. Y ella estuvo allí sentada en silencio todo el rato hasta que por fin empecé a calmarme. ¿Sabes qué hizo después?

Cara niega con la cabeza y coge el agua. Intento no mirarla mientras bebe.

—Busca una canción en el móvil y le da al botón de reproducción. Era una de los Rolling Stones. *You Can’t Always Get What You Want*. Lloré durante otros siete minutos mientras ella la cantaba a pleno pulmón.

Cara se echa a reír y se atraganta con el agua; se tapa la boca mientras tose. Intento no sonreír, pero es casi imposible que el recuerdo no resulte divertido.

—Pero, una vez que me calmé, volvimos al centro comercial, ¿y sabes lo que me compró?

—¿El DVD de *Godzilla*?

—¡No! ¡Zapatos!

A Cara se le escapa otra risita, se enjuga los ojos y bebe un poco más de agua.

—Y pantalones para el colegio. —Sacudo la cabeza como si todavía no pudiera creérmelo—. A partir de ese momento, siempre, ¡siempre!, me ponía esa dichosa canción cuando las cosas no me iban como yo quería. Empezaba a bailar por toda la casa mientras me decía que no siempre tendría todo lo que quisiera, pero que, si lo intentaba, a veces conseguiría lo que necesitase. —Ahora es a mí a quien las lágrimas empiezan a escocerle en los ojos; suelto un suspiro—. La echo mucho de menos. Así que créeme cuando te digo que entiendo lo de llorar en un aparcamiento. Sobre todo, cuando echas de menos a alguien.

Cara me tiende el agua, le doy las gracias y la cojo.

—Mi padre cantaba mucho esa canción de los Talking Heads, la que habla de una casa y una esposa muy guapa —dice. Después hace un gesto de negación—. Cantaba fatal.

Ahora me toca a mí escupir el agua al reírme.

Andrew regresa unos minutos antes de la puesta de sol y nos guía hasta el vestíbulo de un Holiday Inn Express abandonado para pasar la noche.

La segunda noche nos sorprende en medio de la nada, así que salimos de la autopista a la altura de un pueblo pequeñito y acampamos en el aparcamiento vacío de una tienda de productos agrícolas.

Reunimos trozos de los palés de madera seca que encontramos detrás de la tienda destartalada y encendemos una hoguera para hervir el agua que hemos cogido en un arroyo cercano. Andrew termina de contarnos la película *10 cosas que odio de ti* —«No recuerdo todo el poema, pero la frase más importante es que "odia no poder odiarle, porque no le odia ni siquiera un poco, nada en absoluto"»— y Cara, que se ha sentado más alejada del fuego, se enjuga una lágrima cuando Andrew se pone de pie.

—Tengo que ir a hacer pis. Pensad en qué película vamos a ver cuando vuelva.

Sonrío mientras cruza el aparcamiento de grava y se interna en el bosque. Esta noche hay viento y los árboles se mecen cada vez que se levanta una

ráfaga fuerte. Lo único que hace más ruido son las cigarras.

—Me gusta cómo cuenta las películas —dice Cara.

—A mí también.

—He visto *10 cosas que odio de ti* y no se ha saltado ni un punto importante de la trama.

Vuelvo a sonreír y asiento.

—Ha mejorado mucho. Deberías oírlo contar *Miss Agente Especial*.

—Vaya, me encantaría, sí.

—Pues decidido, que cuente esa —digo mientras atizo el fuego.

—Lo quieres.

Dejo de moverme y la miro. Ella me devuelve el gesto con los ojos entornados. No digo nada.

—Se te nota —continúa—. Mi hermana coqueteaba descaradamente con nuestro jardinero. Y luego se casó con él.

—No coqueteo descaradamente.

—No. Pero, cuando cuenta películas, no le quitas ojo y, si se levanta y se acerca demasiado al fuego, estás atento a sus pies y estiras los brazos hacia él. Y mi hermana hacía cosas parecidas a esas. Cuando Andrew cuenta alguna anécdota sobre vosotros dos, te tensas un poco porque no sabes si va a ser incómoda o tierna. Pero, en cualquier caso, al final siempre tienes la misma sonrisa en la cara.

No sé cómo es posible que Cara sepa que quiero a Andrew cuando ni siquiera yo lo sé. Sé que estoy atento a sus pies porque no quiero que se acerque demasiado al fuego si va a hacer algún tipo de chiste físico. Como es lógico, no sé qué cara pongo cuando habla del viaje que hemos hecho juntos hasta aquí, pero, sí, a veces me preocupa que cuente alguna anécdota embarazosa. E, incluso cuando las cuenta, sigue gustándome cómo lo hace.

—Y él te quiere a ti —asegura Cara—. Pero no os lo decís cuando vais a acostaros.

—¿Qué…? Pero… No. No lo hacemos.

—¿Por qué?

La verdad es que me gustaría saber a qué cojones viene todo esto.

—Porque yo… No lo sé. No es algo que se le diga a todo el mundo.

—No. ¿Os habéis peleado?

—Cara… No, es… Es algo más complicado.

Me doy la vuelta para mirar hacia el bosque e intentar asegurarme de que Andrew aún no viene.

—¿Por qué?

—Porque sí. No puedo explicarte meses y meses de complicaciones en el tiempo que tarda Andrew en mear.

—Pero a él no te hace falta explicárselas.

Me imagino a Andrew acercándose a mi oreja y susurrándome: «Ahí te ha pillado, la tía». Porque tiene razón: Andrew es la única persona que ha estado conmigo durante todo este tiempo. Deseaba tener a alguien con quien hablar de esta situación y resulta que lo tenía al lado desde el principio. Es lo único que me queda.

Cara parece deducir algo de mi silencio.

—Puedo marcharme.

—No. No tienes que hacerlo.

—Iré a buscar agua. Así podrás decirle lo que necesites.

No espera a que responda y empieza a recoger sus cosas.

—¿Y si a él… no… le gusto?

Puede parecer inaudito, pero ¡Cara me mira directamente a los ojos! Sin embargo, parece confundida. Como si no entendiera cómo puedo estar diciendo lo que estoy diciendo.

—Le gustas.

Agarra su botella de agua y la mete en la mochila.

—Cara. —Se vuelve hacia mí. Hay algo que me ha estado carcomiendo por dentro desde que la vimos delante del bar—. ¿Durante cuánto tiempo habías estado siguiéndonos?

No duda ni miente:

—Desde que salisteis.

—Y mantuviste la distancia. Nosotros no te vimos ni una sola vez, pero tú sí nos veías. Dejaste de esconderte y te plantaste en medio de la carretera a propósito para que por fin te viéramos, ¿no es así? —No contesta, así que me lo tomo como una confirmación—. Entonces, ¿por qué decidiste mostrarte en ese preciso instante?

Se me queda mirando un momento por encima de la hoguera. Espero que me diga que es porque vio cómo nos tratábamos el uno al otro. Espero que me diga que se dio cuenta enseguida de que no éramos peligrosos, de que no le haríamos daño. Pero su razón es bastante más práctica.

—Iba a llover.

Esboza una sonrisa burlona, se vuelve de nuevo hacia la mochila y se la echa al hombro. No puedo evitar reírme. Antes de que se vaya, rebusco en la mochila de Andrew y saco la pistola.

—Toma. —Se la tiendo, pero no la acepta. Se la acerco más—. Llévatela. Andrew me mataría si te dejara adentrarte en el bosque sola y desarmada. —Le quito el seguro—. Apunta al aire y dispara. Iremos corriendo a por ti.

Con aire vacilante, estira una mano hacia el arma, la agarra solo con el índice y el pulgar y se la guarda en la mochila.

—Buena suerte.

Y, sin más, se gira y echa a andar hacia el arroyo, en dirección contraria a la que ha tomado Andrew.

Me quedo solo junto al fuego bajo pensando en qué voy a decirle. Cara tiene razón: hace tiempo que quiero decirle algo, aunque no he sido capaz de averiguar exactamente qué. Suena fatal afirmar que lo que pasó con Harvey me ha hecho darme cuenta de que mis sentimientos son reales, pero es así. No fue el acto de matarlo, eso fue horroroso y es algo que no quiero volver a experimentar en toda mi vida. Pero proteger a Andrew es algo que haría sin pensármelo dos veces. Haría cualquier cosa por él.

Oigo sus pasos a mi espalda y se me encoge el estómago. Clavo la mirada en el fuego e intento decidir por dónde empezar.

Sus pasos están cada vez más cerca y me tironeo de los pelos de la pierna. Estoy tan concentrado en tratar de descubrir qué voy a decirle que, hasta que está a solo unos metros de mí, no me percato de que camina de una forma extraña; entonces oigo sus gritos ahogados.

Cuando me levanto y me doy la vuelta, veo a un hombre que le sujeta a Andrew las manos a la espalda y le apunta a la cabeza con una pistola.

—No te muevas —ordena el hombre.

La mirada de Andrew está cargada de miedo y lleva una camiseta o algún tipo de tela metida en la boca. Detrás de él hay un grupo de cuatro hombres más, todos ellos armados.

Levanto las manos, aunque tampoco es que importe. Cara se ha llevado la única arma útil para nosotros en estos momentos. Le he dado la pistola para que pudiera dispararla al aire si necesitaba ayuda, sin pensar en que Andrew y yo seríamos los que necesitáramos su ayuda.

—Ponte de rodillas en el suelo —me dice el hombre.

Obedezco e intento concentrar mis pensamientos en Andrew y decirle telepáticamente que todo va a salir bien.

No sé cómo, pero todo saldrá bien.

Uno de los hombres del grupo que tiene detrás emerge de entre las sombras y me da un vuelco el corazón. Es Grover Denton.

Se arrodilla a mi lado y oigo el chasquido de unas bridas de plástico cuando me ata las muñecas primero por separado y luego la una a la otra.

—Baja el arma, Steve —dice Grover.

Steve, el hombre que mantiene inmovilizado a mi compañero, le da una patada en las corvas y Andrew se desploma en el suelo delante de mí. Obedeciendo a un instinto, intento estirar los brazos hacia él, amortiguar su caída, pero las bridas de plástico se me clavan en las muñecas.

Cuando se estampa contra la grava, gruñendo de dolor, me invade una furia caliente y venenosa. Ojalá llevara la pistola encima para hacérselo pagar a todos.

—¡Me cago en la leche! —grita Grover. Me rodea y levanta a Andrew tirando de las bridas de plástico que él también lleva en las muñecas—. No tienes por qué ser tan gilipollas, Steve.

—Que te jodan, Denton, mataron al hijo de Danny.

Por supuesto que saben lo de Harvey.

Walt. Le disparé, pero no murió. Debió de encontrarse con otra partida de búsqueda, o puede que incluso consiguiera llegar hasta Fort Caroline. Y allí les contó lo que había pasado. Que matamos a Harvey Rosewood e intentamos acabar también con él. Y Fort Caroline lo dispuso todo para vengarse. Y, no sé cómo, nos han encontrado aquí.

—Llamad a Rosewood —les grita Steve a los hombres que tiene detrás—. Ya tenemos a estos cabrones.

Uno de ellos se separa del grupo, walkie-talkie en mano, y comienza a farfullar algo en él.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —le pregunto a Grover Denton.

El *sheriff* me mira con el ceño fruncido, poco dispuesto a compartir sus secretos. Steve, por el contrario, no es tan orgulloso.

—Walt nos señaló dónde os habían encontrado Harvey y él —dice—. Enfilamos la autopista y empezamos a bajar desde ahí.

—Steve, cierra el pico —le advierte Grover.

Pero él no le hace caso.

—Hay un montón de gente buscándoos solo a vosotros dos, pero esta noche hemos visto vuestro fuego. La suerte ha sido que nos hayamos topado con…

—¡Steve! —Grover se vuelve hacia él—. Te he dicho que cierres el pico.

Steve hace una mueca y se da la vuelta para acercarse al resto del grupo. El *sheriff* se agacha y le quita la mordaza a Andrew.

—Lo siento —se disculpa en cuanto puede volver a hablar.

Parece decepcionado consigo mismo. Como si tuviera que haber sabido que la gente de Fort Caroline iba a tendernos una emboscada en este lugar. Yo ni siquiera lo sospechaba. Ya no, cuando estábamos tan lejos.

—Tú no tienes por qué disculparte. —Miro a Grover Denton, que se dirige hacia los demás hombres que han venido a vengar a Harvey Rosewood—. Pero yo sí.

—No es culpa tuya —dice Andrew con los ojos llenos de lágrimas.

—No, no es por esto. Es…

Trago saliva inconscientemente y ese gesto interrumpe mis palabras. Los hombres de Fort Caroline están hablando entre ellos. No nos están prestando atención, sino celebrando su captura en voz baja. Retuerzo las bridas de plástico. No son las gruesas y blancas que usaban los policías para detener a la gente cuando no tenían esposas. Son de las más finas, de las que cualquiera podía comprar en una ferretería.

Andrew parece muy decepcionado y quiero acercarme a él y decirle que no pasa nada. Pero no sería cierto. Van a matarnos. Es lo único que veo en nuestro futuro. Adelanto una rodilla para impulsarme por la grava y me arrastro hasta él. Apoyo la frente en la suya. Debemos de parecer idiotas, pero la sensación es maravillosa. Nos miramos a los ojos. Hace un esfuerzo por sonreír.

—Lo siento porque he… he desperdiciado mucho tiempo —digo.

—¿A qué te refieres?

Tengo el corazón acelerado y no se debe al hecho de que tengamos las manos atadas y estemos a apenas unos minutos de morir.

—He… Es… No…

Joder, a la mierda con todo, ¿por qué estoy hablando?

Lo beso.

Andrew se queda inmóvil y me acerco un poco más hacia delante para intentar decirle que no pasa nada y que puede devolverme el beso porque yo quiero que me lo devuelva. Por fin lo hace, su boca se abre a la mía y deja escapar por la nariz el aliento contenido.

Luego se aparta.

—Me has besado —dice, como si pensara que no soy consciente de lo que acabo de hacer.

—Sí.

Refunfuña, enfadado, y me quedo de piedra.

—Acabas de besarme por primera vez y yo me he pasado los diez últimos minutos con una camiseta sucia metida en la boca.

—Yo… tú… ¿qué?

—A la porra, da igual. Pero… ¿podrías… hacerlo otra vez?

—Sí.

La palabra apenas ha abandonado mis labios cuando los suyos me los sellan.

Nos besamos y es difícil porque quiero ponerle las manos en la nuca y pasárselas por el pelo. Y, ahora que lo pienso, no le iría nada mal cortárselo.

Pero nuestro beso tiene el efecto contrario al de un cuento de hadas. Cuando se acaba, no es «felices para siempre». Seguimos en el mismo aprieto.

—Oye —digo para intentar captar la atención de Andrew. No voy a morir así. No vamos a morir con un beso de despedida cutre en el que no he podido pasarle los dedos por el pelo ni sentir sus manos en las mías—. Al principio no sabía qué era porque era contigo y nunca me había pasado. —Suspiro—. En realidad, creo que nunca me había pasado algo así con nadie y quiero que lo sepas, pase lo que pase. Parece una estupidez y odio tener que decírtelo ahora, de esta manera.

Estoy parloteando como un completo idiota y tengo el corazón desbocado.

Andrew sonríe e intenta ayudarme a llegar al final.

—¿Estás intentando decirme que me quieres?

—Gracias, sí. Eso es. Te quiero. —Ahora estoy llorando—. Y siempre te querré.

—Pero *¿I will always love you* como Dolly Parton o como Whitney? —pregunta. Las lágrimas le rebosan de los ojos y no puedo evitar echarme a reír y que se me escapen los mocos por la nariz. Gimo mientras él se ríe—. Dios, qué *sexy* eres.

Me río aún con más ganas y las lágrimas no paran de brotar.

Sé que Andrew está tan asustado como yo, pero nuestra proximidad aplaca el miedo. Las frentes que se tocan. Debemos afrontar el final y eso no está bien, pero, al mismo tiempo, sí lo está. Todo va bien. El mundo ha terminado y no queda más que mierda.

Y él.

Nosotros.

Así que sí, todo va bien.

—Límpiate los mocos en mi camiseta —me dice—. Si vamos a morir, preferiría que no me besaras por última vez y me confesaras tu amor con los mocos colgando.

Acepto su oferta y le restriego la cara contra el hombro. Se ríe.

—Por esto te quiero —digo—. Exactamente por esto. Tenía muchísimo miedo antes de que llegaras. —No lo especifico, pero me refiero a la cabaña. Estaba perdido sin él y habría muerto, ahora lo tengo claro. Habría sido incapaz de sobrevivir otro año solo en esa cabaña—. Haces que me sienta seguro. Como si el mundo no se hubiera acabado, como si no fuera cierto que no queda nada. Porque te tengo a ti.

Vuelve a apoyar la frente en la mía.

—Puede que yo te haga sentir seguro, pero eres tú quien me salva el culo cada dos por tres. —Se le quiebra la voz y cierra los ojos con fuerza—. Ojalá yo pudiera hacer lo mismo por ti en este momento.

—No pasa nada. —Lo beso—. Estás aquí.

Lo beso de nuevo con la esperanza de que entienda que con eso me basta.

—Te quiero, Jamison.

La situación no podría ser más siniestra, pero jamás había sentido algo tan increíble como al oírle decir esas palabras. Semanas… No, meses de miedo y dudas han desaparecido en un instante. Me quiere. Ojalá consiguiéramos escapar de este lío para que Andrew pudiese contarme toda esta historia como si fuera una película del Hallmark Channel.

Abro la boca para decirle que lo quiero, pero un disparo resuena en la oscuridad. Ambos nos pegamos al suelo. Intento preguntarle a Andrew si se encuentra bien, pero los gritos de los hombres ahogan mi voz. Otro disparo y una nube de polvo se levanta en la grava.

Ahora todo el mundo ha empezado a pegar tiros, apuntan a ciegas hacia la oscuridad que nos rodea. Es Cara, es ella quien está disparando desde el bosque. Frente a mí, Andrew se retuerce para intentar quitarse las bridas de plástico de las muñecas.

Lo imito y noto que el plástico se me clava con fuerza en la piel mientras intento encontrar un punto débil. Entonces caigo en la cuenta: la navaja multiusos de Henri. Dios, adoro a esa mujer.

Me meto la mano en el bolsillo trasero de los pantalones cortos, la saco y empiezo a buscar la navaja.

Los hombres de Fort Caroline dejan de disparar e intentan detectar algún ruido entre las sombras. Yo también me quedo inmóvil y aguzo el oído. Cara ha dejado de disparar. No me extraña, porque solo tenía quince balas.

Pero entonces otro disparo resuena en la oscuridad, esta vez desde el lado opuesto del aparcamiento. Grover Denton se ve obligado a retroceder haciendo una especie de baile cuando el polvo estalla a sus pies. Todos los

hombres de Fort Caroline se dan la vuelta y empiezan a disparar de nuevo, salvo el *sheriff*, que les grita que dejen de malgastar balas. Nadie le hace caso.

Abro la navaja y me hago un corte al intentar deslizarla contra la brida de plástico. Ahogo un grito e intento cortarla sin apartar la vista de Grover y los demás. Están demasiado ocupados lanzando disparos al bosque.

Dios, espero que Cara esté bien.

La brida se rompe y me pongo de pie enseguida. Andrew sonríe a la luz del fuego cuando ve que tengo la navaja multiusos en la mano. Lo libero.

—Nosotros también te queremos, Henri —dice.

—Sí, mucho. Venga, vámonos.

Ambos nos movemos con sigilo y recuperamos nuestras respectivas mochilas. Cojo el rifle sin munición y me lo cuelgo al hombro. Andrew me agarra de la mano.

Echamos a correr hacia los árboles. A nuestra espalda, oigo que alguien grita: «¡Eh!». Me doy la vuelta y veo que Grover Denton nos ha visto escapar, pero su pistola continúa mirando hacia el suelo. A su derecha, otro hombre tiene el arma en alto y nos está apuntando directamente. Justo cuando llegamos a los árboles, empieza a disparar. Le suelto la mano a Andrew y una bala impacta en el árbol que queda entre ambos.

Corremos lo más deprisa que podemos en la oscuridad. Una rama de árbol me golpea en la boca y noto el sabor de la sangre. Se oyen más alaridos detrás de nosotros.

—¡Andrew! —grito.

—Aquí. —Está a mi izquierda, un poco más adelantado—. ¡No te pares, sigue!

Hago lo que me dice y una bala pasa zumbando junto a mi oreja, demasiado cerca para mi gusto, antes de estrellarse contra un árbol a mi izquierda.

Se oyen más tiros a nuestra espalda, pero cada vez más alejados. Cada vez que disparan, dejan de moverse, y eso los está frenando. Oigo otro estallido y me tropiezo con una raíz. Ni siquiera me da tiempo a adelantar las manos y frenar la caída. Me golpeo la cabeza contra el suelo, un dolor terrible me explota en el costado y me da la sensación de que me he estampado contra una piedra, pero no tengo tiempo para preocuparme por el dolor.

Me levanto, vacilante al principio.

—Andrew —digo en voz baja.

Ahora las voces de los hombres están más lejos.

—Jamie.

Está más adelante. Me abro paso hacia él entre los árboles. Se me están entumeciendo un poco las piernas, pero puedo hacerlo.

—Andrew —repito.

No responde y me da un vuelco el corazón. Oigo un crujir de hojas a mi lado y una mano me agarra del brazo.

—Chis, por aquí —dice. Avanzamos despacio; las voces de la milicia de Fort Caroline se acercan—. Sígueme.

Hay una colina. Andrew empieza a subirla y yo intento hacer lo mismo caminando de lado, pero una punzada de dolor me atraviesa la pierna y caigo rodando colina abajo. Estoy mareado. Debe de ser el golpe que me he dado en la cabeza, o puede que el de la rama en la cara; espero no tener una conmoción cerebral.

Andrew me está llamando. Lo oigo muy lejos, pero no creo que la caída me haya apartado tanto.

Está a mi lado y vuelve a agarrarme del brazo, me lo sacude y se agacha junto a mí. Su aliento cálido me roza la oreja cuando me pregunta si estoy bien y, durante un instante, vuelvo en mí. Sonrío. Abro la boca para decirle que sí, pero no puedo. No me salen las palabras.

Me cuesta respirar y cada resuello es una nueva punzada de dolor lacerante en el costado.

—Jamie, dime algo —me suplica Andrew.

Estoy mojado. ¿Estamos tumbados en un arroyo?

Ni siquiera sé dónde está la milicia. Andrew me habla en voz muy baja, pero estoy seguro de que terminarán oyéndonos si no se calla.

—Te han dado.

Está empezando a dejarse arrastrar por el pánico y no para de hacer presión en el costado que me he golpeado con la piedra.

Intento gritar, pero el dolor me devuelve de golpe a la realidad. Me duele muchísimo y él lo está empeorando. Intento apartarle la mano del punto donde el dolor irradia como si fuera de fuego. Pero no me lo permite y noto que se me humedecen las manos.

—Te han dado.

Es lo único que dice. El dolor del costado no me lo ha provocado una piedra.

Me viene a la mente el cervatillo del claro cercano a la cabaña. No podría haberle disparado jamás, ni tampoco a su madre. No si esto es lo que se siente.

Nunca debimos salir de la cabaña.

—Jamie —susurra Andrew—. Jamie, ¿qué hago? ¿Cómo detengo la hemorragia?

Es lo último que oigo antes de que su voz se desvanezca y lo único que quede sea…

29
Andrew

—Jamie, tienes que ayudarme, ¿vale? —le digo, pero sigue sin reaccionar.

Respira, pero con jadeos cortos y superficiales. Vuelvo a apretar. Esta vez no emite el mismo bramido ronco y triste de antes. Como si deseara gritar de dolor, pero supiera que atraería a los hombres que nos persiguen.

Aguzo el oído. La respiración de Jamie y las voces de los hombres de Fort Caroline: tanto una cosa como la otra están más lejos.

Aparto la mano de la mancha húmeda que tiene en el costado y me quito la mochila de la espalda. Rebusco el botiquín en su interior, pero se me revuelve el estómago y creo que voy a vomitar. El botiquín lo tiene Cara. Está en su mochila porque Jamie y yo cargamos con parte de su comida para repartir el peso entre los tres. Y me parece que su mochila está en el claro. Aunque no tengo ni idea de dónde está ella.

Eso ahora no importa. Cojo dos camisetas. Jamie está sangrando mucho. Lo primero que tengo que hacer es detener la hemorragia.

—¿Jamie? —pruebo otra vez.

No responde. Se le ralentiza la respiración.

Vuelvo a ponerle la mano en el estómago. La sangre le sale del lado derecho del vientre, justo por encima de la cadera. Tengo los ojos cerrados,

aunque es innecesario porque todo está muy oscuro. Aun así, le palpo el costado con indecisión y suavidad.

Tiene un agujero.

«Dios mío». Me arden los ojos y el corazón se me agarrota en el pecho. La sangre le mana a borbotones de la herida. Cojo una de las camisetas y la presiono contra el orificio.

A tientas, bajo por el costado hacia la espalda de Jamie.

Otro agujero, más pequeño. Tienen que haberle dado por la espalda, así que el de delante es el orificio de salida. Lo tapo con la segunda camiseta y, con la mano que me queda libre, pegajosa y cubierta de sangre, hurgo en la mochila y saco un pantalón.

—Venga —digo.

Levanto el pesado torso de Jamie y le paso por debajo una de las perneras. Tengo el brazo empapado de una humedad cálida que no alcanzo a ver. Reajusto las dos camisetas y le ato el pantalón con todas mis fuerzas alrededor del vientre. Le apoyo un pie en la cadera y lo uso para hacer palanca y apretar más los vaqueros. Luego les hago un nudo doble. Jamie gime; aún está vivo, pero no consciente.

—Ya —le digo al mismo tiempo que meto la mano por debajo de los vaqueros para asegurarme de que las camisetas siguen apretadas contra la herida—. Perdona.

No sé qué más hacer. No me había dado cuenta hasta ahora, pero de repente me noto una humedad cálida en las mejillas. Me rindo y sucumbo a un sollozo silencioso mientras le poso una mano en la barriga.

Se está desangrando delante de mí y no puedo hacer nada.

Me inclino hacia él y lo beso. Tiene los labios fríos y secos.

—¿Qué hago? —le pregunto—. Por favor, dime qué tengo que hacer.

Aún respira, pero no dice nada. Ni siquiera sé si en el botiquín habrá algo útil, pero la bici de Cara también está en el claro. Podría volver a por él.

Intento averiguar dónde podrían estar los hombres de Fort Caroline. No oigo nada. Bajo la mirada hacia la sombra en forma de Jamie que tengo delante. Sé que, si no han vuelto al claro para esperarnos, estarán peinando el bosque. Así me encontraron cuando fui a hacer pis. Oí el chasquido de una ramita antes de que algún capullo me pegara un puñetazo. Luego se me echaron varios encima y, antes de que me diera tiempo a gritar, me metieron una camiseta en la boca.

Pero, si no hago nada, Jamie está muerto. Palpo los vaqueros que le he atado alrededor del cuerpo para ver si hay más sangre. Creo que no. Creo.

Dios, esto es ridículo. Me agacho y le doy un beso en la frente fría. Deja escapar un jadeo superficial junto a mi cuello.

—Vuelvo enseguida.

Subo por la colina para deshacer el camino que acabamos de recorrer. No sé cuánto nos hemos alejado corriendo y, sin nada de luz, podría haberme desorientado por completo. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados. No puedo quedarme mirando mientras Jamie se desangra hasta morir. Y, si muere, estoy dispuesto a matar hasta el último de esos cabrones.

Resulta que no necesito una brújula mental porque, por lo visto, los hombres de Fort Caroline son incapaces de mantener la boca cerrada. Sus voces me guían hacia el claro. Hasta que veo los faros tenues de una camioneta en el aparcamiento, no reconozco la voz.

Es Danny Rosewood. Y está cabreado.

—… y, ya puestos, ¿me explicáis cómo narices los habéis dejado escapar?

—Ya te lo he dicho, Danny… —es el *sheriff* Denton—, había alguien más con ellos.

—Vale, ¿quién leches era?

—No lo sé, no lo hemos encontrado.

¿«Lo»? ¿Creen que es un hombre? Tienen que saber que ha sido Cara. Dejó el motel al día siguiente que nosotros. Entonces, ¿por qué Grover Denton actúa como si no tuviera ni idea de quién nos acompaña? La bicicleta de Cara está apoyada en la parte de atrás de la tienda de productos agrícolas, fuera del alcance de la vista. ¿Es que ni siquiera se han asomado ahí a echar un vistazo?

Cara. Tiene que estar bien. No creo que fuera capaz de soportar que les hubieran disparado a ambos. Que ambos estén muertos.

La furia y la pena me inundan el pecho y quiero salir corriendo y dando gritos del bosque. Quiero estrangular a Danny Rosewood hasta matarlo.

—¡Volved ahí fuera y encontradlos! —ordena el alcalde de Fort Caroline.

Los hombres se ponen en marcha, pero Grover Denton levanta una mano y les grita que no se muevan.

—Por el amor de Dios, Denton, ¿a qué viene esto?

—A que no quiero que vuelvan al bosque, señor. No vamos a seguir con esto.

—¡Eso no lo decides tú, lo decido yo!

Rosewood da un paso largo hacia Denton, lo mira y le señala la cara con un dedo.

—Lo que te estoy diciendo es que no vamos a seguir haciendo lo que tú digas. Estás demasiado afectado…

—¡Pues claro que estoy afectado! ¡Han matado a mi hijo! Fue lo bastante fuerte como para combatir la gripe, pero esos paletos le tendieron una emboscada como los tramposos que son y ahora está muerto.

Denton intenta mantener la calma y, a la vez, hablar alto para que todos los presentes en el claro lo oigan.

—Ya hemos desperdiciado suficiente tiempo y recursos en este viaje cuyo único objetivo es tu venganza. No permitiste que a Walt se le proporcionaran los medicamentos que necesitaba…

—Porque era hombre muerto de todas formas. ¡Sabemos exactamente dónde están esos maricas y tú estás perdiendo el tiempo soltándome este rollo!

—¡Se acabó, Danny! Puede que seas el alcalde, pero no seguirás siéndolo si desperdicias toda nuestra munición, comida y combustible en este arrebato. Tienes que aclararte la cabeza.

Rosewood pasea la mirada por el resto de los hombres. Todos parecen muy interesados en las piedrecitas que componen el aparcamiento de grava.

—¿Todos pensáis lo mismo? —les grita el alcalde.

Pues claro que sí, puto loco.

Uno de ellos se atreve a hablar:

—Bueno, es que… estamos preocupados por la gente de casa. La mitad de nuestras fuerzas de seguridad está repartida por la carretera. Eso hace que la posición de Fort Caroline sea vulnerable.

Denton aprovecha la muestra de apoyo:

—Ya se nos ocurrirá otra solución, Danny. Ahora el mundo es un lugar muy pequeño. Avisaremos a los asentamientos que conocemos y así habrá más ojos buscando.

Danny Rosewood se da la vuelta y le pega una patada a la hoguera; las chispas y las brasas se dispersan en la noche mientras él grita de furia. Respira dos veces de forma entrecortada y se vuelve hacia Denton.

—De acuerdo —gruñe—. Pero creo que tendremos que replantearnos el funcionamiento de nuestra policía cuando lleguemos a casa.

—Lo que tú digas, Danny.

Grover Denton se da la vuelta y se dirige hacia las camionetas aparcadas a lo largo de la calle.

—¡Dejadlo, que nadie haga nada más! —dice Rosewood, que se abre paso a empujones entre todos los demás y se sube a una camioneta.

Todos lo siguen, sin hablar. Los vehículos arrancan y se zambullen, uno a uno, en la oscuridad. Unos instantes después, el rojo de sus luces traseras desaparece en la rampa de acceso a la autopista.

Parece demasiado bueno para ser verdad. ¿Por qué llegar hasta aquí para terminar renunciando a nosotros? Salvo que Grover Denton sea en realidad mucho más inteligente que Danny Rosewood. Sabe que la supervivencia de todo el mundo depende de las decisiones que se tomen.

Y a juzgar por lo que he oído, han dejado morir a Walt. Ni siquiera han intentado ayudarlo porque lo consideraban una merma inútil para sus recursos. Sin embargo, han venido hasta aquí. Por supuesto. Así es Fort Caroline: no eres importante a menos que seas importante para alguien con poder.

Permanezco agachado en la oscuridad durante todo el tiempo que puedo antes de salir a la esplanada de grava. Despacio. Espero que las camionetas vuelvan a aparecer rugiendo por la calle, que enciendan los faros mientras entran a toda velocidad en el aparcamiento de la tienda.

Pero no aparece nadie. Reina el silencio. Se han ido de verdad.

Me acerco rápidamente a lo que queda del fuego.

—Andrew.

La voz de Cara me hace saltar del susto y se me escapa un chillido. Me doy la vuelta y me la encuentro justo detrás de mí.

—Dios, Cara. Perdona, no te había oído.

En la oscuridad, no me parece que esté herida.

—¿Estás bien? —le pregunto.

Asiente y me tiende la pistola como si fuera una rata muerta.

—Gracias. Nos has salvado el… —Jamie sigue en el bosque. Tengo que volver con él—. Jamie. Le han dado.

Me mira y casi le veo el miedo en los ojos.

—¿Se ha…?

—Está sangrando mucho. No sé qué hacer, pero… sé que sin suministros médicos no podremos hacer nada.

—Iré a buscarlos. —Ni siquiera espera a que le diga lo que debe hacer. Saca el botiquín de su mochila y me lo entrega junto con unas cuantas camisetas y pantalones. Luego se sube a la bicicleta—. Volveré aquí. Deja un rastro de ropa para que pueda seguirlo hasta vosotros.

Cara no me da tiempo a decirle nada, arranca sin perder ni un segundo. Enciende la linterna y pedalea hacia la oscuridad.

Hago lo que me ha pedido y camino en línea recta dejando caer una prenda cada doscientos pasos o así. Encuentro la colina por la que nos deslizamos y allí le cuelgo un par de vaqueros a Cara como advertencia para que vaya con cuidado.

Bajo la mirada hacia Jamie. Me da miedo tocarlo. Me da miedo que esté muerto y, si eso ocurre, no sé qué haré. Me acuclillo a su lado y le pongo una mano en el pecho.

Durante un segundo, no se mueve. El pánico me atenaza el corazón y noto el escozor de las lágrimas en los ojos. Pero entonces respira y, aunque lo hace de una forma entrecortada y superficial, dejo escapar el aliento que tenía contenido y me tumbo a su lado, le beso el hombro.

No le quito la mano del pecho. Deben de pasar unas cuatro horas hasta que al fin me duermo.

30
Jamison

Hace calor. Estoy tumbado con los ojos cerrados. Me duele respirar, y moverme, y vivir.

«Andrew».

Intento llamarlo, pero el dolor del costado se me dispara como una explosión por todo el pecho. Se me contraen los músculos y el dolor empeora, así que contengo el aliento e intento relajar el cuerpo.

Trato de forzarme a abrir los ojos, pero me pesan los párpados. Los abro lo justo para ver el cielo más allá de mis pestañas.

El bosque. Las pistolas. Fort Caroline.

Lo recuerdo todo de golpe. El sol se filtra entre las hojas que tengo encima y los sonidos del bosque me resultan engañosamente tranquilizadores. Pero las cosas no están tranquilas. Aquí no estamos a salvo.

Ahora estoy alerta por completo y miro a mi alrededor en busca de Andrew. No está. Su mochila ha desaparecido. Los de Fort Caroline deben de habérselo llevado. No lo han matado porque, en ese caso, habrían dejado aquí su cadáver, como han hecho conmigo.

Me dieron por muerto porque…

Miro hacia abajo y veo el motivo de mi dolor. Me han disparado. Tengo un par de vaqueros empapados en sangre atados alrededor de la tripa.

Buen trabajo, Andrew.

Ha atado los pantalones con mucha fuerza y ha taponado la herida para detener la hemorragia. También los ha utilizado para sujetar un trozo de papel. Lo cojo y lo reconozco del cuaderno de mi madre.

«He ido a por suministros. No te muevas. Te quiero. A.»

Sonrío y dejo escapar un tenue suspiro de alivio. Él está bien. Yo no, pero él sí. Está…

—¿Jamie?

Siento sus manos sobre mí y sonrío, todavía grogui. Cuando abro los ojos, veo que la luz del sol ha cambiado. Estoy agotado, así que está claro que no me he dormido. Me habré desmayado.

—Jamie —repite. Tiene los ojos muy abiertos y una expresión que transmite preocupación y alivio a un tiempo. Sonríe y vuelve a acariciarme la mejilla. Apoyo la cara en su mano—. Hola.

—Hola.

—¿Cómo estás?

—Me duele.

—Lo sé. Estoy intentando conseguirte medicamentos.

Dejo que mi mirada vague un segundo a nuestro alrededor.

—Pues no estás haciendo un gran trabajo.

Se ríe y pone los ojos en blanco.

—Lo he subcontratado. —Cara. Gracias a Dios, está viva… tan viva como para ir a buscar suministros—. Relájate y no te muevas. ¿Tendría que estar haciendo algo más?

Vuelvo a mirar los vaqueros que me cubren la herida.

—Lo has hecho genial —digo.

—He tenido un buen maestro.

Sonrío y siento su mano en la mía. Andrew también intenta sonreír, pero está nervioso. Se muerde el labio inferior y no deja de mirar de un lado a otro. Es como si intentara concentrarse, conseguir que ocurra algo con la fuerza de su mente.

—¿Qué pasa?

Da un respingo, sobresaltado, y luego esboza una sonrisa falsa.

—Nada.

—No me mientas. ¿Qué pasa?

—Se está haciendo tarde. Cara aún no ha vuelto y estoy empezando a preocuparme.

—Podemos ir a buscarla.

Intento incorporarme, pero el dolor estalla de nuevo y me siento como si me estuvieran devorando las llamas. Gimo y grito. Andrew me rodea con las manos, me abraza. El mareo vuelve mientras me recuesto.

—Para. No vas a poder moverte durante un tiempo.

—No podemos quedarnos aquí para siempre. Tenemos que encontrar un lugar seguro en el que cobijarnos.

Debemos limpiar la herida y encontrar un sitio a cubierto. No podemos estar aquí fuera cuando empiece a llover. Y luego está lo de Fort Caroline… Cuanto más lejos estemos de ellos, mejor.

—Sí, pero ahora mismo tienes que esperar aquí.

—No —replico. Va a ponerse a discutir conmigo, lo sé, pero también sé que tengo razón, así que levanto la voz para ahogar sus palabras—. No me moveré, pero tenemos que encontrar una manera de que me saques de aquí. Tienes que construir una camilla.

—Eso está chupado. Tengo piñas y un calcetín, no debería costarme mucho.

Me río, pero el dolor es horrible.

—Deja de hacerme reír, me duele.

—Perdona. ¿Cómo fabricamos una camilla?

Ahí me ha pillado. Pero creo que podría irle bien, necesita poder hacer algo.

—Busca unas cuantas ramas que midan más o menos lo mismo que yo. —Cuando se pone de pie, me da la sensación de que se alegra de estar ocupado y no solo esperando de brazos cruzados—. Espera. Acércame las mochilas. Déjame ver qué tenemos que pueda servir.

Abre las cremalleras de ambas y las deja a mi lado.

—Eh —le digo cuando se levanta de nuevo. Me mira, decidido, tenso—. Dame un beso.

De repente, todo el miedo y la preocupación desaparecen de su rostro y sonríe. Se arrodilla a mi lado. Siento sus labios suaves, delicados. Se aparta y me sonríe.

—Te quiero.

—Deja de decirlo como si me estuviera muriendo.

—Tienes un agujero en la barriga.

—Es solo una herida superficial.

Se echa a reír, misión cumplida. Quiero que se concentre en otra cosa porque, en realidad, las posibilidades de que termine muriéndome son muy altas. Me han pegado un tiro, no tenemos suministros médicos, no tenemos antibióticos, ni antisépticos, ni gasas, ni vendas. Tenemos agua, pero se supone que es para beber, y, cuando se acabe, no hay más.

Andrew me aprieta la mano una vez más antes de marcharse.

Quiero echarle un vistazo a mi herida para ver lo grave que es, pero me aterra mover los vaqueros y las camisetas que la envuelven. Si no está bien coagulada, podría desangrarme antes de que me dé tiempo a tapármela de nuevo.

Ahora estoy lo bastante lúcido como para tener mucho mucho miedo. Mi madre tuvo que atender a heridos de bala cuando hizo la rotación como médico de urgencias en Filadelfia. La mayoría de las veces, el único motivo por el que las víctimas sobrevivían era la suerte. Porque tenían la suerte de llegar rápido al hospital, porque tenían la suerte de que la bala no les hubiera perforado ninguna arteria ni órgano principal, porque tenían la suerte de que su grupo sanguíneo no era raro.

Mi grupo sanguíneo no es raro, pero no hay ni hospitales ni forma de averiguar si la bala me ha afectado a algún órgano hasta que sufra una septicemia y me muera.

Repaso mentalmente todas las posibilidades. Podría desangrarme cuando Andrew desate los vaqueros, podría tener el hígado dañado. Y luego están las infecciones secundarias.

Basta. Tengo que parar.

Andrew ya vuelve, oigo sus pasos. Tengo que ser valiente y ayudarlo. No puedo morir así, no justo después de haberme dado cuenta de que él era lo que quería. El mundo entero se ha ido a la mierda, pero él sigue aquí.

Y yo quiero quedarme con él.

Se me acerca a toda prisa, cargado con tres palos más grandes que yo.

—¿Qué te parecen estos?

Los deposita en el suelo a mi lado; hay uno que es demasiado corto, pero los otros dos son perfectos. Desecha el más corto lanzándolo a un lado.

—Perfecto. Ayúdame a buscar en las mochilas. A ver si tenemos algo con lo que podamos fabricar la camilla.

Lo único que llevamos es nuestra ropa, pero estoy intentando ganar tiempo. Podríamos utilizar un saco de dormir, pero no sé cómo atarlo a los dos palos para que no se caiga en cuanto me levanten.

—¿Y si cortamos unas cuantas camisas en tiras y las atamos a los palos como si fueran los travesaños de una escalera? —propone Andrew.

—Sí. Hazlo.

Saca una camisa y levanta la manga; parece que está a punto de rasgarla, pero se detiene.

—¿Qué?

—Estoy pensando… —Sigue observando la camisa con atención, luego mete la manga del revés hacia el torso—. ¿Y esto?

Hace lo mismo con la otra y luego introduce el extremo de uno de los palos por la parte superior de la manga. Tira del palo hacia abajo y lo saca por la parte inferior de la camisa. Luego repite el proceso en el otro lado y tira de los palos para tensar la camisa. Es como si hubiera creado una hamaca pequeña.

—Podemos poner tres camisas así y te pones encima.

¿Es raro que esté orgulloso de él?

—Es perfecto.

Completa la camilla y la coloca a mi lado. Dedicamos quince o veinte minutos, por lo menos, a intentar trasladarme hasta ella, centímetro a centímetro. No le digo que en principio no debería moverme y que, si cambio demasiado de postura, el vendaje de la herida podría aflojarse y hacer que me desangre.

No quiero preocuparlo, pero, cada vez que esbozo una mueca de dolor, el miedo se le dibuja en la cara.

Agarra el extremo de la camilla y empieza a tirar de mí. Al principio parece que voy a resbalar y a caerme del artilugio. Cada bache con el que Andrew se topa, cada vez que mueve las manos para asir mejor los palos, es una agonía. Un dolor agudo y punzante me sube por el costado y me baja por la pierna.

No para de preguntarme si estoy bien y siempre le contesto que sí lo mejor que puedo, pero tiene que saber que estoy mintiendo. Qué inútil me siento así. Cuando el dolor es demasiado intenso y se me escapa un gemido agudo o un quejido, me dice que tiene que parar a descansar.

Él sería capaz de seguir arrastrándome hasta el fin de los tiempos y no se quejaría ni pararía por mucho que le ardieran los músculos. El único motivo por el que se detiene soy yo. Llegamos a una carretera y, ahora que Andrew arrastra la camilla por el asfalto, la superficie es menos accidentada que la del bosque y consigo cerrar los ojos y descansar.

El sol ya ha empezado a ponerse cuando llegamos a la tienda de productos agrícolas. Es la hora mágica y las nubes que tenemos encima son rosas. Andrew me deposita en el suelo con mucho cuidado y da un par de pasos hacia el límite del bosque como si estuviera buscando algo.

—Tienes que irte —le digo.

—Que te den.

No lo dice en un tono desagradable, sino más bien como si estuviera bloqueado y distraído.

—Andrew, márchate, sigue hacia el sur, te alcanzaré en cuanto pueda volver a caminar. Te lo prometo.

Por fin me mira. Tengo la sensación de que se ha dado cuenta de que en realidad no quiero que se vaya y de que me va a sacar los colores por mentiroso, pero no. No quiero que le hagan daño.

—No voy a volver a dejarte solo.

—Tienes que…

—Que no voy a dejarte.

Tiene la mandíbula tensa y los ojos furiosos.

—Eres un puto cabezota.

—Ah, ¿que el cabezota soy yo? Tú eres el que…

—Los dos sois cabezotas y gritáis mucho.

Es otra voz. Andrew se estremece y baja la mano hacia la pistola, pero no la saca. Se relaja al reconocer a Cara, que se acerca pedaleando hacia nosotros desde la carretera. Lleva la mochila tan llena que parece que va a reventar.

—Perdón —dice Andrew.

Cara pone la pata de cabra y deja caer la mochila al suelo a mi lado.

—¿Qué os parece esto? —pregunta mientras nos muestra su botín.

Andrew me mira. Hay gasas y vendas, un litro de agua, una botella de alcohol desinfectante y unos cuantos botes de pastillas.

—¿De dónde has sacado todo esto? —le pregunta Andrew.

—He tenido que entrar en unas cuantas casas. Algunas estaban vacías, otras… no. —Estoy bastante seguro de que se refiere a cadáveres, no a personas vivas—. No sabía muy bien lo que necesitabais, pero siento haber tardado tanto.

—¿Eso qué es?

Señalo las pastillas.

Cara desvía la mirada hacia mí, pero no me contesta, sino que le pasa los botes a Andrew. Él los inclina para intentar leer las etiquetas a la luz mortecina del día.

—Opiáceos.

—Fantástico. —Extiendo las manos—. Dame cuatro.

—¿Cuatro?

—¡Me han disparado, Andrew!

Me da la impresión de que va a iniciar otra discusión, pero al final saca cuatro pastillas y me las tiende junto con el agua. Me las trago todas a la vez a pesar de que son tan grandes que parecen para caballos.

—¿Has encontrado antibióticos?

Cara niega con la cabeza.

—Habrá que seguir buscándolos más adelante. —Si es que llego a «más adelante»—. De momento, tenemos que limpiar la herida y cambiar el vendaje antes de que oscurezca.

Esto va a ser horrible.

—¿Qué hacemos?

Ha llegado el momento. Podría desangrarme en cuestión de segundos y no quiero morir.

—Quitadme los vaqueros. Cuando lo hagáis, podría… Podría desmayarme del dolor, pero, si ocurre, seguid adelante. No os paréis, pase lo que pase. Verted la mayor parte del agua sobre la herida y luego seguid con el alcohol. Tapadla con gasas estériles y sujetadlas bien con vendas.

—Un segundo. —Cara rebusca en su mochila—. He encontrado esto.

Un kit de costura. Ay, Dios, esto no va a ser divertido. ¿Quién narices sabe si estaré despierto durante el proceso? Lo más seguro es que no.

—Genial —digo—. Empapad el hilo y la aguja en alcohol. Y echaos también en las manos. De hecho, eso es lo primero que tenéis que hacer. Y enhebrad la aguja antes de que se ponga el sol. Cara, ¿podrás encargarte de sostener la linterna una vez que oscurezca?

No contesta, sino que primero mira los vaqueros ensangrentados que me rodean la barriga y luego otra vez su mochila. Asiente con la cabeza.

—Vale —dice Andrew—. Allá vamos.

Despacio, estira los brazos hacia las perneras de los vaqueros que me oprimen el vientre. Me entran ganas de pedirle que me dé la mano empapada en alcohol, pero sé que no puedo hacerlo. Debe seguir adelante si queremos tener alguna esperanza de futuro.

Tira, pero el nudo está húmedo y demasiado apretado: los vaqueros se han adaptado a su forma y están acartonados. Cada vez que intenta desatarlo, el dolor que me recorre el cuerpo aumenta. Estoy sudando y se me ha secado la boca.

El nudo por fin empieza a aflojarse. Me noto mareado y tengo ganas de vomitar.

—Andrew —consigo decir.

Me mira y me pregunta si me encuentro bien. Creo que no. Estoy muy cansado y el dolor está desapareciendo. Me voy quedando helado. Creo que esto es lo que se siente al morir. Con tantas sacudidas, se me debe de haber desgarrado algo.

Él vuelve a hablarme, pero no entiendo qué dice.

—Te quiero —le digo.

La oscuridad me envuelve de nuevo.

31
Andrew

Hace una hora que amainó la tormenta, así que Cara y yo hemos salido de la biblioteca en la que nos hemos refugiado para explorar la ciudad. Estamos en Delray Beach, Florida, así que ya hemos recorrido algo más de tres cuartas partes de nuestro camino hacia la costa. Gracias a las bicicletas que encontramos en Vero Beach, cubrimos mucho más terreno, y mucho más deprisa, de lo que lo hacíamos hasta ahora.

Cara es de gran ayuda: le echa un vistazo al mapa por las mañanas y, con su memoria fotográfica, nos soluciona el resto del día.

—Hay una farmacia a más o menos un kilómetro y medio —me informa.

Lo dice con mucho cuidado, como si yo fuera una bomba y, si me dijese algo en voz demasiado alta o en el tono equivocado, fuera a explotar. Porque, por lo visto, así soy ahora.

No quiero decirle lo que pienso. Últimamente he estado demasiado negativo y tengo la sensación de que Cara ya se está hartando. Aunque jamás me lo diría.

Aun así, sé lo que va a pasar: llegaremos a la farmacia y estará vacía por completo. Ni agua, ni medicamentos, ni nada. Las tiendas de comestibles

están igual. Huelen a moho, a desechos de animales y a la comida perecedera que se ha dejado pudrir en los estantes.

Cuando llegamos a la farmacia, me quedo haciendo guardia en la entrada y dejo que sea Cara la que entre.

Vuelve con las manos vacías.

No he tenido ni siquiera un momento de esperanza.

—No pasa nada —digo—. Será mejor que volvamos.

Nos subimos en las bicicletas y nos vamos por donde hemos venido. Las calles de Delray Beach están tranquilas, pero sigo ojo avizor por si veo a alguien asomarse tras las cortinas de las casas vacías. Intento detectar cualquier movimiento.

A lo largo de los últimos cincuenta kilómetros, más o menos, apenas hemos encontrado provisiones en las tiendas en las que hemos entrado. Aquí hay alguien. O al menos cerca.

Cara insiste en que no puede tratarse de Fort Caroline porque ella aún no les había trazado una ruta que llegara tan lejos.

Nos bajamos de las bicicletas y las escondemos detrás de un arbusto crecido que hay delante de la biblioteca.

—Creo que deberíamos seguir —dice Cara.

Lo dice con aire indeciso, pero es lo más tajante que se ha mostrado hasta ahora.

—Yo también —digo.

—Voy a enganchar el sidecar.

—Gracias.

Se agacha detrás de mi bici y comienza el proceso de acoplar el carro de madera y asegurarse de que está bien sujeto.

Entro en la biblioteca por la puerta de atrás. La sala está húmeda, pero huele a polvo y a viejo a pesar de lucir como una absoluta fantasía pastel de 1989. Las estanterías están llenas y, al contrario que en el resto de la ciudad, parece que nadie ha tocado apenas nada.

Desde la sección de infantil, me llega una tos seca y áspera que me atraviesa el corazón como una estaca. Contengo el aliento y espero a que continúe en un *crescendo* de asfixia, pero no: solo han sido dos toses. Eso tiene que ser una mejora.

¿No?

Jamie está tumbado en una colchoneta de gomaespuma delante de los libros ilustrados. Una pátina de sudor le cubre la frente. Tiene el pelo

desgreñado y mojado y, pese a que está tiritando, ha tirado a un lado la manta que le habíamos dejado.

La cojo y lo tapo de nuevo; después me tumbo a su lado, en la posición de la cuchara grande. Es complicado que él sea la pequeña porque es más grande que yo, pero, aun así, noto que se aprieta mi brazo contra el pecho. Lo beso en la mejilla.

Dios, está ardiendo.

—No hemos encontrado nada —le digo—. Tenemos que seguir adelante.

Al principio no contesta. Digo su nombre y al final gruñe algo e intenta incorporarse. Su respiración es rápida. Y la acompañan ruidos húmedos.

Lo ayudo a levantarse y agarro la manta y su mochila. Busco en esta y saco los dos últimos antibióticos del bote naranja que encontramos en una casa camino de aquí. No quedaban muchos, así que hemos tenido que dosificarlos. Pero lo que queda no está consiguiendo frenar la infección.

Cuando le cambiamos el vendaje, Jamie se desmayó enseguida por el dolor, o quizá fuese por la pérdida de sangre. Lo cosí y, a la mañana siguiente, pensé que todo iría bien. Nos pusimos de nuevo en marcha, yo tirando de él en la camilla y Cara montada en su bicicleta. Salimos del radio de búsqueda aproximado de la gente de Fort Caroline y acampamos unos días para que Jamie descansara y Cara y yo pudiésemos buscar provisiones.

Encontramos una casa con un coche en la entrada, así que, después de asegurarnos de que no estaba habitada, Cara y yo la registramos de arriba abajo. Encontré un bote de agua oxigenada, gasas y cuatro pastillas de antibiótico. Cara encontró las llaves del coche.

A Jamie las pastillas le duraron dos días y, aunque Cara y yo no paramos de buscar, no hallamos ni un solo antibiótico más. Al final, cargamos a Jamie en el asiento trasero del coche, metimos la bicicleta de Cara en el maletero y condujimos hasta que, cerca de Vero Beach, nos encontramos con un montón de coches quemados bloqueando los carriles de la 95 en dirección sur.

Mientras estábamos allí, descubrí la otra bicicleta y el carrito que se le acopla detrás, al que nos referimos cariñosamente como «el sidecar de Jamie». Ojalá fuera un sidecar de verdad. Pensar en Jamie sentado en un sidecar con unas gafas de piloto y un casco me parece adorable.

Él nos aseguró que estaba bien para viajar, así que continuamos.

La infección del costado empezó hace dos días, a las afueras de Júpiter. Nos acercamos al hospital, pero lo habían quemado y todo lo que contenía estaba destrozado. Paramos en todas las farmacias y casas en busca de

antibióticos, pero solo encontramos el bote que tengo en las manos. Había nueve pastillas cuando salimos de Júpiter para seguir hacia el sur.

Ahora quedan dos.

Se las tiendo a Jamie, pero niega con la cabeza.

—Tenemos que racionarlas.

—No servirán de nada si estás muerto. Tómatelas. Encontraremos más.

Pero no es cierto. Sé que no encontraremos más y eso me está matando. Al igual que la infección lo está matando a él.

De mala gana, acepta las pastillas y se las toma con un trago de agua. Cara ya lo tiene todo preparado cuando salimos. Ayudo a Jamie a subirse al carrito y se acurruca entre nuestras provisiones. Muy despacio, se lleva las rodillas al pecho infectado, con una expresión de dolor en la cara.

Cuando ya llevamos un rato pedaleando, me vuelvo para mirarlo y veo que tiene la boca abierta y que está babeando la mochila que se ha colocado bajo la cabeza. Se me encoge el corazón.

No puede morirse.

—¿Cuánto falta para llegar a Islamorada? —le pregunto a Cara.

—¿Tres días? Tal vez cuatro.

Hace tanto tiempo que es nuestro objetivo que necesito llegar de una vez.

Lo único que nos motivaba antes era la esperanza de que la hija de Henri esté sana y salva. Ahora, perdóname, Henri, pero necesito esperar algo más. Necesito encontrar a cualquier persona que esté sana y salva y que tenga recursos para ayudar a Jamie. Así que tendría que ser una persona distinta a las que hemos conocido hasta ahora.

—¿Y si seguimos pedaleando durante la noche?

—No sería una buena idea.

—¿Y si lo hiciéramos de todas formas?

Se muerde los labios. El de arriba y el de abajo. He notado que lo hace siempre que está nerviosa o insegura. Se muerde el labio superior con los dientes inferiores y, luego, el inferior con los superiores.

—Dos días.

—Cara, se está muriendo. —Ella no dice nada—. Estoy dispuesto a pedalear durante cuarenta y ocho horas seguidas si es necesario.

Labio superior, labio inferior.

—Tenemos que encontrarle ayuda.

—Las casas que veamos…

—Los antibióticos no están funcionando. Necesitamos a alguien que haya saqueado un hospital.

En la cabaña había antibióticos. ¿Por qué se nos metió en la cabeza hacer todo este viaje? Empezó porque yo quería hacer lo correcto, pero ¿para qué? ¿Para poder sentirme mejor tras haber matado a dos personas que también intentaron matarme?

Pregúntame si me siento mejor.

—Quizá haya hospitales por el camino.

—Los habrá, estoy seguro, y pararemos a registrarlos, pero tenemos que dejar la carretera de una vez por todas para que Jamie pueda descansar de verdad. Tenemos que llegar a Islamorada.

Labio superior, labio inferior, repite.

—¿Y si no hay nadie?

—Cara.

Pronuncio su nombre en tono de advertencia.

—Tendríamos que sujetar las linternas a la parte delantera de las bicis.

Lo hacemos y, cuando el sol se pone, seguimos pedaleando durante la noche.

Me arden las piernas, el dolor que me atenaza la espalda es una tortura, tengo la sensación de que el culo se me va a caer a trozos. Y a esto hay que sumarle el sol que nos está achicharrando. Hemos parado tres veces desde el amanecer y, cada vez que nos detenemos, cuesta más volver a arrancar.

En una de esas ocasiones, Jamie se despertó el tiempo justo para beber un poco de agua, pero no salió del carrito ni para hacer pis ni para comer, sino que se volvió a quedar dormido.

Cuando pasamos Homestead, le pregunto a Cara cuánto nos falta. En el mapa parecía que estábamos cerca, pero ella me contesta que aún nos quedan ochenta kilómetros. No vamos a conseguirlo.

No. Debo tener esperanza. Debo creer que todo saldrá de la mejor manera posible porque cualquier otro desenlace será…

Me vuelvo para mirarlo. Sigue dormido y el anillo de sudor que le rodea el cuello de la camiseta es cada vez más grande. No puedo perderlo.

Me concentro en todo lo que Jamie y yo hemos pasado juntos en lugar de en la agonía abrasadora que me arrasa las piernas y la espalda. Me concentro en el recuerdo de su sonrisa. De los hoyuelos que se le forman en las mejillas al reír. Del tacto de sus manos en las mías.

—Andrew, mira.

La voz de Cara me saca de mi aturdimiento. La tenía delante de las narices, pero, sin la advertencia de mi compañera de viaje, no me habría dado cuenta de que estaba ahí: una valla enorme corta la carretera justo delante de nosotros. Nos detenemos.

La valla es de acero negro y mide tres metros de altura. Atraviesa toda la carretera y, tanto en un extremo con el otro, conecta con una valla de aspecto similar que avanza en ambas direcciones: a la izquierda hasta donde alcanza la vista y a la derecha hasta desembocar en el mar.

—¿Hay alguna forma de evitarla? —le pregunto a Cara.

Ella le pone la pata de cabra a su bicicleta y se acerca a la mochila que Jamie tiene a los pies. Consulta el atlas de carreteras, le da la vuelta y se inclina sobre la página; mientras se concentra, se mueve como un pájaro. Y, luego, se muerde los labios.

—No. Esta carretera lleva a Cayo Largo y baja hasta Islamorada. No hay ninguna otra forma de llegar, salvo que retrocedamos hasta la SR-905A y probemos por el Card Sound Bridge.

Eso no es una opción. Hemos llegado al final del trayecto.

Le pongo yo también la pata de cabra a mi bici y me acerco a ver cómo está Jamie. Está ardiendo de fiebre. Le levanto la camiseta para echarle un vistazo a la herida del costado. Ha empeorado.

Antes solo rezumaba pus y calor. Ahora, alrededor del hilo azul marino con el que lo cosí a toda prisa, se ha tornado de un rojo intenso que se extiende hacia fuera formando finos zarcillos. Es la infección, en busca de su corazón y sus órganos. Está sufriendo una septicemia, lo cual significa que morirá dentro de unas horas.

No. No se está muriendo. No puedo perderlo.

Corro hacia la valla y tiro y empujo con todas mis fuerzas. Grito, chillo hasta que noto el sabor de la sangre. Las cadenas que sujetan la valla aguantan, pero yo le pego patadas y más patadas para intentar… no sé qué.

Mis piernas están enfadadas conmigo por haberme pasado toda la noche pedaleando y se niegan a sostenerme mientras sigo maltratándolas. Caigo de rodillas y el asfalto me las araña. Miro hacia el carrito. Jamie sigue durmiendo. Sigue muriéndose.

Cara se ha tapado las orejas con las manos y me está dando la espalda.

Mierda. La bomba Andrew ha estallado.

—Lo siento, Cara.

No se da la vuelta.

Lo más seguro es que se pase así un buen rato. La última vez que grité de frustración, cuando encontramos el hospital quemado, estuvo una hora entera sin moverse. Aunque creo que tuvo más que ver con el hospital quemado que con mis gritos. Reaccionó de forma similar al centro comercial incendiado en el que intentamos acampar. Pero ahora no disponemos de una hora para que se calme.

Tiene que haber algo que nos sirva por aquí, cualquier cosa. Volveré y registraré todas las casas de Homestead, buscaré una cizalla si es necesario. Cara puede quedarse aquí sola. No pienso permitir que Jamie sobreviviera al virus solo para terminar muriendo de una puta infección bacteriana porque un puñado de milicianos psicópatas le han pegado un tiro.

—Cara, voy a volver a Homestead. Puedes quedarte aquí o venir conmigo. —Agarro el manillar de mi bici y empiezo a darle la vuelta, pero ella no me ha oído. Suelo tener mucha paciencia con ella, pero ahora no. No consigo disimular el enfado que me tiñe la voz—. Oye, yo me voy. O te vienes o te quedas.

También tiene los ojos cerrados.

Quiero gritarle. Quiero zarandearla y gritarle y…

Detrás de ella, un movimiento me llama la atención. Al otro lado de la valla.

Se acerca una camioneta.

Ahora mi voz es tranquila.

—Mira, Cara. Viene alguien.

No sé si es la idea de que alguien se le esté acercando por la espalda o la preocupación serena de mi voz lo que la hace volver en sí. Abre los ojos; los tiene llenos de lágrimas que amenazan con desbordarse y se me parte el corazón. Me arrepiento de mi actitud, pero no se lo digo. Se lo diré más tarde.

Si hay un «más tarde». Suelto la bici y me acerco a la valla con las manos alzadas por encima de la cabeza. Estoy desarmado y tienen que confiar en mí.

La camioneta se detiene a unos tres metros de la valla. El hombre que baja del asiento del conductor se dirige hacia la parte delantera del vehículo. El pasajero abre la puerta de la cabina y solo saca medio cuerpo fuera. Es alto y tiene la piel morena. Lleva un rifle colgado del hombro y no aparta la mano de la correa. El conductor tiene la mano posada en la pistola que lleva a la altura de la cadera.

—¿Necesitáis algo? —pregunta este último, un hombre blanco de unos cincuenta años.

No sé qué decir. Estaba tan preparado para que me pegaran un tiro o para no encontrar nada que no fueran cadáveres y tiendas vacías que me quedo en blanco. Cara ni siquiera abre la boca, así que debe de estar pensando lo mismo. O quizá está asustada por si se repite lo de Fort Caroline.

El hombre del rifle pregunta algo en español, pero los dos años de clases de ese idioma que di en el instituto y que ya he olvidado no me ayudan a entenderlo.

—Eh… —digo—. Perdón. Necesito… Necesitamos ayuda. Es mi amigo.

El hombre del rifle se mueve muy deprisa y nos apunta con el rifle. Me estremezco, esperando que apriete el gatillo, pero no lo hace.

—¿Está enfermo?

Ahora su voz me llega cargada de pánico.

—Sí… —consigo decir—. Pero no es el virus. Lo juro. Le dispararon unas… personas que querían hacernos daño. —Dios, es una historia muy larga, pero eso ahora no importa—. Se le ha infectado la herida y creo que está sufriendo una septicemia. Se está muriendo. Por favor, ayúdennos. No tienen que dejarnos entrar, solo darnos cualquier antibiótico que pueda ayudarlo.

Los hombres intercambian una mirada. No van a ayudarnos. No les servimos de nada, así que ¿por qué iban a darnos medicamentos? Es la misma situación que la de Walt en Fort Caroline: Jamie le disparó y la gente del asentamiento le negó los medicamentos y permitió que la infección lo matara.

Es el karma, pero Jamie no se lo merece. El karma se ha equivocado de persona. Jamie no hizo más que quererme y salvarme, y yo no puedo salvarlo a él.

—Por favor —suplico. Se me llenan los ojos de lágrimas y el mundo se nubla a mi alrededor—. Trabajaré para pagarlos cuesten lo que cuesten, durante el resto de mi vida si es necesario. Pero, por favor, ayúdenlo. No puedo perderlo a él también.

Pero no van a hacerlo. Me da la impresión de que están a punto de decirme: «Gracias por su solicitud. Sus habilidades son impresionantes, pero lamentamos informarle…»

—Ayúdenlo. —La voz de Cara me sorprende—. No es malo. Ninguno lo somos. Tienen que ayudarlo.

El hombre del rifle le entrega su arma al conductor y da un paso tímido hacia delante. El conductor le pregunta:

—Eddie, ¿estás seguro?

Él se encoge de hombros.

—¿Quién lo está a estas alturas?

Entonces Eddie saca un juego de tres llaves y utiliza una de ellas para abrir el candado y la cadena que rodean la verja; después, tira de ella y la abre.

—Déjame ver a tu amigo.

Lo acompaño hasta el carrito y le enseño la herida. Eddie toma aire por la boca sin separar los dientes.

—Muy bien, coged vuestras cosas y ayudadme a meterlo en la parte de atrás de la camioneta. Dejad las bicis de momento, volveremos a por ellas.

Hago lo que me dice y le meto las manos a Jamie bajo las axilas. Está ardiendo. Gime cuando Eddie le levanta las piernas y yo el torso.

—La hermana de Holly ha vuelto de la guerra —murmura Jamie.

—¿Qué quiere decir eso? —pregunta Eddie con un gruñido mientras avanza hacia la camioneta.

—Está delirando. —Jamie me explicó lo de la septicemia cuando empezó a tener fiebre. Fiebre, taquicardia y respiración acelerada. Después llegan los delirios y, por último, el fallo multiorgánico y la muerte—. Tenemos que administrarle antibióticos lo antes posible. Por favor, dígame que tienen medicamentos.

No contesta, cosa que me inquieta bastante. El conductor pasa corriendo a nuestro lado y vuelve a cerrar la valla.

El portón trasero de la camioneta está bajado. Cara extiende la manta en el interior de la caja del vehículo para que tumbemos a Jamie encima, y luego los dos nos encaramamos a ella de un salto. El conductor cambia de sentido rápidamente con tres maniobras y, a toda velocidad, comienza a deshacer el camino por el que acaban de llegar.

Cuando bajo la vista, me encuentro a Jamie mirándome con fijeza.

—Holly quiere que volvamos a casa —dice—. La echo de menos.

—Yo también —contesto. No tengo ni idea de quién es Holly—. Solo tienes que quedarte aquí conmigo y luego iremos a verla.

—Eso es lo que quiero.

—Te pondrás bien e iremos a ver a Holly, ¿vale?

Jamie gimotea algo y cierra los ojos.

—¡Jamie! —grito. Le pongo las manos en el cuello caliente. No le encuentro el pulso porque la camioneta da demasiados bandazos—. Jamie, por favor.

No me responde. No abre los ojos.

32
Jamison

No tendríamos que habernos movido de la cabaña. Es el único pensamiento que tengo cuando emerjo de mi sopor sin sueños. Cuando abro los ojos, me siento como si llevara años durmiendo. Los de Fort Caroline nos encontraron. Pero, si eso fuera cierto, no me habrían mantenido con vida. A estas alturas, ya nos habrían matado. El sol de la mañana se cuela por la ventana que tengo a la derecha. Las luces del techo están apagadas. La habitación huele a alcohol, antiséptico y lejía.

Andrew está aquí.

A mi izquierda, acurrucado en un sillón, con las rodillas pegadas al pecho y la cabeza caída hacia un lado. Esa postura no puede ser cómoda. Tiene un brazo estirado hacia mí y me está agarrando la mano. Se la aprieto ligeramente y él se revuelve antes de girar la cabeza hacia el otro lado y soltar un ronquido.

Se me acelera el corazón y exhalo un suspiro tembloroso. Miro a mi alrededor. Estamos en una habitación de hospital con un falso techo y el suelo de linóleo. Tengo un vendaje pequeño en la sangradura del codo. Levanto la manta que me tapa hasta el pecho. Llevo puesto un camisón de hospital y la venda que me cubre el vientre es nueva. La aparto un poquito y le echo un

vistazo a la herida de bala. Está rosa y arrugada y le han quitado los puntos; el pus y el enrojecimiento han desaparecido. La palpo con la mano libre. En lugar de con puntos, la piel está unida con pegamento.

La puerta de la habitación de hospital cruje al abrirse.

Cara.

Abre mucho los ojos y después aparta la mirada.

—Estás despierto.

—¡Estoy vivo! —Si para mí es una sorpresa, imagino que para ella también—. ¿Dónde estamos?

—Al sur de Cayo Largo.

Cayo Largo. Ya queda muy poco para llegar a Islamorada. ¿Cuánto? ¿Treinta, cuarenta minutos? Veinte si no hay tráfico. Eso me arranca una risita.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Cuatro días. Te administraron antibióticos de amplio espectro y líquidos y empezaste a mejorar, pero los analgésicos te tenían fuera de juego. ¿Cómo te encuentras?

—Genial.

Lo digo en serio. El costado me duele un montón, me siento como si hubiera hecho ochenta y cinco millones de abdominales en tres minutos y tengo tanta hambre que me comería un elefante, pero estoy vivo.

Andrew sigue dormido. Es capaz de dormir pase lo que pase a su alrededor, ¿no?

—Cara, ¿me ayudas a levantarme? —le pido.

—Será mejor que llame a una enfermera.

¿Una enfermera? Me gustaría que me lo aclarase, pero me está entrando claustrofobia aquí dentro. El ambiente está seco y hace calor, necesito salir de esta cama.

—Vale, pero antes ayúdame a levantarme.

Saco las piernas de debajo de las sábanas remetidas y me pongo una almohada en la tripa para sujetarme mientras me incorporo. Le doy un beso en la mano a Andrew y se la dejo de nuevo en la cama.

Cara me ayuda a acercarme a la ventana y ahogo una exclamación. Al otro lado del aparcamiento vacío hay una preciosa playa de arena blanca. ¿Cómo es que hay un hospital con vistas al mar?

—¿Esta gente es buena? —pregunto.

Pero ya sé la respuesta. Tienen que serlo si me han atendido en una habitación de hospital. Y también deben de estar más preparados que en Fort

Caroline si disponen de antibióticos de amplio espectro que están dispuestos a malgastar en extraños que no han hecho nada por ellos.

—Sí.

—Necesito que me hagas un favor —le digo a Cara—. Llévame a esa playa.

—Debería despertar a Andrew.

—No —replico. Me vuelvo hacia él. Está más adorable que nunca, pero también tiene cara de llevar meses sin dormir—. Déjalo descansar. ¿Me buscarías una bata para no llevar el culo al aire por detrás del camisón?

Cara se sonroja.

El hospital no cuenta con tanto personal como sería habitual; ni siquiera nos cruzamos con nadie mientras nos dirigimos hacia el aparcamiento. Por la posición del sol, sé que es por la mañana, pero el asfalto aún está caliente, lo noto a través de las pantuflas que me ha dado Cara.

Todos los movimientos que hago me tensan los músculos que rodean la herida y camino con pasos cortos y lentos. Tardamos quince minutos en llegar a la arena y, para entonces, ya estoy sudando. Aun así, la brisa salobre del océano lo compensa. Me quito las pantuflas y siento la arena cálida entre los dedos de los pies.

—Te dejo un rato tranquilo —dice Cara.

—Gracias.

Se va e inhalo una gran bocanada de aire salado. Sé que Cara va a ir a despertar a Andrew. Estoy deseando oír su voz, pero necesitaba salir del hospital. Estar encerrado en un edificio después de llevar tanto tiempo viajando al aire libre me resultaba extraño, antinatural. Meto los pies en el mar. Las olas me arrancan la arena de entre los dedos y comienzo a hundirme muy despacio. Mucho mejor ahora.

Creía que llegar aquí sería un alivio, pero ahora no lo tengo tan claro. Sí, no estar muerto me supone un gran alivio, pero lo vacío que está el hospital me recuerda al de Fort Caroline, aunque esta gente sea más generosa con sus suministros. El mundo ha cambiado, por más que haya personas, como las del otro asentamiento, que ansían con todas sus fuerzas que vuelva a ser lo que era. La gente de aquí también lo desea. Puede que sean más amables, pero, aun así, intentan recuperar lo que les arrebataron cuando se acabó el mundo.

La marea acaba de empezar a subir. Me hundo cada vez más en la arena mientras las olas rompen contra mis tobillos.

Los brazos de Andrew me rodean, evitando la herida con mucho cuidado, y me apoya la cabeza en un hombro.

—Es la primera vez que soy más alto que tú —me susurra al oído—. ¿Quién es Holly?

Se me contrae el estómago. ¿Cómo sabe lo de Holly? Intento recordar si alguna vez se la señalé en la cabaña, pero no me acuerdo.

—¿Cómo sabes lo de Holly? —pregunto.

—No parabas de balbucear sobre ella mientras delirabas. Decías que la echabas de menos. ¿Tengo que estar celoso de alguien?

Frunzo el ceño.

—Sí. Holly y yo compartimos un amor especial que tú nunca llegarás a entender. —Me doy la vuelta solo para ver qué cara pone. Sonrío y le doy un beso breve en la comisura de la boca—. Holly es una gnoma de jardín que le regalé a mi madre por el Día de la Madre cuando tenía diez años. Está delante de la cabaña, sentada en una seta, y tiene una oveja en el regazo. No sé cómo no la viste cuando la «allanaste».

Andrew se echa a reír, tal como sabía que ocurriría.

—No sabía que tenía nombre. Cuando me fui, solo le dije: «Hasta la próxima, gnoma».

—¿O sea que te despediste de Holly, pero a mí solo me dejaste una nota? —Me abraza otra vez y permanecemos un rato en silencio mientras contemplamos el mar—. ¿Y si no seguimos adelante? —le pregunto.

—Ya casi hemos llegado.

—Pero ¿y si está muerta? Amy, quiero decir. ¿Y si preguntamos por ahí y resulta que está muerta y todo esto ha sido en vano? Me han disparado y…

—Basta, Jamie. Estás vivo. Estamos aquí. Si está muerta, nos volvemos. Cara puede venirse con nosotros, si quiere, y nos damos la vuelta y ayudamos a Henri a pasar página. Le preguntamos si estaría dispuesta a hacer un viaje un poco más corto. Y luego los cuatro nos escondemos en medio de la nada y evitamos todo el caos del mundo durante el máximo tiempo posible.

—La cabaña se está llenando mucho.

—Necesitaba un anexo y alguna que otra reforma, de todos modos.

Me río entre dientes, puesto que sé muy bien que los dejaría quedarse conmigo incluso sin ese anexo.

—Vale. Pero ¿y si está aquí?

Al principio no contesta.

—Creo que es posible.

Me giro y esbozo una mueca de dolor cuando se me estiran los músculos del estómago. Saco los pies de la arena —ahora vuelvo a ser más alto que él— y me doy la vuelta del todo.

—¿Qué quieres decir?

—Mientras estabas inconsciente, le pregunté a una de las enfermeras si conocía la librería El escondite de Henri y a la mujer que la llevaba.

—¿No me digas que tienen una librería que aún funciona?

—No, claro que no. El caso es que este asentamiento va desde Cayo Largo hasta Islamorada y continúa hasta Cayo Hueso. Hay mucha gente.

—Así que estamos buscando una aguja en un pajar del tamaño de Florida.

Tengo que reconocer que estoy decepcionado. Siempre habíamos sabido que se trataba de una posibilidad muy remota, pero albergaba la esperanza de que nos topáramos con ella como nos topamos con su madre.

—No, Jamie. El asentamiento es enorme, pero han creado un censo. Ha habido cierta afluencia de gente a lo largo del último año, pero conocen a todas y cada una de las personas que cruzan esa valla. De hecho, ahora también han incluido nuestros nombres.

Contengo la respiración.

—Si es la Amy correcta, está aquí. Aún en Islamorada. —Siento vértigo de la emoción—. ¿Has ido a verla?

Se ríe.

—No. Te estaba esperando, idiota.

Me entran ganas de bailar, pero, como me han disparado, me conformo con un beso largo y profundo.

Es maravilloso. Hasta que Andrew dice:

—El aliento te huele fatal a hospital.

Y entonces me muero de vergüenza. Se ríe y me besa de todas formas.

Dos días más tarde, me dejan salir del hospital con los antibióticos necesarios para continuar con el tratamiento durante una semana. No vemos a nadie hasta que llevamos alrededor de un minuto viajando en la caja de la camioneta de un tipo llamado Dave. Es un hombre y está apostado a un lado de la carretera con un rifle. Saluda a los dos señores que van en la parte delantera de la camioneta y ellos le devuelven el saludo. Unos ochocientos metros más adelante, vuelvo a ver la playa a nuestra derecha.

Algunas casas tienen paneles solares en el tejado. Escudriño la playa y veo una gran estructura que parece un invernadero que se adentra en el agua.

Andrew golpea la luna trasera de la camioneta. El centro de la luna se levanta y él señala la playa.

—¿Qué es eso?

—Una desalinizadora —le contesta Eddie, el pasajero—. Cavamos una especie de estanque para que se llene cuando suba la marea y así podemos recoger el agua sin sal de la condensación. Hay una cada pocos kilómetros. No son lo más bonito del mundo, pero son fáciles de reconstruir si se caen. Es solo hasta que los ingenieros consigan volver a poner en marcha la depuradora y las cañerías.

Ingenieros. Planta de tratamiento de aguas. Cañerías.

Luego hay más gente. Niños, adolescentes, adultos. Empiezo a contar y, cuando llevo unos sesenta, me pierdo al pasar junto a un parque infantil, a mi izquierda, en el que juega un grupo de críos de entre tres y diez años.

Los miro y las lágrimas me nublan la vista. Abro la boca para preguntar cuándo sufrieron el último contagio de la supergripe, pero ni siquiera me salen las palabras. Ya no quiero saberlo. Hay tanta gente que, o son todos inmunes, o el virus de la supergripe se ha consumido por sí mismo.

Por fin aparto la mirada de los niños que juegan y me encuentro con la de Andrew. Está tan emocionado como yo. Aquí hay gente. Gente distinta. Incluso vemos a algunos que deben de rondar los ochenta años. Intercambio una mirada con una mujer mayor que lleva puesto un sombrero de paja y está trabajando en su jardín. Aunque no es un jardín, sino más bien una granja agrícola en miniatura. Sonríe y nos saluda. Andrew y yo la imitamos.

Cara parece estar asimilándolo todo, pero nunca le había visto la cara tan relajada.

Todo esto transmite una sensación muy diferente a la de Fort Caroline. Todo aquel con el que nos cruzamos parece tener un propósito real. No están vaciando los edificios uno por uno ni llevando a cabo tareas repetitivas para demostrar su valía. Aquí no me hace falta contar.

Unos cuantos kilómetros y mucha más gente después, nos detenemos ante un gran chalet rosa. Dave vuelve hacia nosotros y nos dice a través de la ventanilla:

—Esperad aquí.

Golpea con los nudillos la puerta delantera de la casa y aprovecho para echar un vistazo a la comunidad que nos rodea. La gente ha empezado a salir de las casas y a acercarse por la calle para mirarnos. No están asustados; puede que nerviosos o preocupados. Una mujer abre la puerta de la casa rosa y el conductor habla en voz baja con ella. Tiene una melena castaña que le llega por debajo de los hombros. Cuando nos mira, con la cara invadida por la perplejidad, se me acelera el corazón.

—¡Hostia! —exclama Andrew, aunque en realidad parece un jadeo.

Es ella. La única foto de Amy que vimos fue de cuando era una adolescente desmañada. Ahora, a sus treinta y tantos, es idéntica a Henri en la foto del día de su boda.

Andrew se levanta y baja de un salto de la caja de la camioneta.

—Andrew, espera —susurro.

Miro a mi alrededor, esperando a que alguien lo apunte con un arma, pero nadie se mueve. Amy abre un poco más la puerta.

—¿Decís que conocéis a mi madre? —nos pregunta a gritos.

Asentimos. Parece insegura; luego se fija en la multitud que se ha formado al otro lado de la calle y frunce el ceño. Cuando vuelve a mirarnos, abre más la puerta.

—Pasad.

Andrew, Cara y Eddie me ayudan a bajar de la camioneta. Dave y Eddie vuelven a subirse a la cabina y Amy se hace a un lado para dejarnos entrar en su casa. Franqueamos el arco que separa el vestíbulo de la cocina. Las ventanas dan a una terraza, a la playa y a un muelle con un botecito de remos.

—¿Queréis un poco de agua? —nos pregunta.

—Me vendría muy bien, gracias —dice Andrew.

—Sí, por favor —contesto.

Cara asiente y da las gracias en voz baja, pero está más pendiente de las ventanas que dan a la playa.

Amy se acerca al frigorífico y lo abre. La luz del interior se enciende y abro los ojos como platos. Desvío la mirada hacia los fogones eléctricos y el microondas que hay encima. Ambos marcan la hora en verde. Cuando Amy nos tiende los vasos de agua, se da cuenta de que estoy mirando la cocina y se ríe.

—No sabes lo contentos que nos pusimos todos cuando volvimos a tener electricidad. La sacamos de los paneles solares y también aprovechamos algo de energía eólica. Mucha gente del Cayo ya los tenía, pero al resto nos los trajeron de las ferreterías cuando se fue la luz.

Bebo un sorbo de agua y me sabe mejor que cualquiera de las aguas hervidas que he probado desde que salimos de la cabaña.

—Bueno… —empieza Andrew, que deja su vaso en la isla de granito—. No pretendo ser maleducado…

—Oh, no —murmura Cara justo en el mismo instante en el que yo pronuncio el nombre de Andrew en tono de advertencia.

Él continúa y levanta las manos como si quisiera defenderse.

—No, es que… ¿quién ha conseguido cambiar tanto las cosas por aquí? Estáis muy bien organizados y, por nuestra experiencia hasta ahora, sois bastante…

Le cuesta encontrar una forma delicada de decirlo, pero Amy le echa una mano.

—¿Progresistas?

—Sí. Porque, a ver, esto sigue siendo Florida, ¿no?

Ella sonríe y se apoya en la encimera.

—Sí, y sigue habiendo algunos floridanos repartidos por ahí, pero la mayoría de la gente viene de otros sitios.

—¿Y cómo llegaron hasta aquí? —pregunta Cara.

—¿Intentasteis llegar por la antigua SR-905? —pregunta Amy a su vez.

Cara niega con la cabeza.

—Seguimos la Ruta 1. Estábamos a punto de retroceder hasta la 905 cuando llegaron los hombres de la camioneta.

Andrew me lanza una mirada de sorpresa al ver lo poco tímida que se está mostrando Cara.

—Pues habría sido una pérdida de tiempo —señala Amy—. Hay un puente, el…

—El Card Sound —añade Cara para echarle una mano.

—Ese. Bueno, lo correcto sería decir que había un puente. Lo destruimos.

—¿Por qué? —quiere saber Andrew.

Cara vuelve a ayudarla:

—Una carretera de entrada, una carretera de salida.

Amy asiente y sonríe.

—Estamos rodeados de agua por todas partes. Cuando demolimos el puente, la Ruta 1 se convirtió en la única carretera que teníamos que proteger. Por lo visto, hubo varias personas más, de distintos puntos del país, que pensaron lo mismo. Un tipo llamado Jarrod llegó caminando hasta aquí desde Seattle, y había formado un grupo de unas cincuenta almas más a lo largo del trayecto. Una escritora de novelas románticas de Nuevo Hampshire que tenía aquí una casa para venir a pasar los inviernos llegó acompañada de unas cuantas personas más. ¿Conocéis a Daphne De Silva?

Andrew y yo negamos con la cabeza, pero veo que a Cara se le iluminan los ojos. Sin embargo, no dice nada.

—Bueno, da igual —continúa Amy—. Hay gente de Texas, de California, de Illinois. Y todos llegaron con un grupito que viajeros que conocieron en la carretera. Hay un viejo presentador de pódcast que vive aquí y que dice que es

cierto que sucede, que a veces varias personas tienen la misma idea a la vez, pero no sé si se lo estará inventando. La bombilla, el teléfono, el tocadiscos. Según él, todos esos inventos surgieron a la vez en la mente de diferentes personas. ¿Descubrimiento múltiple? ¿Realización múltiple? Algo así. La cuestión es que todos y cada uno de ellos vinieron hasta aquí porque creían que sería un lugar seguro y aislado.

Lo mismo que esperábamos mi madre y yo cuando nos fuimos a la cabaña.

—¿Cuántos sois ahora? —pregunto.

—¿Unos dos mil quinientos? Más o menos. Nos trajimos a unos cuantos más durante las salidas en busca de suministros.

Dos mil quinientas personas. Pues no parece que estén tan aislados. Este podría ser el asentamiento más grande de Estados Unidos. Al menos en la Costa Este, por lo que Andrew y yo hemos visto.

—Bueno, mi madre…

Amy está nerviosa. Debe de pensar que Henri lleva mucho tiempo muerta. Me pregunto si se habrá planteado alguna vez dejar esto y marcharse hacia el norte a buscarla.

Asiento con la cabeza.

—Pasábamos por Bethesda y Henri nos paró. Nos preparó la cena y nos dejó quedarnos a pasar la noche en su casa. Nos habló de ti.

Decirlo en voz alta hace que me parezca un sueño.

—¿Os pidió ella que vinierais?

Me da la sensación de que está a punto de echarse a llorar. Andrew habla primero.

—No, lo decidimos nosotros. Le pedimos que nos acompañara, pero nos dijo que era demasiado mayor para hacer un viaje así. Aunque, en mi opinión, se las estaba apañando de cojones ella sola.

A Amy se le escapa una carcajada sonora y se tapa la boca con una mano. Andrew y yo sonreímos.

—Nos ayudó y se me ocurrió que podríamos devolverle el favor informándote de que sigue viva.

Ella asiente, sin dejar de cubrirse la boca.

—También… —me meto la mano en el bolsillo de atrás y saco la navaja multiusos grabada. Amy abre mucho los ojos— quería darte esto. Me dijo que era de tu padre y que a ella no le valía de nada. Pero pensamos que preferirías conservarla en la familia.

Las lágrimas se le desbordan de los ojos y, durante un segundo, pienso que nos hemos equivocado. Quizá estaba mejor cuando creía que su madre había muerto. Ahora sabe que está viva y a más de mil kilómetros. Entonces me atrae hacía ella y me abraza con fuerza. Contengo un gruñido cuando una punzada de dolor me atraviesa el costado, pero es solo un momento. Amy alarga una mano y tira de Andrew para incluirlo también en el abrazo. Cara retrocede para evitar que la alcance, pero veo que ha esbozado una leve sonrisa y que tiene los ojos vidriosos.

—Gracias —consigue susurrar Amy.

Cuando nos suelta, se ríe y se enjuga los ojos mientras coge la navaja multiusos que sujeto en las manos aún extendidas.

Primero saca la navaja; después la guarda y saca los alicates. Va pasando por todas las herramientas mientras habla.

—Mi hermano Tommy y yo siempre ayudábamos a mi padre a reparar la vieja camioneta que teníamos antes de mudarnos a Bethesda. Mi padre tenía una caja de herramientas enorme, era un armatoste que debía de pesar por lo menos cuarenta kilos, y nos obligaba a Tommy y a mí a cargar con ella hasta el garaje. Pero ¡nunca usaba ninguna de las herramientas que contenía! Se llevaba la mano al bolsillo, sacaba esto y nos mandaba entrar en casa a por una llave de tubo. ¿Por qué narices no estaba la llave de tubo en la caja de herramientas? Cuando murió, busqué esta navaja por todas partes, pero no la encontramos.

Se seca una lágrima y se ríe.

—Perdón. Os presentáis aquí con buenas noticias y yo me pongo a llorar. ¿Habéis venido andando desde Bethesda? Es un viaje muy largo.

No la corrijo para aclararle que en realidad venimos desde mucho más lejos, sino que asiento e intento no llorar. Andrew, en cambio, no puede evitarlo. Las lágrimas le corren por las mejillas como un río. Se ríe y Amy lo abraza de nuevo.

Un grito resuena en el interior de la casa y Andrew se aparta de ella, sobresaltado. A través del arco, Amy mira hacia el vestíbulo, donde están las escaleras que llevan al piso de arriba.

—Mierda. Se ha despertado. —Nos mira—. ¿Me disculpáis un momento? Vuelvo enseguida.

Cuando Amy vuelve a la cocina, lleva un bebé en brazos. Se acerca a mí, sonriendo.

—Esta es la única Henrietta que creía que me quedaba.

La Henri en miniatura nos contempla con los mismos ojos que tienen su madre y su abuela. Andrew se adelanta y la mira sin dar crédito.

—Hola, Henri bebé.

Es la cosa más increíble del mundo. Quiero agarrarle la mano, pero sé que hay que lavarse antes de tocar a un bebé y no sé si Eddie y Dave limpian a menudo la caja de su camioneta.

—Todos los bebés que han nacido a lo largo del último año, más o menos, son inmunes a la gripe. Cogen mocos y resfriados, pero nada grave. Me preocupaba mucho tenerla y que se pusiera enferma al cabo de unas semanas. Pero no le pasó nada. —Su voz adquiere un tono alegre—. ¿Verdad? Porque eres una luchadora.

—Es preciosa —dice Andrew.

Amy sonríe.

—Sí. Y ahora, gracias a vosotros, puede que algún día conozca a su abuela.

—¿Vas a irte a Bethesda? —le pregunta Andrew—. Aquí lo tenéis todo bastante bien montado.

—Creo que sería difícil convencer a Henri de que viaje hasta aquí —intervengo.

—No si no tiene que venir andando —dice Amy, cuya sonrisa se hace aún más amplia. Nos señala la puerta trasera con un gesto de la cabeza. Se la abro y sale a la terraza, que da hacia el oeste y mira a la playa. Levanta el dedo índice—: ¿Veis eso?

A unos ochocientos metros, hay un puerto deportivo. Veo seis veleros grandes atracados en la entrada y un barco de mayor tamaño anclado más lejos de la orilla.

—En marzo empezamos a navegar por la costa en busca de suministros, aunque lo más al norte que hemos llegado ha sido el sur de Virginia. El Golfo, en realidad, llevamos recorriéndolo desde noviembre del año pasado. También hemos establecido una ruta comercial con una pequeña comunidad de Cuba.

La ansiedad y el dolor se me mezclan en el abdomen. ¿Habrán encontrado Fort Caroline? Por lo que nos está contando, recorren las mismas rutas, buscan suministros en las mismas zonas. Puede que, con el tiempo, empiecen a comerciar con ellos.

—Pues vaya un embargo —dice Andrew, y Amy se echa a reír mientras Henri la bebé se revuelve en sus brazos.

—Si os apetece quedaros, quizá podríamos enviaros al norte, con unas cuantas personas más, a recoger a mi madre. La propuesta es que esperemos a que pase la temporada de huracanes para embarcarnos en travesías más largas, pero en eso también hemos tenido suerte este año.

¿Quedarnos? Nos han dejado entrar, me han dado antibióticos y me han permitido recuperarme en su hospital.

—¿Cómo sabéis que es seguro tenernos cerca?

—¿Por qué no iba a serlo? —pregunta—. ¿Habéis matado a alguien?

Lo dice en broma, pero Andrew y yo compartimos una mirada que le hace perder la sonrisa. Luego asiente como si lo entendiera.

—¿Teníais alguna razón para hacerlo? No, esa manera de formular la pregunta es terrible. No se me ocurre ninguna buena.

Miro a Andrew a los ojos y sé que habría matado a Harvey por segunda vez si hubiera tenido que hacerlo. No sé en qué clase de persona me convierte eso. O en qué clase de persona convierte a Andrew por quererme. Yo no contesto, pero él sí, y no deja de mirarme mientras lo dice.

—Hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir.

Se me rompe el corazón al oírlo porque sé que no lo dice por los Foster. Él sigue cargando con esa culpa a pesar del largo camino que hemos recorrido. A pesar de que hemos completado la misión que nos propusimos cumplir al salir de Alexandria.

Quiero acercarme a él, abrazarlo y decirle que le quiero. Quiero quitarle todo ese dolor. Si tuviera que recibir un disparo una vez a la semana para quitarle ese dolor, lo haría.

—Perdonadme, pero eso no me inspira mucha confianza —dice Amy.

Con el rabillo del ojo veo que Cara comienza a sentirse incómoda. Es como si quisiera ayudarnos: sabe que somos buenos, pero puede que también sepa que debemos ser nosotros quienes le contemos la verdad.

—Creo que nosotros tampoco tenemos una buena respuesta que darte —le digo. Y es verdad. No hay forma buena de que Amy nos formule la pregunta, ni tampoco forma buena de que nosotros la contestemos. Ahora todo el mundo es distinto porque el mundo es distinto—. Iban a hacernos daño, así que los detuvimos antes de que lo consiguieran.

—Aun así, uno de nosotros acabó herido. Y estuvo a punto de morir.

Andrew mira el brazo que mantengo cruzado sobre el estómago para reforzar los músculos.

Amy asiente una vez y baja la mirada hacia Henrietta.

—¿Dirías que sois más felices así? ¿Con esas personas desaparecidas del mundo?

Debería ser así, puesto que salvé a Andrew. No me cabe la menor duda de que nos habrían matado a los dos, pero acabar con ellos no cambió nada. Empeoró las cosas y, aun después de escapar, seguimos lidiando con las consecuencias. Es como si me hubieran arrebatado algo de lo más profundo de mi ser, como si nos lo hubieran arrebatado a los dos.

—No —respondo.

—Entonces creo que estoy a salvo con vosotros. Habéis venido hasta aquí para decirme que mi madre sigue viva. No ganáis nada con ello y, aun así, lo habéis hecho. Y sin siquiera saber si yo había sobrevivido. Creo que si hay algo que necesita el nuevo mundo es gente como vosotros. —Me mira a la cara para valorar mi reacción—. Así que ¿qué me decís? ¿Os apetece quedaros un tiempo, hacer un viaje en barco?

Andrew contesta por los dos.

—Pues la verdad es que es un buen plan.

—Fantástico. Tendremos que asignaros una casa. Puede que tengáis que compartirla con otras personas, pero tampoco será como una residencia de estudiantes. Le diré a Dave que se pase por aquí más tarde. Y, cuando estéis bien instalados, quedaremos con un par de miembros de la tripulación de los barcos para hablar de las rutas y los plazos.

—Yo os ayudo con eso —dice Cara, tal vez con demasiado entusiasmo.

—Perfecto. Solucionado, entonces. Sin embargo, ahora mismo tengo que rellenar a esta máquina de hacer caca que tenemos aquí. —Señala a Henri-Dos con la cabeza—. ¿Os importa quedaros solos unos minutos?

Miro el océano y los veleros y sonrío.

—Creo que sobreviviremos.

Cuando entra, me vuelvo hacia el mar azul. Andrew me agarra de la mano y me apoya la cabeza en el hombro. Lo beso en la frente. Cara me sonríe por encima de la cabeza de Andrew. Las olas calmadas chocan con los pilotes cubiertos de percebes del muelle que tenemos delante.

Hasta que llevamos así casi un minuto, juntos y en silencio, no me doy cuenta de que siento algo en el pecho. Como si me costara menos respirar. Me lleno los pulmones de aire salobre. Es un alivio.

Por fin lo hemos conseguido; después de todo lo que hemos pasado, estamos aquí.

Pero, antes de que me dé tiempo a ilusionarme demasiado, recuerdo lo que nos ha traído hasta este lugar y se me hunden los hombros. Los ojos se

me llenan de lágrimas y, de repente, un sollozo me arrasa el pecho. Me tapo la boca con una mano para intentar ahogar el ruido, pero no lo consigo. Andrew y Cara se vuelven hacia mí y, durante un segundo, me siento avergonzado. No quiero explicar la mezcla de alivio, amor y tristeza que siento.

Pero, cuando los miro, sé que no tengo por qué hacerlo.

Ninguno de los dos ha puesto cara de curiosidad. Si acaso, me da la sensación de que ambos lo comprenden. Andrew me sujeta la cara entre las manos. Cierro los ojos y dejo que las lágrimas manen, agacho la frente y la apoyo contra la suya.

—No pasa nada —me susurra. Su voz apenas supera el rumor de las olas—. Vamos a estar bien.

Cuando me besa, vuelvo a sentir el pecho más ligero, como si Andrew asumiera parte de mi dolor y me transmitiese parte de su amor. Uniformemente distribuidos, como las provisiones que hemos llevado a la espalda durante este viaje. Y recuerdo los primeros días que pasamos fuera de la cabaña, cuando él aún cojeaba y yo me cargaba más la mochila. O cuando me dispararon y él cargó con todo. Así es como hemos sobrevivido juntos.

Asiento cuando Andrew se aparta, aún sin quitarme las manos de la cara.

—Vamos a estar bien —repito sus palabras.

Si las cosas vuelven a ponerse difíciles, yo cargaré con él. Y él cargará conmigo.

Y estaremos bien.

Epílogo

El sol ya ha empezado a ponerse, pero él aún no ha vuelto a casa. Abro la puerta de atrás y miro hacia el mar. Ahí está, otra vez de pie al final del muelle. Cierro la puerta a mi espalda y me encamino hacia la playa. Lo llamo por su nombre, pero las olas le impiden oírme.

Últimamente lo hace mucho. Es como si saliera aquí fuera para intentar saborear este momento: el olor del aire salado, el chapoteo del agua contra los pilotes, las nubes moradas del cielo. Es como si quisiera memorizarlo y guardarlo para siempre. Porque puede que no sea nuestro para siempre.

Estamos a 14 de octubre y la temporada de huracanes ha sido benigna, así que en realidad hace semanas que podríamos habernos marchado. El agua se está enfriando, cosa que, según algunos frikis de la meteorología, significa que hay menos probabilidades de tormentas.

En principio, zarparemos en busca de Henri dentro de dos semanas o así. Nosotros dos, Cara y un grupo de cuatro personas más. Ya nos han sacado en barco y nos han dado unas cuantas clases para que nos desenvolvamos en él. Cara tiene un talento innato para la navegación, si quitamos el rollo de los mareos.

Le rodeo la cintura con las manos y se sobresalta.

—Sigues aquí fuera —le susurro al oído. Luego lo beso detrás de la oreja—. ¿Entras ya?

—Dentro de un poquito.

No me aparto de él y me limito a sentir la calidez de su cuerpo contra el mío, que contrasta con la fresca brisa otoñal que sopla desde el mar.

—No tenemos que volver —le digo.

Hemos hablado mucho de ello a lo largo de los últimos meses. Susurramos en la cama que compartimos por la noche. Él dice que quizá sea mejor así. Que ambos hemos aprendido que somos capaces de sobrevivir sin esta comunidad. Y que, más pronto que tarde, nuestra presencia aquí podría convertirse en un problema. El mundo se ha vuelto tan pequeño que es solo cuestión de tiempo que los asentamientos de supervivientes que han ido surgiendo aquí y allá comiencen a comunicarse entre ellos. Incluido Fort Caroline.

Lo que teníamos en la cabaña era bueno. Cuando estábamos solo nosotros.

Vivir en este nuevo mundo es mucho más difícil. Al final, los mansos no han heredado la tierra. Las personas que luchan por el poder, sin importarles a quién perjudiquen por el camino, siguen existiendo. Y, si acaso, están esforzándose más que nunca.

A veces pienso que tiene razón. Que deberíamos zarpar hacia el norte, asegurarnos de que Henri se sube a un barco que la traiga hasta su hija y después marcharnos. Siempre habrá personas como las de Fort Caroline.

Pero otras veces…

—Lo sé —dice. Se da la vuelta y me atrae hacia él. Su jersey está impregnado de su olor y siento aún más calor—. Me gusta este sitio.

—A mí también.

Otras veces adoro a la gente que hemos conocido aquí. A los amigos que hemos hecho. Lo seguros que nos sentimos.

—Pero, después de todo…

Se le quiebra la voz, y no es necesario que termine la frase. Todo eso es historia. Este lugar es mucho mejor que Fort Caroline, sin duda. Los dos lo creemos así.

Durante las últimas semanas, he estado reflexionando sobre la idea del progreso. Todos los avances que el mundo había hecho en aproximadamente los últimos cien años han desaparecido con un simple estornudo. El progreso se ha detenido y es muy posible que se invierta. Se invertirá si la gente no lucha por él, si no recordamos lo que teníamos y nos aferramos a ello.

Vivir aquí supone un riesgo. El riesgo de que algún día uno de los asentamientos con los que comerciamos se vuelva contra nosotros. El de que Fort Caroline se expanda y nos encuentre aquí. El de que nuestro propio asentamiento cambie de opinión sobre quién merece quedarse. El de que la gripe descubra una forma de mutar y vuelva con más virulencia que antes. Todos nos jugamos mucho.

A veces no tengo claro que el riesgo merezca la pena. Y él tampoco.

Hay momentos en los que se me encoge el estómago, se me tensa el pecho y un montón de pensamientos oscuros me nublan la mente. ¿Y si el de Fort Caroline no es el único asentamiento en el que se piensa en la supremacía blanca? ¿Y si los supervivientes no pueden denunciar las injusticias, o lo que antes se consideraban injusticias, porque necesitan una comunidad que los ayude? ¿Y si todo sigue cayendo en picado y la historia se repite porque la gente que sigue aquí para escribirla elige cómo se escribe? Saben qué añadir y qué omitir, qué enseñar y qué pasar por alto. De repente, la desesperación lo inunda todo.

Pero entonces lo miro; oigo sus carcajadas, veo su sonrisa y la oscuridad se desvanece. Y vuelvo a tener esperanza, aunque solo sea un instante, porque sé que en este mundo hay algo por lo que puedo luchar. Algo por lo que lucharé si debo hacerlo.

Y eso siempre nos devuelve a la pregunta: ¿nos quedamos? Sabiendo todo lo que podría venírsenos encima, tanto a nosotros dos como a al resto de los habitantes de este asentamiento, ¿tenemos esperanza? ¿Luchamos?

¿O huimos? ¿Volvemos al bosque, a nuestro hogar, y vivimos escondidos, aunque sabiendo que allí, lejos de lo que sea que se reconstruya a imagen y semejanza de la civilización, quizá estemos más seguros? En la cabaña sabemos que la seguridad no es una ilusión porque no hay nadie más. Resolveremos lo que tengamos que resolver con la gente de Howard y nos quedaremos solos.

¿Nos convierte eso en cobardes? ¿Me importa si es así? He dicho que estaba dispuesto a luchar por él, pero también quiero vivir por él. Quiero que ambos vivamos. Si yo estoy dispuesto a luchar por él, significa que ahí fuera debe de haber más personas con algo por lo que merezca la pena luchar.

Le doy un beso.

—Todavía tenemos tiempo para pensarlo.

—Lo sé.

Tengo miedo y estoy enfadado, así que la angustia regresa, vuelvo a pensar en todas las cosas terribles que podrían sucedernos. Pero entonces él

me pasa un brazo por los hombros y me siento seguro otra vez. Nos quedamos así hasta que se hace de noche. Ahora está subiendo la marea y las estrellas comienzan a asomar. Le acaricio la espalda y le hago un gesto con la cabeza para que volvamos adentro. Sincronizados, le damos la espalda al mar y nos encaminamos hacia la casa.

Hablaremos muchas más veces de esto durante el próximo par de semanas. Pero no esta noche.

Esta noche, estamos solo nosotros.

Nota del autor

¿Por qué he escrito un libro sobre una pandemia? Sé la razón que aduje cuando mi editora se interesó por primera vez en la novela que tienes en las manos y eso, aunque otras muchas cosas sí lo han hecho, no ha cambiado: estaba cansado de no ver representación *queer* en las historias posapocalípticas. Y eso es lo que es este libro.

Una historia posapocalíptica.

Editar *Lo que nos queda del mundo* a lo largo de los dos últimos años ha sido un complicado ejercicio de equilibrismo. Tuve que modificar todo lo que originalmente había escrito en 2015 porque sonaba falso. La supergripe de este libro no pretendía ser un covid llevado al extremo. Era una criatura de ficción por derecho propio.

Cuando en marzo de 2020 Balzer + Bray, en Estados Unidos, y Hachette Children's, en el Reino Unido, decidieron publicar este libro, no quise que estas páginas tuvieran nada que ver en absoluto con el covid, puesto que todos estábamos viviéndolo juntos en esos momentos. ¿Por qué añadirle a esta novela detalles relacionados con la pandemia del mundo real cuando siempre había aspirado a ser ficción para evadirse? ¿Por qué mencionar siquiera el covid?

Pero, cuanto más duraba la pandemia, más irresponsable me parecía omitir su impacto en nuestro mundo y no incluir nada al respecto en la novela. Me debatía entre hacer de esta una realidad alternativa en la que el covid no había existido y en la que, por lo tanto, el mundo de Andrew y Jamie no había extraído ninguna lección de la pandemia, y situarla en un futuro cercano posterior al covid en el que ni siquiera las lecciones que el mundo había aprendido pudieran protegernos de este nuevo virus mortal.

Así que volví al ejercicio de equilibrismo. ¿Cuánta realidad vierto en la ficción? Con la ayuda y la comprensión de mi equipo editorial, fui afinándolo hasta el último segundo posible (fecha y hora: 30 de septiembre de 2021 a las 11.15). Aunque hay breves referencias al covid como parte de la historia de los personajes, las similitudes acaban ahí.

He intentado abordar el tema con la mayor sensibilidad posible, pero se trata de una novela posapocalíptica. Es triste, aterradora y emocionante. Pero

espero que también te hayas reído, que hayas negado con la cabeza y sonreído o incluso que hayas sentido mariposas con ojos de corazón en el estómago.

Como ya he dicho, escribí *Lo que nos queda del mundo* como la historia de dos adolescentes que encuentran la esperanza tras sobrevivir a una pandemia. Cuando se publicó, no era consciente de que el tema sería universal.

Ten esperanza, cuídate y ayuda a los demás a cuidarse.

Agradecimientos

Creo que los agradecimientos son para los escritores y para la gente a la que menciono en ellos, pero espero que leas lo que voy a decir sobre las personas que han contribuido a que este libro llegue a tus manos, ya que merecen tanto reconocimiento como yo.

En primer lugar, gracias al agente de mis sueños, el maravilloso Michael Bourret, que me sacó de la pila de manuscritos pendientes y me recitó, palabra por palabra, mis pensamientos exactos sobre este libro sin que yo tuviera que expresarlos en voz alta. No sé cómo agradecerte tu sabiduría, tu apoyo y tu intuición. Y tu don de la oportunidad. Gracias también a todos los demás miembros de Dystel, Goderich & Bourret, entre ellos Michaela Whatnall, Lauren Abramo, Andrew Dugan y Kemi Faderin. Gracias asimismo a Ben Fowler, Anna Carmichael y Felicity Amor, de Abner Stein, por representarme en el extranjero.

A mis magníficas editoras, que tan intensamente han colaborado conmigo para contribuir a darle forma al caos de este libro. A mi editora estadounidense, Kristin Daly Rens, de Balzer + Bray, quiero decirle, en las inmortales palabras de Whitney Houston, que «*I have nothing… if I don't have you*». Desde la primera llamada que compartimos, me entusiasmó trabajar contigo en este libro.

A mi editora británica, Tig Wallace, de Hachette Children's, quiero agradecerle su entusiasmo y apoyo, que significan muchísimo para mí, así como sus comentarios, que me han arrancado carcajadas. No te olvides de que me debes historias de las de morirse de vergüenza. Llevo la cuenta. Y gracias también a Amina Youssef, de Simon & Schuster Children's.

En Balzer + Bray, quiero reconocer asimismo el trabajo del asistente editorial Christian Vega, que estoy seguro de que es una de las razones fundamentales por las que siempre se cumplían los plazos; al diseñador Chris Kwon, que consiguió que este libro quedara mucho más bonito de lo que podría habérmelo imaginado jamás; y a la ilustradora Na Yeon Kim, que dio vida a Andrew y a Jamie para la preciosísima cubierta estadounidense. Gracias al equipo de corrección y gestión editorial, incluidas Caitlin Lonning y Alexandra Rakaczki, por corregir errores gramaticales y argumentales… Si queda alguno, lo siento, es culpa mía. A Allison Brown, de producción, a

Michael D’Angelo, de *marketing*, y a Mitch Thorpe, de publicidad. ¡Gracias a todos!

Y un agradecimiento muy especial para Alessandra Balzer y Donna Bray por su entusiasmo y apoyo no solo hacia mi libro, sino hacia todos los que deciden publicar. Balzer + Bray lleva más de una década publicando libros infantiles maravillosos e innovadores y me siento muy honrado de formar parte de este catálogo.

En Hachette Children’s, quiero darle las gracias a Michelle Brackenborough por diseñar la impresionante cubierta para la edición de Reino Unido (¡e incluir una camioneta muy especial!) y a Luke Martin, de Suburban Avenger Studios, por la preciosa ilustración; a Laura Pritchard por la corrección de pruebas; a Beth McWilliams, de *marketing*; a Lucy Clayton, de publicidad; a Helen Hughes, de producción; y a todo el equipo de ventas: Jen Hudson, Nic Goode, Minnie Tindall, Sinead White y Jemimah James. Todos le habéis rebajado un poco la ansiedad a este autor debutante, así que ¡muchas gracias!

Y gracias, amable lector. Si has podido comprar este libro, si lo has pedido prestado, si lo has sacado de una biblioteca o incluso si te lo han regalado, has contribuido a mantener a todas las laboriosas personas que acabo de mencionar.

A quienes leyeron los primeros borradores de esta novela y aun así expresaron entusiasmo: Kieryn Ziegler, Hannah Fergesen, Alexandra Levick, Molly Cusick, Sylvan Creekmore y Alice Jerman. Todas me habéis ofrecido muchos consejos y comentarios sensatos y habéis sido fundamentales para el desarrollo de este libro.

Un agradecimiento muy especial para mi animadora, lectora beta favorita y maravillosa amiga, Erika Kincaid, que me dio el mejor consejo en uno de los primeros borradores: «Se besan demasiado pronto, no debes permitir que ocurra hasta el final». Los fanáticos del romance a fuego lento te lo agradecen enormemente.

Amy Ignatow leyó un borrador semidefinitivo y me ofreció unas críticas tan elaboradas y profundas que creo que tanto HarperCollins como Hachette Children’s tendrían que ponerse en contacto con ella cuanto antes para proponerle trabajar con ellos.

Katherine Locke contribuyó a dar forma a la carta de presentación que acompañaba a la propuesta editorial de esta novela. Hizo un trabajo tan sobresaliente que gran parte de ella se conserva aún, aunque abreviada, en los textos comerciales del libro.

Al Philly Kidlit Group, que me dio consejos y ánimos y celebró conmigo las victorias. Echo de menos nuestras quedadas mensuales en un antro y espero retomarlas en un futuro cercano y saludable.

Gracias al doctor Nosheen Jawaid y el doctor Benjamin Clippinger, dos médicos excelentes que me proporcionaron los mejores consejos para mantener a Andrew y a Jamie con vida durante el apocalipsis. Si me he equivocado en algo, será debido a mi falta de entendimiento y ellos no me lo perdonarán jamás.

Muchas gracias a todos los que leyeron y apoyaron este libro desde el principio, especialmente a los maravillosos autores desbordantes de talento que accedieron a escribir una cita para la cubierta.

A mis primeros admiradores y líderes del Club de Fans de Erik J. Brown: Naz Kutub (presidente), Brian Kennedy (vicepresidente), Susan Lee (gladiadora americana) y Anna Gracia (formidable maestra de ceremonias).

A los 22Debuts, que han sido un grupo de apoyo para autores increíble, y, por supuesto, a Jason Momoa.

A mis maravillosos amigos, que no saben nada del mundo de la edición, cosa que me permitía celebrar cada hito de este libro cuando aún no podía hablar de él: Brandon McMullin, Kellie Clark, Maureen Belluscio, Bob Gurnett, Brittany Young, Allie Beik, Tim Davis, Nick Biddle, Waleed Yousef, Melissa Marsili, Caddy Herb, Deven Snyder, Kristin Stever, Bob Morgan y muchos otros, demasiados para nombrarlos a todos. Pero no quiero mostrar ni el menor agradecimiento a Jon Keller (TÚ SABES LO QUE HICISTE).

A John Brown, Sean, Jamie, Ryan, Ethan, Nolan y Dylan Brown, Stephanie Sullivan, Sean Mclean, Hunter Brown, Eileen Johnson, Aaron Keels y el resto de mi maravillosa familia extendida: gracias por vuestro apoyo y amor.

A mi abuela, Margaret Keels. De verdad que no puedo expresar la tristeza que me provoca que nunca llegaras a leer este libro, pero me dijiste muchísimas veces lo orgullosa que estabas de mí. Y sé que sigues estándolo.

Gracias a mi madre, Ann Marie Brown, a quien está dedicado este libro y la razón por la que soy escritor. Cuando era pequeño y no me salía con la mía, me cantabas *You Can’t Always Get What You Want* mientras lloraba en el aparcamiento del centro comercial. Y recalcabas que, si lo intentaba, a veces conseguiría lo que necesitase. Una cosa que no mencionan los Rolling Stones es lo importante que es disponer de apoyo para intentar conseguir lo que necesitamos. Tú siempre me has apoyado y me has dicho que las cosas que creía imposibles eran posibles. Gracias y te quiero.

Por último, a Michael Miska, el compañero más solidario y cariñoso del mundo. Nunca has considerado que mi escritura fuera un simple pasatiempo. Y ni una sola vez en toda nuestra relación has expresado dudas respecto a si lo conseguiría, y te querré para siempre por ello.

Y, para que conste: Dolly Parton.

DOS CHICOS, UN MUNDO EN RUINAS Y EL AMOR COMO REFUGIO
ERIK J. BROWN
LO QUE NOS QUEDA DEL MUNDO
Lectulandia